ODIO A TU PERRO, *pero te amo a ti*



MARCOS A.C.

MARCOS A.C.

ODIO A TU PERRO, *pero te amo a ti*

Primera edición.

Odio a tu perro, pero te amo a ti

©Marcos A.C.

©julio, 2025

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Capítulo 1



Nunca me ha gustado el olor de las rosas. Lo digo desde ya, por si alguien quisiera impresionarme con un ramo. Siempre he preferido el olor a café recién hecho o a libros viejos, incluso a colonia de hombre buena. Pero rosas... no, gracias.

Aun así, ahí estaba yo, sentada en la terraza del restaurante, rodeada de rosas. Rojas, además. Las habían puesto en cada mesa, y me hacían estornudar como si fuera alérgica al romanticismo. Lo cual, en cierto modo, era verdad.

Miré el reloj por quinta vez. Tomás llegaba tarde. Increíble. Mi hermano, el reloj suizo con patas, el que te daba la hora antes de que miraras el móvil, el hombre que le ponía recordatorios a los recordatorios… llegaba tarde.

Suspiré mientras me acomodaba el vestido lila que me encantaba, ajustado pero elegante, como debía ser, y aproveché la espera para revisar la agenda en el móvil. Una lista de tareas interminable del bufete me miraba con cara de lunes: revisar expedientes, enviar el informe de Martina, pelearme con la impresora de Pablo otra vez y decirle a Aitana que dejara

de imprimir selfies en papel de calidad fotográfica. Una semana normal, vamos.

Perdón, que no me he presentado. Soy Noelia Romero, tengo veintiocho años y soy secretaria y ayudante del bufete de abogados de mi hermano. Castaña, ojos verdes, y si hay algo que me definía desde siempre, además de mi sarcasmo, es mi aversión a los perros. No es irracional. Un chihuahua endemoniado me destrozó unos zapatos preciosos cuando tenía quince años, y desde entonces no los soporto. Los perros, no los zapatos. Aquel no fue mi primer encuentro con esos peludos de cuatro patas, pero sí el que más recordaría siempre.

Mis padres, Eugenio y Marta, eran personajes de novela. Y no, no lo decía en sentido figurado: realmente creen que viven en una. Él, exprofesor de literatura, aún hablaba en verso cuando se emocionaba. Ella, exfuncionaria del ayuntamiento, era capaz de convertir cualquier conversación en un análisis. Su última obsesión: saber por qué Tomás y yo seguimos solteros. Según ellos, era antinatural que dos personas tan maravillosas como nosotros no estuvieran enamoradas de nadie. Yo les había dicho varias veces que eso era porque el amor, como el buen *sushi*, era caro y escaso.

Martina, la abogada estrella del bufete, solía decir que, si mis padres fueran más intensos, se derretirían al sol. Tenía razón. Aunque había que decir que ella tampoco se quedaba atrás con sus frases lapidarias y su moño de ejecutiva ninja.

—¿Estás sola o hablando con tus voces internas otra vez? —La voz grave y familiar de Tomás me sacó del trance.

—Ah, pero has venido. Pensé que habías sido abducido por los extraterrestres de la puntualidad. —Me levanté y le di dos besos.

—Había tráfico. Y una señora mayor decidió cruzar en rojo con un carrito de la compra. Tuve que frenar en seco.

—Excusas, excusas —dije, y sonreí. Siempre se me pasaba el enfado con él. Era mi hermano mayor, mi jefe y a veces mi confesor.

Se sentó frente a mí, con su estilo impecable de siempre: camisa blanca, americana azul marino, gafas de montura fina. Era como un modelo de catálogo de abogados serios, versión premium.

—¿Pedimos ya o quieres seguir regañándome? —preguntó, abriendo la carta.

—Las dos cosas. Pero primero, comida. Me muero de hambre.

Pedimos una ensalada de burrata, una lasaña de berenjena y vino blanco. Era nuestro restaurante de confianza para los "almuerzos de hermanos", una tradición que manteníamos desde hacía años, cuando aún trabajábamos en diferentes sitios y nos veíamos poco.

—Entonces —empecé, mientras él bebía un sorbo de vino—, ¿ya has pensado en el regalo de aniversario para los dramáticos?

—¿Nuestros padres? —asintió— Estaba pensando en algo simple. Una escapada de fin de semana a una casa rural.

—¿Simple? Tomás, son Eugenio y Marta. Necesitan fuegos artificiales, poesía escrita en servilletas y, si puede ser, una serenata al amanecer.

—¿Qué propones entonces? ¿Una ópera privada?

—Estás de un gracioso... —Volteé los ojos— No, pero algo más elaborado. Una caja de recuerdos con fotos, cartas antiguas, una botella del vino que tomaron en su primer aniversario... cosas así. Bohemio, pero con estilo.

—Me gusta. Tú haz la parte creativa y yo pago. Como siempre.

—Exactamente como me gusta —le guiñé un ojo.

La comida llegó y con ella, la conversación derivó en una tormenta de bromas y anécdotas. Era lo que más disfrutaba con Tomás: esa complicidad natural, como si lleváramos toda la vida ensayando una obra en la que siempre sabíamos los diálogos del otro.

—Y dime —dijo de repente—, ¿cómo va tu vida amorosa? ¿Tienes algún secreto que contar?

Puse los ojos en blanco mientras pinchaba un tomate cherry.

—En los últimos tres meses he tenido cuatro citas a ciegas. Cuatro. ¿Quieres saber quién me las organizó? Martina y Aitana. Las dos. Creo que se han aliado para encontrarme pareja o para volverme loca. A veces no sé qué quieren —suspiré, y mi hermano se echó a reír.

—¿Cuatro citas? No sabía que tenías tanta paciencia.

—No la tengo. Estoy a punto de decirles que voy a hacer los votos y meterme a monja.

—Eres una exagerada.

—No. Lo digo en serio. Estoy practicando los rezos y todo —sonreí, divertida—. Pero ya que estamos… dime, ¿vas a seguir fingiendo que no te gusta Aitana?

La sonrisa se le congeló por medio segundo. Y luego, como si nada, se sirvió más vino.

—Estaba pensando en comprarme un coche nuevo. ¿Crees que el eléctrico es una buena opción?

Lo miré con resignación.

—No puedo contigo. Eres el rey de esquivar conversaciones incómodas. Si fuera boxeadora, estarías muerto de tantos giros que das.

—No cambio de tema. Solo soy eficiente con la información.

—Claro. Y yo soy la Reina de Inglaterra —volteé los ojos antes de dar el último sorbo a mi café.

Salimos del restaurante entre risas. Él me abrazó como hacía siempre y se fue hacia el parking con su paso seguro. Yo tomé otro camino, dispuesta a volver a casa, cuando algo me detuvo frente a una tienda de ropa interior y bañadores. Un bikini azul celeste con volantes me llamó la atención. Me acerqué al escaparate y me quedé mirándolo, pensando si debía rendirme o no al verano.

Y entonces sentí algo frío y húmedo en el pie. Miré hacia abajo. Un charco. Un chorro tibio y amarillento salía alegremente del cuerpo alargado de un perro salchicha negro. Sobre mis zapatos. Mis adorados *stilettos* blancos.

—Pero ¡qué...! —grité, dando un salto hacia atrás.

—¡Valentino! —La voz vino de la derecha. Una mujer se acercaba corriendo, con el flequillo revuelto y una expresión de horror— ¡Valentino, no! ¡Eso no se hace!

El perro me miró. No con culpa, tampoco con arrepentimiento. No. Me miró con desprecio. Como si yo hubiera tenido la culpa por poner mi pie en su camino dorado.

—Ay, por favor, lo siento muchísimo —dijo la mujer, llegando hasta mí —. Es que se me escapó y…

—¿Se meó encima de mis zapatos? Sí. Me he dado cuenta —le contesté, con el sarcasmo brotando como un géiser, y más cabreada que una mona.

—¡No te enfades, por favor! No es mío. Lo estoy cuidando por unos días. Es el perro de un primo. ¡No me denuncies, te lo ruego!

—No te preocupes. Aunque te recomendaría mantener al perro alejado de los humanos. Si va por ahí regando a la gente, no vas a ganar para abogados —miré a Valentino, que seguía mirándome como si yo fuera un mosquito.

—De verdad, lo siento muchísimo. Soy Julieta. Trabajo en el salón de estética de aquí al lado. Si quieres, te limpio los zapatos...

—Están para tirarlos. Pero gracias.

Me di media vuelta, con el orgullo y el pie mojado, y entré en la zapatería más cercana. Me compré unas deportivas blancas básicas. No eran glamourosas, pero al menos estaban secas.

Camino a casa, pensaba en muchas cosas. En los regalos para mis padres, en la manera en que Tomás se hacía el tonto cuando se mencionaba a Aitana y, por supuesto, en ese perro salchicha infernal que había osado marcarme como si yo fuera una farola.

Y lo peor no fue el pis. Fue la mirada de satisfacción con la que lo hizo.

Llegué a casa arrastrando los pies, literalmente. No porque estuviera cansada, sino porque las deportivas nuevas hacían ese molesto chirrido con cada paso. Y no era solo el sonido. Era el hecho de que un perro, un perro bajito y con aires de tirano, había arruinado no solo mis zapatos, sino también mi fe en la estabilidad del universo.

Mi piso era pequeño, pero perfecto. Ordenado, elegante, decorado con flores secas, tonos neutros y velas aromáticas que combinaban con el color de los cojines. Un santuario de paz donde no había perros, ni citas a ciegas, ni hermanos que esquivaban conversaciones sentimentales con la agilidad de un ninja.

Me dejé caer en el sofá y solté un suspiro. De esos que solo se emitían cuando una había tenido un día largo, un almuerzo divertido y un zapato meado por un perro salchicha vengativo.

Pensé en llamar a Martina o a Aitana para contarles el incidente, pero me detuve. Si las llamaba, seguro lo usarían como excusa para emparejarme con algún veterinario guapo. O peor: con un adiestrador canino. Y eso sería el colmo.

Así que, en vez de eso, me di una ducha, me puse mi bata de seda favorita, la azul con bordes de encaje, muy señora de película antigua, me serví una copa de vino y me senté frente al portátil. Había que buscar ideas para el regalo de aniversario de nuestros padres. Porque, aunque Tomás fingiera que no, se notaba que quería hacer algo especial. Él siempre fingía

no sentir nada, pero lo conocía demasiado bien. Le temblaban las orejas cuando estaba emocionado.

Busqué una web para hacer cajas personalizadas y empecé a armar una lista.

Copias restauradas de fotos antiguas. Cartas manuscritas, aunque tendría que falsificar unas de cuando eran novios. Un frasco con arena de la playa donde se dieron su primer beso, que era mentira, pero ellos no iban a notarlo. Una lista de canciones estilo años setenta. Y un poema escrito por mi padre cuando tenía el bigote más largo que la paciencia de mi madre.

Me detuve ahí y sonreí. Lo cierto es que, a pesar de todo, los admiraba. Su amor era una locura de las buenas, de las que perduraban. Y aunque sus preguntas sobre nuestra vida amorosa fueran tan sutiles como un cañonazo, en el fondo lo hacían porque nos querían felices.

Estaba por escribirle a Tomás para contarle mi idea cuando sonó el móvil y vi que era Martina.

Respiré hondo. Mala señal. Cuando Martina llamaba fuera de horario laboral, significaba que había problemas o que estaba tramando algo.

—¿Sí? —contesté, con el tono neutral de quien temía una emboscada.

—Noelia, ¿te gustan los museos?

—Depende. ¿Qué museo, qué día y qué excusa tienes?

—Este sábado. Museo de arte contemporáneo. Hay una exposición sobre la expresión del deseo a través del color.

—Eso suena sospechosamente como una cita encubierta.

—No. Claro que no —silencio, y después, volvió a hablar— Bueno… a lo mejor un poco. ¿Pero y si te gusta? Es un amigo mío. Profesor de filosofía. Le encantan las mujeres inteligentes y guapas.

—¿Y también le gusta limpiar orina de perro ajeno? Porque ahora eso está en mi lista de requisitos.

—¿Qué?

—Largo de contar —suspiré—. Me ha meado un perro. Fin.

Martina soltó una carcajada, una de esas que no se escuchaban a menudo. Martina era de risa discreta, pero cuando se reía de verdad, se escuchaba en toda la avenida.

—¿Quieres que te lo tome como un no?

—Quiero que lo tomes como un “déjame vivir”. Gracias.

Corté con cariño y suspiré. El mundo entero parecía conspirar para emparejarme. Mientras tanto, yo solo quería un café sin pelos de perro y una noche sin drama.

O eso creía.

Porque justo cuando me acomodaba en el sofá para ver mi serie favorita de los miércoles, sonó una notificación en el móvil.

Aitana: *¡¡¡OMG, Noe!!! Acabo de ver a Tomás saliendo del gimnasio. Iba con la camiseta pegada. Se me ha caído el agua por encima de los nervios. ¿Qué hago con esto que siento?*

Volteé los ojos. Grande, Aitana. Muy grande. ¿Cómo hacía mi hermano para no notar el nivel de babeo que generaba en su recepcionista? Aunque, siendo justos, Tomás también tenía su cosa. Esa mezcla entre profesor sexy y abogado de película.

Noelia: *Lo que haces es no enviarme mensajes sobre mi hermano como si fuera una celebridad. Me traumatizas.*

Ella respondió con un emoji de monja y otro de diablita, y me tuve que reír.

Me recosté y pensé en todo. En Valentino, el perro del infierno. En Julieta, la chica colorida que parecía sacada de un anuncio de champú. En Tomás, que estaba más pillado por Aitana de lo que admitía. Y en mí… que no

sabía si estaba empezando a envejecer mal o simplemente estaba cansada del caos.

Me quedé dormida con la copa medio llena, el portátil abierto y la idea de la caja de aniversario medio terminada.

Y soñé, aunque me costara admitirlo, con un perro salchicha que me hablaba con voz de hombre mayor y me decía: “Esto solo acaba de empezar, querida Noelia”.

Capítulo 2



El bufete olía a café, tinta de impresora y estrés. Como cada mañana. Una mezcla entre urgencia profesional y guerra de trincheras. Lo habitual para un lunes.

Entré con paso firme, tacones nuevos, porque sí, los anteriores descansaban en paz desde que Valentino les hizo una lluvia dorada que todavía dolía recordar, y el pelo recogido en una coleta alta que decía claramente: “Estoy lista para aplastar almas con elegancia y sin sudar”.

El eco de mis tacones sobre el suelo de mármol pulido me hacía sentir como la protagonista de una serie judicial de lujo, solo que con más sarcasmo y menos presupuesto de maquillaje.

Aitana, en recepción, me saludó sin apartar la vista de su móvil, donde se estaba sacando un selfie con cara de "recién llegada y radiante".

—¡Hola, reina! ¿Zapatos nuevos? ¿Número treinta y ocho, por casualidad?

—Si te los presto, no me los devuelves —respondí sin detenerme.

—Si no me los prestas, igual te los cambio por uno de los croissants que he traído. Están rellenos de crema de pistacho —dijo, y me detuve.

—Dame uno.

—Sabía que dirías eso —sonrió con malicia, la muy bruja.

Martina ya estaba en su despacho, con el pelo recogido en un moño tan tenso que probablemente no podía parpadear sin que le tirase la piel de la frente. La vi al pasar por la rendija de su puerta: parecía una estatua de orden y productividad. La clase de persona que te regañaba mentalmente por respirar muy fuerte.

Pablo, el pasante, tropezaba con su propia sombra en el pasillo mientras una carpeta con papeles rebeldes se deslizaba de sus manos como si tuviera vida propia.

—Pablo, deja de luchar con la papelería. Ya perdiste.

—¡Juro que esta carpeta me odia!

—No te culpo. A mí también me odiaría si la llevara arrastrada por el pasillo.

—Hoy es uno de esos días…

—Hoy es lunes. Siempre es así.

Y Tomás… Tomás estaba en su despacho, como un emperador, impecable, con las mangas de la camisa perfectamente dobladas, una pluma estilográfica de su firma favorita entre los dedos y esa expresión que combinaba cansancio existencial con concentración quirúrgica. Me miró por encima de las gafas y me llamó con una seña de dedos que conocía bien: "Necesito tu cerebro".

—Entra y cierra, por favor —dijo, sin levantar la vista del expediente.

Entré, me senté sin que me lo pidiera, como buena hermana menor; el respeto formal lo dejaba para las bodas, y crucé las piernas con teatralidad.

—¿Es sobre el caso del empresario desaparecido o sobre tu repentina obsesión con los coches eléctricos?

—Ambas cosas —finalmente levantó la mirada. Su tono era serio, pero en sus ojos había una chispa de nervios disfrazados de control—. El caso es delicado. Está bajo secreto de sumario, pero necesito organizar una reunión con prensa y controlar los rumores. ¿Puedes revisar la agenda y ver cuándo podemos convocar a los medios sin que nos coman vivos?

—Por supuesto. Pero si me dejas organizar eso, lo mínimo es que tú te concentres en el regalo de aniversario para nuestros padres. No en buscar coche nuevo como si fueras James Bond.

—¿Sabías que hay un modelo híbrido que se aparca solo?

—¿Sabías que mamá va a pensar que lo tuyo con Aitana es real si no te aparece otro interés sentimental esta semana?

Tomás soltó una carcajada breve, de esas que se le escapaban a regañadientes. Era como ver una grieta en una estatua de mármol.

Cuando se reía así, parecía menos abogado y más hermano. Le duraba poco, pero valía la pena.

—Está bien. Prioridades. ¿La caja de recuerdos sigue en pie?

—Ya tengo algunas ideas. Te las paso luego.

Asintió y volvimos a nuestra rutina: él a revisar contratos con mirada de cirujano; yo a frenar el caos digital de una oficina donde el wifi tenía más humor que Pablo después de tres cafés.

Y así pasé las horas en el bufete, hasta que tocó salir a comer.

Mi madre me había escrito a media mañana.

Mamá: *Hoy no cocino. Ven a comer conmigo. No acepto excusas.*

Así que allí estaba. En un restaurante coqueto, con manteles blancos, jarrones de lavanda fresca en las mesas y cuadros de acuarela colgados en

las paredes que parecían susurrar: “Aquí no se grita”.

Marta, mi madre, la poeta, la actriz frustrada, la reina del drama existencial y de las empanadas de atún, era la versión mayor, más literaria y más histriónica de mí. Llevaba el pelo suelto, un collar de cuentas de colores y unas gafas rojas que combinaban con su energía general de mujer que se atrevía a todo menos a dejar de opinar.

—Estás preciosa, hija —me dijo cuando llegué, levantando la copa con entusiasmo.

—Y tú estás conspirando otra vez —respondí, dándole un beso en la mejilla.

—¿Conspirando? ¡Por favor! Solo quiero pasar tiempo con mi hija favorita.

—Soy tu única hija.

—Precisamente. Más motivos —sonrió.

Pedimos vino blanco, unos calamares que olían a gloria y pan casero. Empezamos a hablar de todo y nada: del nuevo libro de mi padre, del vecino que cantaba boleros a las seis de la mañana como quien hacía café, y del horóscopo de esta semana que, según mi madre, era “preocupantemente exacto y altamente inquietante”.

—Espero que el sábado que viene estéis libres tú y Tomás —dijo, bebiendo con calma.

—¿El sábado? ¿Por qué? —fingí no saberlo, aunque hacía semanas que todos éramos conscientes.

—Porque es nuestro aniversario, querida. Y vamos a invitaros a comer. En el restaurante donde tu padre y yo tuvimos nuestra primera cita oficial.

—¿En el que él se olvidó la cartera y tú pagaste la cena?

—Exactamente en ese —rio—. No puedo permitir que os perdáis ese momento. Estáis invitados los dos. Es una orden.

—No te preocupes. No nos hemos perdido una comida de aniversario en la vida. Y no vamos a empezar ahora.

Me encantaban esos momentos con mi madre; para mí eran los mejores del mundo. Esos en los que las dos, con treinta y ocho años de diferencia, nos sentábamos frente a frente para hablar, reír y recordar, además de para que ella viera en mí a la mujer joven y risueña que una vez fue, y yo sonriera al pensar en esa versión más mayor de mí que algún día vería en mi reflejo en el espejo.

Después de comer nos despedimos con un abrazo largo, de esos que sabían a infancia, a bizcocho casero y a tardes de verano sin preocupaciones. Mi madre olía a perfume fresco, a nostalgia bien llevada y a libertad.

La vi alejarse con su bolsa de tela llena de libros que había comprado esa mañana, caminando con la convicción de quien tenía teorías sobre la luna, y me giré con una sonrisa. Había algo tranquilizador en su excentricidad.

Y entonces me acordé del bikini.

Caminaba hacia la tienda con un paso decidido. Quería ese bikini azul celeste. Lo necesitaba. Era la representación simbólica de todo lo que me merecía: tranquilidad, verano, piel bronceada y libertad.

Y también, por qué no, un poco de autoestima a la altura del escote.

Ese bikini era mío. Iba a ser mi pequeño acto de rebelión contra el caos del bufete, los padres que planificaban cenas como si fueran bodas y los demonios…

Ni un segundo hacía que había pensado en eso, cuando lo sentí. Un tirón. Instintivamente, miré hacia abajo. No. Otra vez no, por Dios.

—Pero ¡¿qué…?! —grité.

Ahí estaba. Valentino**.** El mismísimo engendro canino. El demonio de patas cortas. Ese chucho con ojos de psicópata en miniatura, ahora aferrado con sus dientecitos infernales al bajo de mis pantalones.

—¡¿Quieres dejarme en paz, engendro?! —exclamé, agitando la pierna con una mezcla de furia y desesperación— ¡Suéltame, demonio!

—Valentino, basta. —Una voz masculina, grave, con un acento suave que olía a privilegio y whisky caro, interrumpió como una brisa helada en un incendio.

Giré la cabeza. Y lo vi.

Alto. Muy alto. Como esos ejecutivos de revista que parecían más parte de una fantasía urbana que de la vida real.

Traje gris carbón, hecho a medida. Cada costura gritaba “dinero”. Camisa blanca, reloj suizo y barba de dos días que no era descuido: era estrategia. Ojos azul oscuro, mirada directa, sonrisa ladeada.

La clase de hombre que no pedía permiso. Y al que, molesta y estúpidamente, parte de mi cerebro quería lanzar preguntas que empezaban por "¿Y tú, de qué planeta vienes?".

—¿Está todo bien? —preguntó con la naturalidad de quien no tenía a su perro colgado de mis pantalones como si fuera un filete.

—¿Todo bien? —repetí, incrédula, señalando el desastre— ¡Su perro me ha desgarrado el pantalón!

—Valentino nunca muerde. Está exagerando.

—¿¡Exagerando!? ¡Esto es seda, señor... quien sea! ¡Y ayer mismo me meó en los zapatos!

Él suspiró, con aire resignado, y sacó su cartera con una lentitud perfectamente calculada. Me extendió una tarjeta blanca, elegante, con letras doradas en relieve.

«Alexander Montenegro. CEO – Montenegro Motors. "Conduciendo con pasión. Liderando el lujo."»

—Llame a mi secretaria. Dígale cuánto le ha costado el pantalón. Añada los zapatos también, si lo desea.

—Qué considerado —respondí, con una sonrisa cínica—. Me siento como en un episodio de "Ley y el Orden". Unidad Canina".

—¿Quiere que le compre otro par?

—Lo que quiero es no volver a ver a ese chucho cerca de mí. —Me giré para irme, murmurando—. Demonio de patas cortas...

Y Valentino gruñó. O sea, la afectada era yo, y encima se ofende el chucho. Había que joderse.

Avancé unos pasos, aún mascullando insultos mentales que incluían referencias a exorcismos caninos, y por pura inercia miré la tarjeta.

Alexander Montenegro. Un nombre que sonaba como amenaza y promesa al mismo tiempo.

—Muy elegante —murmuré—. Y el traje… hecho a medida. Te sienta bien. Pero tu perro es un demonio, y tú tienes tanto tacto como un cactus en una fiesta dando abrazos.

Guardé la tarjeta, subí al coche y arranqué de vuelta a casa.

Todo lo que necesitaba ahora era un baño con espuma, una copa de vino blanco bien frío y seguir leyendo esa novela que había empezado unos días atrás.

Porque si algo tenía claro, era esto: Lo mío con Valentino no había terminado. Y tampoco, sospechaba, lo mío con su arrogante y absurdamente atractivo dueño.

Capítulo 3



Sabía que algo raro pasaba cuando Tomás me pidió que lo acompañara a un evento. Él nunca me pedía cosas así. Bueno, me pedía informes, correos, cafés y que le recordara comer. Pero que lo acompañara a un evento de gala, con esa carita de "hermana, no me falles", era nuevo.

—Es una presentación privada de una empresa de coches. Viene gente importante. Clientes potenciales, empresarios, prensa. Necesito una cara amable a mi lado —dijo.

—¿Una cara amable? ¿Yo? —arqueé la ceja.

—Relativamente amable. Pero elegante y con respuestas rápidas. Y me fío más de ti que de Pablo, que seguro que iría con la chaqueta arrugada y calcetines de *Pikachu*.

—Podrías llevar a Martina —le sugerí mientras revisaba mi agenda mental para esa noche.

—Ella haría preguntas incómodas sobre emisiones de carbono y si el coche viene con portavasos para bebidas. No, gracias.

Accedí. Más por curiosidad que por otra cosa, y es que no todos los días una asistía a un evento donde la palabra “lujo” no era solo un adjetivo publicitario, sino el código de vestimenta.

Pasé el resto del día entre el trabajo y buscando algo decente que ponerme, porque cuando mi hermano iba a uno de estos eventos, lo hacía como si asistiera a la boda de algún miembro de la realeza, y yo quería estar a la altura.

Gracias a Dios que teníamos a Aitana en el bufete y ella era una perfecta estilista personal y me ayudó a escoger, o me habría puesto el vestido que usaba para esas citas a ciegas a las que nunca acudía con muchas expectativas.

El día se me pasó más rápido de lo que imaginaba y cuando quise darme cuenta, ya estaba saliendo de mi casa vestida para deslumbrar, palabras de Aitana, por supuesto.

El salón de eventos del hotel en el que se celebraba el evento estaba vestido de gala. Luces tenues, copas de cristal, moqueta que absorbía el sonido de los tacones y camareros que parecían salidos de una revista de estilo masculino. En el centro, cubierto por una gran tela negra, el coche estrella de la noche que esperaba su revelación como si fuera un secreto de Estado.

Yo llevaba un vestido negro largo, de satén, con escote cruzado y espalda descubierta. Ceñido en la cintura y con una discreta pero provocativa abertura en la pierna izquierda. No era un vestido para esconderse. Era un vestido para que te miraran… y no se atrevieran a decir nada. Tacones de aguja, bolso dorado y ondas suaves en el cabello. Todo perfectamente calculado. Porque si iba a asistir a un evento lleno de egos y etiquetas, no tenía que pasar desapercibida.

—Estás increíble, Noe —me dijo Tomás al verme aparecer en el vestíbulo.

—Ya lo sé. Tú también estás muy "he venido a cerrar tratos millonarios". ¿Dónde es el desfile de trajes?

—Al fondo, junto a la zona de canapés. Aunque espero que no los confundas con clientes.

—Depende de lo caros que parezcan —respondí mientras me colgaba de su brazo y él se reía, negando con la cabeza.

Nos adentramos entre la multitud y, mientras mi hermano mayor saludaba, yo fingía que me interesaba por nombres que olvidaría en cinco minutos. Me mantenía alerta a posibles interacciones que me hicieran bostezar en público o querer tirarme por la escalera de mármol.

Y ahí, entre conversaciones murmuradas y risas con burbujas de champán, lo vi.

Alexander Montenegro.

Si el día anterior con traje a medida ya parecía una fantasía fabricada en Italia, esa noche en esmoquin negro era directamente un atentado al autocontrol. Alto, impecable, corbata negra perfectamente anudada, camisa blanca con ese leve brillo que solo tenían las de marcas que no se pronunciaban con facilidad, y barba de dos días como si no le importara demasiado la perfección, pero, aun así, la lograra. No hacía falta que hablara. Las miradas femeninas que se giraban al paso lo decían todo. Él lo sabía. Y eso era lo peor: sabía perfectamente lo atractivo que era.

Y entonces, el destino, o mi hermano, decidió estrellarnos una vez más.

—Noelia —dijo Tomás, sonriendo como quien no veía venir un incendio forestal—, te presento a Alexander Montenegro. El anfitrión de esta noche.

Alexander sonrió. Tranquilo. Elegante. Como si no hubiera desgarrado mi pantalón vía canina poco más de veinticuatro horas antes.

—Encantado de conocerte —dijo, tendiéndome la mano.

Yo la acepté para estrecharla. Fría. Controlada. Pero con mi mejor sonrisa de “me encantaría clavar un tenedor en la mesa”.

—Oh, no hace falta presentarnos —solté—. Ya tuve la desgracia de conocerlo ayer… cuando su perro endemoniado me mordió el pantalón en plena calle.

Alexander arqueó una ceja, divertido. No sorprendido. Ni avergonzado. Divertido**.** Lo que me hizo hervir por dentro.

—Valentino tiene carácter —respondió—. Suele detectar ciertas energías…

—¿Y también detecta la seda italiana y decide desgarrarla con cariño? Qué sofisticado.

—Noelia… —dijo mi hermano a modo de advertencia, con tono diplomático, eso sí—, seguro que fue un malentendido. Alexander es… bastante apreciado en el mundo empresarial, sobre todo en el gremio de la automoción. Estoy pensando en comprar un coche en su concesionario.

—¿En serio? —dije, girándome hacia mi hermano con expresión de falsa sorpresa— Yo preferiría que se lo compraras a Rodrigo, el hijo de Pepe, nuestro vecino de toda la vida. Tiene su concesionario en el centro. Mucho más auténtico.

Y con una sonrisa helada, me giré.

—Disculpadme. Voy por una copa. Me vendrá bien después de recordar a Valentino y su afición por mis pantalones.

Los dejé atrás, escuchando a Tomás disculparse con Alexander.

—No te lo tomes a mal… mi hermana no es muy fan de los perros desde que uno la mordió cuando tenía cinco años. Nunca lo superó del todo.

Genial, así que la mejor manera que había encontrado mi hermano para disculparse era la de contar uno de mis peores traumas con un perro. Tener hermanos para esto.

Con la copa en la mano, me acomodé en un rincón estratégico. Desde allí podía observar sin ser parte del espectáculo. Alexander seguía hablando con Tomás, ahora acompañado de un pequeño grupo de inversores, como si nada hubiera pasado. No se le movía una pestaña. Impecable. Seguro de sí mismo. Arrogante hasta en la forma de sostener la copa de champán.

Sí, muy atractivo, pensaba mientras le daba un sorbo al vino. Y muy elegante. Y ese esmoquin no le quedaba bien… le quedaba criminal.

Pero entonces recordé la maldita tarjeta y el tono condescendiente del "llame a mi secretaria y añada los zapatos si lo desea", y recuperé mi compostura con rapidez.

Perfecto, guapo y con un perro que me odia. Un trío encantador.

Esa noche me prometí dos cosas: Primero, no volver a pisar un evento donde hubiera esmóquines y motores involucrados. Y segundo, que si Alexander Montenegro volvía a cruzarse en mi camino… más le valía que Valentino estuviera bien atado. Y muy lejos.

Me giré levemente para comprobar si Alexander aún estaba allí. Y claro que estaba. Rodeado de inversores y hombres con relojes tan brillantes que podrían haber iluminado una cueva. Y, aun así, su mirada se desviaba. Hacia mí.

Yo, como toda mujer que se respetaba, fingí estar muy interesada en los canapés.

—¿Noelia? —una voz masculina a mi derecha me sacó del cacao mental. Me giré y vi una cara conocida.

—¡Fernando! —exclamé. Era uno de los antiguos compañeros de la Facultad de Derecho, ahora abogado corporativo en alguna firma de nombre inabarcable.

—¡No me lo puedo creer! Estás igual… Bueno, mejor. No, espera. Eso sonó mal. O muy bien. No sé. ¿Te he dicho que tengo gemelos de seis meses y duermo una media de tres horas? —dijo, como si de ese modo excusara su cacao mental, y me eché a reír.

—Ahora todo tiene sentido. No sabía si me estabas saludando o cantando una nana.

—Un poco de ambas. Dios, qué alegría me da verte. Esto está lleno de gente que parece hecha por una impresora 3D.

—Gracias, también estoy perfectamente plastificada —le respondí alzando la copa.

—Vienes con Tomás, ¿no?

—Sí. Estoy de hermana decorativa esta noche. Él hace negocios y yo pretendo no golpear a nadie con el bolso.

Fernando rio fuerte. Y luego, entre anécdotas de pañales, biberones y noches sin dormir, casi me olvido de Alexander. Casi.

Porque su mirada seguía apareciendo en mis márgenes visuales, como un paréntesis que no sabía cómo cerrar.

—¿Y tú? —preguntó Fernando, mientras una camarera le ofrecía un canapé que cogió sin mirar— ¿Tienes pareja? ¿Mascotas?

Solté una carcajada casi histérica.

—¡Oh, sí! Me estoy viendo con un perro salchicha, que odia mis pantalones y quiere marcarme como suya.

Fernando me miró, confundido, y me encogí de hombros.

—Larga historia.

Unos minutos después, cuando Tomás volvió a interceptarme, yo estaba llorando de risa con Fernando.

—¿Qué has hecho ahora? —me preguntó mi hermano.

—¿Yo? Nada. Solo que me he enterado de que los gemelos de Fernando ya tienen seis meses y dominan el arte del vómito sincronizado.

—Fantástico. ¿Puedes dejar de hacer reír a mis contactos importantes? Parecen humanos cuando se ríen. Eso asusta.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

—¿Quieres ver el coche?

—¿Es ahora cuando lo sacan de la cueva sagrada?

—Exactamente. Ven.

Nos acercamos al centro del salón. Una voz grave y pausada empezó a hablar sobre diseño, velocidad, eficiencia y "el futuro de la movilidad con alma". La tela cayó. El coche era… bueno, un coche muy caro. Rojo brillante. Líneas agresivas. Carrocería que parecía susurrar.

—¿Te gusta? —preguntó mi hermano en un susurro.

—No sabría decirte. Yo elegí el mío por el tamaño del maletero. Esto parece más bien un grito de testosterona con ruedas.

—Eres un encanto.

—Lo sé.

Y entonces, una presencia. A mi lado. Impecable. Suave.

—¿Te gustaría probarlo algún día?

Giré. Alexander.

—Tú eres el que vende el alma incluida, ¿no?

—La ofrezco. Pero cada cliente elige qué parte del alma cede a cambio.

—Interesante estrategia de marketing.

—Funciona. —Me miró con intensidad. No fue descarado, pero sí directo.

Tomás interrumpió antes de que Alexander pudiera lanzarme otro comentario disfrazado de cortesía.

—Nos están esperando en el salón contiguo para el cóctel privado. ¿Vienes, Noe? —preguntó.

—Claro —dije—. Pero que conste que solo voy por los canapés. Si alguno tiene *foie*, quiero una foto con él.

—Sí, sí. La diva de los entrantes ha hablado —respondió Tomás.

Y Alexander rio. Su risa era suave, grave. No ayudaba en nada a mi intento de no sentirme arrastrada por su magnetismo involuntario.

El resto de la noche transcurrió entre charlas, brindis, un pequeño discurso de Tomás que logró no aburrir a nadie, lo cual fue como un milagro navideño, y risas en rincones inesperados. Me encontré hablando con una periodista de moda que pensaba que yo era diseñadora. Le seguí el juego solo por diversión.

—¿Cuál es tu inspiración? —preguntó ella.

—Perros agresivos, pantalones rotos y hombres demasiado guapos —respondí con una sonrisa.

Ella aplaudió. Y se lo creyó. Alexander se me acercó una vez más, ya al final.

—¿Te has divertido? —curioseó.

—Contra todo pronóstico, sí.

—Espero no haber arruinado tu noche.

—Todavía no has soltado a Valentino dentro del salón, así que vas bien.

—Gracias por venir. Aunque me odies un poco.

—No te odio. Me resultas… inconvenientemente encantador.

Él sonrió. Esa maldita sonrisa. Y yo, bueno… me fui con Tomás, hablando de todo y de nada, mientras él me molestaba por el color de mis uñas y yo le decía que parecía un espía con su corbata de James Bond.

Y mientras salíamos, juraría que Valentino, desde la limusina en la que acababa de subirse Alexander, me guiñó un ojo.

Capítulo 4



Jueves. O lo que en mi vida profesional significaba: el día en que todo explotaba antes del viernes.

Llevaba tacones de vértigo, una carpeta bajo el brazo y el moño más firme del mes cuando me crucé con Martina en el pasillo del bufete.

—Tomás te busca —me dijo con su habitual tono de drama controlado, como si acabara de detectar un apocalipsis nuclear—. Algo sobre la prensa y la reunión de inversores de esta tarde.

—Genial. ¿Algo más?

—Sí. Pablo ha vuelto a imprimir ochenta y siete copias del contrato equivocado. Y se ha encerrado en el baño del pánico.

Suspiré. Otra mañana normal en el paraíso legal.

—¿Le has dejado galletas debajo de la puerta? —pregunté.

—Y una nota que decía “cree en ti, pequeño saltamontes” —contestó con seriedad. Nos miramos, y nos reímos—. Aitana intentó consolarlo cantando “Color Esperanza”, pero él gritó que eso solo aumentaba su ansiedad.

—Perfecto. La mañana está completa.

Pasé por la sala principal, saludé a Aitana, que estaba peleándose con el cable del teléfono del mostrador como si se tratara de una serpiente anaconda, y entré en el despacho de mi hermano. Estaba al teléfono, apuntando cosas frenéticamente. Me hizo una seña de espera.

Yo aproveché para asomarme por la ventana que daba a la calle. Y fue ahí. Exactamente ahí. Donde lo vi.

Valentino. Corriendo por la acera como si fuera el protagonista de *Fast & Furious: Versión Patas Cortas*. Sin correa. Sin dueño. Con la lengua fuera y la cara iluminada por la pura maldad.

—No —murmuré—. No. No puede ser.

Y como si me hubiera oído, porque claramente era satánico y entendía el idioma humano, dobló en seco, cruzó la calle… y entró al portal del bufete.

—¡NO! —grité, saliendo disparada del despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermano desde detrás, alarmado.

—¡Tu amigo el millonario perdió a su mascota del infierno!

Bajé las escaleras con el corazón desbocado y los tacones haciendo un escándalo digno de los gritos de una cantante de ópera. Entré justo a tiempo para ver a Valentino metido debajo del mostrador, gruñendo.

Aitana chillaba como si estuviera en alguna película de terror, Pablo había salido del baño y se había tropezado con una de las plantas, y Martina se había subido a una silla, agarrando el Código Civil como si fuera un escudo medieval.

—¡Juro que ese perro me odia! —gritó Aitana.

—¡Nos odia a todos! ¡Es el anticristo con orejas! —replicó Martina desde su trinchera improvisada.

Y ahí, entre el caos, apareció él. Alexander Montenegro.

Con el traje ligeramente desordenado. El pelo algo revuelto. Respirando con fuerza. Y, aun así, aun así, irradiando esa maldita perfección sin esfuerzo que lo hacía parecer el CEO de una película en la que el galán se reformaba al final y creaba una ONG.

—¡Valentino! —gritó con autoridad.

El perro se detuvo. Lo miró. Luego me miró a mí. Y me gruñó.

—¿En serio? —le espeté— ¿Otra vez tú?

Alexander se acercó, cogió a Valentino en brazos y lo acarició con toda la ternura que merecería un cachorrito recién nacido.

Solo que no lo era. Era Lucifer en versión salchicha.

—Se me escapó en el parque —dijo, jadeando—. Lo siento mucho. Tiene obsesión con entrar a los edificios.

—¿O conmigo? Porque ya no sé si me quiere marcar como territorio o sacrificarme en un ritual.

—Noelia —intervino mi hermano en ese momento, apareciendo detrás de mí—. Tranquila. Ya está todo bien.

—¡No! No está bien —señalé a Alexander—. Su perro tiene una vendetta personal contra mis pantalones y mi estabilidad emocional.

Alexander me miró y sonrió. Sí, sonrió, esa maldita sonrisa que me desestabilizaba por completo.

—Quizá solo intenta llamar tu atención.

—Pues que pruebe con flores. No con mordiscos —protesté, y de pronto se hizo el silencio.

Pablo estornudó, Martina bajó lentamente de la silla y Aitana hizo una foto rápida del perro, obviamente.

Tomás puso cara de “antes de que esto escale” y tomó el control.

—Alexander, ¿te quedas a la reunión? Ya que estás aquí, podrías aprovechar. Vamos a hablar del patrocinio con los medios.

—Claro —dijo él—. Si la señorita Romero no planea atacarme con la grapadora.

—Depende de si me traes el perro atado.

—Lo haré. Te lo prometo.

Me giré para irme. Pero antes de entrar en mi despacho, lancé una última mirada a Valentino, que me observaba desde los brazos de su dueño, y vi que tenía esa expresión de “volveré”. Me apunté mentalmente llamar a una tarotista.

Ya en mi oficina, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y me dejé caer en la silla.

Estaba sudando, respirando fuerte y con el maquillaje aún intacto, milagrosamente, pero con el alma alterada.

Miré hacia la ventana. Y me reí sola.

Porque estaba claro. Ese perro no había aparecido en mi vida por casualidad. Ni su dueño tampoco.

Una hora después, me topé con Pablo saliendo de la sala de copias. Llevaba una carpeta en la mano y una expresión de derrota muy poco decorativa.

—¿Ya respiras normalmente? —le pregunté.

—Lo estoy intentando. Estaba repasando el caso del préstamo de los desarrolladores urbanos… y olvidé cambiar la cláusula del artículo 7. Otra vez.

—Pablo. Estás trabajando en el caso más importante de la inmobiliaria desde el escándalo de las grúas ilegales. Respira. Imprime solo una copia y tráela a mi despacho.

—¿Solo una? ¿No vamos a colapsar el Amazonas otra vez?

—No, campeón. Vamos a salvarlo —respondí, y él sonrió débilmente.

—¿Sabes qué? Si salimos vivos de este juicio, te invito a cenar. Con vino caro. Y sin cláusulas.

—Solo si no me haces firmar un contrato de confidencialidad —le dije, guiñándole un ojo.

Después subí al despacho de Tomás. Estaba más relajado, aunque aún con el ceño fruncido. Para ese entonces, por suerte para mí, Alexander y su engendro salchicha ya no estaban.

—Yo vine antes porque me dijo Martina que me buscabas —comenté entrando tras llamar—, pero llegó Lucifer con su amo, y…

—Por Dios, Noe —volteó los ojos.

—¿Qué? Ese perro es un demonio. Bueno, ¿qué necesitabas de mí? —pregunté, sentándome frente a él.

—Saber si has podido hablar con algún periodista para lo que comentamos del caso del empresario.

—Todavía no. Pero en el evento, mientras hablaba con Fernando, me comentó que conoce a una periodista que podría ayudarnos a filtrar algo sin comprometer al juzgado.

—Perfecto. ¿Y sobre los inversores? Si los medios se enteran antes de tiempo, nos van a freír. Necesito que manejes eso con pinzas, Noe.

—Déjamelo a mí. No será la primera vez que tengo que lidiar con tiburones vestidos en traje.

—O perros asesinos.

—Te odio —murmuré, pero sonreí, mientras me levantaba para irme de regreso a mi despacho y llamar a Fernando para hablar con él.

Tras una jornada llena de llamadas y el susto del perro salchicha infernal, me despedí de todos y fui a comer algo rápido mientras seguía planeando el regalo de aniversario para mis padres. Tras el último sorbo al café, recordé el primer día que vi a Valentino, a quien paseaba Julieta, que dijo ser la dueña de un salón de estética que había visto miles de veces al marcharme a casa.

Eché un vistazo a mis uñas y vi que estaban en un estado que rozaba el delito estético, así que decidí ir a visitar el salón por primera vez.

Nada más entrar, Julieta me recibió con una sonrisa radiante y el aroma a crema de vainilla y eucalipto.

—¡Hola! Estoy terminando con una clienta. ¿Qué necesitas? Si es por Valentino otra vez…

—No —reí—. Solo he pensado en pasar y hacerme algo.

—Claro. Siéntate, en un momento te preparo el puesto y estoy contigo. ¿Qué has pensado?

—Perfecto. Además de una manicura, necesito algo sutil, elegante, pero que grite “soy una mujer que sobrevive ataques caninos y todavía tiene estilo”.

Se echó a reír.

—Ay, Valentino…

—Ese perro es odioso. Tiene alma de demonio y una fijación patológica conmigo.

—¿Y Alexander? Ya sabes, su dueño —sonrió con picardía.

—Demasiado perfecto. Demasiada sonrisa de comercial. Demasiado “oh, qué pena que mi perro haya intentado comerte otra vez”.

Julieta soltó una carcajada y me cogió las manos.

—Ya me caes bien. Y tengo la sensación de que vamos a llevarnos genial.

—Lo mismo pienso yo. Necesito a alguien que me diga que cortar a un hombre por tener un perro demoníaco no me hace insensible.

—No te hace insensible. Te hace viva. Y con criterio.

Nos reímos. Ella terminó con la clienta y, tras despedirla, me puse literalmente en sus manos. Charlamos de todo: uñas, bufetes, familia,

conspiraciones perrunas, y me hizo un corte de cabello muy sutil, casi imperceptible, solo para sanear y que creciera más fuerte y sano.

—Por cierto —dijo Julieta mientras me limaba la uña—. ¿Quieres un café? Te invito. Para compensar el desastre de tus zapatos después del ataque de Valentino. ¿Qué número de calzado tienes? Te voy a conseguir algo maravilloso.

—No me recuerdes ese momento, que mis zapatos pasaron a mejor vida —suspiré.

—Que en paz descansen esos guerreros fallecidos en acto de servicio —contestó mientras se santiguaba, y yo me reí tan fuerte que casi me clava la lima—. No te voy a cobrar la manicura hoy —añadió—. Y te quiero mostrar un tratamiento facial que te va a encantar. Porque si ese hombre perfecto sigue viniendo con ese perro endemoniado, más vale que estés preparada para que vea lo que se está perdiendo.

—Julieta, ¿te casas conmigo?

—Solo si en la boda no invitamos a Valentino —respondió, y nos reímos como adolescentes.

Y al salir, con mis uñas impecables, mi café en la mano y el corazón un poco más liviano, entendí algo.

Tal vez el caos del jueves no era tan malo. Tal vez necesitaba una dosis de perro endemoniado, una pizca de Alexander y mucha Julieta en mi vida.

Y tal vez, solo tal vez, el cambio que estaba buscando no era solo estético. Era empezar a disfrutar, aunque fuera solo un poco, del caos que me rodeaba cada día.

Capítulo 5



No sabía cómo lo hacía, pero mi madre lograba que todos los años su aniversario pareciera una gala de premios. Y eso que esta vez dijo que “solo quería algo íntimo, una comida sencilla”. En su lenguaje, eso significaba que el restaurante estaría preparado para recibirnos en ese reservado en el que ellos tuvieron su primera cena, donde todo estaría perfecto para recibirnos.

Mantel blanco, una buena cubertería, copas de cristal de Bohemia, el mejor vino y, cómo no, los platos más exquisitos y deliciosos.

Tomás y yo llegamos puntuales. Él, como siempre, con su americana perfectamente planchada, gafas nuevas y ese aire de abogado que no sabía relajarse ni el fin de semana. Yo, con un vestido verde esmeralda, midi, con botones dorados y cinturón fino. Pelo suelto, labios nude y unas sandalias de tacón cuadrado que me hacían sentir equilibrada y elegante. Aunque llevaba un par de bailarinas en el bolso por si las moscas. Previsión: nivel secretaria profesional.

Nuestros padres ya estaban sentados, y en cuanto nos vieron, se les dibujó esa sonrisa que solo los padres que querían a sus hijos con locura y devoción tenían.

—¡Ay, mis niños preciosos! —exclamó mi madre, levantándose para abrazarnos como si hubiéramos cruzado el Atlántico a nado para llegar hasta allí.

Mi padre nos recibió con un abrazo algo menos efusivo, pero no por eso nos quería menos. Llevaba su inseparable chaqueta de lino y ese pin de la Real Academia de la Lengua que nadie le pidió que usara, pero del que se sentía secretamente orgulloso.

—Parece mentira que sigamos celebrando esto —dijo mi madre levantando la copa cuando ya estábamos los cuatro sentados—. Treinta y cinco años casados y cuarenta juntos. ¡Y ninguno de vosotros ha heredado nuestra capacidad para mantener una relación!

—¡Brindemos por eso! —dije yo, levantando mi copa con sarcasmo— Por los padres casados y los hijos emocionalmente disfuncionales.

Mi padre rio con su típica carcajada suave antes de hablar.

—Nosotros tuvimos suerte. Y un poco de inconsciencia. El amor a veces se parece a firmar un contrato sin leer la letra pequeña.

—Por eso tú terminaste en literatura y no en derecho —bromeó Tomás.

Y tras esa primera copa, nos servimos una segunda. El pan llegó caliente y los platos empezaron a desfilar. Hablamos de libros, del nuevo club de ajedrez del barrio, de los talleres de pintura donde mi madre "estaba encontrando su yo cromático interior" y del vecino nuevo que tenía pinta de actor retirado de culebrón venezolano.

—¿De verdad no tenéis ninguna novedad sentimental que contarnos? —preguntó mi madre en un tono que intentaba parecer casual, pero no lo logró.

Tomás bebió, y yo miré a mi plato como si la berenjena gratinada fuera capaz de salvarme.

—No por ahora —respondí, al fin—. Pero tengo una buena racha con citas a ciegas. Tres fracasos en dos meses.

—Y eso que Aitana se está esforzando mucho —añadió Tomás, divertido.

—Sí. En conseguir que me haga monja.

—Hija, por Dios —dijo mi padre, que estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—Es verdad, papá, y ya sabes que el negro me estiliza.

—No te veo en un cuartito pequeño viviendo, hermanita —rio mi hermano.

—Todo es acostumbrarse —me encogí de hombros.

—Y tú, ¿qué, hijo? —preguntó mi padre— Esa chica que vimos contigo el otro día en la puerta del bufete… era muy guapa.

Mi hermano se aclaró la garganta, y mi madre, como era habitual en esos casos, le miró de un modo intenso, como si fuera un detective.

—¿Aitana? —preguntó, saboreando cada letra como si fueran su postre favorito— Solo es la recepcionista. Y muy buena en su trabajo —dijo, esquivando el tema como un profesional.

Yo volteé los ojos, porque lo que le costaba a mi hermano reconocer que le gustaba Aitana no tenía precio.

—Y con eso, oficialmente iniciamos la temporada anual de negaciones amorosas —anuncié, y continuamos comiendo mientras reíamos por esas anécdotas que mis padres nos contaban sobre todos esos años juntos.

Después del postre, cuando mi madre se secó las lágrimas y mi padre suspiró como si acabara de ver una película de su juventud, se produjo ese silencio cálido y lleno que solo aparecía entre personas que se querían mucho y no necesitaban llenar cada espacio con palabras.

Hasta que, como siempre, mi madre decidió romperlo.

—¿Os hemos contado alguna vez cómo nos enteramos de que estaba embarazada de Tomás? —preguntó con los ojos brillantes y la voz un poco más aguda de lo habitual— Fue una noche de tormenta. Yo tenía náuseas desde la tarde y creía que era el pescado. ¡Qué ingenua! Tenía retraso, pero pensé que era el estrés.

Mi padre asintió con aire solemne y, sin que se diera cuenta, se le dibujó una sonrisilla en los labios.

—Yo, en cambio, lo sospeché antes. Me acuerdo que le dije: "Tú no te quejas así por un pescado. Eso es algo más". Y ella me dijo: "¡No seas dramático, hombre!" —dijo, imitándola con cariño y una risita burlona.

—¡Eso fue exactamente lo que dije! —reconoció mi madre, llevándose una mano al pecho— Y luego, esa noche, salimos corriendo bajo la lluvia a buscar una farmacia. Yo con una bolsa de plástico en la cabeza porque no encontraba el paraguas.

Mi hermano y yo nos reímos, porque sí, nos imaginamos a mi madre en aquel momento.

—¿Y el test? —preguntó él, curioso.

—Lo hicimos en casa de la vecina —interrumpió mi padre entre carcajadas—. Porque el calentador del baño que teníamos se estropeó justo en ese momento y no salía agua caliente. Recuerdo a la pobre Encarnita con su camisón de flores abriéndonos la puerta a las once y media de la noche.

—Y luego, cuando salió positivo, me eché a llorar como una Magdalena. Pero de alegría. Y tu padre me abrazó tan fuerte que pensé que iba a desmayarme —añadió mi madre con una sonrisa que parecía hecha de luz.

—¿Y conmigo? —pregunté, con una sonrisa pícara.

—Contigo fue peor —contestó ella, riéndose—. No me lo esperaba en absoluto. Tomás solo tenía cinco años, yo estaba agotada, me acababan de dar un ascenso y, de pronto, otra vez lo mismo: mareos, cansancio, ese deseo incontrolable de comer aceitunas con chocolate.

—¡Por Dios! —exclamé con una muesca de asco al pensar en esa mezcla de sabores.

—Créeme, hija, en ese momento me parecían un manjar.

—Y cuando me lo dijo —intervino mi padre—, me quedé en blanco. Recuerdo que miré al horizonte mientras en mi cabeza se formaban preguntas una y otra vez. Nunca pensamos en tener más hijos, pero cuando me hice a la idea, le dije: “Pues adelante, como si vienen más y acabamos con un pequeño equipo de fútbol”.

—Y aquí estás tú —añadió mi madre, mirándome con una mezcla de orgullo y ternura—. Con tu vestido verde, tus sandalias de tacón cuadrado y ese aire de mujer que aún no lo sabe, pero ya está lista para todo.

—Excepto para el fútbol —respondí—. El de los deportes siempre ha sido él —señalé a mi hermano mayor.

Y acabamos riendo de nuevo. Una carcajada sincera y amplia, de esas que salían de lo más profundo y resonaban por todo el lugar.

—Hablando de estar listos —dijo mi padre, estirándose un poco en su silla—. Vosotros ya tenéis edad de… bueno, de tener a alguien que os ame tanto como nosotros nos hemos amado. Además de nosotros, claro, que os queremos con locura.

Tomás se removió, incómodo.

—¿Y ahora es cuando empieza el discurso de "Queremos ser abuelos"? —pregunté, medio en broma, pero sabiendo que por ahí iba la cosa.

—A mí no me importaría —dijo mi padre elevando ambas cejas—. Me haría ilusión, la verdad. Aunque sea para volver a leer cuentos y enseñar a montar en bici. O a hacer crucigramas, si son unos cerebritos.

—Bueno… —dije, sonriendo con malicia— Yo estoy dispuesta a adoptar.

—¡¿Qué?! —gritó mi madre, abriendo mucho los ojos.

—Un gatito —aclaré, mientras tomaba un sorbo de agua con toda la inocencia del mundo.

Tomás dejó caer el tenedor con un tintineo teatral.

—No me hagas esto, Noe. Tú sabes que los gatos me odian. Es mutuo. Somos incompatibles. Como el kétchup y la paella.

—¡Exagerado! —dije— Solo te ignoran.

—¡Me escupió, Noelia! ¡Me escupió un gato!

—Eso fue un estornudo felino.

—Eso fue malévolo —dijo, señalándome como si estuviera en un juicio —. Tenía esa mirada… la del diablo en miniatura.

—Entonces que adopte un perrito —comentó mi madre, toda maternal, y yo la miré como si acabara de sugerir un pacto con el demonio.

—¡Ni en broma! No desde que un perro salchicha salido de las entrañas del infierno decidió arruinar mi vida.

—¿Qué perro salchicha? —preguntó ella, extrañada— ¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar del tema —dije, cruzándome de brazos—. Siempre que pienso en ese engendro, de alguna manera, aparece. Como si tuviera un radar místico de mis emociones.

—Noe… —insistió Tomás— ¿Te refieres al perro de Alexander?

—No estoy confirmando ni negando nada.

—¿Has conocido a alguien? ¡Ay, hija, qué ilusión! —exclamó mi madre con un brillo en los ojos, que bien podrían pensar que le acababa de decir que me había tocado la lotería.

—¡Mamá, por Dios! —me llevé las manos a la cara— ¡Estamos en público!

—Tranquila, la mitad de la gente aquí está hablando de sus cosas, y la otra mitad ni siquiera nos mira.

Mi padre se reía tanto que tuvo que quitarse las gafas.

—Un perro salchicha infernal —repitió entre risas—. Esto tengo que anotarlo.

—Pues ríete, pero yo no puedo ni pisar la calle por donde él pasa sin sentir que me va a salir corriendo y lanzarse a mis tobillos.

—¿Y el dueño? —preguntó mi madre, con la sutileza de una excavadora.

—Es… amable. Inteligente. Tiene unos ojos… raros. En el buen sentido. Pero no quiero hablar de eso.

—Entonces hablemos de otra cosa —dijo mi padre, enderezándose en la silla con una sonrisa misteriosa—. Como de tu regalo —sonrió mirando a mi madre y sacó una cajita del bolsillo de su chaqueta y se la entregó.

Ella la cogió con manos temblorosas y, al abrirla, encontró un anillo de platino con un rubí engarzado en el centro. En el interior estaba grabada la fecha actual junto al aniversario correspondiente, treinta y cinco años de casados.

—Es precioso —dijo casi sin voz, con los ojos vidriosos, y ambos se dieron un beso mientras se miraban con ese amor que siempre habíamos visto en ellos.

Tomás y yo nos miramos. Él sacó la caja de la bolsa, envuelta en papel plateado.

—Esto es para vosotros —dijo mientras se la daba a mi madre—. Por todos los años que lleváis enseñándonos a amar... a vuestra manera.

Dentro había fotos antiguas, cartas manuscritas nuestras, una reproducción de la entrada del cine donde tuvieron su primera cita y una nota final que decía:

«Gracias por enseñarnos que el amor no es perfecto, pero sí valiente».

Mi madre sonrió y vi que se humedecían los ojos, así que aproveché para darles el otro regalo.

—Esto también es vuestro —sonreí.

Mi madre cogió la caja envuelta en papel dorado con un lazo negro, miró a mi padre y ambos sonrieron.

Y comenzaron a abrirla juntos. Mi padre deshizo el lazo con parsimonia, como si fuera una carta importante. Mi madre quitó la tapa y se le escapó un leve grito al ver el contenido. Dentro, encontró una pequeña maqueta de la Fontana di Trevi y parpadeó. Luego vio el sobre que estaba debajo. Lo abrió con manos temblorosas y leyó en voz baja.

—Dos billetes a Roma. Una semana. Hotel cerca del Trastevere. Cena reservada en el mismo restaurante donde me pediste matrimonio. — Después de leer, se cubrió la boca y nos miró.

Y empezó a llorar. Mi padre también. Pero esta vez eran lágrimas diferentes. Más profundas. Más serenas. Como si el amor, después de tantos años, aún supiera sorprenderlos.

—No era necesario —murmuró mi madre—. Con que estuvierais aquí… ya era suficiente.

—Pero vosotros nos habéis enseñado tantas cosas —dijo Tomás, sin ironía esta vez—. Que el amor no se trata solo de mariposas. También es saber quedarse cuando la magia se apaga un poco. Reírse. Perdonar. Cuidarse en lo pequeño.

—Y dejarse cuidar —añadí yo, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas sin que las esperara.

Nos abrazamos los cuatro. Un abrazo fuerte y largo como cuando era pequeña. Como si quisiéramos fijar ese momento en la piel, en la memoria, en la historia familiar.

Cuando salimos del restaurante, el sol ya bajaba, y la calle tenía ese olor a junio que siempre me hacía pensar en infancia y veranos sin horarios.

—Bueno —dijo mamá, acomodándose el bolso—. Ahora que ya tengo viaje… ¿Puedo llevarme ese vestido verde en la maleta?

—¡Mamá!

Nos reímos. Otra vez. Porque con ellos, siempre había motivos para hacerlo.

—Vale, vale, no me lo prestas para el viaje. Pero, ¿sabes? Deberías usarlo cuando vuelvas a encontrarte con ese chico... el del perro. Se te iluminan los ojos cuando lo mencionas.

—¿Qué? Mamá, por Dios, si casi no le conozco.

—Solo digo lo que veo, porque observo a mis hijos. Te lo digo con amor, cariño. Y con un poco de intuición femenina —murmuró haciéndome un guiño con una sonrisilla en los labios.

Nos despedimos entre risas y besos, y caminé hacia mi coche con una sonrisa idiota en la cara. Porque tenía razón. No sabía bien por qué, pero, al

pensar en Alexander, algo se me removía por dentro…

Y eso era lo peor.

Capítulo 6



Miércoles, y para llegar al momento exacto de la tarde en el que me encontraba, os contaré cómo empezó todo…

Un correo el lunes por la mañana, a primera hora, fue el detonante.

*«**De:** Tomás Romero*

***Asunto:** Evento solidario. Urgente.*

Noelia, necesito que coordines el evento del miércoles con Alexander Montenegro. Él se ofreció a colaborar con nosotros y patrocinará parte de la jornada. Llama a su equipo y pon todo en marcha. Confío en ti».

Me quedé mirando la pantalla con una mezcla de pánico, indignación y algo que probablemente era principio de una gastroenteritis, porque me estaba encontrando fatal.

—¿En serio, Tomás? —murmuré.

—¿Decías algo? —preguntó Pablo, asomándose con una carpeta torcida y una mancha de café en la camisa.

—Sí. Que la vida es cruel.

—Oh. ¿Otra vez lo del perro?

Suspiré.

—Ni lo menciones, que ese engendro tiene un radar y sabe cuándo pienso en él —le pedí, y me levanté para ir a por un café.

Y de paso aproveché para salir a la puerta de la calle y que me diera un poquito el aire, aunque no es que hiciera mucho de eso, ya que el calor en junio estaba siendo un suplicio.

—Noelia, cariño, mírame a los ojos —dijo Aitana cuando entré unos minutos después, mirando mi móvil—. Tengo al candidato perfecto para ti. Alto, inteligente, trabaja en recursos humanos. Tiene sentido del humor y no cree en la homeopatía.

—Guau —dije, sin levantar la vista de la pantalla—. Un unicornio real.

—¿Me lo tomo como un sí?

—Tómalo como un “no quiero más citas a ciegas que terminan con tipos que me preguntan si tengo un *OnlyFans* o que creen que Nietzsche es una marca de vodka”.

Martina, que acababa de entrar por la puerta recién llegada del juzgado, dejó escapar una carcajada.

—¿Otra vez Aitana con su consultorio sentimental?

—¡Es que no entiendo cómo esta mujer está soltera! —dijo Aitana, señalándome como si fuera un bicho raro, o un animal en extinción— Tiene criterio, ironía, buen gusto. Y pestañas naturales.

—Estoy pensando seriamente en desistir de la vida amorosa —añadí, bloqueando el móvil y metiéndolo en el bolsillo de mi pantalón—. Y entregarme al Señor.

—¿Qué señor? —preguntó Martina, alzando una ceja.

—A Dios. Convento. Silencio. Jardines y sandalias. Estoy visualizándolo.

Y tras mis palabras, las tres estallamos en carcajadas.

—¿Y qué harás cuando el voto de castidad te impida leer literatura erótica? —preguntó Aitana.

—Le rezaré a Santa Paciencia para que me dé fortaleza.

Justo entonces se abrió la puerta de entrada del bufete y un hombre alto, trajeado y con cara de pocos amigos asomó la cabeza.

—Disculpen. Busco a Tomás Romero.

Aitana se recompuso en un segundo, activando su modo “recepcionista profesional”.

—Enseguida lo localizo, señor. Tome asiento un momento, por favor.

El cliente obedeció y Aitana desapareció por el pasillo.

Martina y yo nos escabullimos entre risitas hacia nuestros respectivos despachos. Ni cinco minutos hacía que me había sentado, cuando me vibró el móvil y vi que era Fernando.

—¿Sí? —respondí.

—Noelia, tienes luz verde con la periodista que puede ayudarte con el tema mediático del caso del empresario. Te paso el contacto por mensaje.

—Perfecto. Gracias, Fernando. ¿Algún detalle que deba saber antes de llamarla?

—Sí. Se llama Bianca. Tiene experiencia en estos temas de crisis de reputación.

—Perfecto, justo lo que necesitamos. El empresario está muy preocupado. Quiere que esto se lleve con máxima discreción.

—Ya imagino. Buena suerte y, cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

—Claro, muchas gracias, Fernando. A ver si nos vemos para tomar un café y te doy un regalito para los gemelos.

—Mejor regálame una noche de hotel para mí solo, necesito dormir más de tres horas seguidas.

—Qué bonito es ser papá, ¿eh? —reí.

—Si le quitas los llantos, los desvelos y el cansancio, sí, es una experiencia única. Te lo aconsejo.

—No, gracias, prefiero adoptar un gatito.

—Hombre, son menos llorones —rio—. Te dejo, que estoy a punto de entrar en una reunión.

—Adiós, y gracias de nuevo.

Colgué y marqué el número de la periodista en cuanto vi el mensaje de Fernando.

—¿Bianca Rodríguez? Soy Noelia Romero, del bufete *Romero y Asociados*. Me ha pasado tu número, Fernando.

—¡Hola, Noelia! Encantada. Sí, Fernando me comentó que necesitabas un poquito de ayuda. ¿Puedo preguntar sobre el caso?

—Claro. Se trata de un empresario de reputación intachable, muy reconocido en la sociedad. Una examante lo demandó alegando que él es el padre de su hijo. Pero él asegura que fue solo una noche y que es imposible.

—¿Imposible tipo "no funcionó" o tipo "hay una caja de preservativos y testigos"? —preguntó.

—Tipo "creo que no es mío, pero no quiero prensa". Él insiste en que fue una situación aislada.

—Ya. El clásico "sí, pero no, pero sí, pero me arruinas la reputación".

—Exacto.

—Un tema delicado.

—Lo es. Y queremos mantenerlo fuera del radar mediático. Al menos hasta que sepamos si hay base para la demanda.

—Comprendido. ¿Podemos reunirnos el jueves en tu bufete?

—Claro. ¿A las once?

—Perfecto. Llevaré una propuesta con escenarios posibles.

—Genial. Gracias, Bianca.

—Gracias a ti. Hasta el jueves, Noelia.

Colgué y me recliné en la silla. Martina asomó la cabeza con dos empanadas en la mano.

—¿Bianca es la periodista?

—Sí. Viene el jueves. A las once.

—Perfecto. ¿Y eso que escuché de una demanda de paternidad? ¿Se viene telenovela?

—Más bien miniserie de televisión. Sexo, poder y escándalo.

—¿Y con final feliz?

—Si lo resolvemos discretamente, quizás. Si no… veremos al empresario llorando en un video con filtro blanco y negro. Ya sabes que es un hombre casado, con dos hijas.

Martina se rio y me lanzó una empanada.

El resto del día pasó entre reuniones, carpetas y un nuevo correo de Tomás con el asunto:

"No me odies, pero recuerda: Montenegro."

Y así fue como había llegado yo a este momento, a la tarde del miércoles.

El centro comunitario parecía una mezcla entre un parque de atracciones y una feria, algo ideal para una gala benéfica en la que los niños disfrutaran y fueran los principales protagonistas.

Globos. Niños. Jugos. Un payaso francamente sospechoso. Y, claro, la carpa de *Montenegro Motors*.

Negra y dorada, con aire acondicionado y personal uniformado. Parecía un *stand* de Fórmula 1 en medio del caos.

Alexander estaba dentro, claro. Con una camisa blanca impecable, gafas de sol, saludando a los padres como si él hubiera inventado el concepto de beneficencia.

Cuando me acerqué, sonrió como si estuviéramos en una película y él fuera el actor principal.

—Señorita Romero.

—Señor Montenegro.

—Vaya, veo que has decidido vestirte cómoda y práctica hoy —sonrió levemente al verme con unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta de hombro caído, las deportivas y una coleta.

—Lo que sea con tal de no morir deshidratada. Hace más calor que en el infierno. Y hablando de infierno… ¿Dónde está el demonio? —pregunté mirando a mi alrededor.

—¿Valentino? En casa. Hoy decidí no traumatizarte más.

—Qué amable. Tu perro es la única criatura que logra que cruce de acera sin mirar.

—Y pensar que yo creía que eso solo lo hacían los famosos.

Y así pasamos la tarde, entre rifas, talleres de reciclaje y adultos con cara de "¿por qué acepté venir con mis hijos a esto?". Alexander coordinaba como si llevara toda la vida en eventos sociales, mientras yo intentaba que los globos no mataran a nadie.

—Toma —dijo acercándose con dos botellas de agua—. Estás a punto de derretirte.

—Gracias. Aunque preferiría un gin tonic.

—¿Y qué imagen daríamos?

—La de un bufete sobrio y sofisticado que se hidrata con *Bombay Sapphire* —contesté en un susurro, y él se rio.

—Te va mejor la ironía que la hidratación.

—Y tú pareces no haber sudado una gota. ¿Eres humano?

—No. Soy millonario. Es parecido.

Terminamos sentados en el bordillo trasero del centro comunitario, justo cuando el sol ya no pegaba tanto.

—¿Sabes? Eres menos odiosa cuando estás ocupada —dijo él, mordiéndose el labio.

—Y tú más útil cuando no hablas.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo llevándose la botella a los labios para dar un trago.

—No te acostumbres.

—¿Por qué me odias, Noelia?

—No te odio. Me desconciertas. Eres encantador, pero a ratos. Educado, pero borde. Rico, pero no presuntuoso.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es peligroso.

Y de repente, se hizo el silencio. Un silencio de esos que se llenaban de cosas no dichas. De casi. De quizás.

Hasta que Alexander lo rompió.

—Si te invito a cenar, ¿lo tomas como amenaza?

—Depende. ¿Vas a traer a Valentino?

—No. Solo a mí mismo. Y prometo no morder.

—Lo pensaré —fue lo que respondí.

Porque a veces, lo mejor que podía hacer una mujer era esperar a que se le pasara el impulso de decir que sí. Aunque todo su cuerpo dijera lo contrario.

Y es que Alexander Montenegro tenía algo que me había hecho pensar en él desde el momento en el que nuestros caminos se cruzaron por primera vez, aunque esos caminos fueran conectados por un demonio de patas cortos.

Capítulo 7



Todo empezó con un café mal servido.

El jueves por la mañana, el bufete tenía ese aire extraño de los días en los que el mundo parecía ir más rápido que uno mismo. Las tazas mal lavadas, las impresoras atascadas, el correo lleno de mensajes con la palabra “urgente” en mayúsculas. Y, por supuesto, el café. Tibio. Aguado. Desmotivador.

Yo estaba en mi despacho repasando los detalles del caso Álvarez cuando Aitana entró sin llamar.

—Tu cita acaba de llegar.

—¿Mi cita? —fruncí el ceño, porque a veces perdía la noción del tiempo y no recordaba el día en el que me encontraba debido al trabajo y demás, pero no como para olvidarme de si en algún momento había acabado aceptando aquella invitación a cenar que me hizo Alexander.

—La periodista. Bianca.

—Ah, sí, claro. Mi cita no romántica con la gestión de crisis mediáticas. ¿La has hecho pasar?

—La tengo en la sala de reuniones pequeña. Te va a gustar —dijo con una sonrisita sospechosa—. Tiene cara de mujer que puede salvar reputaciones mientras hornea pan casero.

Me reí, cogí mi carpeta y fui hacia allí sin muchas expectativas. Lo que menos necesitaba esa semana era otra persona en mi lista de "cosas que manejar con diplomacia". Pero cuando abrí la puerta y vi a Bianca, entendí lo que Aitana quería decir.

Era alta y elegante sin esfuerzo. Pelo oscuro recogido en una coleta baja, una blusa azul marino impecable y unos pendientes de aro pequeños.

Se levantó con una sonrisa segura y me tendió la mano.

—Noelia Romero, ¿verdad? Encantada. Soy Bianca Rodríguez.

—Encantada —respondí, estrechando su mano—. Gracias por venir tan puntual.

—Gracias a ti por el café. Aunque… —Miró la taza con resignación— ¿Es siempre así?

—Solo los jueves. Y a veces los lunes. El resto de los días se puede beber sin llorar —volteé los ojos.

Nos reímos, y en ese momento supe que iba a ser una reunión interesante.

Nos sentamos y, mientras yo abría la carpeta, ella sacó su Tablet. La profesionalidad flotaba en el aire como un perfume caro.

—Empresario conocido, demanda inesperada, mujer misteriosa y un supuesto hijo sorpresa. Parece el guion de una película de sobremesa.

—Sí. Pero con abogados que no usan gabardina y sin persecuciones.

—Lástima. Me encantan las persecuciones.

—Y a mí los casos simples. Pero aquí estamos —suspiré.

Le conté todo lo que sabíamos hasta el momento: el empresario, que prefería mantenerse en el anonimato, había recibido una demanda de paternidad por parte de una mujer con la que, según él, solo compartió una noche. No había más vínculos, ni relación previa, ni posterior. Pero la mujer aseguraba que el hijo era suyo. Y había contactado con un medio digital de dudosa ética.

—Él quiere evitar la exposición mediática —dije—. Está felizmente casado y tiene dos hijas; la noche en cuestión pasó antes de que él conociera

a su actual esposa. Y nosotros queremos entender si se puede parar antes de que salga.

—¿Hay pruebas?

—Ninguna concreta. Aún no se ha pedido prueba de ADN. Ella solo ha hecho pública su intención de demandar. A través de un periodista que publica más rumores que hechos.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Bianca, mirándome como quien escaneaba más que escuchaba.

—Que él está más asustado por su reputación que por la posibilidad real de ser el padre. Tiene inversiones en empresas públicas, imagen construida a base de actos públicos y cenas benéficas. Un escándalo de este tipo le arruinaría la fachada.

—Entonces necesita silencio. Muy bien. Puedo trabajar con eso.

Bianca era directa. Concisa. Cada frase era como una ficha de dominó colocada con precisión quirúrgica. Me gustaba. Y eso era raro en mi mundo.

—¿Qué propones?

—Tres fases. Una, frenar la historia —dijo levantando el dedo índice, comenzando así a enumerar los pasos a dar—. Dos, ofrecer otra visión. Tres, preparar una posible salida digna si el ADN lo confirma.

—¿Y si no?

—Entonces la atacamos a ella con hechos. Sin violencia. Solo periodismo.

—¿Y tienes experiencia en esto?

—Cubrí el caso del alcalde que tenía dos familias. El de la influencer que fingió un secuestro. Y el del cantante que contrató a su primo para que hackeara a su ex. Créeme, esto es suave.

Sonreí porque no pude evitarlo.

—Eres muy buena.

—Y tú muy escéptica. Me gusta.

Hubo una pausa. No incómoda, sino de esas que aparecían cuando dos mujeres se reconocían en sus armas. Ella con la palabra. Yo con la duda.

—¿Conoces a mi hermano? —pregunté, mientras cerraba la carpeta.

—No. Pero he leído sobre él. Dicen que tiene cara de niño aplicado, pero mente de jugador de ajedrez.

—Eso es bastante exacto.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —fruncí el ceño.

—¿Qué dicen de ti?

La pregunta me descolocó un poco, y me encogí de hombros.

—Que tengo buen ojo para los detalles. Y mala suerte con los hombres.

Bianca soltó una carcajada breve.

—Entonces estamos en el mismo equipo.

La reunión duró una hora más. Hablamos de líneas de tiempo, posibles reacciones en redes, medios afines, silencios estratégicos. Y al final, nos quedamos cinco minutos hablando de nada.

De películas y libros. De cómo las crisis revelaban más de la gente que los éxitos.

—Tienes una forma muy poco sentimental de hablar de sentimientos —me dijo.

—Tú también.

—Por eso funcionamos. Entonces, ¿voy a comprar ahora si la mente de ajedrez es tan rápida como dicen?

—Sí, en cuanto acabe la reunión con su cliente.

Sonreí, y ella salió a la calle para atender una llamada que le acababa de entrar, momento que yo aproveché para salir a por más café mientras Aitana avisaba a mi hermano de que fuera a la sala para reunirnos los dos con Bianca.

La sala de reuniones ya estaba lista cuando entré con dos cafés recién hechos. Esta vez, verdaderamente potables. Aitana, bendita sea, había ido a su casa para traer su cafetera italiana porque "el café institucional destruye la voluntad de vivir", según sus palabras.

Tomás estaba sentado en la cabecera, revisando unos documentos. Como siempre, con su chaqueta azul oscuro perfectamente planchada, ese reloj de pulsera que heredó de nuestro abuelo y su aire de abogado nacido, no hecho.

—Buenos días —dije, dejando los cafés sobre la mesa.

—Llegas cinco minutos tarde —respondió sin levantar la vista, pero con la sombra de una sonrisa.

—La puntualidad es relativa. Lo dijo Einstein.

—Y tú no eres Einstein.

—Y tú no eres tan divertido como crees.

Bianca llegó dos minutos después. Hice las presentaciones y se saludaron con formalidad. Un apretón de manos medido, una mirada evaluadora.

Y luego, se sentaron frente a frente. Era como ver un partido de tenis entre dos personas que no se daban permiso de parpadear.

—Gracias por venir, Bianca —dijo mi hermano, en su tono más institucional.

—Gracias a vosotros por confiar en mí —respondió ella, con una media sonrisa.

Empezó a hablar. Clara. Directa. Sin adornos innecesarios. Explicó cada paso: a quién contactar, qué omitir, qué controlar. Propuso frases para comunicados, maneras de blindar perfiles sociales, listas negras de periodistas y hasta un plan de contención por si la noticia salía.

Tomás no interrumpía. Solo asentía, hacía anotaciones y la observaba. Yo conocía ese rostro. Su “cara de póker eficiente”. Lo usaba en juicios, en reuniones importantes y, curiosamente, cuando alguien lograba sorprenderlo.

—No suele impresionarte nadie en la primera reunión —le dije cuando Bianca salió a atender otra llamada.

—Y tú no sueles traer profesionales con tanto instinto —respondió él, mirándome por encima de sus gafas.

—Lo tomaré como un cumplido. ¿Tú crees que el empresario nos está diciendo toda la verdad?

—Yo creo que está diciendo la parte que lo deja mejor parado. Y eso, en términos legales, ya es mucho.

—Bianca me cae bien.

—¿Por su eficiencia o por su aire de "sé algo que tú no sabes"?

—Ambas. Aunque me da miedo que pueda ver todos mis traumas solo con mirarme.

—Bienvenida al club.

Ella volvió, se sentó y reanudó con la misma precisión de antes.

—Hay algo más —dijo, esta vez mirando a ambos—. El periodista que filtró la intención de la demanda tiene una línea editorial bastante… agresiva. Le interesa más la viralidad que la verdad. Si vamos a

anticiparnos, tenemos que neutralizarlo sin parecer que lo estamos censurando.

—¿Sugerencias? —preguntó Tomás.

—Una entrevista exclusiva a un medio más serio. Un perfil humano, caritativo. Poner al empresario en modo "padre comprometido con causas sociales".

—Y tú tienes ese contacto —dije.

—Claro. También puedo ayudar a redactar las respuestas. Pero alguien tiene que convencerlo. Yo puedo maquillar una reputación. No puedo crear una si él no coopera.

—No se preocupe —dijo Tomás—. Nos encargaremos de que coopere.

Y en ese momento, por alguna razón, Bianca lo miró de otra forma. No más amable. Ni más intensa. Solo… más personal.

Fue un instante. Pero lo noté. Y eso me desconcertó.

Cuando se levantó para irse, me tendió una tarjeta con su número personal.

—Para lo que necesites. Incluso si el cliente entra en modo pánico.

—Gracias, Bianca.

La acompañé hasta la salida. Y me quedé mirando cómo se alejaba, segura, firme, sin dudar ni medio paso.

Sin duda, esa mujer debía tener todo bajo control.

Y luego me pregunté si yo tenía algo bajo control. Pero no me respondí. A veces, la única respuesta posible era seguir adelante.

Cuando Bianca se fue, me quedé un segundo en la sala con mi hermano.

—¿Tú también lo has visto? —pregunté, cruzándome de brazos.

—¿Ver qué?

—Esa mirada. Te estudió como si fueras un caso clínico interesante.

—¿Y tú crees que lo soy?

—Creo que a ella le gustan los hombres que no dicen todo lo que piensan. Lo cual te convierte en un buffet libre de misterios.

—Gracias… supongo.

—¿Vas a invitarla a cenar?

—No seas ridícula.

—¿Te interesa?

—No me interesa hablar de eso contigo —dijo, pero no con molestia. Más bien con esa ironía resignada de hermano mayor que sabía que iba a perder la discusión.

—Bueno, si no lo haces tú, lo haré yo. Le preguntaré directamente.

—Noelia…

—Tomás —arqueé la ceja—. Si no quieres invitar a Aitana, digo yo que alguna te interesará.

—No empieces, si no quieres que yo me ponga en modo investigador privado para saber si tienes una nueva cita a la vista.

Nos miramos y acabamos los dos sonriendo. Porque, aunque no habláramos mucho de nuestras emociones, las entendíamos sin necesidad de tanto drama.

Y después de un día de mucho ajetreo, me quedé en el bufete más tarde de lo normal. Revisando correos, releyendo las notas del caso Álvarez, reorganizando mis prioridades vitales. Y pensando.

Pensando en Bianca. En cómo algunas personas lograban mantener el control incluso en medio del caos. En cómo yo, por mucho que quisiera parecer inquebrantable, tenía grietas internas que se encendían con cada caso como este.

Capítulo 8



No buscaba compañía aquella noche. En serio.

Solo quería un lugar tranquilo, una copa de vino decente y una ensalada que no viniera en táper con olor a oficina. Estaba siendo una semana larga, con reuniones infinitas, clientes y más clientes, y Pablo casi provocando un incendio al calentar curry en el microondas del bufete.

Así que ahí estaba yo, sentada en la barra del pequeño bar de la esquina que había a unas pocas calles de mi casa. Un sitio íntimo, con luz tenue, jazz suave y camareros que sabían cuándo dejarte en paz.

La voz ligeramente áspera de Nina Simone, con su tono grave y aterciopelado, acompañada de las notas de piano en su canción *"I Put a Spell on You",* sonaba de fondo. Siempre me gustó esa canción.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi que había varias mesas llenas, algunas con parejas, otras con grupos de hombres o mujeres charlando, y algunos de esos hombres recorrían con la mirada cada rincón en busca de la mirada cómplice de alguna de las mujeres que estábamos allí.

Yo destacaba, sí, lo sabía. Vestía una blusa blanca fluida, vaqueros oscuros, el pelo recogido en un moño despeinado y nada de maquillaje. Había decidido salir de casa un rato libre de tacones, contratos y perros vengativos.

O eso creía.

—¿Noelia? —escuché a mi espalda.

Cerré los ojos un segundo, respiré hondo y me giré.
Alexander.

Sin esmoquin. Sin corbata. Sin glamour publicitario. Solo una camiseta gris oscura, vaqueros y una chaqueta de cuero. Tan sencillo… que estaba de lo más atractivo.

—¿Tú aquí? —pregunté, con la ceja arqueada.

—¿Tú aquí? —respondió él con una sonrisa ladeada— Este es mi refugio cuando no quiero que me reconozcan.

—¿Y tú crees que no se nota que eres tú?

—La chaqueta distrae. Además, Valentino no está conmigo. Me vuelvo anónimo sin él.

Me reí, a pesar de mí misma. El muy canalla sabía cuándo desarmarme.

—¿Quieres sentarte? —propuse.

—¿Invitación o amenaza?

—Depende de si interrumpes mi paz o me traes vino.

Se sentó a mi lado y llamó al camarero con la familiaridad de quien había dejado propinas generosas más de una vez.

—Lo de siempre para mí. Y otra copa de albariño para ella.

Lo miré, sorprendida.

—¿Te acuerdas del vino que me gusta?

—Me acuerdo de más cosas. Por ejemplo, que odias los mensajes de voz de más de un minuto. Y que coleccionas marcapáginas, aunque leas en digital.

—Eso fue una conversación de cinco minutos hace días. ¿Tienes memoria fotográfica o estás espiándome?

—Solo soy observador.

La música de fondo cambió a una melodía instrumental de piano. El camarero nos sirvió sin interrumpir la burbuja. Y durante unos minutos, bebimos en silencio.

Y entonces Alexander volvió a hablar de nuevo.

—Hoy he tenido una reunión con inversores. Todo ha salido bien. Pero no he sentido nada.

—¿Nada?

—Ni emoción. Ni presión. Ni siquiera orgullo. Solo… "otra cosa más".

Lo miré. Por primera vez sin sarcasmo.

—Eso suena agotador.

—Lo es. ¿Y tú, qué tal tu día? —preguntó mientras le daba un sorbo a whisky.

—Pablo ha roto la impresora. Martina le ha gritado por teléfono al, según ella, "incompetente ayudante del fiscal". He tenido una reunión de la que espero salga todo bien, y mi hermano Tomás está convencido de que necesita un coche nuevo. Necesidad no es, ya te lo digo yo —suspiré.

Él se echó a reír con la cabeza hacia atrás, con ganas.

—Seguro que no has grabado a la abogada gritando al ayudante del fiscal; seguro que ha sido como en alguna serie de televisión.

—Lo he vivido en directo, sin guion y con menos presupuesto.

Me di cuenta de que estábamos más cerca de lo normal. No de forma obvia, pero sí lo suficiente como para que pudiera notar el calor de su brazo rozando el mío. Y no me moví.

Porque, por alguna extraña razón que no llegaba a comprender del todo, ese hombre y yo éramos como un par de imanes, dos polos opuestos que se atraían sin que apenas nos diéramos cuenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo de pronto.

—Dudo que eso te haya detenido antes, pero adelante.

—¿Por qué no te gustan los perros? De verdad.

Lo miré durante unos minutos y sí, pensé en responder con alguna ironía. Algo fácil. Algo que esquivara esa pregunta. Pero no lo hice.

—Tenía cinco años. Me regalaron unos zapatos rojos. Eran horribles —dije recordándolos—, pero me hacían sentir como Dorothy en *El mago de Oz*. Una tarde, en el parque, un pastor alemán me los arrancó. Me mordió, me caí y me raspé las rodillas. Lloré mucho… pero no por el dolor. Por los zapatos. Y porque nadie me defendió.

Alexander me miró. Sin reír, sin decir nada. Solo con una expresión que no debía usar cuando estaba en público.

—Siento haberme reído la primera vez que Valentino se cruzó contigo.

—Yo siento haberlo llamado “rata de patas cortas” en voz alta.

—Fue “demonio de patas cortas”.

—Tienes razón. Aquel día estaba particularmente inspirada —suspiré.

Nos reímos los dos. Y fue una risa distinta a las que habíamos compartido antes. No la risa incómoda, ni la sarcástica, ni la que buscaba distraer. Fue sincera. Tranquila. Casi íntima, podría decir.

—¿Tienes pareja, Alexander? —pregunté sin más, y él se giró hacia mí.

—No.

—¿Por elección o por costumbre?

—Por agotamiento. Tú tampoco tienes, ¿verdad?

—Por precaución.

—¿Contra qué?

—Contra los hombres encantadores con trajes caros, perros con complejo de dios y sonrisas que derriten estructuras firmes.

—Eso es muy específico.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio otra vez. Y entonces él habló primero, muy bajito.

—Creo que te gustaría Valentino… si lo conocieras en otro contexto.

—¿Como cuál? ¿Momificado? —arqueé la ceja y Alexander se echó a reír a carcajadas.

—¿Sabes qué, Noelia? Me gusta hablar contigo. Aunque me odies.

—No te odio. Solo… te sobrevivo.

Nos quedamos así, hablando de libros, películas, rarezas y cosas que uno no contaba en medio de un bufete ni en una presentación de coches. Hablamos como dos personas que se habían encontrado fuera de su papel.

Hasta que el camarero se acercó y nos dijo que iban a cerrar.

Pero no nos movimos, como si ninguno de los dos quisiera que la noche acabara así, en ese momento.

Él se giró hacia mí, apoyando el codo en la barra, estudiándome como si acabara de ver algo nuevo.

—Noelia… Aquella invitación que te hice para cenar, iba en serio —dijo con los ojos fijos en los míos.

Lo miré fijamente. Aunque por dentro sentí una pequeña tormenta en el pecho. El corazón me latía con fuerza porque, siendo sincera conmigo misma, había pensado en esa invitación.

Y sí, en más de una ocasión se me había pasado por la cabeza coger el teléfono y llamarle, pero no lo había hecho. ¿Por qué? Pues porque no quería otra cita que acabara como las últimas que me habían organizado Aitana y Martina.

—He tenido mucho trabajo últimamente. No he pensado en otra cosa.

—Yo sí. Pensé que dirías que sí.

—¿Seguro? ¿Conociéndome?

—Precisamente por eso.

Estaba muy cerca. Su rodilla rozó la mía y mi cuerpo se tensó, pero no me alejé. No podía. Ni quería.

Y en ese momento sus dedos se movieron despacio, buscando un mechón de mi cabello que había escapado del moño, y lo colocó detrás de mi oreja. Con una ternura delicada y peligrosa, muy peligrosa.

Tragué saliva. El contacto fue leve, casi imperceptible y, aun así, me estremecí. Un solo roce. Y el cuerpo entero reaccionó.

Ese hombre era igual de peligroso que su perro. Y como Valentino, cuando menos me lo esperase, seguro que Alexander me acabaría mordiendo.

Y lo peor era que no sonaba tan mal.

Olía bien. Dios, olía tan bien. A cuero, a madera, a algo cálido y masculino que me hacía querer acercarme un poco más.

Me pregunté cómo sería salir una noche con él. No solo para hablar o reír, sino para estar juntos pasando el rato. Solo una noche, una cena. ¿Qué podría pasar?

Alexander me sostuvo la mirada sin parpadear ni una sola vez.

—Te estoy invitando de nuevo —dijo con la voz baja pero grave.

—Lo pensaré —susurré, sin muchas ganas de resistirme.

Y Alexander sonrió. De ese modo que sabía que me desmontaba. Una sonrisa lenta, estudiada, calculada al máximo, con seguridad, con esa promesa silenciosa de que no se rendiría.

—No voy a parar hasta que aceptes —insistió, y arqueé la ceja.

—Entonces te recomiendo que esperes cómodamente sentado en el sillón de tu despacho.

—¿Eso es una promesa de que aceptarás?

—Es una advertencia, para que no te canses de esperar mi llamada de pie.

Alexander se rio otra vez. Y esa risa me llegó hasta algún lugar entre el estómago y el cuello.

Finalmente, dimos la noche por terminada y nos levantamos. Fuera, el aire era cálido, aunque el calor de todo el día seguía estando muy presente. La ciudad seguía viva, pero a otra velocidad.

—¿Te llevo? —preguntó con ambas manos en los bolsillos del pantalón.

—No, gracias. Estoy a dos calles. Puedo sobrevivir —sonreí, y nos quedamos mirándonos fijamente, alargando esa despedida que ninguno parecía querer que llegara, pero que era inevitable que lo hiciera.

Por primera vez éramos solo nosotros, en silencio en mitad de la noche, sin una palabra que cortar, sin un juicio entre líneas. Solo dos personas que quizás se habían visto muchas veces sin verse de verdad.

—Buenas noches, Noelia —dijo él, bajando la voz.

—Buenas noches, Alexander —respondí.

Se dio media vuelta y comenzó a alejarse con paso tranquilo. Con esa forma suya de moverse como si el mundo estuviera a punto de ceder ante él.

Y mientras lo veía irse, pensé que, tal vez, el mundo no era tan terrible si podía tener noches así. Sin Valentino. Sin conversaciones sobre trabajo. Sin máscaras.

Solo dos personas y una conversación sincera.

Y tal vez, solo tal vez, debería aceptar esa cena. Aunque fuera por curiosidad, por descubrir si de verdad teníamos tanto en común como parecía. O si nos complementaríamos en el sexo como, en el fondo, ambos habíamos empezado a desear esa noche.

Porque, honestamente… el peligro a veces también era una forma de deseo.

Y Alexander Montenegro tenía toda la pinta de ser el peligro en forma humana y, como ya dije, de morder cuando menos te lo esperabas.

No iba a mentir, pues con el modo en el que me había mirado durante toda la noche, esa forma de colocarme el mechón de pelo tras la oreja y la tensión que había entre nosotros con la cercanía de nuestros cuerpos, habría jurado que antes de irse quería besarme, pero no lo había hecho.

¿Quería que lo hiciera? Posiblemente en el fondo sí, aunque agradecía que no hubiera pasado, al menos por el momento. Pero tenía la sensación de que, si aceptaba esa cena, eso me acercaría más al peligro que Alexander representaba, y que, si me besaba una vez, iba a querer que volviera a hacerlo más de una vez.

Y eso sí que era peligroso, porque sus labios, carnosos y sensuales como el infierno, me decían que ese hombre besaba muy bien.

Capítulo 9



Era sábado. Y yo no quería ser persona.

Ni café, ni sol, ni promesas de productividad. Solo quería estar en pijama, con el pelo hecho un nido y ver algún documental de crímenes reales mientras desayunaba un bol de yogur con cereales y frutos rojos.

Pero el universo tenía otros planes.

Mi teléfono vibró como si quisiera arrancarse a bailar flamenco sobre la mesita de noche. Respondí sin mirar.

—Mmm.

—¡Buenos días, hermana del alma!

Y ahí estaba mi hermano mayor, con una energía nivel “ha desayunado tres tostadas, dos cafés y un entusiasmo criminal”.

—¿Qué quieres? —resoplé.

—Acompáñame a ver coches —dijo, y abrí un ojo.

—No.

—Por favor. Solo será un ratito. Vamos a *Montenegro Motors*. Tienen el modelo híbrido que me gusta y quiero que me des tu opinión.

—No soy ingeniera mecánica.

—Eres peor: abogada. Detectas mentiras en segundos.

—No voy.

—Te invito a comer sushi. Del sitio que te gusta. El de los fideos con trufa —dijo, y me quedé en silencio.

—¿Con *gyozas* de pato?

—Las que quieras —contestó con ese tono risueño en su voz, y a mí me salió un suspiro dramático.

—Estás abusando de mi amor fraternal.

—Y tú de mi paciencia. ¿Qué dices?

—Digo que más te vale que el coche no sea rojo cereza, porque si lo es, me largo.

—¡Te recojo en cuarenta minutos!

Colgué, resignada. De pie frente al espejo, consideré ir vestida como *zombie* moderno. Pero no. Algo en mí, quizás el eco residual de la noche anterior, decidió que me arreglaría.

Me puse un vestido midi azul marino con lunares pequeños, zapatos de tacón cómodo, pero asesinos visuales, y me hice una coleta alta. Un poco de maquillaje, un toque de brillo de labios, y estaba lista. Aunque aún no sabía para qué.

Tomás me esperaba abajo con su entusiasmo habitual y una sonrisa de niño que acababa de robar galletas.

—Pero ¡qué guapa vienes!

—Sushi, Tomás. Recuerda que lo hago por sushi.

—Y por amor.

—Amor también. Pero, sobre todo, sushi —dije mientras me acomodaba en el coche de mi hermano.

Montenegro Motors era una mezcla entre galería de arte y parque temático de coches caros. Techos altos, suelos brillantes y una música ambiente que parecía diseñada para hacerte creer que merecías gastar más de lo que tenías.

Y allí estaba él. Alexander.

Pantalones oscuros, camisa blanca con las mangas arremangadas y esa aura de hombre que dominaba todo a su paso sin hacer ruido.

Nos vio acercarnos y su sonrisa apareció como quien abría una puerta solo para ti.

—Tomás, Noelia. Me alegro de veros.

—Hola —dije, seca. No sabía si por los recuerdos de la noche anterior o porque ya estaba nerviosa.

—Gracias por recibirnos un sábado —dijo Tomás—. Mi hermana accedió a regañadientes. Prometí sobornos culinarios.

—Siempre funcionan —contestó Alexander, mirándome.

Otra vez esa mirada. Como si la noche anterior no se le hubiese escapado de las manos. Como si aún quedara algo pendiente.

Nos condujo entre modelos brillantes, explicando potencias, híbridos, etiquetas ecológicas y sistemas de asistencia que parecían sacados de una película de ciencia ficción. Yo asentía, pero lo cierto es que no escuchaba mucho. Estaba demasiado ocupada en evitar algo.

Y sí, ese algo llegó con un sonido de uñas diminutas contra el suelo de mármol.

Valentino.

El demonio de patas cortas. Orejas caídas, mirada calculadora y cuerpo de salchicha con alma de dictador.

Me tensé de inmediato.

—Ah, se nos une el jefe —dijo Alexander, agachándose para acariciarlo con un cariño que me pareció casi ofensivo.

Valentino me miró. Yo lo miré. Nos entendimos. Yo no quería estar allí, y él tampoco quería que estuviera.

Tomás, inconsciente del campo de batalla invisible, seguía preguntando sobre maleteros y autonomía. Yo me alejé discretamente del radio de acción del can, fingiendo mirar un coche rojo que claramente era el infierno hecho chapa.

Y entonces lo sentí. Ese inconfundible *chof* bajo el zapato. Miré hacia abajo. Tacón derecho. Parte trasera. Una mancha marrón. Y un olor nauseabundo comenzó a subir en espiral hacia mi nariz. Y mi dignidad.

—No —susurré.

—¿Todo bien? —preguntó Tomás, acercándose.

—¡No! ¡No está todo bien! ¡He pisado una caca! ¡Una maldita caca! ¡Y es de él! —señalé a Valentino, que ya se alejaba como si la cosa no fuera con él.

—Noelia, tranquila…

—¡¿Tranquila?! ¿Sabes cuántos pares de zapatos me ha arruinado ya ese chihuahua del inframundo?

—Es un *dachshund* —murmuró Alexander.

—¡No me importa si es un unicornio mutante! ¡Este zapato era nuevo! ¡Y ahora huele a infierno canino! ¡Alexander, deberías hacerle un exorcismo a ese perro!

Silencio. Hasta los motores dejaron de sonar. Alexander abrió la boca para decir algo, pero no le di tiempo.

—Estoy harta. Me voy. Que os divirtáis eligiendo coche con aroma a heces de lujo.

Y me fui. Taconeando sobre el mármol, dejando un rastro de ira, perfume y probablemente algo más.

Levanté la mano y paré el primer taxi que vi pasar; necesitaba irme cuanto antes, no pensaba esperar a mi querido hermano, ese que me había arrastrado hasta el terreno del pequeño demonio de patas cortas.

El taxista me miró de reojo cuando me subí.

—Buenos días —dije, sin aliento.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—No exactamente. Pisé una caca de perro y ahora huele… pues como puede imaginarse.

Él asintió, con la seriedad de quien había visto muchas cosas peores.

—No se preocupe. Tengo toallitas.

Sacó un paquete del salpicadero y me lo pasó. Empecé a frotar el tacón como quien exorcizaba un demonio.

—Gracias. Me acaba de salvar.

—No es la primera vez que alguien se sube con sorpresa pegada. Me pasó una vez con un niño que llevaba pañal abierto y me dejó un regalo en el asiento.

Y me reí a carcajadas al ver su cara. No pude evitarlo.

—¿Y cómo lo manejó?

—Le ofrecí el doble de toallitas y paciencia. A veces eso es lo único que puede hacer uno. Toallitas y paciencia.

—Estoy por tatuarme eso.

Él se rio también.

—Mi abuela decía que pisar caca de perro sin darte cuenta trae buena suerte.

—Pues a mí solo me trae zapatos arruinados y humillación pública.

—Entonces la suerte debe estar acumulándose para algo grande.

—¿Como una herencia inesperada?

—O un hombre guapo que no tenga perro.

—Eso sí que sería un milagro.

Durante el resto del trayecto hablamos de bebés que comían tierra, de perros que se creían humanos y de lo absurdo de la vida moderna. Cuando llegamos a la puerta de mi edificio, el taxista sonrió.

—Gracias por la conversación, señorita. Me ha alegrado la mañana.

—A usted, por hacerme olvidar al perro del demonio. Y por las toallitas.

Subí a casa sin mirar atrás. Tiré los zapatos directamente a la basura. Segundo par perdido por culpa de Valentino.

Me serví un zumo, me dejé caer en el sofá y me puse a mirar al techo.

Dos pares de zapatos arruinados. Dos. Y un Alexander cada vez más cerca. Más insistente. Más tentador. Definitivamente necesitaba ayuda. Algo. Alguien. Un oráculo, quizás.

Abrí el buscador en el móvil y comencé a escribir.

"Tarot, lectura de cartas, mano, destino, Alicante".

Clic. Y varios resultados aparecieron ante mis ojos. Pero nada me convencía hasta que apareció una página con fondo violeta y letras doradas.

"Madame Violeta: Lo que no ves, yo lo veo. Lectura de cartas, interpretación energética y señales del destino. Hoy es tu día."

Era absurdo. Pero el absurdo a veces era justo lo que necesitaba. Marqué el número y me respondieron al segundo tono.

—*Madame Violeta*, dime tu nombre y tu duda.

—Noelia. Y creo que necesito saber si el universo me odia... o si solo tiene sentido del humor.

—Entonces ven. Tengo hueco esta tarde.

—Allí estaré.

Colgué, miré el zumo y me reí sola.

Si alguien me hubiera dicho esta mañana que iba a terminar pidiendo cita con una tarotista después de pisar una caca de perro... Habría pedido un gin tonic.

El resto de la mañana lo pasé recogiendo la casa y escuchando música, además de ignorar las llamadas y mensajes de mi hermano, a quien acabé por enviarle un mensaje diciéndole que me olvidara el resto del fin de semana, o le bloquearía hasta el fin de los tiempos.

Me hice una ensalada para comer y aproveché para ver algunos capítulos de una serie a la que me había enganchado recientemente. Cualquier cosa era buena para no pensar en cierto perro y su dueño.

Hasta que llegó el momento de prepararme para irme a esa cita que había reservado para la tarde.

La dirección que me había dado *Madame Violeta* parecía salida de una novela de Agatha Christie. Un tercer piso sin ascensor, en una calle con nombre de flor marchita, *Calle de las Violetas Secas*. No estaba segura de si eso era algo poético o simplemente un mal presagio.

Cuando llegué a la puerta, me recibió un cartel en letra cursiva dorada.

Madame Violeta. "Lo que no ves, yo lo veo."

Toqué el timbre y la puerta se abrió sin que nadie respondiera. Un gato negro salió corriendo como si tuviera cosas más importantes que hacer que observar a humanos, y entré.

El lugar era… mucho.

Velas encendidas por todas partes, demasiadas para un piso de sesenta metros, inciensos que olían a una mezcla entre clavo, pachuli y sospecha, y figuras de gatos, brujas, búhos sabios y una rana de cerámica con una bola de cristal entre las patas. Las paredes estaban cubiertas por cortinas moradas con lentejuelas, y el aire tenía ese peso denso de un lugar que había visto demasiados horóscopos leídos en voz alta.

—Noelia.

Giré en seco al escuchar mi nombre y allí estaba, *Madame Violeta*.

Pelo rojo fuego, ojos delineados en negro y labios violeta. Iba envuelta en una túnica de terciopelo negro que arrastraba por el suelo y usaba joyas del tamaño de meteoritos.

—*Madame Violeta*, supongo.

—La única. La irrepetible. Pasa, querida, pasa.

Me hizo un gesto teatral para que me sentara frente a una mesa redonda cubierta con un mantel bordado de constelaciones. Encima, la clásica bola de cristal, un mazo de cartas con bordes dorados y lo que parecía una taza de té con posos flotando.

—¿Azúcar? —me ofreció.

—No, gracias. Solo respuestas. O al menos… señales.

—Ah, vienes por un hombre —dijo con una leve sonrisa, casi inapreciable, y me atraganté.

—¿Perdona?

—Siempre que hay esa mezcla de nervios, perfume caro y desesperación elegante… hay un hombre de por medio. Y esta mañana hubo caca. Lo huelo.

—¿Perdón?

—Caca de perro. Lo noto. Es parte de tu aura. Curiosa combinación: Chanel Nº5 y dachshund vengativo.

Suspiré, derrotada.

—Sí. Pisé una caca de perro esta mañana. ¿Eso es señal de algo?

—Todo es señal de algo, querida. Hasta las cacas. Pero vamos por partes. ¿Nombre completo?

—Noelia Romero Gutiérrez.

—Mmm… Gutiérrez. Energía telúrica. Coraje. Ironía como escudo. Sí. Eres de las que ríen para no matar.

—Más o menos.

—Y el hombre en cuestión… ¿Nombre?

—Alexander Montenegro.

Ella levantó una ceja mientras cogía las cartas y vi que sus uñas estaban pintadas de azul galáctico.

—Nombre de emperador. O de drama.

—Lo segundo, seguro.

—¿Y qué quieres saber, Noelia? ¿Si ese hombre es tu destino?

—Quiero saber si el universo me está gastando una broma. Y si debo huir… o quedarme.

Madame Violeta entrecerró los ojos, barajó las cartas como si fueran armas antiguas y empezó a colocarlas sobre la mesa una por una. Yo observaba, medio escéptica, medio fascinada.

—Mmm… *El Mago*. *La Torre*. *El Diablo*. Y… *La Estrella*.

—¿Eso es malo?

—Eso es un presagio.

—Fantástico.

—Escucha bien: este hombre te reta. Te descoloca. Te hace salir del molde. Te da ganas de gritar y también de… otras cosas.

—¿Otras cosas? —fruncí el ceño, porque, como no se refiriera a que quería exorcizar o asesinar a su perro, no estaba segura de a qué cosas se refería.

—Cosas de colchón. De sofá. De ducha. De coche híbrido.

Me atraganté con mi propio oxígeno.

—¡No me conoce tanto!

—Pero quiere. Y tú también. Aunque finjas que no. Mira esta carta —me mostró *La Torre*—. Esto eres tú cada vez que ves al perro.

—Correcto. Le tiraría desde lo alto —asentí.

—Y esta —señaló *El Diablo*—, es lo que ambos estáis evitando. Química. Deseo. Mordiscos.

—¿Y *La Estrella*?

—La posibilidad de algo real. Si no lo arruinas primero con tu orgullo.

—¿Y el perro?

—Es karma.

—¡Lo sabía!

Madame Violeta se inclinó hacia mí, y vi que de pronto se ponía más seria.

—Noelia… la vida no manda señales claras. A veces manda excremento, hombres irritantes y decisiones raras. Pero tú sabes cuándo algo te revoluciona desde dentro. Y eso no se ignora.

—¿Y si es un error?

—Entonces será un error glorioso. Pero quedarte quieta solo garantiza arrepentimiento.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Hazla, hija del drama —sonrió un poco más que antes.

—¿Pisar caca de perro realmente trae buena suerte?

Se rio con una carcajada que hizo temblar las velas.

—Solo si el zapato era caro. ¿Lo era?

—Mucho.

—Entonces prepárate. Vienen curvas.

Cuando salí del piso, olía un poco a humo de incienso barato y había adquirido un toque místico involuntario. Caminé despacio, sin prisas. Como si el universo estuviera a punto de empujarme por el borde de algo grande.

Y quizá lo estaba. Porque a veces, la señal que estabas esperando no era una revelación.

A veces es una caca en el tacón derecho.

Capítulo 10



Lunes. Dos de la tarde, y el bufete ya estaba vacío.

Ese silencio inusualmente pacífico me reconfortaba. Y yo, en la cocina común, estaba intentando fingir que una ensalada de quinoa y atún era suficiente para reparar mi alma maltrecha y mi orgullo pisoteado. Literalmente pisoteado.

El fin de semana había pasado más rápido de lo que esperaba, pero al menos nadie me había molestado el domingo y pude quedarme en casa, en pijama, con el pelo recogido en un moño mal hecho, buscando un par de zapatos nuevos en Internet que finalmente no encontré porque no me convencía ninguno.

Solo me llamó mi madre para decirme que empezaban esta semana a preparar el viaje a Roma, ya que salían el viernes y no regresarían hasta el jueves siguiente. Una semana iban a estar los dos solos en la ciudad en la que mi padre se declaró de manera oficial, y de donde sabía que nos traerían más de un recuerdo.

—¿Puedo sentarme?

Levanté la vista y vi a mi hermano Tomás, con esa cara de "sé que me odias, pero, aun así, te he traído algo".

—¿Es kimchi? —pregunté al ver la bolsa que tenía en la mano.

—Y *gyozas* de pato. Con salsa picante.

—Bien jugado.

Se sentó frente a mí con la actitud de quien ofrecía un tratado de paz entre dos naciones enemigas, y colocó en la mesa la bolsa con una teatralidad innecesaria, como si estuviera abriendo una cápsula del tiempo o una bomba diplomática. O ambas.

—Lo siento —dijo, mientras desplegaba los envases de cartón—. No por lo del coche, ni por Valentino, que claramente es una entidad demoníaca… sino por no advertirte del riesgo biológico que era pisar ese concesionario.

Suspiré y cogí una *gyoza* con resignación y hambre emocional. Masticamos en silencio un par de minutos. Luego hablé.

—Estaba teniendo una semana tranquila. Solo quería sushi, cero dramas y mantener mis zapatos a salvo. ¿Pido tanto?

—¿Y si ese drama no fuera algo malo?

Lo miré. Tenía esa mirada suya de cuando intentaba convencerme de que adoptar una serpiente albina era "una idea alternativa, no una locura", o cuando decía que ver “El Resplandor” a los seis años “moldeaba el carácter”.

—Tomás, pisé una caca. Me fui del concesionario como una loca gritando que el perro necesitaba un exorcismo. ¿Sabes cuántos abogados estaban mirando?

—No muchos. La mayoría estaban con Alexander. Y él no quitaba los ojos de ti.

—Claro. Seguramente rezando para que no denunciara a su chihuahua en miniatura.

—Era admiración. O un tipo de obsesión muy elegante. Y sabes de sobra que no es un chihuahua.

Lo fulminé con la mirada.

—No estoy obsesionada.

—No, tú estás en negación. Que es más profundo.

—Y tú estás demasiado cómodo metiéndote en mis asuntos.

—Porque son mejores que cualquier serie que haya visto últimamente.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Muchísimo. Lo tuyo tiene drama, comedia, personajes extravagantes y un perro maldito. ¿Cómo no me va a gustar?

Volteé los ojos. Pero no pude evitar sonreír un poco.

—Solo digo que no puedes vivir escondiéndote de todo lo que te descoloca. Hay gente que entra en tu vida como una ráfaga. Como un empujón. Y ese tipo… es un huracán.

—¿Y si no quiero un huracán?

—Entonces te pierdes la posibilidad de volar un rato. Aunque sea para estrellarte después.

—Qué alentador —resoplé, cogiendo otra *gyoza*.

—Mira, Noelia… no te digo que te cases con él. Solo digo que si alguien te mira como ese tipo te mira, deberías, al menos, considerar tomar un café sin gritarle por su perro.

Guardé silencio. Las palabras de Tomás estaban encontrando grietas en mi armadura sarcástica.

—He ido a ver a una tarotista —dije, sin pensarlo.

Tomás elevó ambas cejas, y es que sus cejas siempre habían tenido vida propia. Como si una sola no pudiera expresar el nivel de incredulidad suficiente.

—¿Qué?

—*Madame Violeta*. Muy mística, con túnica y todo, mucho incienso, gato negro y bola de cristal. Lo típico.

—Vale, necesito que empieces esa historia desde el principio… y sin saltarte lo de la caca en el tacón.

Respiré hondo y le conté todo. El piso lleno de velas, las cartas del Tarot, el té turbio, *La Torre*, *El Diablo* y hasta la frase sobre colchones, sofás y coches híbridos. Tomás se reía tanto que estuvo a punto de atragantarse con una *gyoza*.

—¡Dios, esto es mejor que ir a terapia! —dijo tras una carcajada.

—Me dijo que Alexander me reta, que me revoluciona, y que todo esto podría ser… destino.

—Oye, ¿y si lo es?

—¿Y si no?

Tomás me miró con una seriedad poco común en él.

—Noelia, tú sabes mejor que nadie lo que es racionalizarlo todo. Pero a veces lo que necesitamos no se explica con lógica. A veces hay que hacerle caso a lo irracional. A lo que nos empuja. Incluso si viene con olor a perro.

—Ese perro usa colonia. Lo noté. Algo caro. Como almizcle y contratos millonarios.

—¿Ves? Hasta el perro tiene más glamour que nuestras exparejas.

—No es una competencia. Y, por cierto, sigo pensando que Valentino es un engendro salido de las entrañas del infierno.

—Sí, pero un engendro con redes sociales, manager y una estrategia de marca.

—Espera, ¿el jodido perro tiene redes sociales?

—Ajá.

—Lo peor es que es… gracioso.

Tomás sonrió como quien ya sabía el final de la película.

—Lo vas a buscar en Instagram, ¿verdad?

—No pienso responder a esa acusación sin la presencia de mi abogado.

—Lo tomaremos como un sí.

Y suspiré, otra vez. Estaba harta de suspirar. Y sin embargo…

—¿Y si no estoy hecha para algo así? ¿Para alguien como él?

—¿Y si sí lo estás, y solo tienes miedo de descubrirlo?

Me callé, cogí otra *gyoza*, miré la hora y me dije, por primera vez, que quizá, solo quizá, era hora de dejar que el universo hiciera algo de ruido.

El resto de la tarde la pasé preparando unos documentos que necesitaba Tomás para el juicio que tenía al día siguiente. Me marché a casa a eso de las ocho y media, y en cuanto llegué, me di una ducha y me puse cómoda.

A las diez y cuarto estaba sentada en el sofá, con un té helado y el portátil sobre las piernas.

Abrí el portátil y empecé a buscar más “señales”. Desde test de compatibilidad astrológica tipo "Eres Aries, él Escorpio, prepárate para la guerra o el mejor sexo de tu vida", hasta vídeos de YouTube con tarot interactivo que me gritaban: “¡Elige la carta número tres para saber si él también piensa en ti ahora mismo!”

Y sí, todas decían que sí. Y una incluso aseguraba que teníamos un "vínculo kármico indisoluble desde la Atlántida". Qué reconfortante.

Abrí Instagram y, sin saber cómo, terminé en el perfil de Valentino. Sí. Alexander tenía un perfil solo para su perro, tal como me había dicho mi hermano.

@ValentinoTheBoss. Trece mil seguidores. Bio: *"CEO de Montenegro Motors. Mis patitas pisan más contratos que tú."*

—Por favor… —murmuré, volteando los ojos, sin decidir aún si estaba horrorizada o fascinada.

Y tenía un montón de fotos. Valentino con pajarita. Valentino con una copa de champagne que esperaba que fuera de juguete. Valentino en la playa con Alexander. Valentino en la playa, enterrado, sonriendo, con gafas de sol rojas y un cóctel al lado como. Y esa foto de portada. Alexander en traje de lino blanco, con el mar de fondo, sosteniendo a Valentino como si fuera Simba. El perro llevaba un pañuelo de Louis Vuitton.

—¿Es ilegal que un perro tenga más estilo que yo? —resoplé.

Seguí mirando. En una historia destacada, Valentino miraba directamente a cámara mientras Alexander decía: "¿A quién le has robado el corazón esta vez, bribón?"

Me reí. A pesar de mí misma. A pesar de que seguía considerando a ese chihuahua como un emisario del caos. Vale, no era un chihuahua, era un

perro salchicha.

Y entonces abrí WhatsApp.

Noelia: *¿Conoces a alguna tarotista que también lea las manos?*

Tomás: *¿Estás bien o tengo que ir con refuerzos espirituales?*

Noelia: *Solo necesito confirmar si mi línea del destino me lleva al infierno... o al sofá de Alexander.*

Tomás: *Si es lo segundo, ¡no quiero detalles!*

Sonreí, apagué el móvil y me eché hacia atrás en el sofá, mirando el techo. Y pensé…

Tal vez lo siguiente que necesitaba no era una señal. Tal vez era dejar de buscarla. Y solo mirar hacia donde realmente quería ir.

Y no sabía por qué, pero no podía quitarme a ese hombre de la cabeza desde que nos conocimos, algo que nunca, jamás, me había pasado antes con ningún otro.

Estaba claro que algo en mí era distinto. Como si una parte microscópica de mi alma hubiera hecho clic. Y ese clic tenía nombre.

Alexander Montenegro.

¿Por qué no podía sacármelo de la cabeza? No era solo guapo, aunque lo era, en ese sentido arrogante de "sé que mi mandíbula podría cortar cristal". No era solo su seguridad, ni sus trajes que parecían diseñados por arquitectos italianos con exceso de autoestima. Era… otra cosa.

Era por cómo me miraba. Como si me viera. Como si supiera que yo también era un huracán… solo que todavía no me había permitido soplar con fuerza.

Y eso era jodidamente desconcertante.

Capítulo 11



Era una tarde cualquiera de uno de esos días de haber estado hasta arriba de trabajo y solo tenía una cosa en mente: llegar a casa, darme una ducha, servirme una copa de vino y acomodarme en el sofá a leer un rato. Pero desde luego que el universo era experto en cambiarnos los planes a su gusto.

Salía del bufete cuando lo vi: Alexander en la acera, hablando con un hombre frente a la inmobiliaria. No debería haberlo mirado, y sin embargo me paré. Él me vio y, tras despedirse, por pura inercia nos acercamos el uno al otro.

—Noelia —dijo él antes de que y siquiera pensara en hablar—, no esperaba verte hoy.

—Yo tampoco —respondí con una sonrisa torcida—. Pero ya ves, lo inesperado tiene su lado atractivo.

Nos quedamos en silencio. Igual que la primera vez que hablamos, pero con más calor. Su presencia encendía algo dentro de mí. Había tensión en el

aire, ese tipo de electricidad que no necesitaba palabras.

Y no, de verdad que no esperaba verle cerca del bufete, porque, que yo supiera, mi hermano Tomás no había quedado en verse con él. Me lo habría dicho.

—¿Café? —propuso, señalando la terraza del bar de enfrente.

Y lo pensé un segundo, nada más. Asentí y cruzamos.

Las miradas sobraron: él con esa calma poderosa, yo con el tacón derecho flojo del ataque escatológico de Valentino, una historia que ya había circulado por todo el bufete, y las hormonas al borde de la rebelión. Reí sin ganas de fingir.

—Me ha sorprendido verte —dijo él, sin dejar de mirarme—. Pero te agradezco que hayas aceptado el café.

—¿Cuántas sorpresas debo aceptar hoy? —pregunté, fingiendo ligereza.

Alexander se acercó tanto que casi podía sentir su piel.

—Todas las que quieras.

De pronto, Valentino, el demonio salchicha, salió por la puerta del coche como un misil, corriendo en dirección hacia nosotros. El perro ladró y, antes de que reaccionáramos, mordió el tacón de mi zapato y empezó a

masticarlo. Sonó un crujido y mi cuerpo cedió. Me incliné hacia adelante y Alexander me atrapó con suavidad.

Nuestros ojos se encontraron a centímetros, y el mundo se detuvo un instante. Yo en brazos de un hombre que olía a madera y peligro, y él con la mirada llena de asombro y lo que parecía protección.

—¡Lo odio! —protesté, enfadada— Me ha declarado la guerra y esto no queda así.

—Lo siento —susurró Alexander, ganándose más mi cercanía—. Se ha pasado.

Intenté recomponerme; Valentino soltó el tacón roto y Alexander me ayudó a ponerme de pie.

—Debería matarlo —gruñí.

—Estaba pensando en decir algo parecido —respondió Alexander, con una sonrisa—. ¿Te quedas?

Sacudí la cabeza, mirando el zapato destrozado, con gesto furioso.

—No. Voy a casa a buscar… una prótesis o algo.

Cerré los ojos molesta mientras cogía aire y me alejé cojeando, con el tacón roto en la mano, dejando tras de mí el olor a infierno canino y las

miradas curiosas. La gente me observaba, unos con lástima, otros con una leve sonrisa, pero yo no me reía. No, yo estaba a punto de explotar como una olla a presión pasada de tiempo.

En ese momento, mi móvil vibró con dos mensajes en el grupo que tenía con Martina y Aitana.

Aitana: *¿Café?*

Martina: *¿Dónde estás?*

Grabé un audio mientras caminaba, sofocada y cojeando.

—Chicas, no vais a creerlo. He visto a Alexander Montenegro, he accedido a tomar café con él y casi no hemos llegado ni a la terraza de la cafetería porque su perro se ha lanzado a por mí y me ha roto el zapato mordiendo el tacón, haciendo que me cayera encima de él. De Alexander, no del perro, porque ojalá hubiera sido encima del perro para que supiera lo que era sufrir. Ahora voy cojeando y me piro a casa.

Subí al coche y conduje sin parar mientras pensaba en ese perro, en ese demonio y su insana obsesión conmigo. ¿Qué le había hecho yo para que me atacara cuando me veía? Peor aún, ¿qué había hecho en otra vida para que ese perro fuera el karma que dijo *Madame Violeta* que era?

Llegué a casa y ni siquiera estuve sola cinco minutos. Aitana y Martina llamaron con un golpe fuerte en la puerta mientras me pedían que abriera y, cuando lo hice, entraron con pizza, helado y gin tonic.

—Cuéntalo otra vez —pidió Aitana, sirviéndose un trozo de pizza.

Les conté un poco más tranquila lo ocurrido con el perro y mi tacón, y ya que estaba con ellas, aproveché para decirles que había ido a ver a una tarotista y todo lo que me dijo en la lectura de cartas.

—Ahora quiero alguien que me lea las manos para ver si esto de verdad es kármico o solo un perro que me odia.

—La madre de mi vecina hace lectura de manos —dijo Aitana.

—¿Y a qué esperamos? —preguntó Martina con una sonrisa— Llama y pide cita.

Y lo hizo, concertando una cita para las tres. Después cenamos, reímos y comentamos lo surrealista de todo. Las chicas me animaron diciéndome que a ver si la lectura de manos me daba más señales, y acabamos brindando.

—Por las señales —dijo Aitana.

—Por Valentino, y no me refiero al perro —bromeé.

—Y por lo que venga —remató Martina.

Brindamos, y yo pensé por primera vez en dejar de luchar con el destino y empezar a verlo venir.

Después de acabar con la pizza y tomarnos otro gin tonic, salimos de mi casa dispuestas a ir a ver a la madre de la vecina de Aitana.

Había leído muchas cosas en mi vida. Contratos, cláusulas abusivas, testamentos. Pero jamás pensé que alguien leería mi mano. Y menos aún después de un par de copas, con el estómago lleno de pizza y habiendo comido helado de chocolate con pepitas sin remordimientos.

—¿Seguro que esto es legal? —susurré mientras subíamos en el diminuto ascensor del edificio de Aitana.

—No estamos invocando a Satanás —dijo Martina—. Solo a una señora de sesenta años con gafas de medio aumento que lee más futuro que Google.

—Mi madre jura que le acertó tres rupturas y un embarazo ajeno —añadió Aitana, orgullosa.

—Perfecto —murmuré—. Entonces seguro que me dice que Alexander es mi alma gemela, Valentino mi karma y que me voy a casar en una capilla en Las Vegas.

Tocamos el timbre cuando llegamos y la puerta se abrió poco después con un chirrido místico.

Allí estaba Doña Sagrario, con el pelo gris recogido en un moño, una túnica con estampado de constelaciones y unos pendientes que

representaban el Sol y la Luna. Todo muy “bruja de barrio con experiencia en dramas”.

—Pasad, chicas. Que se os nota el aura revuelta —dijo antes de saludarnos.

Entramos y el salón olía a lavanda, canela y ligeramente a alcanfor. En el centro había una mesita redonda con mantel bordado y una lámpara de sal encendida. Figuras de ángeles, gatos dorados y una estatua de la Virgen con purpurina. Cero juicios por mi parte al ver lo que nos rodeaba, sobre todo porque había visto el piso de *Madame Violeta*.

—¿Quién va primero? —preguntó con voz profunda.

Aitana se lanzó. Pero un segundo después de que la influencer empezara, Doña Sagrario la miró antes de hablar.

—Tú tienes el corazón en el armario de los recuerdos. No lo abras más por hoy —dijo, y Aitana se quedó muda.

—¿Qué significa eso? —susurré.

—Que le picharon el globo sentimental hace poco —explicó Martina con una mirada cómplice.

—Tú, la del pelo castaño revuelto —dijo Doña Sagrario señalándome—. Tú tienes una pregunta. Y un mordisco. Ven aquí.

Me acerqué con un leve escalofrío. Me senté frente a ella y estiré la mano derecha como si estuviera firmando mi propia sentencia.

Ella la cogió con firmeza, me miró las líneas con una concentración que asustaba, frunció los labios y arqueó las cejas.

—Ajá.

—¿Ajá qué? —pregunté poniéndome tensa.

—Tú estás marcada.

—¿Perdón?

—Tienes una línea del destino que choca con tu línea emocional. Y una cicatriz energética que viene de un trauma infantil relacionado con… —Cerró los ojos unos segundos— un zapato rojo.

Me quedé helada al escucharla.

—¿Cómo…?

—Las líneas no mienten, hija. El miedo a los perros viene de ahí. Y la rabia contenida… también.

Aitana y Martina se inclinaron, fascinadas. Yo seguía sin articular palabra. ¿En serio esta mujer había visto mi pasado y mi presente en las líneas de mi mano?

—¿Y lo del hombre? —solté al fin— ¿Alexander? ¿Montenegro? ¿El señor huracán en forma humana?

Doña Sagrario sonrió, una de esas sonrisas que hablaban por sí solas.

—Tiene nombre de novela. Y destino de colisión contigo.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende. Podéis chocar y destruir todo… o chocar y hacer fuego. Pero tú huyes. Siempre huyes cuando algo te quema.

—No es cierto. Solo me gusta tener el control.

—Querida —dijo cogiendo mi otra mano con una intensidad que atravesaba la piel—, el control es una ilusión con la que las mujeres inteligentes intentamos domar el caos. Pero a veces el caos es exactamente lo que necesitas para romper lo que ya no sirve.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Que lo llame? ¿Que le compre un bozal al perro y me tire de cabeza?

—Que mires a ese hombre como miras tu reflejo. Porque él te ve entera. Y tú no estás acostumbrada a eso.

Nos quedamos en silencio. Aitana tenía la boca abierta, Martina, los ojos brillantes. Y yo… Yo no sabía si quería llorar, gritar o correr.

—Y te aviso —añadió Doña Sagrario—. La próxima vez que te cruces con el perro… si no haces las paces, él volverá a morder. Porque los animales son el espejo más feroz de lo que no resolvemos.

—Entonces es un espejo con colmillos —bufé, y ella rio.

—Exacto. Un espejo que no perdona.

Cuando terminamos, nos despedimos con un respeto nuevo. Salimos al pasillo como si volviéramos de una sesión de hipnosis, cada una tocando las paredes buscando el camino, con el móvil en la mano y la cabeza dando vueltas a lo que había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Martina tocándome el hombro una vez que salimos del edificio.

—Sí —respondí pensativa—. Aunque todavía no entiendo cómo esa mujer sabía lo de los zapatos rojos.

—Quizá lo soñó. O se lo dijo su gato astral —bromeó Aitana.

—O a lo mejor… simplemente me leyó.

Nos miramos las tres. Y entonces Aitana levantó su copa de gin tonic imaginaria.

—Por los hombres que nos desarman.

—Y por los perros que nos pisan —remató Martina.

—Y por las señales que, aunque nos den miedo, igual llegan —dije.

Y brindamos, allí, bajo la luna, con el alma medio rota y medio lista para lo que viniera.

Capítulo 12



Los días estaban pasando rápido, tanto que mis padres ya estaban disfrutando de su viaje a Roma desde el viernes y yo me había pasado el fin de semana evitando a todo el mundo. Incluso apagué el móvil para no tener que recibir los mensajes de Aitana y Martina con sus proposiciones para una nueva cita a ciegas a la que no quería ir.

Eran las once y media de un nuevo lunes lleno de e-mails, de llamadas y de reuniones que programar, y estaba en mi despacho, revisando la minuta de un caso imposible de herencia compartida entre cinco hermanos y un loro, cuando golpearon la puerta con suavidad.

—Adelante —dije sin apartar la vista del documento.

Y entonces, escuché su voz.

—¿Molesto?

Levanté la cabeza y casi a punto estuve de atragantarme con mi propio aire.

Alexander Montenegro, en todo su esplendor. Traje oscuro sin corbata, camisa ligeramente desabotonada, sonrisa en los labios y… sí, Valentino. Con correa. Y gafas de sol. El perro, no Alexander.

—¿Qué…? —empecé, mientras trataba de procesar la escena— ¿Qué haces aquí?

—Vengo en son de paz —dijo levantando las manos—. Y traigo una propuesta que no incluye cacas, tacones rotos ni caídas accidentales sobre mi pecho.

—Entonces no es lunes —murmuré, cruzando los brazos.

Él sonrió, cerró la puerta tras de sí y se acercó a mi escritorio con esa calma suya que era puro veneno, de ese que podría matar lentamente.

—Voy a organizar una gala benéfica para recaudar fondos para el orfanato Santa Catalina. Es una causa que apoyo desde hace años. Niños, becas, educación, ya sabes… cosas buenas —dijo, y lo miré con recelo.

—Y supongo que necesitas asesoría legal.

—También. Pero no solo eso.

Se inclinó ligeramente hacia mí. Su perfume me llegó como un disparo: cálido, limpio, con ese fondo amaderado que me hacía perder el hilo de

cualquier pensamiento inteligente.

—Quiero que me ayudes a organizarla. Que la presentemos juntos.

Reí con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¿Y por qué yo?

—Porque eres brillante, implacable, y sabes cómo hacer que la gente escuche. Además —añadió con una sonrisa de medio lado—, te ves increíble bajo las luces.

—¿Así que fuiste tú quien le enseñó a Valentino a destrozar mis tacones? ¿Una estrategia para ablandarme emocionalmente y que cayera… rendida a ti?

—Valentino ha pedido disculpas oficialmente —hizo una pausa y añadió —: En lenguaje de perro, eso implica mirarte fijamente y luego irse a lamer una planta.

Lo miré más tiempo del que debería, pero es que este hombre… Este hombre tenía un no sé qué, que qué sé yo, que me hacía sentir cosas.

—No sé, Alexander…

—Mira —dijo, más serio ahora—. No te lo pido solo por la gala. Quiero que estemos en el mismo lugar sin sarcasmos ni mordidas. Quiero verte

fuera de este despacho. La noche en el bar no nos fue tan mal, ¿no?

Y me quedé callada sin saber qué responder, aunque en el fondo sabía que aquella noche nos fue bien.

Miré a Valentino y vi que se había tumbado en la alfombra, bostezando con dramatismo, pero con los ojos puestos en mí.

—¿Y si digo que no?

—Entonces me iré —dijo, casi sin titubear—. Pero seguiré buscando formas para que me digas que sí.

Lo odié un poco por eso. Porque sabía usar las palabras justas. Porque me desarmaba con miradas y con pausas. Porque… maldita sea, quería decirle que sí.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté, más para no parecer entregada que por verdadera indecisión.

Y Alexander sonrió, una de esas sonrisas suyas que me hacían quedarme mirándole más tiempo del normal, pensando en qué pasaría si aceptara esa cena a la que me había invitado dos veces.

Pero recordaba el café que acepté y no pudimos tomarnos porque Valentino decidió que mi tacón era un juguete perfecto aquel día, y volvía a decirme que no era buena idea cenar con él.

—Solo si no tardas mucho —dijo al fin, haciendo que yo saliera de mis propios pensamientos.

—Me gusta planear las cosas con tiempo.

—Entonces empieza con esto —se inclinó y dejó una carpeta sobre mi escritorio—. Detalles de la gala. Fecha tentativa. Lugar. Ideas de menú. Y un pequeño apartado con vestidos sugeridos.

—¿Perdón? —dije, mirándole con los ojos muy abiertos por su atrevimiento.

—Soy un hombre organizado. Y con buen gusto —contestó haciéndome un guiño.

Lo miré con la ceja arqueada, pero la sonrisa se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

—¿Y Valentino también irá a la gala?

—Solo si le consiguen un smoking.

Nos quedamos en silencio. Él, observándome con esa intensidad peligrosa. Yo, fingiendo que no se me aceleraba el corazón.

—Te dejo pensarlo —dijo acariciando a Valentino antes de ponerse en pie e ir hacia la puerta—. Pero por si te interesa… el orfanato tiene un jardín enorme donde incluso tú podrías perdonarle la vida a un perro salchicha.

Y se fue. Dejándome sola con su carpeta, con mi duda… y la sensación de que, si aceptaba, ya no iba a haber marcha atrás.

Tres minutos después, vibró mi móvil. Las chicas estaban enviando mensajes en nuestro grupo.

Martina: *¿Qué es eso de que el señor Montenegro ha ido a verte en persona?*

Aitana: *Estoy a favor de que le organices una gala, una boda o un juicio, pero que haya lentejuelas.*

Yo opté por enviarles un audio.

—Sí, chicas, ha venido a mi despacho. Con el perro. Me ha pedido que organice una gala benéfica con él. Y ha traído… ¡Una carpeta con sugerencias de vestidos! Me está cazando como a un cervatillo confundido.

Martina: *¿Qué talla ha propuesto?*

Aitana: *¿Hay lentejuelas?*

Noelia: *No lo sé. Todavía estoy en shock.*

Martina: *A ver si el universo te está diciendo algo y tú sigues mirando al cielo con gafas de sol.*

Noelia: *Gafas de sol traía el jodido perro. ¿Os lo podéis creer?*

Aitana: *¿Necesitamos otra sesión con Doña Sagrario? Puedo conseguir cita en media hora.*

Sonreí, cerré el móvil y abrí la carpeta.

Sugerencias de lugar: Museo de arte contemporáneo. Terraza con vista al río. Antigua fábrica reformada.

Sugerencias de menú: Tapas gourmet. Mesas de comida internacional. Degustación de vinos.

Sugerencias de vestidos: Elegante, moderno, con un punto de drama.

Y escrito al margen: "Negro, verde esmeralda o rojo, para equilibrar el trauma con los zapatos."

El muy…

Suspiré. Y no supe si reír o empezar a buscar un par de zapatos de tacón nuevos.

A veces, antes de aceptar un reto, se necesitaban datos, no corazonadas. O, en mi caso, una conversación con mi hermano mayor, café en una mano y lista de millonarios en la otra.

Así que me presenté en su despacho sin avisar para hablar con él sobre la inusual visita que me había hecho su amigo, el CEO de los coches de lujo.

—¿Una gala benéfica? ¿Organizada por Alexander Montenegro? —repitió mi hermano, con las cejas arqueadas mientras removía su cortado— ¿Y tú vas a estar involucrada?

—Estoy valorándolo —respondí, mirando la pantalla del móvil por décima vez desde que me había sentado, sin razón aparente.

—O sea, ya le has dicho que sí en tu cabeza, pero ahora estás buscando justificaciones racionales para no parecer una idiota emocional.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Puedes dejar de leerme como un horóscopo?

—Soy como *Madame Violeta*.

—Por Dios —resoplé.

Tomás se rio. Y después, más serio, habló de nuevo.

—Mira, tengo al menos cuatro clientes que estarían encantados de aparecer en una gala así. Dos de ellos ya colaboran con fundaciones infantiles, y uno tiene un ego tan enorme que solo necesita una cámara y un canapé vegano para donar veinte mil euros.

—Perfecto. ¿Podrías tantearles?

—Claro. Pero solo si me das algo a cambio.

—¿Desde cuándo eres tan chantajista conmigo?

—Si mal no recuerdo, desde que tenías seis años y querías una bicicleta nueva para tu cumpleaños.

—¿Qué quieres? ¿Mi alma?

—No. Solo que, por favor, si vas a caer rendida a los pies de Montenegro, que no sea sobre un charco de pis de su perro.

Suspiré, me levanté del taburete y le lancé una servilleta enrollada como proyectil.

—Eres un idiota.

—Pero soy tu idiota favorito, y lo sabes —replicó, guiñándome un ojo.

No le faltaba razón, porque era mi hermano favorito, dejando a un lado el hecho de que era mi único hermano.

Nos despedimos poco después y me marché a casa; necesitaba una ducha fresquita para quitarme el calor de junio y una copa de vino.

En cuanto me la serví, me senté en el sofá en postura de meditación, solo que, en vez de hacer yoga, cogí el portátil y lo puse sobre mis piernas para revisar las notas de la carpeta que me había dado Alexander de la gala. Sabía que lo haría bien. Sabía que podía convertir ese evento en algo digno. Lo que no sabía era si podría resistirme a Alexander durante semanas de ensayos, pruebas de menú, pruebas de luces… y de paciencia.

Miré el móvil, pensé un segundo y finalmente le llamé.

—Noelia —respondió con su voz grave, segura, como si ya supiera que iba a ser yo.

—Hola.

—¿Has leído el dossier?

—Sí. Me ha sorprendido que hubiera más ideas de decoración que de estructura legal.

—La estructura legal la tienes tú —contestó con suavidad—. Yo me encargo del drama.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Tengo algunos contactos que podrían estar interesados en asistir. Clientes de Tomás. Inversores. Donantes. Pero quiero garantías de que esto es realmente una gala benéfica y no una excusa para otra portada con tu cara.

—¿Crees que necesito más portadas?

—Creo que tú sabes perfectamente cómo convertir un gesto en un evento mediático.

Hubo un pequeño silencio al otro lado. Luego Alexander habló con un tono más bajo.

—Noelia. Esto va en serio. Hay niños que conozco desde que tenían cinco años. Ahora están terminando secundaria. Quiero darles un futuro. Y quiero hacerlo contigo, porque sé que eres la única que se lo tomaría igual de en serio que yo mismo.

Tragué saliva al escuchar la sinceridad con la que acababa de hablarme.

—Eso es un golpe bajo.

—Es la verdad. Y lo sabes.

Y claro que lo sabía. El problema no era la gala. Ni los niños. Ni siquiera el perro. El problema era que cada vez que hablaba con él me sentía… viva. Y furiosa, escéptica, confundida. Pero viva.

—Está bien —dije al fin—. Lo haré.

Y durante unos segundos, lo único que escuché al otro lado fue el silencio.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Pero si Valentino me vuelve a morder algo, esta vez llamaré a un chamán, no a una tarotista.

—¿Una tarotista?

—Es una historia muy larga.

Él se echó a reír, esa risa que no se oía tanto, pero se sentía. Como si le aliviara algo que no quería decir.

—Prometo mantenerlo alejado de tus zapatos. Aunque no puedo prometer que yo haga lo mismo.

—¿Perdón?

—Nada. Solo estaba anotando que oficialmente eres parte del comité organizador. Haré que te manden el logo de la gala para que lo apruebes.

—Sí, claro, muy profesional todo —dije, y no pude evitar reírme también —. Bueno. A trabajar.

—Noelia… —Me llamó antes de que pudiera colgar.

—¿Sí?

—Gracias.

Hubo un silencio suave. No incómodo y tampoco forzado, de esos a los que Alexander ya me tenía acostumbrada.

—De nada —dije al fin, y colgué.

Y me quedé mirando la pantalla en negro, con una sonrisa que no supe esconderme ni siquiera a mí misma. Estaba dentro. No solo en la gala. En algo más. En algo que ya no podía fingir que no estaba pasando.

Pensé en mandar un mensaje al grupo de Aitana y Martina. Pero lo dejé para después.

Tenía que buscar un vestido. Y un plan de emergencia para Valentino.

Capítulo 13



Jueves. Nueve de la mañana. Oficina central de *Montenegro Motors*. Sala de reuniones “Eclipse”.

Sí, ahí me encontraba en ese momento tras ser citada para la primera reunión que tendría lugar sobre la gala benéfica.

Mesa de roble, sillas de cuero, pantallas gigantes y vistas a media ciudad. Aire acondicionado con olor a madera cara y ambición. Allí todo estaba diseñado para impresionar, hasta los silencios.

Y yo, con mi vestido midi azul marino, tacones bajos, por precaución más que por estética, y una carpeta con notas, donantes potenciales y el recordatorio mental de que no debía flirtear con el anfitrión, aunque me mirara como si fuera su desayuno.

Alexander ya estaba allí cuando llegué. Camisa blanca arremangada, sin chaqueta. Sonrisa amplia y postura relajada, como si dominara el espacio como un rey.

—Buenos días, Noelia.

—Buenos días. ¿Has venido tú solo o…?

En ese momento, Valentino asomó la cabeza desde debajo de la mesa de reuniones. Llevaba un pañuelo diminuto al cuello, con el logo de la gala bordado en hilo dorado.

—¿Es en serio? —dije, sin poder evitar sonreír.

—Imagen de marca —respondió Alexander—. No puede faltar el embajador oficial del evento.

—El embajador puede irse a dormir la siesta en su caseta diplomática.

Valentino me ignoró, se tumbó junto a su dueño y cerró los ojos como si el mundo le importara poco. Lo odiaba. Solo un poco. Bueno, bastante. Especialmente porque tenía ese descaro aristocrático de los perros bien alimentados y conscientes de su inmunidad.

—He traído ideas para las mesas de comida, las invitaciones y la lista de posibles patrocinadores —dije, abriendo mi carpeta—. Y tú me debes la agenda de reuniones, proveedores y el contacto del lugar.

Alexander se acercó, dejó su Tablet sobre la mesa y se sentó a mi lado. Muy cerca. Demasiado cerca. El tipo de cercanía que hacía que tu cerebro se reseteara brevemente y se olvidara de cómo conjugar verbos.

—¿No preferimos trabajar más… sincronizados? —preguntó, girando su silla hacia mí— Podríamos dividirnos tareas por secciones: tú cubres logística, yo imagen. Tú, medios; yo, contactos públicos.

Y me llegó su olor. No de forma escandalosa, sino como una brisa suave. Notas de bergamota, un fondo amaderado y algo más cálido… ¿Sándalo, tal vez? Era ese tipo de fragancia que no invadía, pero se quedaba. Como una caricia pospuesta.

—Yo cubro todo lo que no implique posar con copas de champán en la mano. Eso es todo tuyo.

Él rio bajito. Y esa risa fue una corriente eléctrica que me recorrió la espalda entera.

—Hecho. ¿Y si te digo que ya tenemos lugar confirmado?

—¿Cuál?

—El antiguo Teatro Imperio. Lo están restaurando. Será la primera vez que se use desde hace años. Tiene historia, acústica y belleza. Justo lo que necesitamos.

—Impresionante —admití, anotando sin mirarle—. Aunque no esperaba menos de ti.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Apúntalo en tu libreta imaginaria.

—Hecho.

Durante los siguientes treinta minutos, nos concentramos. O fingimos hacerlo. Había algo en la forma en que él pasaba las páginas de su Tablet que me ponía nerviosa. Como si cada movimiento suyo estuviera coreografiado para provocarme.

Cuando se acercaba a enseñarme algo, el calor que emanaba me hacía olvidar palabras. Literalmente. ¿Cómo se decía "pantalla táctil" sin parecer que estabas pensando en su cuello?

—¿Tienes más ideas sobre la ambientación? —pregunté con la voz un pelín más alta de lo necesario.

—Sí. Iluminación tenue, muchas velas sintéticas, por temas de seguridad, proyecciones en movimiento. Algo que combine lo clásico y lo moderno. Algo que haga que la gente no sepa si está soñando o donando.

—¿Y tú sueñas mucho? —curioseé, sin saber muy bien por qué lo hacía.

Y Alexander me miró, ese tipo de mirada que no se lanzaba, se deslizaba.

—Últimamente sí.

Se me secó la boca, y me obligué a centrarme en la pantalla. A contar mentalmente hasta cinco. A recordar que estaba allí por trabajo, no por… lo que fuera que estaba ocurriendo entre nosotros.

—¿Y las mesas? —dije, huyendo como quien se lanzaba por una escalera en llamas— Quiero decidir, que si serán redondas o rectangulares.

—Redondas. Así los invitados no tienen hacia dónde escapar.

—Eso suena más a amenaza social que a estrategia para crear una nueva red de contactos y posibles donantes para el futuro.

Alexander se echó a reír, se inclinó sobre la mesa, con los codos apoyados, y me miró directamente.

—¿Sabes qué más quiero?

—Espero que no sea una batalla medieval con espadas.

—Quiero que la noche de la gala lo pases bien. Que no estés con la mandíbula apretada esperando a que Valentino haga alguna de las suyas. Que te diviertas. Aunque sea por un rato. Te lo mereces.

Eso me descolocó. Más de lo que esperaba. ¿Por qué tenía que decir cosas así con esa voz baja y esa mirada que parecía atravesarme hasta el alma?

—¿Tú… estás bien? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—¿Por?

—Estás siendo amable. Y emocionalmente funcional. Es un poco alarmante.

—Estoy intentando ser sincero —respondió sin dejar de mirarme—. Conmigo. Contigo. Con esto.

No dije nada. Me costó. Sentí que todo mi cuerpo se debatía entre “huye” y “quédate un poco más”. Lo miré de reojo. Tenía una vena en la mandíbula que se marcaba cuando hablaba en serio. Quise tocarla. Quise saber cómo se vería su cara si me acercaba un centímetro más.

Quién fue el que comenzó a acercarse primero era algo que no tenía claro, pero sí que los dos estábamos un poquito más cerca el uno del otro.

Alexander levantó la mano, me acarició la mejilla, me colocó un mechón de cabello rebelde tras la oreja y tragué saliva con disimulo mientras le veía acercarse un poquito más, y más y… Dios, qué bien olía, y qué labios más tentadores tenía este hombre.

Sí, me iba a besar, lo veía en sus ojos, y no me importaba. No pensaba apartarme, no iba a hacerle una cobra, no iba a pedir que sus labios tocaran los míos porque yo también quería besarle.

Estábamos cerca, tan cerca de besarnos…

Y entonces, el universo, siempre puntual con su sentido del humor, decidió intervenir.

Valentino se levantó. Caminó hacia mí, me miró y, como si el universo no supiera contener su sarcasmo cósmico, se sentó sobre mi bolso.

—No, Valentino. No empieces —dije, alargando la mano mientras me apartaba de Alexander.

Pero el perro me ignoró. Se giró y empezó a rascar el suelo… justo antes de soltar un pequeño pero sonoro "gruñido intestinal".

—¡NO! —exclamé, levantándome.

Pero era tarde. Un pequeño charco. Mi bolso atrapado. Y Valentino, orgulloso.

Silencio. Luego, mi voz. Desgarrada por la indignación.

—¡Esto es una declaración de guerra!

Alexander se levantó al instante, tratando de contener la risa. Mal. Porque sus labios temblaban y tenía los ojos brillantes.

—Lo siento. ¡De verdad! Juro que hoy lo había paseado dos veces.

—¡Pues parece que se ha reservado para mí! ¡Otra vez! ¡Mi bolso, Alexander! ¡Mi bolso de cuero italiano! ¡Esto ya es personal!

—Te compraré uno nuevo.

—¡No quiero tu dinero, quiero justicia!

Valentino bostezó, ignorándome a mí y a su dueño, y volvió a sentarse como si nada. Cínico. Político. Capaz de destruir una embajada sin despeinarse.

—Esto ya no es casualidad. ¡Lo hace a propósito! ¡Tiene una campaña organizada! ¡Está orquestado! ¡Va en mi contra!

Alexander se acercó, serio por fin.

—Noelia, lo siento de verdad. Sé que parece absurdo, pero…

—¡No es absurdo, es mi vida! Este perro me ha arruinado dos pares de zapatos, un pantalón y ahora esto. ¿Qué será lo siguiente? ¿Mi coche? ¿Mi cama? ¡¿Mi cuenta bancaria?!

—No exageres…

—¿¡Exagerar!? —di un paso hacia él, lo suficiente para que pudiera oler el sarcasmo en mis poros— ¿Tú sabes lo que significa encontrar un bolso

que combine con todo, que tenga el tamaño justo para el portátil y además sea bonito? ¡Eso es como encontrar una puta aguja en un pajar! ¡Y este pequeño demonio lo ha profanado!

—Te juro que no fue su intención.

—¡No me interesa su intención! ¡Quiero una orden de alejamiento! ¡Un perímetro de seguridad! ¡Un campo de fuerza!

Alexander bajó la mirada y se frotó la frente. Luego dirigió los ojos hacia mí y dijo lo que no debía.

—Está celoso, ¿sabes?

—¿Qué?

—De ti. Siempre que estás cerca, actúa raro. Ladró al espejo la primera vez que dijiste mi nombre por teléfono. No le gusta compartir atención.

—¡No me digas que el embajador de la gala tiene celos territoriales!

—Es… complicado.

—¿Complicado? ¿Complicado? ¡Por Dios! ¡Es mi bolso! ¡Mi bolso!

Estaba histérica, sí, pero tenía mis razones, porque ese perro la tenía tomada conmigo.

Agarré mi bolso, me giré sobre los talones y lo miré con los ojos en llamas.

—Odio a tu perro —dije con los dientes apretados—. Esto no ha terminado. La gala sigue en pie. Pero yo… voy a buscar incienso, sal y un exorcista canino.

Y salí de la sala, con mi bolso húmedo en una mano y la dignidad hecha trizas en la otra.

En cuanto me acomodé en el coche, envié un audio a las chicas.

—Acabo de tener la primera reunión oficial con Alexander. Todo bien. Miradas, tensión, química, planificación de gala. Y luego… Valentino ha vuelto a atacar. Esta vez, a mi bolso. ¡Mi bolso! De edición limitada. Estoy por buscar a un chamán. O a un entrenador de perros con referencias en exorcismos.

Martina: *Ese perro es como un espíritu vengador. ¿Has hecho algo en otra vida?*

Aitana: *Confirma si estaba poseído o si solo necesitaba fibra.*

Noelia: *Confirmo: lo mío con ese perro ya no es personal. Es kármico.*

Martina: *¿Y Alexander? ¿Qué ha hecho?*

Noelia: *Pegado a mí como perfume caro. Literalmente. Y encima dice cosas como "quiero que disfrutes la gala". ¿Qué significa eso? ¿Que va a cantar? ¿Bailar? ¿Invitarme a cenar con velas sintéticas?*

Aitana: *Significa que le gustas, tarada.*

Noelia: *No puedo gustarle. ¡Soy enemiga declarada de su perro!*

Martina: *Nadie es perfecto. Tal vez puedas negociar la custodia compartida del can demoníaco.*

Noelia: *Si lo consigo, quiero una medalla. O terapia. O ambas.*

Y me fui a casa, porque no me apetecía ni siquiera ir al bufete a trabajar, así que llamé a mi hermano, le conté lo ocurrido y dije que trabajaría desde casa mientras buscaba un bolso nuevo.

De verdad que, si en otra vida había coincidido con Valentino y le había hecho algo, el karma me lo estaba haciendo pagar ahora, pero bien.

¿Cómo se podía odiar tanto a un perro? Y más a uno que hasta parecía simpático, si no fuera por su posesión demoníaca.

Capítulo 14



Era sábado y, como casi todos los fines de semana, me dirigía a casa de mis padres para la comida familiar. Pero ese día tenía un aire especial: ellos acababan de volver de su viaje a Roma por su aniversario, y querían contarnos cómo les había ido, enseñarnos fotos y, por supuesto, darnos algún que otro souvenir que habrían comprado para nosotros.

Mi hermano Tomás también venía, y ya desde la mañana me imaginaba la reunión llena de risas y buen humor que siempre caracterizaba esas comidas con ellos.

Al llegar, el aroma de la comida casera me recibió como un abrazo cálido. Mi madre siempre había tenido ese don para hacer que la casa oliera a hogar, a cariño y a recuerdos compartidos. En el salón, mi madre estaba colocando en la mesa un montón de platos que prometían una comida deliciosa, mientras mi padre sacaba un montón de álbumes y fotos en papel que había traído del viaje.

Me senté junto a Tomás, que no paraba de bromear sobre cómo nuestro padre seguramente había intentado regatear con todos los vendedores en

Roma, y mi madre reía, recordando anécdotas de sus paseos por la ciudad eterna. La comida comenzó entre risas y comentarios divertidos, mientras mi padre abría los álbumes y nos contaba, con una sonrisa que se le notaba desde lejos, cómo habían recorrido cada rincón de la ciudad.

—A ver, a ver, que esta es buenísima —dijo mi padre señalando una donde ambos estaban parados frente al Coliseo con caras de asombro—. ¿Os podéis creer que casi me quedo atrapado dentro? ¡Menuda aventura!

—¿Atrapado dentro del Coliseo? —rio mi hermano— ¿Se puede saber qué hiciste?

—Pues resulta que me entretuve mucho haciendo fotos, y cuando quise salir, el guardia ya había cerrado la puerta. Menos mal que tu madre me rescató con cara de "venga, sal ya".

Ella asintió con una sonrisilla en los labios.

—Sí, hijo, sí, tu padre parecía un niño perdido. Estaba en modo "socorro" mientras yo intentaba negociar con el guardia para que lo dejara salir. Imagínate, una pareja en Roma, uno casi preso en el Coliseo… ¡Qué escena para una película!

Tomás y yo soltamos una carcajada al imaginarnos la escena.

—¡Esto es digno de un Óscar! —exclamó mi hermano.

Nos reímos de nuevo, y mi madre sacó de una bolsa varios souvenirs.

—Bueno, ahora la parte importante —dijo—. Hemos traído regalitos para vosotros, porque en Roma no podíamos resistirnos.

Sacó una figura pequeña y brillante de una Vespa para mí, y me la puso en las manos.

—Para que siempre recuerdes que la elegancia italiana se lleva con estilo —bromeó.

—¡Me encanta! —dije, mientras la giraba para verla de todos los ángulos — Esta va directa a mi escritorio en el bufete. Ya la imagino junto a mis papeles, dándome suerte.

—Para ti, que siempre te ha fascinado la historia —dijo mi madre mientras le entrega a Tomás una figura del Coliseo en miniatura—. Puedes ponértelo en tu habitación o en tu escritorio también.

—Perfecto —contestó mi hermano con una sonrisa—. Esto va a quedar genial con mi colección de libros de historia.

—Y para nosotros hemos traído estas pequeñas estatuas, que simbolizan la ciudad y todo lo que hemos vivido estos días.

Puso unas figuras en el centro de la mesa, pequeñas y detalladas, que parecían casi mágicas.

—Ahora la mesa parece un museo —bromeé—. ¿Qué será lo próximo? ¿Un tour guiado por el comedor?

Y mi madre rio a carcajadas una vez más.

La conversación siguió animada, y Tomás, que no podía dejar pasar la oportunidad, sacó un nuevo tema de conversación.

—Mamá, cuéntanos más de ese *gelato* del que hablabas. ¿Era de verdad tan bueno como dicen de él?

—Ni os imagináis. Era cremoso, dulce y con un sabor que parecía hecho por los dioses. Cuando lo probé, casi me caigo rendida al suelo. Fue como un amor a primera cucharada. Pedí el de pistacho y avellana, y no podía creer que algo tan sencillo pudiera ser tan delicioso.

Y la sobremesa se alargó mientras tomábamos café con pastel de chocolate que había preparado mi madre.

—Vamos a ver más fotos, que quedan unas cuantas. ¡Mirad esta! Aquí está vuestro padre intentando hacerse entender con un vendedor ambulante que no hablaba ni una palabra de español.

Mi padre imitó el sonido de un turista despistado cuando habló.

—“*Gelato… gelato…*” mientras el vendedor parecía preguntarse si había un extraterrestre frente a él.

—¿Y cómo terminó esa conversación? —curioseó mi hermano, sin dejar de reír.

—Pues con un intercambio de risas, gestos y un helado delicioso —respondió él—. Esa es la magia de viajar.

—Por favor —dijo Tomás mientras hojeaba el álbum de fotos—, aquí parece que papá tiene toda la pinta de un turista profesional. ¡Mira esa gorra!

Papá levantó la vista y puso cara de ofendido.

—¡Eh, esa gorra me protegió del sol todo el viaje! ¿Qué queríais, que me quedara con la cabeza roja como un tomate?

—Además, esa gorra le daba un aire muy italiano, casi parecía un local —añadió mi madre.

—¿Un local? —preguntó mi hermano, divertido— Papá parecía un turista perdido con una brújula rota.

—¡Cuidado con tus palabras! —le contestó mi padre— Que la próxima vez te mando a ti a negociar con los vendedores, a ver si consigues regatear sin parecer que estás asustado.

—Pues no sé, pero creo que yo no tendría que preocuparme por eso. Mamá, ¿qué tal se te dio a ti el regateo?

—Ay, hijo, os cuento… —dijo con la mano en el pecho— Fue un desastre. Intenté decir "¿cuánto cuesta?" en italiano, pero creo que terminé preguntando por la receta de la pasta o algo así.

Nosotros soltamos la risa y mi padre bromeó.

—Claro, por eso es que todos los vendedores se reían tanto. No sabían si vendernos algo o invitarnos a cenar. Yo creo que vieron a vuestra madre con cara de tener hambre.

—Oye, al menos lo intenté —protestó ella—. No es como tú que con el inglés haces gestos como si estuvieras pilotando un avión.

—¡Eh! Que yo me hago entender. Aunque bueno, reconozco que con los gestos me va mejor.

Yo me reía de verlos discutir con ese cariño que solo tenían las parejas que llevaban años juntos.

—Sinceramente, me encanta cómo os lleváis. Se nota que no os aburrís ni un segundo —comentó mi hermano.

—Ni un segundo —confirmó mi madre—. Y estas peleas tontas son parte del show.

—Además, las discusiones no nos quitan las ganas de seguir viajando juntos —agregó mi padre, mirando a mi madre con ese amor incondicional que sentía por ella.

—Incluso si nos perdemos —dijo mi madre.

—¿Os perdisteis? —preguntamos Tomás y yo al unísono.

—Sí, hijos míos, sí, nos perdimos en las callejuelas y tuvimos que pedir indicaciones a un grupo de abuelitos italianos que no hablaban ni una palabra de español ni de inglés.

—¿Y cómo os entendisteis? —preguntó Tomás.

—Con señas, risas y mucha paciencia —respondió él—. Al final, uno de ellos sacó un mapa, y con dibujos nos ayudaron a volver al hotel.

—Yo pensé que nos quedábamos a pasar la noche en la calle, que me veía cenando en plan "La dama y el vagabundo" —soltó mi madre, volteando los ojos, y nos echamos a reír.

—Y eso es lo bonito de los viajes, los momentos inesperados que se convierten en las mejores historias.

En ese momento, mientras miraba a mis padres y escuchaba las historias de su viaje, no pude evitar sonreír de nuevo. La manera en que se hablaban, las miradas cómplices, las bromas continuas... Era el reflejo vivo de un amor que, para mí, siempre había sido el más sólido y sincero que había conocido.

—¿Sabéis? —les dije— Siempre os he visto así, mirándoos de esa forma que parece decir “te quiero” sin palabras, desde que tengo memoria.

Mi madre se emocionó y me abrazó con fuerza.

—Eso es porque el amor verdadero se demuestra en los pequeños detalles —dijo—. Y nosotros hemos tenido mucha suerte de encontrarlo el uno en el otro.

—Y también de teneros a vosotros, que sois parte de ese amor —añadió mi padre con ternura.

Nos quedamos unos segundos en silencio, disfrutando del momento, y luego Tomás rompió el ambiente serio con una broma.

—Bueno, ¿y cuándo toca el próximo viaje? Que necesito más historias para reírme con vosotros.

—Hombre, si nos regaláis otro para el próximo aniversario… —Dejó caer mi madre.

—Hermana, nos van a salir caros a partir de ahora sus aniversarios —suspiró Tomás, y acabamos riendo de nuevo.

Nos miramos todos y asentimos con una sonrisa. Esa era la familia que siempre había conocido: un lugar donde el amor y la risa iban de la mano, donde las anécdotas se contaban sin censura y donde los pequeños detalles tenían un significado enorme.

Mientras recogíamos la mesa, mi madre se acercó sonriendo.

—Ojalá estas comidas nunca cambien —me susurró.

Le sonreí y pensé que, con momentos así, realmente no tenían por qué hacerlo.

Porque esos momentos eran un tesoro. Porque no siempre se podía ver a la familia tan unida, tan divertida y tan cariñosa. Y mientras la ayudaba a recoger, pensé en lo afortunada que era de tenerlos a todos, y de que siempre, sin importar el tiempo o las circunstancias, el amor de mis padres seguiría siendo esa luz que iluminaba nuestro camino.

Capítulo 15



Lunes, otra vez. Once y media de la mañana, y el día estaba siendo demasiado largo además de caluroso.

El teléfono estaba apoyado entre mi oreja y mi hombro, la pantalla del ordenador dividida entre jurisprudencia y un e-mail a medio enviar, y mis dedos golpeaban las teclas con precisión quirúrgica.

—Entiendo, Teresa. Créeme, lo entiendo —dije, con ese tono que mezclaba empatía, profesionalidad y ganas de gritarle al sistema—. Pero lo que dijo en la última vista no tiene fuerza legal si no está respaldado por pruebas. Y él no las tiene.

Al otro lado de la línea, Teresa respiró como si estuviera cargando piedras.

—Es que… me pone nerviosa. Cuando empieza a hablar así, como si yo fuera una ladrona, una madre ausente…

—No lo eres. Y vamos a demostrarlo. Tienes el calendario de visitas, las transferencias, las actividades escolares, y la declaración de la profesora de David. Dos semanas más, y salimos de esto.

Silencio. Luego, un susurro apenas audible.

—¿Y si los niños creen lo que él dice?

Cerré los ojos. Esa era la parte que dolía. La que no se arreglaba con un alegato brillante ni con un dictamen favorable.

—Los niños no son tontos, Teresa. Y crecen. Y preguntan. Y tarde o temprano, todo cae por su propio peso. Nosotros les damos el mejor presente posible. El resto… viene.

—Gracias, Noelia.

—Para eso estoy. Y, bueno, para deshacer los nudos imposibles de esta sociedad. Te llamo el lunes con los detalles del interrogatorio.

Colgué. Me recosté en la silla, me froté las sienes y estiré el cuello hasta que crujió. Era lunes, sí, y la semana se previa que sería larga.

Al menos esperaba que si era así, me mantuviera tan ocupada que no pudiera dedicar ni un segundo a pensar en nada que no fuera trabajo. Y con nada, en realidad me refería a no pensar en él.

En Alexander. En su risa. En cómo olía. Y en su perro del demonio.

—¿Noe? —La voz de Aitana sonó desde el pasillo antes de que tocara la puerta con los nudillos— Hay un… ¿paquete? ¿Caja? Algo con volumen extraño.

Fruncí el ceño al escucharla.

—¿Cómo que una caja?

—Sí. Gigante. Tiene tu nombre. El mensajero dijo que era "muy delicado" y que lo pusiera sobre una superficie plana. Me he sentido como parte de una misión de la NASA.

Suspiré, me levanté y abrí la puerta. Allí estaba Aitana, abrazando una caja blanca impecable con un lazo beige elegante y una etiqueta manuscrita.

«Para Noelia Romero»

—Esto tiene pinta de joyería emocional —dijo arqueando una ceja mientras me lo pasaba—. ¿Debo preocuparme?

—Esto es demasiado grande para ser de una joyería —contesté—. ¿Quién lo ha enviado?

—No me lo ha dicho. Solo que era importante.

—Perfecto. Ahora también tengo admiradores.

Justo entonces, Martina apareció desde la sala común con un café en la mano y cara curiosidad.

—Por favor, ¿habéis visto el tamaño de esa caja? ¿Quién te la ha enviado?

—No lo sé —murmuré, cerrando la puerta con ambas dentro—. Pero la abriré igual. Aunque sea una caja con un muelle y me salte un payaso homicida en la cara.

Me senté de nuevo, dejé la caja sobre la mesa y solté el lazo.

Silencio. Tensión. Aitana y Martina estaban tan quietas que podrían haber sido figuras de museo. Levanté la tapa, y ahí estaba.

Mi bolso. No uno cualquiera, sino ese bolso en concreto. Mismo modelo, mismo tono en cuero, mismos herrajes artesanales. Nuevo. Reluciente. Sin orina de embajador canino.

Bajo él, una caja más pequeña con unos pantalones idénticos a los que Valentino había destrozado a mordiscos. Y, como si fuera una subasta de las desgracias que ese perro me había causado, tres pares de zapatos: los negros de que arruiné pisando su caca, los que tiré porque Valentino arrancó un tacón y los *stilettos* que había comprado en rebajas pero que me encantaba usar para ir al trabajo en días de juicios importantes y que ese engendro poseído echó a perder con su pis.

Y encima de todo, una nota escrita con pluma, porque claro que Alexander Montenegro no escribía con un bolígrafo cualquiera.

«Sé que no quieres mi dinero, pero también sé que esas piezas son exclusivas y me sentía en la obligación de reponerlas.
A veces, las disculpas deben tener forma de cuero italiano y suela reforzada. Alexander»

Aitana y Martina lo leyeron por encima de mi hombro.

—Oh, qué mono —dijeron al unísono.

Las miré como si acabaran de decir que les parecía adorable Voldemort acariciando una orquídea.

—¡Mono, no! ¡Esto es manipulación emocional de lujo! ¡Es chantaje emocional con etiqueta premium!

—¿Y? —preguntó Aitana, encogiéndose de hombros— Lo ha hecho bien. No ha intentado justificar al perro. No ha mandado flores. Te conoce. Sabe que no te ablandas con hortensias. Pero con zapatos...

—No me ablando con zapatos —protesté.

—¿Entonces, por qué los estás acariciando? —preguntó Martina con una sonrisilla, y aparté la mano.

—Instinto. Textura. No es sentimentalismo, es ciencia del cuero.

—Claro —dijeron las dos, a dúo otra vez.

Respiré hondo. Me incliné sobre la caja y guardé las cosas con un poco más de delicadeza de la que quería admitir. Cuando salieron, me quedé sola en el despacho. Apoyé la espalda contra el respaldo de la silla, cerré los ojos y sonreí.

Solo un poco.

Era un detalle. Sí. Un poco sobreactuado. Un poco escandaloso. Un poco... él. Pero había algo más: una sinceridad debajo del gesto. Una especie de intento torpe, aunque ejecutado con precisión milimétrica, de decir: *"Lo siento. Me importas."*

No iba a fingir que no me afectaba. Porque lo hacía. Porque, joder, hacía semanas que no dejaba de pensar en Alexander. En su sonrisa, en la forma en que se inclinaba cuando hablábamos, en cómo me escuchaba sin interrumpirme ni intentar explicarme cosas. En cómo olía. Dios, otra vez con el olor.

Cogí el móvil, busqué su nombre y lo llamé. Tardó apenas dos tonos en responder.

—Hola —dijo con voz serena, como si supiera que iba a llamarlo.

—No he dicho que me gustara, ¿vale?

—Hola a ti también, Noelia.

—Solo digo que no hacía falta. Pero gracias. Lo aprecio.

—Sabía que no querías mi dinero. Pero sé lo que significaban esas piezas. Y sentí que tenía que hacer algo.

—Podrías haberme comprado una sesión de acupuntura. O una planta.

—¿Tú cuidas plantas?

—Las mato por accidente, pero el gesto cuenta —confesé, y él se echó a reír.

—¿Entonces me perdonas?

—Estoy considerando firmar un armisticio con tu perro. No es lo mismo.

—¿Y si invito a la embajadora de la gala a cenar? ¿Ayudaría a mejorar las relaciones diplomáticas?

Sonreí y apoyé los pies en una silla vacía.

—No lo sé, Alexander. Tengo que seguir pensándolo. Me ha pasado muchas veces eso de que alguien haga algo bonito para luego desaparecer.

Me estoy tomando mi tiempo.

—Está bien —dijo. Y lo dijo de verdad. Sin presión—. Pero mañana tengo reunión con los del Teatro Imperio. ¿Quieres venir? Es un espacio espectacular. Y necesitas decidir si prefieres cortinas rojas o terciopelo negro.

—Terciopelo negro suena como el nombre de una *drag Queen*.

—¿Y eso es un sí?

—Eso es un "estaré allí". Pero sin cena después. Todavía no.

—Entendido. ¿Y si Valentino no va?

—Entonces tal vez me lo piense.

—Trato hecho.

Colgamos sin decir nada más. Y entonces, justo cuando pensaba que podía retomar la tranquilidad laboral, el teléfono volvió a sonar. Esta vez, el tono de llamada era distinto. Urgente. Y vi el nombre de mi hermano en la pantalla.

—¿Sí?

—Tenemos un problema. El caso Álvarez. Se ha filtrado la información. La prensa ya está encima.

—Mierda. ¿Has hablado con Bianca?

—Está en camino.

—Voy para allá.

Fui hacia la sala de reuniones. Cinco minutos después, Bianca entró con el paso rápido de quien podría incendiar algo sin perder el equilibrio. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y un expediente bajo el brazo.

—¿Quién lo ha filtrado? —pregunté sin rodeos.

—Todavía no lo sabemos. Pero la nota salió publicada esta mañana. Hablan del hijo, de la infidelidad, y del recurso que estábamos preparando para frenar todo.

—Nos queda poco margen. Si alguien más se entera, nos van a bloquear los movimientos antes del miércoles —dijo mi hermano.

—Necesitamos redactar una respuesta oficial antes del mediodía. Y hablar con Álvarez. Prepararle. Van a ir a por él.

Me levanté, abrí el portátil y dije lo sabía que los dos querían oír.

—Entonces vamos a por ellos primero.

La sala de juntas se convirtió, en menos de siete minutos, en un campo de batalla jurídico. Bianca ya había encendido su portátil, y Tomás entró con café para los tres.

—He hablado con la prensa. Oficialmente no comentamos filtraciones. Extraoficialmente… necesitamos una estrategia de contención. Ya —dijo mi hermano.

—¿Y Álvarez?

—En su casa. Dice que no saldrá hasta que le digamos qué hacer. Que confía en nosotros.

—Qué honor. Qué poético —dije, sacando las carpetas—. Le están destruyendo la reputación en directo y lo único que tiene es una promesa de "ya veremos".

—Tiene razón para tener miedo —comentó Bianca, con voz tensa—. Si quieren acabar con él, lo harán con mentiras, y los tres lo sabemos. La prensa a veces puede ser muy… carroñera.

—Que eso lo diga una periodista, da que pensar.

—Soy sincera. Conozco a algún que otro buitre en mi gremio capaz de hacer lo que sea para destruir la reputación de una persona.

—Pues no vamos a permitirlo. Ese hombre tuvo una aventura de una noche con una mujer mucho antes de conocer a su esposa, así que, de infidelidad, nada. Y si ese niño realmente no es su hijo, lo vamos a demostrar.

Tomás me miró con una ceja arqueada.

—¿Tienes un plan?

—Tengo algo mejor —respondí, mientras mis dedos empezaban a moverse por el teclado—. Tengo rabia. Y jurisprudencia.

Y empezamos a trabajar. Redactamos una respuesta oficial cuidando cada palabra, evitando confirmar la filtración, pero dejando caer que estábamos “evaluando acciones legales por difamación”. Bianca, mientras tanto, rastreaba la fuente original del artículo: un periodista especializado en escándalos políticos con un historial de información que "misteriosamente" siempre favorecía a los rivales de nuestros clientes.

—¿Crees que fue intencionado? —preguntó ella.

—Lo que me preocupa no es si fue intencionado —dije sin apartar la vista de la pantalla—. Lo que me preocupa es quién lo sabía además de nosotros.

—¿Crees que alguien de dentro…?

—No lo descarto —la corté, y me detuve, pensé y vi que algo no encajaba —. El documento filtrado no estaba completo. Le faltaban las últimas enmiendas. Solo cuatro personas tenían acceso a esa versión incompleta. Y una de ellas… no trabaja aquí.

Bianca me miró con el ceño fruncido.

—¿Quién? —preguntó.

—Luque. Exasesor de Álvarez. Lo despidió hace un mes, ¿recuerdas? —dije, mirando a mi hermano.

—El que montó un drama diciendo que le robaban méritos.

Asentí. Bianca empezó a teclear con furia.

—Le vamos a rastrear hasta la IP. Si fue él quien filtró esto, vamos a dejarlo sin carrera. Sin reputación. Sin nada.

—En ese orden, por favor —dije.

Mientras ellos seguían ajustando la estrategia, mi móvil vibró con una notificación de correo.

*«**Asunto:** Propuesta teatral para revisión – Gala MM*

***De:** Alexander Montenegro*

Hola.

Te adjunto planos del Teatro Imperio, referencias de iluminación y detalles del recorrido de invitados.

Me han dicho que mañana hay una luna llena preciosa. Casualidad, o buen augurio. Hasta mañana. A.»

Cerré el correo, dejé el móvil boca abajo sobre la mesa y me obligué a centrarme. Había un cliente que proteger, una crisis que sofocar y un exasesor rencoroso al que debíamos decapitar, jurídicamente, claro.

—Lo tengo —dijo Bianca, alzando la voz con una sonrisa torcida—. Me acaban de confirmar que la IP del envío coincide con la de un dispositivo registrado en casa de Luque. Hay registros de conexión el día anterior a la publicación.

—Entonces tenemos la prueba —dije—. Y también una respuesta para la prensa. Si lo jugamos bien, convertimos esto en una campaña de difamación y victimización de nuestro cliente.

—¿Quieres que yo lo contacte? —preguntó Tomás.

Negué con la cabeza.

—Lo haré yo. Pero mañana. Hoy necesita digerir que alguien a quien confió información le ha apuñalado por la espalda. Y nosotros necesitamos sellar esto antes de que alguien más abra la boca.

Miré el reloj, era casi la una. Hora de ir a comer. Cerré el portátil y me levanté.

—Me voy a casa, si te parece bien, y trabajaré desde allí esta tarde —le dije a mi hermano.

—Claro, no te preocupes. Yo voy a redactar una minuta con todo esto para tenerla lista ante cualquier pregunta y se la paso a Bianca.

Asentí, fui a mi despacho y salí de allí con el bolso nuevo colgando del brazo. Caminé hasta el ascensor con esa extraña sensación de estar en pausa y en movimiento al mismo tiempo.

El ascensor descendía lento. Cada piso era un eco. Pensaba en el teatro. En Alexander. En lo que diría mañana cuando nos viéramos de nuevo. En si Valentino estaría esperando con cara de inocente.

Y, sí, pensaba en los zapatos. Porque, aunque me negara a admitirlo en voz alta… me los iba a poner.

En cuanto llegué a casa me puse cómoda, me preparé la comida y puse la televisión para comer con algo de ruido de fondo. Al final iba a pensar seriamente en adoptar un gatito que me hiciera compañía cuando llegara a casa.

El resto de la tarde lo pasé trabajando en los casos que llevaba para ayudar a Tomás, además de echar un vistazo a los planos del teatro y hablar

con Martina sobre el encuentro que tendría la noche siguiente con Alexander.

Ya por la noche, estaba en el sofá, con una copa de vino blanco, repasando la minuta que mi hermano me había enviado para que echara un vistazo, cuando me llegó un mensaje.

Aitana: *Te los vas a poner mañana, sí o sí, ¿verdad?*

Noelia: *¿El bolso o la cara de póker?*

Aitana: *Ambas, y los pantalones y unos pares de zapatos.*

Noelia: *Entonces sí. Pero no diré que fue idea tuya.*

Aitana: *No necesitas excusas. Te está gustando, solo que aún no sabes cómo gestionarlo sin hacerte un croquis emocional.*

No respondí. Porque tenía razón. Y porque el vino ya me estaba empujando suavemente hacia ese lugar incómodo: el rincón de las dudas.

Mañana vería a Alexander. De nuevo. Y no sería una reunión cualquiera. Era el tipo de cita que se disfrazaba de trabajo, pero tenía demasiadas pausas largas, demasiadas miradas de medio lado, demasiadas cosas no dichas.

Y quizás, solo quizás, empezaba a no parecerme tan terrible.

Capítulo 16



Había algo profundamente irritante en las personas que sonreían cuando sabían que habían hecho algo sucio y estaban convencidas de que no podías probarlo. Luque era uno de esos.

—Señorita Romero —dijo, con esa voz de vendedor de seguros que usaba perfume caro y guardaba secretos en la guantera del coche—. No entiendo por qué me ha citado. Ya no trabajo para el señor Álvarez, ¿recuerda?

—Y, sin embargo, se ha presentado a los cinco minutos de que le llamara. Qué curioso.

No hizo ningún gesto de incomodidad. Se sentó con una calma cuidadosamente calculada, cruzó la pierna como si estuviéramos en una reunión de trabajo y no en la antesala de una posible imputación penal, y dejó su chaqueta sobre la silla contigua, doblada con cuidado. Llevaba ese aire de "yo controlo" que solo tenían los hombres que habían tenido más poder del que sabían manejar y aún no se habían dado cuenta de que ya no lo tenían.

Yo me crucé de brazos. No era solo el contenido de la carpeta lo que me había quitado el sueño, sino la forma en que Luque se movía por el mundo, convencido de su impunidad. De su encanto corrosivo. De que bastaba una sonrisa suya para que todo se olvidara.

—¿Le puedo ofrecer café? —le pregunté, con esa amabilidad afilada que usaba cuando quería acuchillar con una cucharita de postre.

—Gracias, ya he tomado.

—Lástima. Porque si no lo acepta, no tengo nada más que darle.

Su sonrisa se torció. Intentó ocultarlo tras una expresión de "esto me divierte", pero ya lo había visto. El leve destello de incertidumbre.

—¿Y qué se supone que quiere darme?

—Una oportunidad. Para decirme la verdad. Antes de que lo haga un juez.

Le lancé una carpeta por la mesa que se deslizó como una sentencia inevitable y se detuvo al chocar contra su reloj. Él la abrió con un gesto desganado, hojeó los papeles y, por primera vez desde que entró, su sonrisa desapareció.

—¿Qué es esto?

—Pruebas. De que accediste al archivo del caso Álvarez desde tu IP a las tres y cuarto de la madrugada. Y luego enviaste la versión no firmada del informe a un correo cifrado vinculado al periodista Jesús Salcedo.

Hubo un segundo, solo uno, en el que no respiró. Lo vi. La pausa en su pecho. El cálculo. El instinto de huida que solo aparecía cuando la mente iba por delante del cuerpo.

—Mire, señorita Romero. Yo trabajé con Damián Álvarez desde el principio. Si alguien tenía derecho a decir la verdad…

—La verdad —lo interrumpí, inclinándome hacia él— no se filtra. Se presenta en sala. Con argumentos. Con pruebas. No con artículos de opinión redactados por cuervos a sueldo.

Silencio, solo interrumpido por el sonido tenue del aire acondicionado.

Luque se pasó una mano por el cabello. Estaba sudando ligeramente en las sienes, pero se mantenía en su pose de autoconfianza.

—No me dejaron terminar mi trabajo —dijo finalmente. Una confesión disfrazada de victimismo—. Él me echó por querer ir más lejos. ¿Sabe lo que encontré? Documentación cruzada entre sus fondos en Luxemburgo y una empresa pantalla usada por su primo. Lo tapó todo. Y seguro que usted, como su abogada que es, debe saberlo.

Mentiras mezcladas con verdades. Lo clásico. Lo venenoso. Lo más difícil de desmontar.

—Lo que yo sé —dije despacio, sin apartar la mirada— es que usted vendió esa información incompleta, fuera de contexto, con el único objetivo de destruir su imagen. Ni por ética, ni por justicia. Por venganza.

Luque me miró fijamente, y durante un instante, pensé que iba a golpear la mesa. Pero no. Mantuvo el control. Era su único recurso: el autocontrol como escudo.

—¿Y usted de qué lado está, señorita Romero?

Le sonreí. Una sonrisa fría, profesional y letal.

—Del lado de la ley. Lo que significa que ahora mismo tengo suficientes elementos para que usted se enfrente a una querella por revelación de secretos profesionales y daños patrimoniales. Podría perder todo por lo que ha luchado en esta vida.

El tic en su mandíbula volvió. Y esta vez no lo disimuló.

—¿Y si colaboro?

—Entonces quizá pueda irse con las manos limpias. Pero si miente otra vez, yo misma voy a asegurarme de que no vuelva a trabajar como asesor en ningún país.

Luque bajó la mirada a sabiendas de que había perdido. Y eso, en el fondo, era todo lo que necesitaba.

Pero yo no me sentí triunfante. Me sentí… exhausta. Como si la victoria tuviera un precio demasiado alto.

Poco después de que se fuera, me tomé un café mientras revisaba el próximo juicio de mi clienta por el divorcio. Teresa estaba nerviosa y temía que sus hijos creyeran a su padre, pero, a pesar de que aún eran pequeños, los había visto con ella y sentían absoluta devoción por su madre.

Eran casi las once cuando mi hermano llegó con el señor Álvarez, diez minutos antes de la hora pactada, como hacían los hombres que temían las malas noticias más que las tormentas eléctricas.

Vestía una camisa perfectamente planchada, pero las ojeras y los dedos entrelazados delataban que no había dormido.

Yo ya estaba lista. Había repasado cada línea del informe, cada declaración, cada variable legal. Pero nada me había preparado para ver a Damián Álvarez tan mal.

—Buenos días —dijo, apenas audible.

—Pase —le indiqué, señalando la silla frente a mi escritorio.

Tomás se quedó de pie junto a la puerta, en modo “ángel de la guarda con máster en litigios complejos”. Su presencia era silenciosa pero intensa. Me alegraba tenerlo cerca. Era como tener una línea recta en un mapa confuso.

El señor Álvarez se sentó con rigidez. Sus rodillas juntas, las manos apretadas sobre el maletín.

—¿Ya sabe usted quién fue? —preguntó, y asentí despacio.

—Sí. Fue Luque.

Él cerró los ojos con una exhalación profunda. No de alivio, sino de derrota.

—Mi mujer… —Comenzó, y ya se le empezaba a notar la voz temblorosa — Está muy afectada. Cree que todo esto… va a romper lo poco que habíamos logrado reconstruir.

—¿Y qué piensa usted? —pregunté con suavidad.

—Pienso que esto no habría pasado si no hubiera cometido errores en el pasado. Ella… sabe que lo de mi aventura fue antes de conocerla. Lo sabe. Pero el escándalo, la exposición, los rumores… —tragó saliva— Dice que no es la verdad lo que duele, sino el eco.

El eco. Esa palabra se me quedó dando vueltas como una campana maldita. Porque tenía razón. No era el hecho. Era el susurro que venía

después. La repetición en redes. La crueldad viral. Todo el asunto mediático que se ocasionaba después de algo así, cuando un hombre era demandado por no haber querido saber nada de su hijo, aun cuando en realidad esa persona desconocía la existencia de tal hijo.

Tomás cruzó los brazos.

—Podemos contener esto. El artículo no tiene todos los elementos. Y ahora que sabemos que viene de Luque, tenemos herramientas para frenar la marea.

—¿Y si no podemos? ¿Y si el daño ya está hecho?

Miré al señor Álvarez fijamente a los ojos.

—Entonces pelearemos para que el daño no se extienda. Y si es necesario, para que se compense. Tiene aliados aquí. No está solo.

Él bajó la cabeza, apretó los labios y, con una voz que me cogió por sorpresa, habló de nuevo.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio unos segundos. En ese espacio donde no había leyes ni contratos, solo personas intentando no derrumbarse.

Cuando me quedé sola, seguí con el trabajo hasta la hora de comer y me fui a casa; quería tomarme la tarde libre para hacerme a la idea de que iba a ver a Alexander.

Después de dos cafés y no conciliar el sueño en una breve siesta, llevaba un buen rato repasando mentalmente la conversación con el señor Álvarez, las implicaciones legales, los próximos pasos. Pero por debajo de todo eso, en cada rincón de mi mente, estaba Alexander.

Y la visita al Teatro Imperio. Y la noche.

Me había dicho que la luna estaría llena. Y no sabía si lo había dicho como un dato astronómico o como una invitación a algo más… simbólico.

No quería leer demasiado. Pero tampoco podía evitarlo. Una parte de mí, la parte más peligrosa, más frágil, quería pensar que sí, que era una invitación. Que ese hombre que me había enviado un repuesto nuevo de mis prendas destrozadas por su perro, como quien enviaba flores o bombones, que sabía cuándo callar, que me miraba como si entendiera los silencios… estaba interesado en mí de verdad.

Después de una ducha larga, me planté frente al armario con la mirada crítica de una fiscal a punto de interrogar a su propio reflejo.

Allí estaban, colgados con orgullo, los pantalones que Valentino había arruinado y que Alexander había reemplazado con exquisita precisión. Tela suave, caída perfecta, cintura alta, justo como me gustaban. Y debajo, en su caja original, los *stilettos*.

Los cogí con cuidado y me los probé. Encajaban como esa última pieza del puzle.

Me miré al espejo y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí… preparada. No para una cita. No exactamente. Pero para algo. Quizá para rendirme un poco. A la posibilidad. A lo que fuera que estaba creciendo entre Alexander y yo.

Aunque aún me lo negara a mí misma. Aunque no se lo hubiera dicho ni a Aitana, ni a Martina, ni al universo. Ese hombre me estaba empezando a gustar. Y ya no era solo por cómo olía.

Llegué puntual a la hora que Alexander me había citado, me recibió con una sonrisa y entramos.

El Teatro Imperio brillaba a medias, con focos apuntando hacia los arcos dorados y las butacas tapizadas en rojo oscuro. Las paredes aún conservaban la textura antigua y esa esencia de historias contadas entre bambalinas y ovaciones. Un escenario perfecto para la gala benéfica que empezábamos a diseñar.

Alexander y yo caminábamos por el vestíbulo, repasando el plan mientras él se detenía para abrirme la puerta de una de las salas privadas.

—Este será el espacio para el cóctel —explicó, señalando un salón pequeño, con lámparas de araña y espejos envejecidos—. Pensaba en

decoración con velas, plantas y algún toque vintage, pero sin que quede recargado.

—Me gusta. ¿Y la iluminación? —pregunté, quitándome la chaqueta.

—Sutil, cálida… Pero que resalten todos los detalles. El edificio tiene que brillar.

Nos acercamos al ventanal y contemplamos la ciudad desde arriba. Las luces parpadeaban como estrellas artificiales. Durante un instante, todo fue silencio y solo el sonido lejano del tráfico.

Él se giró hacia mí, demasiado cerca, y en sus ojos había algo nuevo. Algo que no había visto antes.

—Noelia —murmuró, rozando mi mano con la suya—, estoy contento de que hayas aceptado.

—Yo también —respondí, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba sin razón.

La distancia entre nosotros se acortó; el aire se volvió denso. Podía notar su aliento, el aroma a colonia, a madera y un toque de algo indefinible. Sentí un nudo en la garganta. Sentí el pulso acelerarse y la piel erizarse. Nuestro aliento casi se mezclaba, y el tiempo pareció ralentizarse.

Entonces, justo cuando nuestras caras estaban a centímetros, listos para un roce de labios que prometía incendiar el mundo, apareció Valentino. Como un pequeño huracán con patas.

Se lanzó a mordisquear el bajo de mi pantalón, otra vez, con una determinación feroz. Tiró con fuerza, haciendo que perdiera el equilibrio y casi cayera sobre Alexander, quien me sostuvo con rapidez, atrapándome entre sus brazos.

—¡Valentino! —grité, apartando al perro con una mezcla de enfado y resignación— ¡Ese demonio de patas cortas no me deja ni un minuto en paz!

Alexander soltó una risa baja y me miró con una sonrisa divertida.

—Valentino es una fuerza de la naturaleza. Pero a su manera, también es protector.

—¿Protector? ¿Es que se piensa que quiero descuartizarte, o algo así? La tiene tomada conmigo.

—Siente celos, ya te lo dije —sonrió.

Suspiré, soltando el aire lentamente, mientras Valentino volvía a mi lado, ahora sentado con cara de inocente absoluto. Pequeño demonio, cómo le odiaba.

—No sé si amarlo o exorcizarlo —dije con una sonrisa torcida.

—Te invito a cenar, en compensación por el pantalón.

—No, mejor me voy a mi casa. Y por favor, no me envíes otro pantalón porque estoy segura de que todos los de este modelo están gafados con tu perro —resoplé.

Y salí del teatro maldiciendo al endemoniado Valentino, porque era la segunda vez, la segunda, que evitaba que su dueño y yo nos besáramos. Ahora que, como Noelia Romero Gutiérrez, que me llamaba, no iba a ver una tercera. No, señor.

Capítulo 17



La noche anterior había puesto al tanto a las chicas de lo ocurrido, y por eso no me sorprendía que estuvieran entrando ahora en mi despacho con café y una bandeja de muffins de chocolate.

—Vale, Noe, necesitamos un plan para ese engendro —dijo Martina mientras dejaba los cafés en la mesa y se quitaba los zapatos como si acabara de volver de la guerra—. No podemos dejar que siga destruyendo tus zapatos ni tu paciencia.

—¿Un exorcismo? —bromeó Aitana mientras daba un sorbo a su café.

—¿Creéis que funcionaría? Porque si me decís que conocéis a un cura llamado Damien Karras, como en la peli *"El Exorcista"*, yo firmo ahora mismo.

Nos reímos como tres adolescentes hablando de su cantante favorito. Necesitaba eso. Reír, que me recordaran que no estaba sola y que, por muy demoníaco que fuera Valentino, tenía a mis brujas de cabecera.

Aitana sacó su móvil como si estuviera a punto de revelar una gran jugada de ajedrez.

—Llamé a la madre de mi vecina. Dice que conoce a una tarotista con buena fama. Y no solo lee cartas, también hace limpiezas energéticas. Magia blanca, nada turbio. Dice que podríamos ir las tres.

—¿De verdad crees que eso ayudará? —pregunté, escéptica, pero ya un poco esperanzada, o desesperada. A fin de cuentas, ya había visitado a *Madame Violeta*.

—Quizá no cambie al perro —respondió Aitana, encogiéndose de hombros mientras daba un bocado a uno de los muffins—, pero a ti te vendrá bien un poco de magia y guía.

—Además —interrumpió Martina con una sonrisa felina—, si no sirve para nada, al menos nos reímos. ¿Y quién sabe? Igual el oráculo nos dice que tienes que enviar a Valentino a un internado suizo.

—O a un monasterio tibetano —dije, riéndome ya, vencida por la idea de buscar respuestas en otro plano.

Accedí. Porque sí, porque a veces una mujer necesitaba un poco de incienso y esoterismo para no cometer un crimen.

Y así fue como decidimos que después de comer iríamos a visitar a esa tarotista, y aquí nos encontrábamos ahora.

La consulta de la tarotista estaba en un pequeño local que parecía salido directamente de un catálogo de “Decoración para hechiceras modernas”. Había velas aromáticas por todas partes, figuras de gatos negros con ojos que brillaban con luz LED, brujas sonrientes colgadas del techo como si esperaran Halloween con ansiedad, y tapices con símbolos que seguro estaban entre lo divino y lo de moda.

El aire olía a incienso dulce mezclado con algo parecido a madera quemada y especias orientales. Me dieron ganas de toser, pero me contuve. Aitana me guiñó un ojo como diciendo *"esto es parte del proceso"*.

—Bienvenidas —dijo la mujer, saliendo de una pequeña habitación interior con una túnica color púrpura y una voz cálida, pero grave, de esas que parecían leer secretos, aunque estuvieras callada—. Aquí las cartas nos revelan verdades escondidas y caminos que aún no vemos.

—Perfecto para nuestra relación con Valentino. A ver si nos dice cómo dormir sin miedo a que ese peludo nos ataque los pies —murmuró Martina en mi oído.

Nos sentamos frente a una mesa redonda cubierta con un mantel bordado de estrellas doradas, lunas crecientes y un ojo enorme que te miraba fijamente. Si el ojo pudiera hablar, estaba segura de que habría dicho: *“Tienes problemas serios, cariño”*.

La tarotista me cogió la mano, como si lo hiciera a diario con personas que habían estado al borde del colapso emocional por culpa de un perro con nombre de galán.

—Noelia, el universo te muestra que estás en un momento de transición. No es casualidad que estés aquí. Las fuerzas se mueven para guiarte, pero debes estar abierta a escuchar.

—¿Y Valentino? —pregunté, sin poder evitarlo. Lo dije medio en broma, medio desesperada.

La mujer arqueó una ceja, como si el nombre activara un portal místico o algo así.

—Es un guardián de energía. Su carácter fuerte refleja algo que necesitas enfrentar, quizás viejos miedos o heridas.

—¿Como cuando pisé su caca y tuve una epifanía sobre el sentido de mi vida? —solté, y las tres nos reímos.

—Exactamente —respondió ella, sin perder la compostura, aunque en sus ojos brilló una chispa de humor—. No es mala suerte, es una llamada a despertar. Un espejo de lo que llevas dentro.

Martina carraspeó.

—¿Y no tiene algo para protegerse de ese reflejo? ¿Unas gafas de sol energéticas, tal vez?

—¿O un amuleto? —pregunté con fingida seriedad— ¿Me puede dar uno contra Valentino? Algo que impida que me arranque los cordones, la dignidad y la fe en la especie canina.

La tarotista sonrió con una dulzura sabia, y negó con la cabeza.

—No, hija. Las cosas deben seguir su curso sin interferencias. A veces lo que parece una maldición es una bendición disfrazada. Debes vivirlo.

—¿Y si lo llevo a una iglesia? —repliqué— A ver si al entrar reacciona con contorsiones, espuma por la boca y gritos guturales. Así Alexander se convence de que su perro está poseído.

Aitana se atragantó de la risa y Martina tuvo que secarse las lágrimas.

—Noe, te juro que, si pasa eso, hago una película y la vendo a Netflix.

Salimos de allí con la cabeza llena de ideas esotéricas y una extraña calma. Tal vez no se trataba solo de un perro. Quizás había algo más. O simplemente necesitaba dejar de pelearme con el universo y aceptar que Valentino era una prueba divina. De paciencia, claramente.

Al día siguiente, recibí una llamada de Alexander. Su voz sonaba serena, con ese tono que lograba que te olvidaras de los problemas durante cinco segundos.

—Hola, Noelia. Estoy organizando la gala y necesito tu ayuda para coordinar algunos invitados.

—Claro, dime qué necesitas —respondí, poniéndome automáticamente en modo profesional, aunque tenía el pelo hecho un desastre y seguía en pijama con estampado de aguacates.

—¿Podrías hablar con tu hermano? Me gustaría que viéramos quiénes de sus clientes podrían asistir. Cuantos más, mejor; más recaudamos para el orfanato.

—Por supuesto. Hablo con él y te aviso.

Colgué, marqué a Tomás y, como siempre, me respondió en menos de tres tonos.

—Hola, hermano. ¿Podrías confirmar con tus clientes si asistirán a la gala benéfica de *Montenegro Motors*, por favor?

—Claro. Hablo con ellos y le paso los contactos a Alexander.

—Perfecto, gracias.

Seguí con mi trabajo y a eso de las doce, Alexander me volvió a llamar para agradecerme la ayuda y preguntar si podíamos vernos en el teatro para hablar sobre la gala, así que dije que sí.

La reunión fue intensa. Alexander y yo revisamos listas, estrategias, presupuesto, ideas de decorado... Él estaba concentrado, y yo intentaba no mirarle la boca cada vez que hablaba.

En un momento de pausa, nos quedamos solos en una esquina del teatro. Se acercó un poco. Lo suficiente como para que pudiera contarle las pestañas si quisiera.

—Noelia —murmuró—, ¿sabes que me vuelves loco?

Mi corazón dio un vuelco. Como si de pronto las mariposas hubieran vuelto en masa, con pancartas y fuegos artificiales. Incliné la cara, dispuesta a probar el sabor de ese momento, porque, esta vez sí, ese beso iba a llegar.

Pero apareció él. Valentino. Mordiendo el bajo de mi pantalón como si fuera su misión en la vida.

—¡Valentino, no! —grité, mientras intentaba mantener el equilibrio. Otra vez.

Alexander me sujetó antes de que acabara cayendo de culo en el suelo, sonriendo divertido.

—Ese perro es una fuerza de la naturaleza. Incontrolable.

—Te juro que, si no fuera por él, esto sería perfecto. Lo odio. Me odia. No hay tregua.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Negué con la cabeza y me marché, no sin antes ver la sonrisa en los labios de ese demonio de patas cortas, y fulminarle con mi mirada.

Más tarde, cuando ya me había rendido al sofá, Martina y Aitana me escribieron para tomar café. Les mandé un audio contando el episodio canino y mi retirada emocional.

A los veinte minutos llamaron a la puerta.

—Operación: Rescate de Noelia —anunció Aitana con una caja de helado en la mano—. ¡Y traemos refuerzos!

—Te necesitamos fuerte para la batalla con Valentino —dijo Martina mientras sacaba un gin tonic frío de su bolso, como por arte de magia.

—Además, la tarotista tenía una buena vibra —añadió—. Y junto con la lectura de manos de la madre de la vecina de Aitana, es un combo místico *Deluxe*.

—Por Dios —resoplé.

Pero agradecí su visita, porque me hicieron la tarde más amena entre bromas y locuras.

Antes de cenar, mientras me debatía entre prepararme una ensalada o pedir pizza, recibí un mensaje de Alexander.

Alexander: *¿Te apetece una copa? Creo que nos quedan muchas cosas por planear y… quizá algunas más por descubrir.*

No lo pensé demasiado y le dije que sí. Me arreglé rápido y salí a la calle con una sensación nueva en el cuerpo. Valentino no estaba. Estaba solo él.

Nos vimos en aquel bar donde la música jazz sonaba de fondo, y hablamos de la gala mientras compartíamos una copa de vino.

Y entonces, sin aviso previo, sin ladridos ni pantalones mordidos, Alexander se inclinó y me besó.

Y ese beso… Ese beso debería estar prohibido, por el bien de la humanidad.

Era cálido, firme, con una dulzura peligrosa y una pasión tan contenida que casi me hizo olvidar mi nombre.

Por fin, Dios mío, por fin había podido probar sus labios sin que el engendro nos interrumpiera. Lo que me llevaba a preguntarme, mientas saboreaba en vino en ese beso, si Alexander me había invitado a tomar una copa porque, como yo, tenía ganas de que esto ocurriera.

Cuando nos separamos, él me miró como si el universo tuviera sentido solo por estar ahí conmigo.

—¿Te gustaría cenar mañana conmigo?

—Sí —susurré, aún mareada—. Mañana está bien.

Alexander sonrió, me besó de nuevo y nos acabamos la copa, despidiéndonos en la calle.

Y mientras volvía a casa, con el corazón galopando y una sonrisa de idiota, pensé que, quizás, lo más mágico de todo no era la tarotista, ni los amuletos… sino encontrar a alguien que supiera besar como si el mundo fuera a acabarse esa misma noche.

Capítulo 18



No iba a negarlo; me había pasado todo el día de los nervios en el bufete esperando que llegara esta noche, este momento, la cita con Alexander.

Y después de revisar mi armario como veinte veces hasta decidir qué ponerme, aquí estaba yo, a las ocho menos cinco, frente al espejo, evaluando por décima vez mi reflejo.

El vestido azul marino me abrazaba como una segunda piel, elegante pero sensual, con un escote justo en el límite entre lo sugerente y lo sofisticado. La tela fluía con cada movimiento, con una caída impecable que había conseguido gracias a una tarde entera buscando en Internet y a una dependienta llamada Ruth que me juró que ese era "el vestido".

Los *stilettos* me hacían sentir poderosa. O al menos me obligaban a mantenerme derecha, lo cual ya era bastante.

Me había recogido el pelo en un moño bajo con algunos mechones sueltos que enmarcaban mi rostro, y el maquillaje era suave, pero efectivo. Como si dijera: "No me he esforzado tanto, pero sí me he esforzado muchísimo."

Mi corazón latía con fuerza. Alexander había sido claro: quería cenar conmigo. Esta vez, sin interrupciones perrunas ni excusas para hablar de la gala. Solo nosotros.

Y, sí, debía admitirlo, yo quería verlo. Sin pretextos. Sin excusas. Solo verlo.

Me recogió a las ocho en punto, en un coche que olía a cuero caro y jazmín. Cuando abrió la puerta, lo primero que pensé al verle fue que no debía ser legal que alguien se viera así de atractivo.

Llevaba un traje negro perfectamente entallado, con una camisa blanca abierta por varios botones, sin corbata. Impecable. Elegante sin esfuerzo. Tenía el cabello ligeramente despeinado como si se hubiera pasado la mano, justo antes de salir del coche. Y esa sonrisa… Dios mío, esa sonrisa me podía.

—Estás… —dijo, mirándome de arriba abajo— Creo que necesito un segundo para procesar lo que veo.

—¿Tanto? —pregunté, sonriendo con coquetería.

—No es justo —replicó—. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en cenar si te ves así?

—Entonces cenamos rápido y pasamos a lo importante —bromeé.

—¿Lo importante incluye otra copa o… una batalla de miradas intensas?

—Eso depende. ¿Pones cara intensa de anuncio de perfume caro o de drama francés?

—Tengo ambas. Pero solo revelo mi repertorio después del postre —contestó haciéndome un guiño y se rio, consiguiendo que a mí se me dibujara una sonrisa en los labios.

Me cogió la mano para ayudarme a subir al coche y, por unos segundos, nuestros dedos se rozaron más de lo estrictamente necesario.

Fuimos todo el camino en silencio, escuchando la música jazz que Alexander tenía puesta, y mi mente regresó a la noche que me encontró en el bar, y pensé en cuántas veces habríamos coincidido allí sin ser conscientes el uno del otro.

Y cuando llegamos donde había reservado mesa para cenar, me quedé sin palabras.

Era un restaurante escondido frente al mar, con luces cálidas, música suave y mesas lo bastante separadas como para sentir que el mundo se había silenciado solo para nosotros.

Nos sentamos frente a frente, las copas brillaban con el reflejo de las luces, y el sonido de las olas como telón de fondo nos acompañaría en esa velada. Era uno de esos sitios en los que hasta el silencio sabía a vino tinto.

Pedimos, o, mejor dicho, él pidió por los dos y no puse objeción porque no era delicada para las comidas, y con la botella de vino nos trajeron un plato con pequeños canapés surtidos para ir abriendo boca.

—Tengo que confesarte algo —dije tras mi primer canapé.

—Si es que tienes pareja, haré hasta lo imposible para que me escojas a mí.

—¿Qué? —y me reí, porque jamás hubiera imaginado que un hombre me diera esa respuesta.

—Noelia, tengo treinta y seis años, siempre he sabido lo que quiero y cómo conseguirlo.

—Vale, no tengo pareja —sonreí.

—De momento —dijo levantando la copa mientras me miraba, y me estremecí ante la posibilidad de que de verdad hablara en serio y quisiera algo más conmigo—. ¿Qué tienes que confesar, entonces?

—He visto el Instagram de Valentino. ¿Trece mil seguidores? ¿En serio?

—Sí. Estoy empezando a sospechar que es más popular que yo.

—Ese perro tiene un pacto con algún demonio del marketing digital —me reí—. ¿Cómo puede tener trece mil seguidores? Si lo único que hace es mirar con cara de "te destruiré".

—Exacto. Y eso gusta. El otro día alguien comentó: "Me identifico con su odio al mundo. Amo a Valentino."

—Eso me asusta un poco, no voy a mentirte.

—A mí también. Estoy convencido de que, si aprendiera a escribir, ya me habría reemplazado como su *community manager*. Por no hablar de que sería de verdad el CEO en *Montenegro Motors* —suspiró y ambos reímos.

—¿Y cómo empezó todo eso? —pregunté mientras cogía mi copa para dar un sorbo—. ¿Siempre fue así de... digamos... especial?

Alexander se quedó en silencio unos segundos, y su expresión cambió. Se suavizó. Algo en sus ojos se volvió más profundo, más vulnerable.

—Lo encontré hace dos años —empezó—. Era un día horroroso. Llovía a cántaros. Yo acababa de salir de una reunión espantosa y estaba caminando hasta el coche, empapado, con el humor por los suelos.

Tomó un sorbo de vino y, por su mirada, supe que estaba inmerso en aquel recuerdo.

—Lo vi junto a un contenedor de basura. Temblando. Empapado. Era apenas un cachorro. Tenía las patas flacas, las costillas marcadas… Y, aun así, cuando me acerqué, me gruñó. Era tan pequeñito, estaba lleno de barro y aun así estaba dispuesto a pelear contra el mundo.

Mi pecho se apretó. No era solo la historia, era cómo lo contaba. Con una ternura casi dolorosa.

—¿Y lo recogiste?

—No pude evitarlo. Lo envolví en mi abrigo, lo llevé al coche y lo sequé con lo que tenía. Estaba helado. Lo llevé al veterinario esa noche y me dijeron que no sabían si sobreviviría. Pero sobrevivió. Y desde entonces… no se ha separado de mí.

—Alexander… —susurré— Eso es precioso.

—Él me ve como su padre, supongo —dijo con una media sonrisa—. Lo salvé. Lo alimenté. Le di un hogar. Y él… bueno, él cree que debe protegerme. Aunque sea de ti.

—¡¿De mí?! No soy ninguna amenaza. No voy a descuartizarte.

—Eso tendrá que decidirlo él. Aunque conociéndole, va a necesitar una presentación formal, una investigación de antecedentes y quizás una carta de recomendación.

—Puedo falsificarla.

Nos reímos, pero sentí un nudo en la garganta. Porque Alexander hablaba de ese perro como otros hombres hablaban de sus hijos. Y de fondo, estaba esa sombra. Esa herida.

—¿Estabas solo cuando lo encontraste? —pregunté en voz baja.

Alexander dudó unos segundos, luego asintió.

—Sí. Había salido de una relación, digamos… complicada. No quiero hablar demasiado de eso, no porque me duela aún, sino porque no merece espacio entre tú y yo.

Le cogí la mano y él no la apartó, sino que entrelazó nuestros dedos mientras me miraba.

—No tienes que decir nada más. Solo quiero que sepas que… no pienso hacerte daño.

Me miró fijamente, como si intentara leerme de verdad, sin filtros.

—Lo sé. Pero él también tiene que saberlo.

—Prometo llevarle croquetas gourmet.

—Eso ayuda.

—¿Y un peluche con mi olor?

—Ahora hablas su idioma.

Volvimos a reír, y es que, aunque odiara a ese pequeño demonio de patas cortas, también me parecía gracioso, y al saber su historia, lo mal que lo pasó siendo apenas un cachorro… Me conmovió.

La cena transcurrió entre bromas, copas de vino y confesiones pequeñas que creaban una intimidad que parecía crecer por minutos. La química entre nosotros era como una corriente silenciosa, intensa y absolutamente inevitable.

Pedimos tiramisú de postre para compartir y jugamos a ver quién podía coger el último trozo sin que el otro se diera cuenta. Perdí, pero claro, él jugó sucio, haciendo un comentario sobre mi escote justo cuando me disponía a atacar con la cucharilla.

—Eso ha sido trampa —protesté.

—Sí. Pero estratégica.

—La guerra no ha terminado —le advertí, señalándole con el dedo y poniendo mi mejor cara de intimidación.

—Perfecto. Me encantan las mujeres peligrosas.

Y entonces, cuando ya tenía las mejillas color vino, él me miró con esa sonrisa suya, esa que combinaba deseo, dulzura y un toque de peligro, y volvió a hablar.

—¿Te apetece tomar una copa en mi casa?

Lo miré, fingiendo pensar la respuesta, como si de verdad fuera a rechazar esa proposición con lo bien que lo estaba pasando con él.

—Depende. ¿Hay perros posesivos en casa?

—No. Esta noche está en casa de mi prima. Suelen tener alguna que otra fiesta de pijamas juntos —sonrió.

—¿Entonces tienes una casa sin perro, vino, y tú vestido así?

—Exactamente.

—¿Y qué hago yo aún sentada?

Alexander soltó una carcajada mientras me veía coger el bolso, pidió la cuenta y, cuando pagó, fuimos hacia la puerta mientras su mano se mantenía firme en la parte baja de mi espalda.

Ese simple contacto me hizo estremecer, y por un momento pensé en qué más sorpresas tendría esta noche.

Su casa estaba a unos quince minutos del restaurante. Pero no era una simple casa. Era la casa, con mayúsculas.

Un terreno amplio, discreto, con una construcción moderna de líneas limpias, grandes ventanales y una iluminación cálida que te hacía sentir como si estuvieras entrando en una revista de arquitectura.

Y al fondo… una playa privada. Real. Con arena blanca y el sonido del mar acariciando la orilla como si nos diera la bienvenida.

—¿Estás seguro de que no eres un actor de cine o algo así? Porque esta casa… no la tiene cualquiera —pregunté cuando vi la terraza con luces colgantes y una mesa con copas ya preparadas.

—Solo los martes y jueves. Hoy soy real.

—Me niego a creer que alguien con terraza, playa privada y perro influencer exista en este plano de realidad.

—Es que no estás en la realidad. Estás en la parte buena de la película.

Nos sentamos en la terraza, con el mar de fondo y una brisa suave que me acariciaba la piel desnuda de los hombros. Me ofreció una copa de vino blanco, frío y delicioso, y brindamos.

—Por las noches sin perros —dije.

—Y por los comienzos inesperados —añadió él.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos, con esa tensión suave que solo ocurría cuando el deseo ya no necesitaba disfrazarse de palabras.

Alexander se inclinó y me acarició la mejilla con el dorso de la mano. Su piel era cálida, segura, firme, y en lo que duraba un parpadeo, tenía sus labios sobre los míos.

Esos labios cálidos, suaves, carnosos y sensuales se habían apoderado de los míos en un beso tan profundo y urgente como necesitado.

—Noelia… —susurró— Quiero hacer algo más que besarte.

Sentí cómo se me erizaba cada centímetro del cuerpo. Lo miré directamente, sin miedo.

—¿Y a qué esperas, entonces?

Él sonrió con esa sonrisa que me desarmaba.

Me besó de nuevo, más profundo, más lento. Luego me rodeó con los brazos y, sin dejar de besarme, me levantó en brazos con una facilidad impresionante.

—Estás bromeando —dije entre risas, aferrándome a sus hombros.

—Ni lo sueñes.

—¿Siempre eres así de… romántico?

—¿Preferirías que te arrastrara de la mano, estilo cavernícola?

—No. Prefiero esto. Tiene estilo.

—Y mejores vistas.

Mientras me llevaba dentro, entre risas, besos y promesas silenciosas, pensé que este hombre era sencillamente perfecto.

Y lo peor es que me estaba empezando a acostumbrar a la idea.

Capítulo 19



La casa estaba en silencio.

Solo el murmullo del mar llenaba el aire, ese sonido envolvente, casi hipnótico, que parecía venir desde dentro del pecho. Alexander me llevó en brazos por un pasillo amplio, iluminado por luces tenues y cálidas que dibujaban sombras suaves sobre las paredes. Todo en ese espacio parecía hablar de calma, de elegancia sin pretensiones, de alguien que sabía vivir y también esconderse.

Yo me aferraba a él con una sonrisa idiota en los labios y mariposas en el estómago. No por el lugar, que era una locura, sino por él. Por lo que despertaba en mí.

—Puedes bajarme —susurré, sin mucha convicción—. Si me guías, llego a mi destino.

—Ni lo sueñes —contestó junto a mi oído, con esa voz grave que me hacía cosquillas en la columna vertebral.

Abrió una puerta al final del pasillo. Era su habitación, aunque parecía sacada de una revista de decoración. Techos altos, grandes ventanales que daban directamente al mar, una cama enorme con sábanas blancas que invitaban a perderse y cortinas de lino que se movían lentamente con la brisa. En el exterior, la luna se reflejaba sobre el agua como si alguien la hubiera colocado ahí a propósito.

Alexander me bajó con cuidado, como si soltarme de golpe pudiera romper el hechizo, y me miró en silencio.

—Noelia —murmuró, con esa forma suya de decir mi nombre, como si lo saboreara—. Eres preciosa.

Yo debería haber dicho algo ingenioso, algo coqueto o divertido. Pero lo único que hice fue quedarme mirándolo, con el pecho agitado y las rodillas flojas. Porque este hombre me desarmaba, me hacía desear hacer cosas. Y lo hice.

Lo besé. Sin aviso, sin permiso. Solo lo hice. Porque ya no podía seguir aguantando el deseo contenido.

Nuestros labios se encontraron con hambre. No era un beso tierno, era urgente. Crudo. Como si lleváramos demasiado tiempo deseándolo y por fin hubiéramos encontrado el momento exacto para ceder antes lo que para los dos era inevitable.

Mis dedos se enredaron en los botones de su camisa, desabrochándolos con torpeza entre besos. Él bajó lentamente la cremallera de mi vestido,

como si abriera un regalo que había esperado demasiado tiempo recibir.

Lo hacía tan despacio que sentí mi cuerpo erizarse por la anticipación.

La tela cayó hasta mis tobillos, dejando mi piel expuesta al aire y a su mirada. Me sentí vulnerable un segundo, pero luego él me tocó como si fuera una pieza delicada, una obra de arte que muy pocos se atreverían a tocar.

Alexander no se apresuró. Me miraba y recorría cada rincón de mi cuerpo con esos ojos profundos e intensos que me hacían sentir completa y absolutamente deseada. Como si quisiera recordar cada detalle. Sus dedos pasaron por mis clavículas, por la línea de mis hombros, bajaron por mi cintura. Me tocaba despacio, como si temiera que fuera a romperme en algún momento.

—Eres perfecta —murmuró, y no sonaba como un halago superficial. Sonaba como una verdad que acababa de descubrir.

Alexander se quitó la camisa y el pantalón con una calma desesperante. Su cuerpo era tan increíble como lo había imaginado. Fuerte, pero sin excesos. Con cicatrices pequeñas que me daban ganas de preguntar qué historias escondían tras ellas. Pero no lo hice.

Llevó una mano a mi nuca y se inclinó para volver a besarme, y le dejé. Mis manos fueron hacia su pecho, ese que encontré caliente, y comencé a deslizar las yemas de los dedos por la suave piel mientras notaba cómo Alexander se estremecía ligeramente.

Me rodeó por la cintura con el otro brazo, pegándome más a él, y lo sentí. La dureza bajo sus bóxers era más que evidente. Gemí en su boca y, sin darme cuenta, comencé a moverme como una gata buscando mimos.

Aflojó el agarre por mi cintura y noté su mano bajando poco a poco, acariciando mi piel de un modo lento y suave, hasta que la sentí en una de mis nalgas desnudas y dio un leve apretón al tiempo que me acercaba más a él y sentí el leve brinco que su miembro erecto dio bajo la tela.

Sí, en ese momento los dos deseábamos lo mismo, no había duda.

Subí mis manos hasta rodearle por los hombros, le atraje hasta mí y profundicé aún más en ese beso que nos mantenía unidos. Alexander siguió deslizando la mano y esta vez la llevó entre mis piernas. No hizo falta más que un leve toque en mi muslo para que las separara, y cuando lo hice, sus dedos se adentraron bajo la tela de mi tanga, tocando esa parte que tanto le deseaba a él.

Gemí de nuevo en su boca y comencé a mover las caderas mientras él deslizaba sus dedos entre mis labios vaginales, estremeciéndome en cada centímetro que avanzaba, y cuando noté que uno de ellos me penetraba…

—Dios —gemí en su boca.

Alexander me pegó más a él, bajó la mano que tenía en mi nuca por mi espalda y me desabrochó el sujetador en un movimiento tan rápido que me

dejó sorprendida. Bajé los brazos para ayudarle a quitármelo y cuando este cayó al suelo, Alexander se inclinó para besarme los pechos.

Me quedé mirándole y tragué con fuerza al ver el modo en el que después pasaba su lengua lenta y tortuosamente por uno de mis pezones, lamiendo hasta que se llevó el pecho a la boca y lo saboreó antes de darme un mordisquito en el pezón y tirar de él.

De mis labios salió un gemido mezclado con protesta, pero debía admitir que me había excitado sentir aquel tirón.

No tardó en hacer lo mismo con el otro pezón, y sin dejar de penetrarme con el dedo en ningún momento.

Hasta que le vi inclinarse poco a poco y quedar de rodillas frente a mí. Me besó el vientre, retiró la mano de mi sexo y me quitó el tanga, dejándome completamente desnuda en ese momento.

Y sin apartar la vista de mí, sin que sus ojos abandonaran los míos ni un solo segundo, se acercó a mi sexo y le vi lamerlo. Me estremecí al sentir su lengua pasando lentamente sobre mi clítoris, y cuando lo hizo por segunda vez, gemí agarrándome a sus hombros.

Alexander se incorporó y, tras deshacerse de los bóxers, me recostó en la cama y se colocó entre mis piernas.

Sus besos se volvieron lentos, pero firmes. Bajaban por mi cuello, mis hombros, mi pecho, mi vientre. Me hacía sentir que no había otro lugar en

el mundo al que perteneciera más que allí, entre sus brazos, bajo su cuerpo.

Y perdí la cordura en el momento en el que su lengua se hundió en mi sexo, lamiendo mi clítoris mucho más rápido de lo que lo había hecho antes. Cuando sentí sus dedos penetrándome, arqueé la espalda agarrándome a las sábanas y comencé a moverme presa del deseo y la excitación que estaba sintiendo.

No tardé en alcanzar el clímax; Alexander siguió lamiendo y penetrándome mientras me corría con fuerza, y cuando todo acabó, noté el peso de su cuerpo sobre el mío, acomodándose entre mis piernas.

Nos miramos unos segundos, le atraje hacia mí y le besé, y fue en ese momento en el que comenzó a penetrarme, abriéndose paso despacio mientras mi vagina se acostumbraba a su miembro.

Gemí en su boca cuando le noté completamente dentro, y tuve la sensación de que aquello no era solo algo físico.

Era algo más. Como una especie de reconocimiento. Como si nuestros cuerpos se dijeran: “Ah, eras tú.”

Nos movíamos al ritmo de las olas que golpeaban la orilla a lo lejos. Como si estuviéramos conectados al mar. Al mundo. A algo que iba más allá de nosotros.

Él no tenía prisa, pero yo tampoco. Me penetraba despacio, besándome cuando así nos lo pedía el cuerpo. Me miraba a los ojos, me hablaba en

susurros, me acariciaba el rostro como si no quisiera que me distrajera del momento.

Y yo me rendí.

No hubo máscaras. No hubo filtros. Solo piel y emoción. Y cuando sentimos que el clímax llegaba, fue como romperse para reconstruirse desde dentro.

Lo alcanzamos juntos, al unísono, moviéndonos más rápido, sintiendo cada embestida fuerte y profunda de Alexander más intensa que la anterior.

Y cuando todo acabó, ambos nos quedamos en silencio, respirando contra el otro, como si hubiéramos nadado hasta lo más profundo y estuviéramos emergiendo por fin a la superficie.

Alexander me abrazó fuerte, con la respiración aún agitada.

—Noelia… —murmuró contra mi cuello— Nunca pensé que alguien pudiera devolverme la calma.

Yo no dije nada, solo lo miré. Le acaricié el rostro con los dedos, aprendiendo sus facciones de memoria.

—Y yo nunca pensé que existiera alguien como tú.

Nos quedamos así, enredados bajo la sábana, con la brisa entrando por la ventana y el olor a sal flotando en el aire.

Fue ahí cuando supe que había cruzado una puerta que había evitado cruzar, y que ya no había marcha atrás.

Capítulo 20



Me desperté con la luz suave del amanecer colándose por las cortinas blancas. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba.

La brisa del mar, el sonido hipnótico de las olas… y un brazo rodeándome con firmeza.

Alexander.

Estaba dormido a mi lado, con el rostro relajado, el cabello ligeramente revuelto y una expresión tan tranquila que daban ganas de quedarse a mirarlo eternamente. Apoyé la cabeza en su pecho, escuchando el lento ritmo de su respiración.

Y entonces, una presencia. Un cambio en el aire. Una mirada. Un algo. No sabía bien qué, pero sentía algo diferente en lo que nos rodeaba.

Abrí los ojos con sospecha. Y ahí estaba. Valentino.

En la puerta de la habitación, muy erguido, con esa expresión de superioridad moral tan suya. Me observaba como si estuviera evaluando cuántos años de condena merecía por dormir en “su cama”.

Se suponía que estaba en casa de Julieta, la prima de Alexander, así que, ¿qué hacía allí mirándome como si quisiera morderme?

—Alexander… —susurré, golpeándole el pecho con suavidad— Tenemos compañía.

—¿Mmm? —abrió los ojos lentamente, somnoliento— ¿Ya es lunes?

—No. Pero tu pequeño diablo ha regresado del exilio.

—Mi prima debe haberlo traído antes de tiempo para ir al trabajo.

—Julieta, a quien conocí la primera vez que él me destrozó unos zapatos.

—Sí, ella.

Alexander giró la cabeza, justo a tiempo para ver cómo Valentino, sin perder el contacto visual conmigo, con toda la intención, se acercaba a la silla donde había dejado mi ropa la noche anterior, y agarraba uno de mis *stilettos* que estaban en el suelo con la boca.

—¡No! —grité— ¡No, no, no! —me incorporé de golpe, cubriéndome con la sábana— ¡Valentino, suelta eso!

Pero él no se inmutó. Al contrario. Con aire triunfal, dio media vuelta y salió trotando de la habitación como quien llevaba un trofeo entre los dientes.

—¡Te juro que me odia! —dije, mientras me disponía a levantarme para salir tras él— ¡Y es mutuo!

Alexander me rodeó por la cintura desde atrás, riendo, y me obligó a quedarme en la cama.

—Déjalo. Seguro que lo va a dejar en su cama, solo para pedir un rescate después. Lo hace todo el tiempo.

—¿Tienes pruebas?

—Varias. Una vez escondió mi reloj en su caja de juguetes. Y esa mañana tenía una reunión a primera hora, así que me pasé quince minutos buscando el reloj y sí, llegué tarde.

Solté una carcajada.

—Tu perro está loco.

—Mi perro es un genio incomprendido.

—¿Incomprendido por la ley, quizá?

—No tienes idea. La semana pasada le robó el sándwich al repartidor de Amazon. Con envoltorio y todo. Lo enterró en la maceta de la entrada.

—¿En serio?

—Te puedo mostrar el video. Lo captó la cámara de seguridad. Está en cámara lenta y todo.

Nos miramos, ambos con la cara iluminada por la risa. Y entonces él se acercó lentamente, y bajó el tono de voz al hablar de nuevo.

—Él puede que te odie, pero yo no.

Me besó despacio, con esa dulzura peligrosa que tenía el poder de derretirme entera. Cuando nos separamos, sentí esa sensación tibia que se instalaba justo debajo del esternón. Esa que no querías nombrar, pero que sabías que estaba ahí.

Y como si una especie de fuerza de la naturaleza nos empujara en ese momento, nos besamos de nuevo y nos dejamos llevar.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, las mías el suyo, y los besos pasaron a ser más profundos y urgentes a medida que nos deseábamos más.

Hasta que ninguno aguantó las ganas y nos fundimos en uno solo. Rodamos por la cama mientras nos entregábamos al deseo y el placer,

jadeando, gimiendo y sintiendo el modo en el que el cuerpo del otro temblaba bajo nuestras manos, llegando juntos al clímax, como la noche anterior.

Cuando nos recuperamos, y tras besarme una última vez, Alexander se levantó de la cama con ese andar confiado que debería ser ilegal a esas horas de la mañana.

Yo me quedé un momento observándolo, con el corazón un poco tonto y la mente tratando de ponerle nombre a esto.

No lo odiaba. Eso estaba claro. Me gustaba. Me gustaba mucho. Y… sentía cosas.

Cuando bajamos a la cocina, Valentino estaba echado sobre una alfombra, mirando la punta de mi *stiletto* como si fuera un trofeo de guerra. Ni siquiera hizo el amago de disculparse. Tenía la misma cara que tendría un general tras ganar una batalla histórica.

—¿Planea devolverlo? —pregunté, arqueando una ceja mientras lo señalaba.

—A veces lo hace. Después de dormir una siesta encima. O morder el tacón —respondió Alexander, sirviendo café con una sonrisa cómplice.

—O sea que es como un secuestro con condiciones.

—Exacto. Lo llamamos “la táctica de la zapatilla”.

—Es todo un estratega.

—¿Ves? Al final terminarás respetándolo.

—Me está mirando con desdén mientras babea sobre mi carísimo zapato, Alexander.

—Lo hace con todo el mundo. Su forma de mostrar afecto es… peculiar.

La cocina era amplia, luminosa, llena de madera clara y detalles en acero. Todo estaba ordenado, moderno pero acogedor. Olía a café recién hecho, a tostadas y a algo dulce que no supe identificar, pero que definitivamente quería probar.

—¿Puedo ayudarte con algo? —pregunté mientras me recogía el pelo en un moño desordenado, aún con la camisa de Alexander puesta.

—Sí —dijo con total seriedad—. Puedes sentarte ahí, lucir increíble y dejarme hacerte el mejor desayuno de tu vida —se inclinó y me besó en los labios.

—Qué presión —reí, sentándome en la isla central—. ¿Siempre cocinas así después de una noche épica?

—Solo cuando la invitada me roba el corazón y mis camisas favoritas.

Miré hacia abajo y sonreí al verme con esa camisa varias tallas más grandes que mi ropa, y porque aún me olía a él.

—Técnicamente, no la he robado. Estaba en un rincón de tu habitación, abandonada, sin nadie que la quisiera.

—Esa es la excusa que usa Valentino con mis calcetines.

—Ah, entonces ya somos familia.

Desayunamos entre risas mientras Valentino, desde su esquina, vigilaba mis movimientos como si temiera que me llevara algo valioso, como su dueño.

Alexander cocinaba sorprendentemente bien. Me sirvió una tortilla esponjosa, tostadas con mermelada de higo y café con leche de almendras que estaba buenísimo.

—¿Esto viene con servicio de playa incluido? —bromeé, mientras daba el primer sorbo.

—Curiosamente, sí —respondió él—. ¿Te gustaría venir a pasar el fin de semana? —preguntó, y levanté la vista dejando la tostada a medio camino de mi boca.

—¿Aquí?

—Claro. Hay vino, mar, paz… y quizás algunas batallas por tus zapatos, pero creo que podemos sobrevivir.

—¿Esto es una invitación romántica o un experimento sociológico?

—Ambas. Me interesa ver cómo evolucionan tus niveles de tolerancia hacia Valentino.

—Acepto. Pero esta vez traigo refuerzos.

—¿Una maleta?

—Una caja entera de croquetas premium para negociar con tu secuaz.

Ambos reímos, y él se acercó para besarme la frente.

—Trato hecho.

Después del desayuno, salí al jardín.

El sol se había levantado sobre el mar como una explosión de luz dorada. Caminé descalza por el césped hasta la arena blanca. La playa privada era pequeña pero perfecta. Un rincón escondido entre dos formaciones rocosas, con hamacas, una ducha de madera y una pequeña pérgola que invitaba a quedarse a vivir allí.

Sentí el viento cálido en la cara y cerré los ojos un segundo. ¿Cómo había llegado a este lugar? ¿A este momento?

Y luego me acordé de que era porque la vida, a veces, sabía sorprendernos cuando nos atrevíamos a abrir la puerta, aunque fuera con miedo.

Alexander apareció a mi lado con dos tazas de café y un gesto tranquilo.

—¿Todo bien?

—Perfecto —respondí.

Nos quedamos en silencio, mirando el mar. Y yo pensé que ese momento era casi demasiado bueno para ser cierto.

—¿Sabes? —dijo él, sin dejar de mirar el horizonte— Valentino solo hace eso de los zapatos con la gente que realmente le importa.

—Ah, ¿sí?

—Claro. A mí me robó una zapatilla el primer día. A mi madre, una bufanda. A ti, un *stiletto*. Eso es evolución. Clase y precisión.

—Pues que sepa que, si me arruina el tacón, voy a poner un mal comentario en su próxima foto. Y le corto el WIFI —contesté, y Alexander soltó una carcajada.

—Eso sí le dolería. Tiene un iPad con videos de ardillas. Los mira obsesivamente.

—¿En serio?

—Te lo juro. Lo relaja. Aunque sospecho que en realidad está planeando cómo cazar una.

Nos reímos, y entonces él me cogió la mano.

—Me gusta esto.

—¿La playa? ¿La paz? ¿El secuestro de zapatos?

—Tú.

No supe qué responder, y el silencio nos envolvió.

Nos besamos otra vez, esta vez con esa calma que venía cuando no había nada que probar, cuando ya estaba todo dicho sin palabras.

Poco después, tuve que vestirme con lo que quedaba del outfit original, menos un zapato mordido, y pedir un taxi. Él me acompañó hasta la puerta.

Valentino, como buen guardián pasivo-agresivo, se sentó en la entrada y me miró como si dijera: “Vuelve si te atreves.”

—¿Nos vemos el viernes, entonces? —preguntó Alexander, apoyado contra el marco, con esa sonrisa irresistible.

—Sin falta. Pero el perro duerme en otra habitación.

—Lo intentaré... pero no prometo nada. Es muy territorial.

—Pues yo también puedo ladrar y morder, que no se confíe —le advertí con el dedo en alto, y él me besó suavemente.

—Ten un buen día, abogada.

—Tú también, hombre con perro influencer.

Me subí al taxi con el corazón latiendo con fuerza, el cuerpo aún con el recuerdo de su piel y la sonrisa bien puesta.

De camino a casa, mientras el coche avanzaba por las calles, abrí el móvil y escribí en el grupo con Martina y Aitana.

Noelia: *Chicas. Creo que he conocido al hombre perfecto. A pesar de que tenga un demonio de patas cortas.*

Fue Martina la primera en responder.

Martina: *Si escribes a esta hora, es porque ha pasado algo…*

Aitana: *¿Cómo estaba el desayuno? ¿Y él sin ropa?*

Me reí con ganas por la rapidez con la que Aitana había captado lo que había pasado, y les mandé un emoji de fuego. Después guardé el móvil en el bolso.

Tenía que ir a casa, ducharme, vestirme y empezar con mi día en el bufete como si no acabara de vivir una de las noches más perfectas de mi vida.

Y mientras me apoyaba contra el asiento, mirando el cielo claro a través del cristal, supe que ese fin de semana no iba a llegar lo suficientemente rápido.

Capítulo 21



Mi tenedor rebotó suavemente contra el borde del plato por tercera vez, y Tomás ya me miraba como si estuviera intentando hacer música con los cubiertos en lugar de almorzar.

Estaba distraída, y sabía que me hablaba de algo importante, pero mi mente no estaba aquí con él, sino en casa de Alexander.

—¿Vas a contarme lo que sea que te tiene sonriendo como si hubieras ganado la lotería, o vas a seguir haciendo percusión con los cubiertos hasta que el camarero nos mire raro? —preguntó.

Solté una carcajada. Era imposible ocultarle nada a mi hermano mayor. No cuando había pasado años perfeccionando el arte de leerme la cara como si fuera un libro abierto en letras de neón.

—Vale, está bien —dije, dejando el tenedor y apoyando los codos en la mesa como si estuviera a punto de hacer una confesión importante—. Anoche cené con Alexander.

Tomás arqueó una ceja, esperando que dijera algo más, pero no lo hice.

—¿Cenaste con Alexander, el de *Montenegro Motors* y el perro que te odia?

—Exactamente ese.

—¿Y?

—Y… acabamos en su casa.

—¡No! —dijo, apoyándose hacia delante como si acabara de enterarse de un giro argumental brutal en su serie favorita— ¿En su casa, casa?

Asentí, con una sonrisa que ya no podía ocultar, aunque quisiera.

—En su casa frente al mar, con terraza, copas preparadas y una *playlist* perfecta que sospecho que creó específicamente para ocasiones así. Fue... perfecto. Como si alguien hubiera diseñado la cita ideal para nosotros.

Tomás resopló.

—Eso suena peligrosamente romántico.

—Y lo fue. Y, por si fuera poco, esta mañana me ha invitado a pasar el fin de semana con él allí.

Tomás levantó las manos como si se rindiera.

—Y tú, por supuesto, has dicho que sí.

—Obviamente —reí.

—Vale. Muy bien. Solo una pregunta, hermana del año: ¿Ya has hecho las paces con el demonio con pelo y colmillos?

Hice una pausa dramática, luego negué lentamente con la cabeza.

—Todavía no. Pero lo intentaré. Todo el mundo me dice que Valentino es mi perro kármico.

Tomás estalló en una carcajada tan fuerte que la pareja de la mesa de al lado giró la cabeza.

—¿Perro kármico? ¿Quién te dijo eso?

—*Madame Violeta*, Doña Sagrario y una segunda tarotista. Según ellas, todos enfrentamos a nuestro "perro kármico" antes de encontrar al amor verdadero. Como si fuera una prueba del universo.

—¿Y qué pasa si suspendes?

—Imagino que me condeno a citas con gente con la que no llegaré a ningún lado. —Me encogí de hombros; Tomás se rio y negó con la cabeza.

—Bueno, al menos lo estás intentando. Pero no te lo tomes tan a pecho. Los animales suelen ser protectores con sus dueños. Y a veces un poquito… territoriales.

—Alexander me confesó que el perro tiene celos de mí —dije, cruzando los brazos—. Celos, Tomás. Como si yo fuera a reemplazarlo.

—Bueno, técnicamente estás compitiendo por la cama y la atención —bromeó haciendo movimiento divertido con las cejas—. Vas a tener que llevarle comida y juguetes si quieres ganar puntos. Es como conquistar a un mini suegro con colmillos.

—No estaría mal empezar con una pizza de salmón y una pelota chillona.

—Tú ríete, pero yo conozco perros más rencorosos que exnovios. Mejor no lo subestimes.

Le saqué la lengua y seguimos comiendo en silencio un momento. Yo ya me había terminado la ensalada, pero Tomás se distraía pinchando una patata sin entusiasmo.

Lo miré. Algo había cambiado en su cara. Un pequeño gesto, casi imperceptible, pero que yo conocía muy bien. Bajó la vista hacia el móvil que tenía sobre la mesa, lo encendió solo para mirarlo, y lo volvió a dejar boca abajo, suspirando.

Ahí estaba. El gesto exacto que hacía cuando algo lo carcomía por dentro.

—¿Qué pasa? —pregunté, inclinándome un poco.

—Nada —respondió con rapidez, demasiado rápido, y entrecerré los ojos.

—La última vez que te vi suspirar así fue porque había una mujer que te gustaba y no aceptaba una cita. ¿Se repite la historia?

Tomás se quedó en silencio unos segundos. Me miró como si estuviera calibrando cómo de sincero quería ser conmigo, y luego soltó la bomba.

—Hace una semana besé a Aitana.

Me quedé quieta. Congelada. Solo parpadeé. Una. Dos veces.

—¿Qué?

—Besé a Aitana —repitió, ya sin anestesia—. Fue… inesperado. Estábamos hablando después de que me ayudara con unos papeles que me dejaste. Tú ya te habías ido a casa; estábamos solos en el bufete. Yo me estaba despidiendo y… bueno. Pasó. Y desde entonces, estoy esperando a que acepte tomar algo conmigo para hablar de lo ocurrido. Pero no acepta.

—¿Aitana? ¿Mi Aitana?

—No sabía que tenías otra.

—¡No me lo puedo creer! —me llevé las manos a la cabeza— Pero si ella… —No seguí hablando.

—¿Ella qué?

—Nada. Nada. —Mentí fatal y él entrecerró los ojos.

—Noelia...

—Está bien, está bien. Mira, no desistas, ¿vale? Hablaré con ella.

—No —dijo rápidamente, levantando una mano—. Por favor, no lo hagas.

—Oh, por favor, ¿crees que no voy a intervenir en una potencial historia de amor épica entre una de mis mejores amigas y mi hermano favorito?

—Soy tu único hermano.

—Y por eso me tomo tan en serio tu felicidad.

—Noelia...

—Ya está decidido. Esta tarde paso por casa de Aitana. Si alguien puede sacarle la verdad, soy yo.

—No, en serio, no te metas...

—Tomás —le interrumpí con una sonrisa de hermana mayor, aunque nací seis años después—. Confía en mí.

Él me miró con resignación y asintió lentamente.

—No le digas que te lo he contado.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

Tres horas después, estaba sentada en el sofá de Aitana, viendo cómo se zambullía en un bol de palomitas con una eficiencia militar.

—¿Tú has venido a interrogarme o a robarme las palomitas? —preguntó, medio divertida.

—Ambas cosas. Pero primero lo primero: ¿por qué llevas una semana evitando a mi hermano?

Las palomitas se detuvieron a medio camino de su boca.

—¿Qué?

—No te hagas la sorprendida. Ya sé que os habéis besado. ¿Por qué no me lo contaste?

Aitana cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás con un quejido.

—Maldito Tomás...

—No fue Tomás —dije, encogiéndome de hombros—. Fue el universo, que me dio una habilidad especial para detectar tensión romántica no resuelta.

—Ajá. Claro.

—Vamos, Aitana. No niegues lo evidente. Sé que te gusta desde hace tiempo.

Ella suspiró, bajando el bol a la mesa.

—Vale. Sí. Me gusta. Desde… hace demasiado. Pero no pensé que pasaría nada. Mucho menos ese beso. Fue increíble, y por eso lo estoy evitando.

—¿Tiene sentido eso en tu cabeza?

—Más del que debería. Si hablo con él y me dice que fue un error o que fue solo un impulso del momento… te juro que me muero. Así que prefiero vivir con la duda.

—¿Y si no fue un error?

—Entonces, tampoco estoy preparada para que eso empiece. Porque ya sabes cómo soy. Me meto hasta el fondo. No sé tener algo a medias. Y él es

tu hermano. ¡Tu hermano! Y también mi jefe.

—Lo cual lo hace confiable, simpático, guapo y con genética aprobada por mi madre —dije, y Aitana resopló, riendo.

—Eres lo peor.

—Lo sé. Por eso me quieres.

Mientras ella se recostaba en el sofá con los ojos cerrados, le quité sigilosamente el móvil de las manos.

—Noelia… —murmuró, sin abrir los ojos— Devuélveme eso.

—Solo voy a hacerte un favor.

—No. No.

Pero ya era tarde porque había escrito un mensaje para mi hermano.

Aitana: *Tomo algo contigo esta noche. Pero solo si tú invitas y me tomas de postre.*

Le puse un emoji de copa de vino y uno de fuego. Nada como un poco de atrevimiento para desbloquear la situación.

Aitana abrió los ojos justo cuando le di al botón de enviar.

—¡Nooooo! —gritó, incorporándose de golpe— ¡Noeliaaaaa!

Intentó quitarme el móvil para borrarlo, pero ya era demasiado tarde.

—Mensaje leído —dije, levantando las cejas triunfalmente.

—¡No! ¡Dime que no lo ha leído!

Y entonces sonó el teléfono. La pantalla iluminada mostraba el nombre de mi hermano.

—No voy a contestar —dijo ella, escondiéndose debajo del cojín del sofá.

—Entonces lo haré yo —dije, y descolgué— Hola, hermanito —lo saludé con tono casual.

—¿Eso es en serio o estás chantajeando a tu amiga?

—Ella está demasiado ocupada muriéndose de vergüenza como para contestarte. Pero sí, es en serio. Aitana irá esta noche.

—Perfecto. La espero a las nueve en el bar al lado del bufete. Y si no aparece, voy yo a buscarla.

—Amenaza recibida. Adiós, hermanito.

Colgué, sonriendo de oreja a oreja, mientras Aitana me miraba con los ojos abiertos como platos desde debajo del cojín.

—Noelia… te voy a matar.

—Más te vale ir, porque mi hermano es perfectamente capaz de aparecer en tu casa con una flor, un discurso y ese modo hombre de las cavernas que a veces le sale.

Las dos estallamos en carcajadas.

—Eres una lianta profesional —dijo, señalándome con el dedo.

—Y lo volvería a hacer, solo por el placer de llamarte cuñada en un futuro —le hice un guiño y me tiró el cojín a la cara. Y nos reímos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Y en ese momento, entre carcajadas, confesiones y futuros encuentros románticos, supe que el universo estaba jugando a emparejar corazones.

Y esta vez, yo también tenía una jugada ganadora.

Capítulo 22



Salí del bufete ese viernes a las dos de la tarde con una pequeña bolsa de viaje colgada al hombro. El día había sido largo, con reuniones apretadas, firmas, llamadas de última hora, pero nada podía empañar la emoción que sentía. El aire cálido de julio me acarició el rostro al salir del edificio, y al levantar la vista, ahí estaba él.

Alexander me esperaba en la calle, apoyado con una naturalidad perfecta en el lateral de su coche, un Mercedes oscuro que brillaba bajo el sol. Llevaba gafas de sol y una camisa azul claro remangada hasta los codos, dejando ver el bronceado que ya sabía que tenía en todo su cuerpo. Se le veía relajado, sonriente… y guapísimo.

—Hola, preciosa —me saludó al verme, abriendo los brazos.

Yo sonreí sin poder evitarlo. Caminé hacia él con paso firme, sintiendo el corazón latir más rápido de lo que admitiría. Él se inclinó y me dio un beso en los labios, suave pero seguro, de esos que hacían que el mundo desapareciera durante unos segundos.

—Hola, tú —respondí, conteniendo la risa tonta que se me venía encima.

Cuando subimos al coche, Alexander puso una mano sobre mi muslo mientras arrancaba, un gesto tan sencillo como íntimo.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó, girando brevemente el rostro hacia mí para mirarme.

—Intensa. Pero ya está. Ahora empieza lo bueno.

Alexander sonrió sin decir nada, como si supiera exactamente a qué me refería. Giró en la salida y cogió la carretera costera, dejando atrás la ciudad poco a poco, mientras la tensión de la semana empezaba a desprenderse de mis hombros como si el mar me absorbiera.

Cuando llegamos a su casa, esa moderna construcción blanca con ventanales enormes que se abrían al azul del mar, supe que aquel iba a ser un fin de semana que nunca olvidaría.

Valentino, el pequeño demonio con patas cortas y mirada de mafioso, salió disparado del coche antes de que Alexander siquiera pudiera abrir la puerta del conductor.

—Parece que alguien tenía prisa por llegar y marcar territorio —dije mientras me bajaba, ajustándome la bolsa en el hombro.

—Este lugar es más suyo que mío.

Entraron a la casa y me recibió el inconfundible olor a limpio y mar, por no hablar del delicioso aroma que salía de la cocina. Cuando vi ensalada de pasta con verduras asadas, un gazpacho frío en una jarra de cristal y pan de masa madre recién horneado, se me hizo la boca agua.

Salimos a la terraza y comimos allí, descalzos, con la brisa moviendo mi cabello y Valentino rondando mis pies en busca de cualquier descuido. Ese perro quería morderlo, lo sabía, podía verlo en sus ojos.

—Está buenísimo todo —dije mientras me servía más gazpacho.

—Ella tiene mano para esto. Siempre me deja comida lista.

—¿Ella tiene nombre?

—Rosa, la mujer que se encarga de limpiar y cocinar. Pero en casa la llamamos "la jefa". Ni Valentino se atreve con ella.

Y me reí, disfrutando del ambiente ligero que Alexander creaba con tanta facilidad. Comimos despacio, sin prisa, hablando de tonterías y mirando el mar. Cuando terminamos y propuso que fuéramos un rato a la playa privada, fui a cambiarme.

Me puse un bikini rojo que sabía que me sentaba bien y un pareo blanco atado a la cintura.

Al salir al jardín, y no ver a Alexander, supuse que estaría esperándome en la playa, y no me equivoqué, ya que lo encontré cerca de las tumbonas, solo con el bañador. Al verme, se quedó inmóvil unos segundos, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo sin disimulo alguno.

—No me lo estás poniendo nada fácil para mantener las manos quietas —dijo, con una media sonrisa y la voz más grave de lo normal.

—Ese es el punto —respondí, desatando lentamente el pareo antes de lanzárselo a la cara, y él se rio, atrapándolo en el aire.

—Este va a ser un fin de semana muy largo —suspiró.

—Y muy divertido —añadí, caminando hacia el agua mientras Alexander me seguía.

La playa privada tenía una entrada suave, de arena fina y dorada. El agua estaba templada, perfecta. Alexander se unió a mí enseguida y nadamos juntos unos minutos, sin dejar de lanzarnos miradas. Me sentía como si fuéramos dos adolescentes, libres, como si el tiempo se hubiese detenido.

Después del baño nos tumbamos al sol en las tumbonas. Respiré hondo y cerré los ojos, disfrutando del calor sobre mi piel húmeda, hasta que de pronto sentí algo frío y áspero sobre el muslo.

—¡Valentino! —grité, incorporándome— ¡Para ya, demonio!

El perro escarbaba con entusiasmo junto a mi tumbona, lanzándome puñados de arena. Alexander se rio a carcajadas, tumbado a mi lado.

—Va a ser un fin de semana muy divertido —repitió, imitándome.

—Oh, sí. Ya lo verás —repliqué, poniéndome en pie con determinación y agarré a Valentino con ambas manos.

El perro ladró, dio un par de mordiscos juguetones al aire con la clara intención de morderme a mí, pero lo sujeté sin piedad y lo metí en el hoyo que él mismo había hecho, empezando a cubrirlo con arena.

—¡Toma! Ahora te vas a quedar con la cabecita fuera, como una estatua egipcia.

Valentino me miró con una mezcla de odio y dignidad herida. Sus orejitas sobresalían, cubiertas de arena, mientras yo me dejaba caer de nuevo en la tumbona.

—Me odia —dije.

—Te lo has ganado.

Pero la tregua duró poco. Valentino, con una fuerza sorprendente para su tamaño, logró zafarse y saltó sobre mi tumbona. Sacudió su cuerpo cubierto de arena directamente sobre mí, esparciendo granos por mi pelo, el bikini y mi cara.

—¡Esto es la guerra! —grité, levantándome de nuevo y persiguiendo al perro.

Ya no creía que estuviera poseído, no, estaba segura de que Valentino era la reencarnación del mismísimo Lucifer. ¿Cómo podía una cosa tan pequeña albergar tanta maldad en su cuerpo?

Alexander solo se reía, observando la escena desde su tumbona. Valentino corrió por la arena como un loco hasta que, finalmente, entró en la casa por la puerta trasera.

—¡Y te quedas ahí hasta que se te pase! —le grité desde la terraza.

Por Dios, debería haberle pedido a Alexander que dejara al perro en algún otro lado este fin de semana.

Regresé a la playa, cubierta de arena, sí, pero con una sonrisa de niña traviesa. Alexander me observó divertido.

—Ven acá —dijo.

Y apenas pude reaccionar antes de que Alexander me levantara en brazos. Grité, protesté y me reí mientras me llevaba directa al agua de nuevo.

Entramos juntos al agua, y cuando ya no podía hablar de la risa, él me sumergió suavemente. Al salir, nuestros rostros estaban tan cerca que bastó

con un suspiro para que sus labios se encontraran con los míos.

Fue un beso profundo, apasionado, más húmedo de lo normal por el agua salada, pero igual de ardiente. Él me sostuvo con fuerza contra su pecho, sus manos recorriéndome con naturalidad. Yo enredé los dedos en su nuca, entregada al momento, al beso. Y así comenzó todo.

Alexander hizo a un lado la tela de la braguita de mi bikini y gemí en su boca cuando comenzó a tocarme. Sus dedos se deslizaban con maestría por mi sexo, acariciándome el clítoris y penetrándome hasta que no pude aguantar más y comencé a moverme.

Estaba excitada y me gustaba lo que hacía, y cómo lo hacía. Le mordí el labio con suavidad, me cogió en brazos haciendo que le rodeara con las piernas por las caderas, y noté cómo liberaba su miembro para penetrarme con fuerza.

Jadeé y grité, le rodeé con mis brazos por los hombros y dejé caer la cabeza hacia atrás cuando sus labios comenzaron a besarme el cuello y el hombro.

Nunca lo había hecho así, a plena luz del día y en la playa, y ese recuerdo sería algo que se me quedaría grabado a fuego en la memoria para siempre.

Alexander comenzó a embestir con más fuerza e intensidad; me aferré a él y cuando supe que los dos estábamos llegando al clímax, noté que me mordía levemente el hombro antes de que los dos nos dejáramos llevar y

nos corriéramos. Y me besó de nuevo, con urgencia, con furia, con necesidad.

Cuando nos separamos, teníamos la respiración entrecortada.

—Creo que acabamos de declararle la guerra a Valentino por dejarle solo en casa —dijo, besándome de nuevo.

—Y también al sentido común —susurré, por lo que acabábamos de hacer.

Y nos quedamos allí en la playa, tomando el sol en las tumbonas el resto de la tarde.

Hasta que el sol comenzó a ocultarse detrás del horizonte y el cielo se tiñó de lavanda, momento en el que regresamos a la casa.

Alexander pidió comida china por teléfono mientras yo me duchaba y me ponía una camiseta suya, una blanca enorme que me llegaba a mitad del muslo.

Valentino reapareció, más limpio, pero no menos rencoroso. Se sentó frente a mí mientras cenábamos en el salón, con esa expresión tan suya de "esto no ha terminado". Y yo lo miré con desconfianza.

—Me está juzgando —le dije a Alexander.

—Está planeando tu asesinato —contestó como si nada mientras cogía su copa de vino.

—Lo sé.

Cenamos rollitos de primavera, arroz frito y ternera con setas, todo delicioso. Alexander me observaba con una intensidad que no necesitaba palabras. Cuando terminamos, recogió los envases y puso un poco de música suave. Luego se sentó a mi lado en el sofá.

—Gracias por venir este fin de semana —murmuró mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Gracias por invitarme.

—¿Tienes idea de lo mucho que me gustas?

—Probablemente menos de lo que me gustas tú a mí.

Nos miramos, y no hubo más palabras.

Alexander me besó despacio y, tras cogerme en brazos, me colocó con delicadeza sobre su cuerpo. La camiseta fue lo primero en desaparecer. Los cojines cayeron al suelo y Valentino, desde su rincón, emitió un bufido indignado, pero nosotros fingimos que no lo escuchamos.

Ahí empezamos, en el sofá, con la brisa colándose por la puerta que daba a la terraza y al jardín, mientras Alexander besaba cada rincón de mi cuerpo, mientras me acariciaba y me llevaba al primer orgasmo de la noche penetrándome con dos dedos.

Y acabamos en su cama, como noches atrás, entregándonos de nuevo al placer y al descontrol hasta que los dos alcanzamos el clímax al unísono.

Esa noche, entre sábanas blancas y ventanas abiertas al mar, me di cuenta de que todo estaba cambiando. No era solo deseo. No era solo atracción. Era algo que crecía despacio, como el oleaje que subía sin hacer ruido, y cuando llegaba, ya lo había mojado todo.

Capítulo 23



El sol se colaba lentamente por la ventana, llenando la habitación con una luz dorada y suave. Abrí los ojos y lo primero que vi fue a Alexander, aún dormido, con una expresión de paz que me hizo sonreír sin querer. Estaba recostado de lado, con el brazo extendido hacia mí, casi como si me protegiera en su abrazo.

¿Cómo podía ser tan perfecto incluso dormido? Me gustaba verle así, en calma, tranquilo, como si nada le preocupara. Y yo, mientras tanto, pensaba en qué estábamos haciendo, en cómo había pasado de odiar a su perro a sentir algo por él.

Intenté no hacer ruido, pero Valentino decidió que era el momento perfecto para iniciar su ronda matutina de travesuras: saltó sobre la cama con un brinco inesperado, lanzándome un zapato con la boca y moviendo la cola como si estuviera en una fiesta.

—Valentino, ¿qué haces?

Alexander despertó de inmediato, sujetándome suavemente por la cintura.

—Tranquila, seguro que solo quiere que sepas que se ha convertido en su juguete favorito.

—Me lo ha tirado a la cara, es de tacón, Alexander, ha intentado dejarme tuerta.

—Bueno, si te pones un parche en el ojo, serías una pirata de lo más sexy.

—Lo que me faltaba por oír —volteé los ojos.

Los dos estallamos en carcajadas mientras Valentino desaparecía por la puerta con el zapato en la boca, orgulloso de su pequeño robo.

—Ese perro me odia, en serio —dije con una sonrisa resignada—. Y es mutuo.

Alexander se inclinó y me besó con ternura.

—Como ya te dije, yo no te odio —murmuró—. Más bien todo lo contrario.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse, mientras yo me quedaba contemplándolo, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba solo con verlo.

No me podía creer que estuviera en su casa, dispuesta a pasar el fin de semana con él, y también con ese pequeño demonio de patas cortas.

Bajamos a la cocina para desayunar, y entre tostadas, café y zumo de naranja, no faltaron las bromas y los roces furtivos que hacían que cada momento fuera especial.

—Vale, pregunta importante —dijo Alexander, untando mantequilla con calma y precisión en el pan tostado—: ¿cómo te sientes respecto a la paella?

Lo miré, entornando los ojos con desconfianza.

—¿En general o como concepto filosófico?

—Ambas. Pero especialmente como plan de sábado —contestó, moviendo las cejas con esa sonrisa de "se me acaba de ocurrir algo brillante".

—Depende… ¿Tú cocinas?

—¡Por supuesto! —exclamó, llevándose la mano al pecho, ofendido— Mi paella es tan buena que en la universidad todos mis amigos querían que la hiciera los fines de semana. Decían que mi paella era como una experiencia religiosa.

—¿No sería porque mientras la comían todos rezaban para no acabar intoxicados? —me reí.

—Oye, que nunca se me intoxicó nadie. Al menos no por la paella; del vino yo no me responsabilizaba.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Está bien, me has convencido, chef. ¿Vamos juntos al mercado?

—Hecho. Pero vamos de incógnito. Vaqueros, zapatillas, nada de ropa de ejecutivo, que estamos de fin de semana —dijo y me dio un beso en los labios.

Después de terminar el desayuno, nos dimos una ducha y nos cambiamos rápidamente. Alexander eligió una camiseta básica y unos vaqueros cortos; yo hice lo mismo. Parecíamos una pareja recién salida de un catálogo de ropa informal para el verano.

Cuando estábamos por salir, Valentino apareció en la puerta con su arnés en la boca, moviendo la cola como un tambor.

—Hoy lo llevas tú —dijo Alexander, lanzándome el arnés.

—¿Perdona? ¿Por qué yo?

—Porque así te va conociendo. Y además te da puntos de carisma. Los perros son como filtros de redes sociales en la vida real.

—Alexander… tú solo quieres que me pelee con él en público.

—¡Jamás! Bueno, tal vez un poco —rio mientras me colocaba el arnés en las manos.

Suspiré, resignada, y se lo puse a Valentino con algo de lucha libre de por medio. Caminamos los tres hasta el mercado, que estaba en pleno apogeo: voces por todos lados, aromas de pan recién horneado, frutas brillando bajo el sol, y el clásico señor del puesto de pescado gritando como si estuviera vendiendo acciones en la bolsa.

Todo iba bien hasta que Alexander se detuvo frente a un puesto de verduras, discutiendo sobre qué tipo de pimiento usar para la paella. Yo, inocente de mí, tenía a Valentino bajo control. O eso creía.

En un segundo de distracción, mientras yo curioseaba unas cerezas, Valentino dio un tirón y se lanzó hacia un puesto de embutidos. Literalmente. El muy traidor se coló debajo de la mesa y apareció segundos después con un fuet colgando de la boca como si fuera su premio al valor canino.

—¡Valentino! ¡Suelta eso ahora mismo! —grité, pero el engendro del mal no me hizo caso.

La señora del puesto chilló un "¡Ay, por Dios, el perro me roba el género!" mientras corría tras él agitando una bolsa de plástico. Yo lo perseguí entre los puestos, esquivando cestas y turistas con gorros de paja, mientras Alexander se reía a carcajadas desde lejos sin moverse ni un milímetro.

Finalmente, logré alcanzarlo cerca de la panadería. Le quité el fuet, a medio babear, me disculpé unas veinte veces y prometí pagarlo. La señora, entre enfadada y divertida, aceptó mi oferta con una advertencia: “Y que no vuelva, ¿eh? Que ya me robó una morcilla la semana pasada”.

Regresé junto a Alexander con el fuet en la mano y una expresión de derrota total.

—¿Sabes qué? Tu perro me está manipulando. Me hace pensar que puedo con él… y luego me arruina la dignidad.

Alexander no podía dejar de reír.

—Yo creo que te está poniendo a prueba. Si sobrevives a un sábado con Valentino, ya estás lista para cualquier cosa.

—¿Incluida tu paella?

—Incluida mi paella.

Nos miramos y estallamos en otra carcajada mientras Valentino, orgulloso y con la lengua fuera, parecía el más satisfecho de los tres.

—Este va a ser un fin de semana interesante —dije con un suspiro—. Me acabaré arrepintiendo, lo sé.

—Solo acaba de empezar. Y si te arrepientes, será por no haberme conocido antes y pasar más fines de semana como este con nosotros —respondió guiñándome un ojo.

Y seguimos caminando, con Valentino moviendo la cola como si hubiera ganado el premio al mejor ladrón gourmet del mercado.

Ya en casa, después del ataque estratégico al mercado por parte de Valentino, descargamos las bolsas en la cocina. El perro, agotado de su pequeña aventura criminal, se tiró en la alfombra como si hubiera cruzado el desierto, respirando fuerte, satisfecho de sí mismo.

—¿Seguro que no es mitad perro, mitad ladrón profesional? —pregunté mientras sacaba la compra de las bolsas.

—Es un alma libre, Noelia. No podemos cortarle las alas —dijo Alexander mientras afilaba un cuchillo con demasiada solemnidad.

—Va a acabar en la cárcel canina.

—Eso no existe.

—Dame tiempo y lo fundo yo.

Ambos reímos. Me senté en la encimera mientras él empezaba con los preparativos, cortando las verduras con una concentración digna de un

cirujano. Llevaba un delantal que decía “Rey del Arroz”, y la verdad, el entusiasmo le daba puntos.

—¿Puedo ayudar o mejor me aparto antes de que me eches del “territorio sagrado”? —pregunté.

—Puedes supervisar. Pero desde esa esquina —dijo señalando con la espátula—. Ah, y eres responsable oficial de controlar a Valentino. No puede acercarse a menos de dos metros de la paella.

—¿Y si lo hace?

—Plan de emergencia: gritamos los dos y lo distraemos con ese fuet que nos costó seis euros y media dignidad.

Mientras el sofrito empezaba a burbujear en la sartén gigante que Alexander sacó como si fuera una reliquia familiar, Valentino rondaba cerca, olfateando con una mezcla de esperanza y oportunismo.

—Huele bien, ¿eh, demonio? —le dije mientras lo empujaba con la pierna suavemente.

En ese momento, Alexander se giró con un cuenco lleno de caldo de pescado.

—Este es el toque secreto —dijo con misterio—. Bueno, este, y que no se me queme.

Le di un pulgar arriba, mientras Valentino daba un rodeo sospechoso por detrás de la mesa. Lo miré de reojo.

—Eh, no —le advertí como a un niño travieso—. Ya robaste suficiente por hoy. Y por este mes.

Mientras el arroz empezaba a absorber el caldo lentamente, el ambiente en la cocina se volvió casi mágico. El sol entraba por la ventana, la música suave sonaba de fondo, ese jazz que habíamos descubierto que nos gustaba a los dos, y todo olía a promesa de algo delicioso.

—¿Te das cuenta de lo doméstico que está siendo todo esto? —dije, tomando un sorbo de vino blanco que acababa de servirme.

—Me encanta —respondió sin dudar—. Aunque ya sabes que a veces, entre tanta calma, siempre ocurre una catástrofe.

Y como si el universo estuviera escuchando, Valentino aprovechó el momento de relajación para dar un salto que ni él sabía que podía dar… y plantó las patas delanteras justo en el borde de la encimera.

—¡Valentino, no!

Alexander y yo reaccionamos al mismo tiempo. Yo traté de empujarlo hacia atrás y él soltó la cuchara, que cayó al suelo con un *plof* catastrófico.

Valentino, al verse descubierto, se llevó consigo una servilleta y una rodaja de pimiento rojo, huyendo como una sombra con patas. Nos quedamos paralizados durante un segundo, luego nos miramos y estallamos en carcajadas.

—¿Y decías que querías que me llevara bien con él? —pregunté entre risas.

—Sí, pero no pensé que ibas a terminar haciendo parkour por toda la casa.

—Tu paella se va a llamar “la que sobrevivió al caos”.

—Suena a éxito —dijo, inclinándose para darme un beso con sabor a vino y risas.

Cuando finalmente nos sentamos a comer en la terraza, con Valentino dormido, por fin, a nuestros pies y la paella humeante en la mesa, supe que ese sábado caótico, lleno de ladridos, besos robados y pimientos voladores, se iba a quedar conmigo mucho tiempo.

—Esto está buenísimo —dije, con la boca medio llena—. Y mira que venía con miedo.

—Confía en el chef —respondió él, orgulloso—. Y en que mañana repetimos, pero con fideuá. Si sobrevives.

Nos reímos una vez más, brindamos y dejamos que la tarde se cociera a fuego lento, igual que la paella.

Después del café nos pusimos los trajes de baño y fuimos a la playa, donde acabamos por quedarnos dormidos en una de las tumbonas bajo la sombrilla que habíamos llevado. Cuando me desperté, Valentino estaba en su toalla, sobre la arena, mirándome.

—Aunque no lo creas, empiezas a caerle bien —dijo Alexander, que me tenía abrazada por la cintura.

—Permíteme que lo dude. Me estoy planteando ponerle una orden de alejamiento.

—Entonces no podrías venir a mi casa.

—Claro que podría, siempre que tu prima se lo lleve.

—Os llevaréis bien, ya lo verás —me dio un beso en los labios y se levantó—. ¿Vienes al agua?

—No, me quedo aquí un ratito más —dije mientras me acomodaba en la tumbona con los brazos estirados por encima de mi cabeza.

—Si supieras lo sexy que estás ahora mismo, lo que me provocas, no seguirías en esa postura.

—Bueno —ronroneé mientras separaba las piernas, como Sharon Stone en aquella mítica película, y Alexander me miraba con una ceja arqueada—. Si quieres, podemos seguir durmiendo un poquito más.

—Creo que me voy al agua, antes de que cometa una locura.

—Cobarde —murmuré cuando se giró, y me miró por encima del hombro.

—Esta noche veremos quién es el cobarde —dijo antes de meterse en el agua.

—Ay, Valentino, que tu dueño me pone a mil —suspiré, y el perro soltó un suspiro—. Podrías portarte un poquito mejor conmigo, ¿sabes? A él le gusto.

Me miró con desdén, cerró los ojos y se puso boca arriba para dormir tranquilamente a la sombra.

—Yo también te odio, engendro —me acomodé como él, a la sombra, con los ojos cerrados, disfrutando de la leve brisita que hacía.

Sí, odiaba a ese engendro salido de las profundidades del infierno, pero su dueño me gustaba, así que, como decía mi madre, debería hacer un esfuerzo titánico para no perder los nervios con ese perro.

Capítulo 24



Esa tarde decidimos hacer una barbacoa en la terraza para cenar. Alexander apareció con una cerveza en la mano y unas pinzas enormes como si fuera el maestro parrillero de la comarca. Yo, por mi parte, me encargué de preparar una ensalada que pretendía equilibrar la montaña de carne que él estaba dispuesto a cocinar.

—Te aviso que esto va a salir de diez —dijo mientras colocaba los primeros trozos sobre la parrilla humeante—. La clave está en el marinado… y en que no me distraigas.

—¿Yo? ¿Distraerte? Jamás haría eso —respondí con una sonrisa traviesa, caminando lentamente a su alrededor.

—Eso es trampa, Noelia. Si quemamos los chorizos, será tu culpa —dijo, apuntándome con las pinzas.

—Lo asumo —respondí, riendo—. Pero te aviso que, si me das ensalada y chorizo quemado, me divorcio antes de casarme.

—Entonces habrá que esmerarse, esposa en potencia.

Me detuve un segundo, sonriendo de forma inevitable. Sus bromas tenían ese tono ligero, pero cargado de algo más profundo que me hacía temblar por dentro.

—Atenta, que esto es arte en proceso —dijo, alzando las pinzas de acero como si fuera un cirujano a punto de operar—. ¿Quieres ver cómo se le da la vuelta a un entrecot sin perder la dignidad?

—¿Es una habilidad reconocida por la RAE o solo por ti?

—Solo por mí, pero debería ser patrimonio cultural.

—Estás como una cabra —dije entre carcajadas.

—Y tú no sabías que eras tan afortunada.

Nos reímos como adolescentes, y mientras él se entretenía organizando las bandejas con carne, yo seguía concentrada en la ensalada.

Antes de poder decir algo, Valentino apareció como un rayo.

—¡No, Valentino! ¡Ni se te ocurra! —grité cuando lo vi merodear cerca de la barbacoa.

Alexander le lanzó un trozo de pan a modo de distracción. Y sí, funcionó… durante treinta segundos. En cuanto nos giramos para servir la ensalada, escuchamos un "clac" de las pinzas cayendo al suelo.

—¿Dónde está el entrecot? —preguntó Alexander, confundido.

Yo miré la parrilla. Había un hueco perfecto. Demasiado perfecto.

—¡Valentino! —grité.

El culpable apareció trotando triunfalmente por el jardín con el filete entre los dientes, como si hubiera ganado un trofeo olímpico, y se tiró en el césped, masticando con una felicidad que solo los delincuentes reincidentes conocían.

—¡No puedo con este demonio! —dije, tirando el trapo de cocina al suelo mientras Alexander se doblaba de risa— ¡Es el mejor ladrón gourmet que he conocido! Tendríamos que entrenarlo para robos de supermercado.

—No le des ideas. Hoy, fuet; mañana... jamón ibérico de bellota.

—Seríamos ricos. O presos.

—Creo que es su forma de decirnos que también quiere celebrar el sábado.

—¿Celebrar qué? ¿El caos?

—Exacto. El caos y el amor.

Me costó mantenerme seria, pero al final terminé riéndome con él y nos sentamos en el porche a cenar lo que sobrevivió a la emboscada de Valentino. La noche fue avanzando entre besos robados, historias y caricias. Alexander no dejaba de sorprenderme.

—Esto —dije mientras probaba el primer bocado— está increíble. ¿Seguro que no contrataste a alguien y lo estás ocultando en la cocina?

—Lo siento, pero soy un hombre multitalento —dijo con falsa modestia —. Cocina, humor y buenos abrazos. Lo tengo todo.

—¿Y modestia? ¿Esa la compraste por internet?

—Me la quitaron en la cuna. Pero tengo otros atributos.

—Ah, sí. Como tu habilidad para dejar la esponja en el fregadero flotando en agua como si fuera el Titanic.

—Eso fue un experimento científico.

—Alexander...

—Vale, vale. Prometo mejorar.

Seguimos cenando entre bromas, intercalando mordiscos con historias absurdas de su infancia y momentos más tranquilos, donde las miradas decían más que las palabras.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —preguntó de pronto, con voz más suave.

—¿Mi infinita paciencia con Valentino?

—También. Pero más aún, que haces que todo se sienta fácil. Como si esto —dijo señalando el aire entre nosotros—, fuera lo más natural del mundo.

Me sonrojé un poco, bajando la mirada.

—Tal vez lo sea —dije en voz baja—. Contigo me siento… diferente.

—Es que tú y yo tenemos algo.

—¿Algo?

—Algo bastante espectacular —dijo, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

En ese momento, Valentino volvió a aparecer bajo la mesa, echándose a nuestros pies con un suspiro de satisfacción criminal.

—¿Lo ves? Hasta él lo sabe —murmuró Alexander.

—Él solo está pensando en si queda postre —dije, riendo mientras le acariciaba la cabeza.

Alexander se levantó para ir a por otra botella de vino, y yo lo seguí con la mirada, sintiendo una calidez profunda en el pecho, por esa sensación tan difícil de encontrar: la certeza de estar exactamente donde debía estar.

Cuando regresó, me sirvió otra copa y brindamos, sonriendo como dos personas que, sin planearlo, se habían encontrado justo a tiempo.

—Por el caos —dije levantando mi copa.

—Y por la carne robada —añadió él.

—Y por nosotros.

Chocamos las copas suavemente, mientras Valentino roncaba a nuestros pies, y la noche empezaba a perfilar ese tipo de magia que solo ocurría cuando todo, hasta lo imperfecto, encajaba.

Después de recoger un poco, me cogió de la mano con una mirada cómplice.

—¿Me acompañas? Tengo una sorpresa.

—¿Más carne? Porque no sé si mi estómago va a poder con otra ronda.

—Nada de carne. Esto es más… estelar.

Me llevó hasta la playa, donde una pequeña fogata estaba encendida y había una manta extendida para nosotros. Me quedé sin palabras.

Sentados frente al mar, bajo el manto de estrellas, nos confesamos deseos, miedos y planes. Cada roce, cada susurro, hacía que la química entre nosotros se intensificara. Me acurruqué contra su pecho y él me abrazó fuerte.

—Esto es perfecto —dije en un susurro—. No quiero que termine.

Él sonrió y me besó, con esos labios cálidos y suaves contra los míos, llenos de promesas. La fogata chisporroteaba, lanzando destellos anaranjados que iluminaban nuestros rostros y resaltaban el brillo de sus ojos.

Valentino, finalmente calmado, dormía cerca, envuelto en una pequeña manta, como si supiera que este era un momento que no debía interrumpir.

Alexander me acariciaba el cabello con tanta ternura que sentí el corazón latir con fuerza. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, la conexión se hacía más profunda, más intensa.

—¿Sabes? —murmuré— Creo que nunca me había sentido así con nadie.

Él bajó la cabeza y me besó en la frente.

—Lo mismo digo, Noelia. Siento que este fin de semana es solo el principio de algo increíble.

Las horas pasaron sin darnos cuenta, entre risas suaves, caricias y susurros cómplices. En un momento, Alexander me abrazó con fuerza.

—Eres perfecta —susurró sin que me lo esperara.

Sentí que esas palabras se grababan en mi piel como fuego suave. Lo miré a los ojos, él me besó otra vez, despacio, pero con una intención clara, y nuestras manos empezaron a explorar sin prisa.

Nos recostamos sobre la manta, envueltos por el calor de la fogata y la brisa marina. La noche se volvió más íntima. Su cuerpo contra el mío, el roce de sus labios en mi cuello y las manos que se deslizaban como si conocieran cada rincón.

Nuestros cuerpos se buscaron sin palabras, enredándose entre caricias lentas, besos largos y suspiros que se mezclaban con el sonido lejano de las olas.

Y en ese instante el mundo dejó de existir para mí. Solo existíamos nosotros: piel con piel, abrazo con abrazo, deseo con ternura.

—Vamos a la terraza —dijo Alexander rozándome el cuello con los labios —. Hay más vino, y tengo algo mejor que vistas.

—¿Me vas a enseñar tus abdominales por quinta vez hoy?

—Esa es la sorpresa número dos —sonrió con picardía—. Pero la número uno eres tú.

Me reí y lo seguí por la playa y el jardín de vuelta a la terraza, con las copas en la mano, sintiendo cómo el ambiente se volvía más íntimo con cada paso. En la terraza nos esperaba un rincón precioso: una manta grande sobre la tarima de madera, cojines y alrededor, luces cálidas como farolillos colgando de las vigas. Era acogedor. Perfecto.

Nos sentamos frente a frente, cruzados de piernas como dos adolescentes en una cita a escondidas. Alexander me miraba como si no existiera nadie más en el mundo, con una ternura que me hacía latir el corazón de una forma nueva.

—¿Estás cómoda aquí? —preguntó.

—Ahora mismo, sí.

—Me refiero aquí, en mi casa, a pesar de Valentino.

—Sí —sonreí.

—Entonces espero que aceptes venir más fines de semana.

—Será un placer.

En ese momento, Alexander se inclinó y me besó con una suavidad que me hizo cerrar los ojos de inmediato. Sus labios, cálidos y lentos, no pedían permiso. Simplemente me reclamaban.

Y así el beso fue creciendo. De tímido a hambriento. De dulce a inevitable.

Nuestros cuerpos se acercaron sin prisa. Mi copa quedó olvidada en algún rincón de la terraza; Alexander me atrajo hacia él y me acomodé en su regazo, con las piernas a cada lado, sus manos rodeando mi cintura como si tuviera miedo de que me esfumara.

—¿Sabes lo mucho que te deseo? —susurró contra mi oído, con esa voz ronca y baja que me hacía estremecer.

Le respondí con un beso más profundo, aferrándome a su nuca, sintiendo el calor crecer entre nosotros como algo que ya no podíamos detener. Sus manos se deslizaron por debajo de mi camiseta, recorriendo mi espalda con lentitud, mientras su boca buscaba la curva de mi cuello.

Mi piel se encendía con cada roce. Me erizaba con cada caricia. Y cuando sus labios bajaron por mi clavícula, dejé escapar un suspiro que él recibió con una sonrisa contra mi piel.

Me quitó la camiseta despacio, sin prisa, como si cada segundo fuera parte del ritual. Yo hice lo mismo con la suya, revelando su torso caliente y

fuerte bajo la luz tenue que nos rodeaba.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmuró al verme, y sus manos siguieron recorriendo mi cuerpo como si me dibujara.

Me tumbó sobre la manta, cubriéndome con su cuerpo, pero con cuidado de no aplastarme. Me rodeó como si me protegiera de algo malo. Sus besos bajaron, lentos y seguros, por mis hombros, mis pechos, mi abdomen. Cada parte de mí fue adorada, tocada con una devoción que no había conocido antes.

—Noelia… —murmuró mi nombre entre dientes, como si no pudiera creer que estuviera allí con él.

Nuestros movimientos se volvieron más urgentes, pero nunca apresurados. Nos desnudamos sin palabras, solo con miradas, respiraciones entrecortadas y manos temblorosas de deseo. El momento en que nos encontramos piel con piel fue como entrar en otro mundo. Nada más importaba.

Alexander me acariciaba como si supiera exactamente dónde tocar, cómo hacerlo. Me besaba entre susurros, murmurando cosas suaves que apenas escuchaba, pero que me hacían sonreír y estremecer al mismo tiempo.

—No voy a ir deprisa —me dijo—. Quiero saborearte. Quiero que recuerdes esto cada vez que cierres los ojos.

Y lo hizo.

Comenzó a besar cada rincón de mi cuerpo, a lamerlo, a acariciarlo, llevándome a ese punto en el que mi cuerpo pedía, suplicaba más, y él se lo daba, pero tal como había dicho, sin ninguna prisa.

Alexander me hizo el amor como si estuviéramos bailando, de ese modo que dejaba claro que había más que deseo, porque en ese momento, entre nosotros, había ternura, entrega y pasión mezclada con un amor que quería florecer aún más.

Me aferré a sus hombros, sintiendo cada movimiento, cada vaivén, cada embestida. Mi cuerpo se arqueaba bajo el suyo, mis piernas lo rodeaban, mi boca se perdía en la suya y nuestros suspiros se mezclaban con la brisa marina.

El clímax llegó como una ola larga y lenta, que nos arrastró a los dos sin darnos tiempo a pensarlo. Me perdí en él, completamente. Y cuando el temblor pasó, Alexander se quedó sobre mí, besándome la frente, sin dejar de acariciarme.

Nos quedamos abrazados, entrelazados, sin palabras. Solo respirando al mismo ritmo. Su pecho contra el mío, su mano en mi cintura, su boca aún en mi piel.

—Eres perfecta —murmuró como lo había hecho en la playa.

—Tú me haces sentir así —le dije, sin abrir los ojos.

—Quédate.

—Ya lo he hecho.

Me abrazó más fuerte, como si me creyera de verdad. Y mientras nos cubríamos con la manta, con el cuerpo aún enredado, la luna brillando sobre nuestras cabezas y Valentino roncando en algún rincón de la terraza, supe que esa noche no era una más.

Era la primera de muchas. Y ya no quería estar en ningún otro lugar que no fuera ahí. Con él.

Capítulo 25



El sol se colaba entre las cortinas, acariciando nuestras pieles aún entrelazadas. Abrí los ojos lentamente y lo primero que vi fue a Alexander dormido a mi lado, su respiración pausada, su expresión tranquila, casi infantil, y su brazo reposaba sobre mi cintura. No recordaba cómo había llegado a la cama, pero sí lo que ocurrió en la terraza antes de que me quedara dormida.

Y mientras le miraba, me preguntaba cómo había pasado esto. ¿Cuándo empecé a enamorarme de él… así, sin darme cuenta?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un golpe seco contra la puerta del dormitorio.

¡Pum!

—¿Qué…? —balbuceó Alexander, removiéndose un poco en la cama.

Un segundo después, Valentino irrumpió como un misil peludo en la habitación, saltando de un brinco sobre nosotros, con la lengua fuera y su cola azotando el aire como si le hubieran dado cuerda.

—¡Otra vez no, Valentino! —me quejé riendo, mientras veía que Valentino intentaba lamerle la cara a Alexander.

—Mira que ser despertados por un perro salchicha ninja con instintos destructivos... —dijo Alexander, riendo, aún medio dormido—. Esto ya es rutina.

—Es un pequeño demonio. ¿Seguro que no fue exorcista en su vida anterior?

—Imposible. Los exorcistas echan demonios. Este los colecciona.

Entre risas y forcejeos suaves, logramos bajarlo de la cama. Aunque, claro, lo de "bajarlo" era solo simbólico. En menos de diez segundos, ya estaba trayendo una de mis zapatillas entre los dientes como trofeo de guerra.

—¡Eh! ¡Esa no! —le grité, tirando de la sábana para perseguirlo— ¿Qué tiene este perro con mi calzado?

—Le das celos. Mis zapatillas huelen a gimnasio. Las tuyas huelen a "la humana que me roba a mi humano". Es un tema territorial, claramente.

—¡Lo voy a inscribir en una terapia canina!

—Demasiado tarde —dijo Alexander, levantándose—. Él es el terapeuta. Nosotros somos los pacientes.

Nos vestimos entre bromas y besos robados, preparándonos para salir a explorar la costa. La mañana era suave, con una brisa fresca que olía a sal y a pinos, y la promesa de otro día perfecto colgando en el aire.

—¿Lista para una pequeña aventura? —preguntó Alexander, cogiéndome la mano con naturalidad mientras Valentino trotaba delante como un explorador frenético.

—Siempre. Pero solo si prometes no dejar que tu perro me lance a un barranco.

—Solo si tú prometes no lanzarte tú sola por accidente.

Caminamos por senderos rodeados de árboles, rompiendo el silencio con carcajadas, charlas absurdas y alguna que otra discusión filosófica sobre si el helado de pistacho era una aberración o un regalo divino, y Valentino, mientras tanto, intentó comerse una flor.

—Este sitio —dijo Alexander señalando un camino de tierra que bajaba hacia el mar— es especial para mí. No mucha gente lo conoce.

—¿Secreto de explorador?

—Algo así. Aunque en realidad… fue donde me escondí la noche que encontré a Valentino.

Me detuve.

—¿Aquí?

—Sí. Estaba hecho polvo, llovía a cántaros, y no tenía nada claro qué estaba haciendo con mi vida. Me senté en esa piedra —dijo, señalando una plana junto al sendero— y pensé que no tenía nada. La noche siguiente, llegó él —sonrió.

Me acerqué despacio y cogí su mano.

—Y ahora estás aquí. No solo con él. También conmigo.

Alexander me miró con una intensidad suave, llena de cosas no dichas. Me rodeó por la cintura y me besó en la sien.

—Sí. Y no cambiaría este momento por nada.

Seguimos caminando hasta una pequeña cala escondida. El agua era cristalina y las piedras brillaban bajo la luz del sol como si tuvieran secretos guardados. Nos quitamos las zapatillas y paseamos descalzos por la orilla.

Valentino, como buen protagonista secundario desquiciado, decidió que era momento de demostrar su dominio del entorno. Corrió hacia una pareja

que estaba haciendo un picnic y, con una velocidad alarmante, les robó un trozo de pan.

—¡Valentino, no! —corrimos detrás de él mientras los chicos reían sin enfado.

El perro nos miró con expresión victoriosa desde la cima de una roca con el pan en el hocico, como si fuera Simba en *"El Rey León"*.

—Está perdido. Ya no es nuestro. Pertenece a la montaña —dije, jadeando.

—Lo llevaremos a un internado canino suizo. Con vistas a la cordura.

Nos disculpamos con la pareja, que nos lo tomó a broma, y seguimos explorando el lugar. Entre risas, piedras calientes bajo los pies y muchas fotos que Alexander insistía en sacarme, me sentía plena. Cómoda. Querida.

En un momento, él se detuvo, sostuvo mi rostro entre sus manos y me besó muy despacio. No fue un beso ansioso, sino uno que decía "me encantas". Uno de esos besos que decía "te estoy descubriendo y quiero seguir haciéndolo".

—¿Sabes qué me fascina de ti? —susurró.

—¿Mi dominio absoluto del sarcasmo?

—Tu forma de mirar el mundo. Como si aún creyeras en la magia.

—Y tú haces que esa magia parezca real.

Nos quedamos abrazados durante unos minutos con el sonido del mar de fondo. La brisa, el sol, sus brazos alrededor de mí. Todo encajaba.

Aquel día estaba lleno de momentos simples que se sentían extraordinarios: compartir un helado y que se me derritiera en la mano mientras él reía y me lo limpiaba con una servilleta. Ver a Valentino hundirse hasta el cuello en una charca de barro y luego sacudirse delante de mí sin remordimiento alguno, empapándome completamente.

Cada instante estaba lleno de vida. De complicidad. De amor, aunque aún no nos atreviéramos a decirlo.

Más tarde, ya de regreso hacia el coche, caminábamos con los zapatos en la mano, riendo por cualquier tontería. En un momento, me detuve y lo miré. Alexander me miró también, sin palabras. Sus ojos eran suaves, pero intensos. Y allí, en su mirada, sentí algo profundo.

Como si me viera de verdad. Como si me aceptara con todas mis rarezas, mi risa a destiempo, mis dudas.

—¿Qué? —pregunté, sonrojándome un poco.

—Nada. Solo que, me gustas tanto, Noelia, que a veces no sé cómo decirlo.

—Entonces no lo digas. Solo mírame así, de vez en cuando.

Y lo hizo. Me besó con ternura, con una lentitud casi reverente. Como si estuviéramos aprendiendo de memoria la forma del otro.

Y yo… Yo no sabía cómo había pasado. Pero lo sabía con certeza: me había enamorado de Alexander.

El sol comenzaba a rendirse sobre el horizonte cuando regresamos a casa. La luz dorada bañaba las fachadas y las farolas empezaban a encenderse tímidamente, como si tampoco quisieran interrumpir el encanto del día.

—¿Te apetece cenar fuera esta noche? —preguntó Alexander.

—¿Cenar fuera de este paraíso tuyo? ¿Estás seguro?

—Haré el esfuerzo por ti… y por una copa de vino frente al mar.

—Acepto.

Valentino, exhausto tras su día de aventuras y delitos menores, dormía panza arriba sobre el sofá, con una de mis chanclas atrapada entre sus patas como si fuera un peluche. Alexander lo miró, sonriendo.

—Creo que ni una banda de atracadores me ha hecho perder más cosas que este perro en un solo fin de semana.

—Sí, pero míralo… así dormido da hasta ternura.

—Claro, dormido es un ángel. Despierto es un demonio.

Reímos mientras nos cambiábamos. Me puse un vestido ligero y cómodo, blanco, con detalles en azul marino. Alexander se quedó un segundo mirándome en silencio.

—¿Qué? —pregunté, ajustándome un tirante.

—Nada. Es solo que estás preciosa.

—No te acostumbres a verme así tan fácil —bromeé—. En casa suelo ir con moño torcido y calcetines de colores distintos.

—Lo tendré en cuenta. Igual, creo que me gustarás más.

—¡Mentiroso!

—No. Realista con buen gusto.

Salimos caminando hacia el puerto, con Valentino a nuestro lado, ahora con arnés, por seguridad ciudadana. Las calles olían a mar, a sardinas asadas y a pan recién hecho. El ambiente era tranquilo pero vivo, con

familias, parejas, músicos callejeros y luces colgantes que bailaban con la brisa.

El restaurante elegido por Alexander estaba justo junto al agua. Pequeño, íntimo, con farolillos en cada mesa y una terraza de madera que daba directamente al mar.

—¿Tienes reservado? —pregunté, sorprendida.

—Conozco al dueño. Le prometí traer a alguien especial —contestó, y me guiñó un ojo.

—¿Y le dijiste que también vendría tu hijo criminal de cuatro patas?

—Le dije que traería a una criatura peligrosa con ojos brillantes. No aclaré si eras tú o el perro.

Nos sentamos en una mesa en el rincón más resguardado. Valentino se acomodó en una cesta que Alexander ya había pedido, con una mantita y un bol de agua. No sabía cómo lo hacía, pero aquel hombre pensaba en todo.

—No has tenido una cita así desde hace tiempo, ¿verdad? —pregunté mientras hojeábamos el menú.

—¿Se me nota?

—Se te nota que estás feliz. Y que no sabes qué vino pedir.

—¿Tú lo sabes?

—Yo nunca sé qué pedir. Pero lo finjo muy bien.

—Entonces, elige tú. Si me envenenas, al menos será con estilo.

Optamos por mariscos y vino blanco, y mientras esperábamos la comida, hablamos. De todo y de nada. De películas, de infancia, de platos que nos salían mal; yo conté mi fracaso con la tortilla de patatas y él confesó haber hecho sopa con leche por accidente.

—Estás loca —me dijo, muerto de risa.

—¿Y tú qué crees que necesitas para vivir con Valentino? Solo otro loco puede soportarlo.

—¿Te has dado cuenta de que, sin querer, ya usamos la palabra “vivir”?

—¿Vivir con tu perro? Sí, lo he notado… y me preocupa —suspiré.

La cena fue deliciosa. Compartimos platos, risas, miradas. El vino nos relajó, y los silencios ya no eran incómodos: eran compartidos. Cómplices. De esos que solo existían cuando estabas con alguien que te entendía sin necesidad de palabras.

—¿Sabes? —dijo Alexander en un momento, mirando al mar— Me asusta lo rápido que ha pasado todo esto. Como si fueras un huracán que llegó a ponerlo todo patas arriba. Pero en vez de destruir, ordenaste.

—Yo también lo siento. Como si hubiéramos estado buscándonos sin saberlo —respondí.

Nos quedamos mirando un instante. Su mano buscó la mía por encima de la mesa y la sostuvo con firmeza, con cariño, con calor.

—Me haces sentir… que puedo empezar de nuevo —dijo, casi en un susurro.

—Y tú me haces creer que ese "empezar" puede ser bonito. Sin miedo.

La noche cayó por completo mientras tomábamos la última copa. Valentino roncaba suavemente desde su cesta, ajeno a las emociones que flotaban a su alrededor. Alexander se inclinó y me besó, con lentitud, como si el tiempo no existiera.

—Me gustas mucho, Noelia. No quiero que esto termine al volver a casa.

—Ni yo.

Volvimos caminando despacio. Sus dedos entrelazados con los míos, el murmullo de la marea y ese sentimiento cálido que se colaba en los huesos cuando sabías que estabas en el lugar correcto, con la persona correcta.

Cuando llegamos a la casa, me ayudó a guardar las cosas en silencio. Se respiraba esa calma que solo llegaba cuando el alma también estaba tranquila. Y así, en silencio, me llevó hasta mi casa.

Cuando salimos del coche con Valentino ya dormido, su mirada cambió.

—No quiero despedirme en seco —dijo, cogiéndome ambas manos con las suyas.

—No tienes por qué —respondí.

—Pero tampoco voy a fingir que no me cuesta dejarte.

—Alexander…

—Esto no es un adiós, Noelia. Es un hasta pronto. Porque quiero seguir viéndote. Quiero más días contigo, más aventuras, más risas.

Me tembló el pecho al escucharle, y sentí que esto era más real que nunca.

—Yo también quiero eso —susurré—. No veo esto como un final. Lo veo como un principio.

Nos besamos despacio, pero con intención. Un beso cargado de todo lo que aún no habíamos dicho. Me abracé a su cuello, deseando quedarme ahí,

congelar el momento. Pero la vida, como Valentino, siempre interrumpía en el momento justo.

Desde dentro del coche, el ladrido de protesta de Valentino nos sacó una carcajada.

—Te reclama el demonio de tu hijo de patas cortas —dije, con una sonrisa torcida.

Alexander rio, se acercó una vez más y me dio un beso rápido en los labios.

—Voy antes de que decida conducir él mismo.

—No me sorprendería —respondí.

Lo vi alejarse hasta el coche. Cuando llegó, abrió la puerta y se agachó para acomodar a Valentino, que movía la cola con energía y tenía la lengua fuera, como si celebrara su “triunfo”.

Y en ese instante, lo juro, juraría que el perro me miró y sonrió como diciendo “*Yo gano, humana loca”*.

No pude evitar reírme y sacudí la cabeza mientras pensaba que, definitivamente, estaba loca porque creo que entendía a ese perro salchicha criminal.

Me quedé en la puerta unos segundos más, viendo cómo el coche se alejaba, perdiéndose entre las luces. Luego subí a casa con la certeza de que estaba enamorándome. Sin remedio.

Cerré la puerta tras de mí y me apoyé contra ella con los ojos cerrados, como si el contacto frío de la madera me ayudara a contener todo lo que hervía por dentro.

El silencio de casa me pareció enorme, pero no vacío, y tampoco triste. Más bien lleno de ecos. Risas, besos, ladridos, miradas compartidas, roces fugaces de manos buscando contacto. Todo flotaba todavía en mi piel, como si el fin de semana no se hubiera terminado del todo.

Me quité los zapatos y los dejé junto a la puerta. El suelo estaba frío, pero agradable. Caminé descalza hasta el salón, encendí una lámpara de luz cálida y me dejé caer sobre el sofá. Aún olía a sal, a crema solar y sí, un poquito a Alexander.

Sonreí al pensar en ello.

Abrí el móvil y empecé a revisar las fotos del día. Había una en la que Alexander me había captado de espaldas, con el pelo suelto y el mar de fondo, sin que me diera cuenta. Otra donde los tres, él, Valentino y yo, aparecíamos tirados en la arena, con una cara de agotamiento y risa tan sincera que dolía de lo bonita que había quedado.

Y luego una en la que él me miraba. Una foto que yo no recordaba que existiera. Una que él debió sacar mientras yo miraba distraída hacia el

horizonte. En su expresión había ternura, sí… pero también admiración. Curiosidad. Fascinación.

Mi pecho se apretó. Esa foto me rompió un poquito, en el mejor sentido.

—¿Qué me estás haciendo, Alexander? —murmuré.

Dejé el móvil sobre el pecho y me quedé mirando el techo.

No sabía cómo ni cuándo, pero me había enamorado. De su risa honesta. De su mirada que te leía sin juzgar. De su paciencia cuando Valentino se volvía loco. De la forma en que me hacía sentir suficiente, sin tener que demostrar nada.

Y también me enamoraba lo fácil que era reír con él. Lo mucho que se podía decir sin hablar. Lo a gusto que me sentía solo estando cerca.

Recordé el momento en el que me besó despacio, frente al mar. Su mano en mi espalda. Sus dedos jugando con un mechón de mi pelo. Sus labios diciendo sin palabras: “Te estoy conociendo, y me gusta lo que encuentro”.

Me removí en el sofá, abrazándome a la manta, suspirando. Justo entonces, el móvil vibró. Era un mensaje.

Alexander: *¿Todo bien en casa? Valentino ya está roncando como si hubiera corrido una maratón, y yo estoy en modo idiota mirando el asiento vacío al lado mío y echándote de menos.*

Reí bajito y me derretí al leer aquello.

Noelia: *Todo bien. Echo de menos tus manos calientes y las miradas sin prisa. Y a ese demonio adorable que se hace el dormido para no admitir que me quiere.*

Alexander: *Te quiere, y mucho. Solo que es orgulloso. Como su humano.*

Noelia: *Te quiero volver a ver.*

Alexander: *Y yo a ti. Esto… no ha terminado. Es solo el principio. ¿El martes? Te recojo y comemos juntos.*

Noelia: *El martes me parece perfecto. ¿Cocinarás tú? ¿Y Valentino se quedará al margen?*

Alexander: *Lo que prefieras. Pero si cocino yo, conociendo a Valentino, te tocará perseguirlo por el mercado otra vez.*

Noelia: *Valdrá la pena si el premio eres tú.*

Me tapé la cara con la manta, entre risas y mariposas.

Sí. Estaba enamorada. De ese hombre que hablaba con ternura, que me hacía sentir en casa. De ese perro travieso que, en el fondo, me había aceptado como parte de su manada.

Me puse de pie, apagué la lámpara y me fui al dormitorio. Me acosté con una sonrisa en los labios, sintiendo que, aunque estaba sola en la cama, no me sentía sola en absoluto.

Me sentía conectada. Con él. Con algo nuevo. Con la promesa de lo que vendría.

Capítulo 26



Era miércoles y el despacho olía a café y documentos viejos. El sol entraba por las persianas entreabiertas del bufete, dibujando líneas doradas sobre los montones de papeles apilados sobre mi escritorio. Llevaba casi dos horas sumida en la revisión de un nuevo caso. No era cualquier caso: era para ayudar a Tomás, mi hermano mayor, ese cabezota incorregible que siempre decía poder con todo, pero que, al final, acababa viniendo a mí cuando se trataba de papeleo o alguna gestión legal.

Suspiré mientras pasaba una página. Aquello iba a darme trabajo para varios días. Pero lo haría con gusto, por él. Siempre.

Escuché un par de golpes suaves en la puerta.

—Adelante —dije sin apartar la vista de los papeles.

La puerta se abrió despacio, y allí estaba Aitana, con dos cafés en la mano y esa sonrisa que solo le salía cuando algo bueno le rondaba el corazón. Vestía su habitual estilo informal elegante, el cabello recogido en un moño alto y los ojos brillando más de lo habitual.

—¿Te ha tocado un viaje al Caribe o qué? —pregunté, arqueando una ceja mientras cogía uno de los vasos de su mano— Tienes cara de haber ganado algo muy bueno.

Ella negó con la cabeza, sonrojándose de inmediato.

—Quiero contarte algo.

Se sentó frente a mí, con esa forma suya de cruzar las piernas y sujetar el café con ambas manos, como si necesitara un escudo mientras hablaba.

—¿Es por Tomás? —pregunté, inclinándome un poco hacia adelante.

La forma en que sus mejillas se encendieron fue tan clara que solté una pequeña risa.

—Tus mejillas acaban de responderme —dije, y Aitana se tapó la cara, pero también rio.

—Es que… —empezó, titubeando un poco— Nos hemos estado viendo estos días.

No era ninguna sorpresa para mí. Llevaba tiempo notando cómo se miraban cuando creían que nadie los veía. Tomás no había dicho nada, pero su forma de hablar de Aitana últimamente lo delataba.

—¿Y qué ha pasado? —le pregunté, con una sonrisa pícara.

—Anoche… —Se removió en la silla— Después de cenar, me llevó a casa. Y, bueno, lo invité a subir.

—Vamos, que os habéis acostado —solté, divertida, y ella asintió, con una sonrisa tímida.

—Y se quedó a dormir. Esta mañana pensé que se había ido de madrugada o algo, pero no. Lo encontré en la cocina, preparando el desayuno.

Me recosté en la silla, sonriendo.

—No pensaba que mi hermano fuera tan romántico.

—Ni yo —confesó, riendo.

—¿Y habéis quedado en algo más?

—Sí. Vamos a volver a cenar el viernes.

—Pues ve preparando una mochila con ropa —le advertí, señalándola con el dedo—. Si mi hermano está tramando lo que creo, no te va a dejar irte a casa después de la cena. Seguro que quiere llevarte a su chalet con piscina.

Aitana soltó una carcajada.

—Eso suena a plan muy suyo.

Entonces se puso un poco más seria. Bajó la mirada y jugueteó con la tapa del café.

—¿De verdad no te importa que salga con tu hermano? No quiero que esto estropee nuestra amistad, Noe. Eres muy importante para mí.

Le cogí la mano por encima del escritorio.

—Aitana, estoy encantada con que salgáis juntos. Ya era hora. Y si por casualidad lo vuestro no funcionara —hice una pausa—, por mucho que Tomás sea mi hermano mayor, tú eres mi amiga. Y siempre lo serás.

Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—Gracias —susurró.

Se puso de pie, con ese gesto nervioso que la caracterizaba cuando quería huir antes de emocionarse demasiado, y le hice un guiño mientras recogía su bolso.

—Nos vemos luego.

—Sí, y gracias por el café —le dije, levantando el vaso.

Cuando se fue, me quedé mirando la puerta cerrada durante unos segundos. Sonreí. No había nadie mejor que Aitana para hacer que Tomás

sentara la cabeza. Y lo sabía. Ese cabezota llevaba, por lo menos, dos años enamorado de esa chiquilla. Pero necesitaba su tiempo. Aitana también. Ahora que finalmente habían dado el paso, tenía la esperanza de que todo les saliera bien.

Diez minutos después, cuando el eco de nuestras risas aún parecía flotar en el aire, llamaron de nuevo a la puerta.

—Adelante —dije, sin apartar la vista de la carpeta que tenía entre manos.

Cuando al fin levanté la mirada, me llevé una sorpresa.

—¿Julieta? —pregunté al ver a la prima de Alexander y me puse de pie al instante— ¿Qué te trae por aquí?

Julieta entró con pasos medidos, casi inseguros. Llevaba un vestido liso azul marino y el cabello suelto, cayéndole en ondas suaves sobre los hombros. Se la veía más pálida de lo habitual.

—Necesito un abogado —dijo, y arqueé ambas cejas por la sorpresa de aquella respuesta.

—Siéntate. Cuéntame qué ha pasado.

Nos acomodamos y, tras un momento de silencio en el que pareció reunir valor, empezó a hablar.

—Me han demandado —dijo, con voz baja—. Es… una locura, Noelia. Mi ex, Joaquín, está diciendo que lo acosé, que le destruí parte del local que tenía en alquiler, incluso que le envié amenazas por correo electrónico. Todo eso es mentira. Nunca he hecho nada de eso.

—¿Tienes pruebas de que es falso? ¿Mensajes, testigos?

—Noelia, ni siquiera tengo relación con él desde hace ocho meses. Terminamos porque era posesivo, manipulador... y ahora entiendo que estaba buscando un motivo para hundirme.

—¿Te parece que busca dinero? ¿O solo hacerte daño?

—Ambas cosas, creo. Dice que por mi culpa perdió un contrato importante. Pero yo no tuve nada que ver. Él se lo buscó solo, por sus malas prácticas. Pero ahora quiere hacerme ver como una loca.

La escuché con atención, tomando notas mentales. Todo sonaba como una estrategia de desprestigio.

—No se lo cuentes a Alexander —me dijo de pronto, con tono urgente—. Me contó que se está viendo contigo. Pero no quiero que se preocupe. Ya bastante tiene con sus cosas y… no quiero que mis padres se enteren tampoco. Me han cuidado como a una hija desde que murió mi padre, y no quiero que sufran por algo así.

Asentí despacio.

—No diré nada. Pero sí voy a ayudarte, Julieta. Te lo prometo.

Suspiró con alivio, visiblemente emocionada.

—Gracias. Tienes la manicura gratis en mi salón de por vida.

Solté una carcajada y ella también. El aire se aligeró un poco.

—Hablando de cosas más amables —dijo después, con una sonrisa algo más amplia—, Alexander está encantado con toda la ayuda que le estás dando para la gala del orfanato. No deja de hablar de ti. Le gustas.

—Ah, ¿sí? —me burlé un poco— A tu primo le gusto, pero a Valentino, ese perro del infierno, no tanto.

Julieta se llevó una mano a la boca, riendo a carcajadas.

—Ya sé que te ha liado alguna que otra el fin de semana. Pero al final te cogerá cariño. Seguro.

Nos despedimos poco después, y justo antes de que saliera, le fui sincera con respecto a su caso.

—Voy a revisar todo el papeleo hoy y mañana. El viernes te llamo para comer y te cuento todo, ¿vale?

—Gracias, Noelia. De verdad. Gracias otra vez.

Nos abrazamos. Cuando se fue, me quedé un momento en silencio, masticando sus palabras. Se la veía muy afectada. Más de lo que dejaba ver.

Y mientras organizaba sus papeles en una carpeta aparte, pensé que iba a hacer lo posible, y lo imposible, por ayudarla. No iba a dejar que ese tal Joaquín la pisoteara con mentiras.

Después de que Julieta se marchara, dejándome con su abrazo agradecido y esa promesa medio en broma de manicuras gratis, me tomé unos minutos para quedarme sentada en mi escritorio, simplemente mirando el dossier improvisado que había empezado a armar con sus declaraciones. Su cara me venía a la mente una y otra vez. No era la Julieta segura, coqueta y chispeante que había visto las dos veces que nos vimos. Había una sombra en su mirada. Una herida que no estaba del todo cerrada.

Encendí el ordenador y empecé a redactar un informe preliminar. Lo primero era dejar asentado su testimonio tal como me lo había contado, para que no se me escapase ningún detalle. Luego empecé a organizar la cronología de hechos: ruptura con Joaquín, ocho meses atrás; momento en que supuestamente comenzaron los incidentes; fechas clave que él citaba en su demanda.

Me desconecté por completo del resto del mundo, y es que, cuando trabajaba en algo así, no había espacio para distracciones. Solo el caso. Solo la verdad que había que proteger. Y Julieta merecía estar protegida.

La demanda presentada por Joaquín incluía acusaciones graves: coacción, daños a la propiedad e incluso un supuesto hostigamiento digital. Todo parecía diseñado para hundirla públicamente y, de paso, intentar sacar un beneficio económico.

Busqué todo lo que pude sobre él en bases de datos jurídicas. Descubrí que tenía antecedentes por problemas fiscales. Demandas anteriores por incumplimiento de contrato. Y lo más interesante: una denuncia interpuesta por otra expareja, hacía tres años, por comportamiento agresivo y amenazas. El caso había sido archivado por falta de pruebas, pero no me cabía duda de que había un patrón.

—Perfecto —murmuré, anotando todo.

Llamé a un par de contactos del colegio de abogados. Uno de ellos, un viejo compañero de la universidad, me confirmó que Joaquín había intentado contratar a su despacho hacía un mes, pero que lo habían rechazado por encontrar “inconsistencias en su relato”.

Eso me bastaba para seguir tirando del hilo.

A mitad de la tarde, ya tenía armado un esqueleto sólido de defensa. Empecé a pensar en posibles testigos. Sabía que Julieta había pasado mucho tiempo en el salón de estética que dirigía, así que probablemente varias de sus empleadas podrían testificar que, durante los días que Joaquín indicaba como fechas del supuesto acoso, ella ni siquiera había salido del local.

También pensé en revisar las cámaras de seguridad del salón. Si podía conseguir las grabaciones, sería prueba de oro. La tecnología, a veces, salvaba más vidas que las palabras.

Mi teléfono vibró en ese momento y vi que era un mensaje de mi hermano.

Tomás: *¿Te apetece cenar esta noche? Quiero contarte algo.*

Sonreí. Como si no supiera ya de qué quería hablarme.

Noelia: *Claro. Pero nada de cocinar tú. Pido sushi.*

Dejé el teléfono a un lado y continué trabajando. Pasé un par de horas más revisando la demanda en detalle. Cuanto más leía, más claro me quedaba que todo era una construcción sin base. Pura manipulación. Y peor: tenía esa textura viscosa de quien sabía mentir y había practicado mucho para lograr que su versión sonara creíble.

A las siete y media, imprimí todo lo que tenía. Un pequeño expediente de más de cincuenta páginas, con notas, fechas, posibles inconsistencias y un listado preliminar de testigos.

La defensa apenas empezaba, pero ya me sentía con la fuerza suficiente para enfrentar lo que viniera. Porque no era un caso más. Era Julieta, la prima de Alexander, y aunque la conociera poco, ella merecía que la verdad saliera a la luz.

Mientras guardaba los documentos en la carpeta, me detuve un momento para mirar por la ventana. El cielo se estaba tiñendo de tonos naranjas, y las luces del exterior comenzaban a encenderse una a una. Pensé en lo mucho que me gustaba esa hora del día. Ese instante en que todo parecía calmarse, aunque sea por unos minutos.

Volví a pensar en Julieta. En cómo me había dicho que no quería preocupar a Alexander. Que había sido criada por sus tíos desde que perdió a sus padres. Me pareció una mujer más fuerte de lo que dejaba ver. Llevaba muchas pérdidas encima, y aun así se esforzaba por caminar sola.

Y pensé también en Alexander. En cómo se encogía ligeramente de hombros cuando alguien mencionaba el nombre de su prima o él hablaba de ella, como si la sola mención lo conmoviera. Estaba claro que le importaba.

Pero había respetado su decisión. No le diría nada. Esa confianza no se rompía.

Esa noche, fui a cenar con mi hermano Tomás en su casa. Como imaginaba, me preguntó por Aitana, con una mezcla de nervios y expectación en los ojos que no veía en él desde que era adolescente y se había enamorado de su profesora de literatura.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó, después de devorar la mitad de su *maki* de salmón.

—Solo que le gustas —respondí, haciéndome la interesante.

Tomás me miró con suspicacia.

—¿Solo eso?

—Y que cocina mejor que tú.

Rio. Esa risa grave que arrastraba desde siempre.

—No quiero estropearlo, Noe.

—No lo harás —dije con firmeza—. Solo no huyas cuando empiece a ponerse serio. Porque se va a poner serio.

Tomás bajó la mirada y asintió.

—Esta vez no voy a huir.

Esa respuesta me reconfortó más de lo que imaginaba. Me hizo sentir que, después de todo, estábamos madurando, por fin.

Cuando regresé a casa, abrí el expediente de Julieta de nuevo. Releí todo con más calma. Añadí unas notas finales y resalté las partes más sensibles. No podía permitirme dejar cabos sueltos. Sabía que Joaquín era alguien dispuesto a todo con tal de salirse con la suya.

A medianoche, justo antes de cerrar el portátil, recibí un correo de una de las abogadas con las que había hablado antes. Me decía que, en efecto,

Joaquín había intentado manipular pruebas en una causa anterior. Nunca se lo habían podido probar, pero tenían indicios suficientes. Me adjuntó una copia de la declaración de un testigo que lo acusó de fabricar mensajes falsos para inculpar a una compañera.

Lo leí con calma y luego apoyé la frente sobre mis brazos, agotada pero satisfecha.

Lo íbamos a lograr. Julieta no iba a enfrentarse a esto sola.

Capítulo 27



El viernes amaneció con un cielo despejado, pero un peso distinto en el aire. Más tranquilo. Más serio. A juego con el tipo de trabajo que me tocaba enfrentar.

Me levanté temprano, repasé una vez más el expediente de Julieta mientras tomaba el primer café del día, y luego me permití una pausa. Había trabajado en esa defensa con una mezcla de rigor y corazón, y ahora tenía que estar lista para explicárselo todo con claridad, sin cargarla de más preocupación, pero tampoco maquillando la situación.

A las doce y media, salí del bufete rumbo al restaurante donde había quedado con Julieta. Era uno de esos sitios tranquilos del centro, con terraza cubierta y pocas mesas. El tipo de lugar donde podías hablar sin sentir que el mundo te escuchaba.

Julieta ya estaba allí cuando llegué, sentada junto a una ventana, vestida con una camisa color crema y unos vaqueros sencillos. Llevaba el rostro casi sin maquillar y, aun así, se veía preciosa. También algo más delgada. O tal vez era la tensión.

Se puso de pie para abrazarme en cuanto me vio.

—Gracias por venir —me dijo, con una sonrisa honesta.

—Gracias por elegir un sitio sin reggaetón —le respondí en broma, y ambas reímos.

Cuando nos sentamos, no tardé en sacar la carpeta.

—Aquí tienes todo lo que he recopilado hasta ahora. Te voy a ir explicando punto por punto —dije, y Julieta asintió, dejando el vaso de agua que tenía entre las manos.

—Estoy lista.

Fui clara. Le mostré las inconsistencias en la demanda, el historial de Joaquín, los testimonios de personas que lo habían conocido en otros contextos. Le enseñé el correo que recibí con la denuncia archivada por manipulación de pruebas y le conté que pensaba presentar una solicitud formal para obtener los registros de las cámaras de seguridad de su salón de estética. Eso nos daría coartadas sólidas para varias de las fechas claves.

—Lo que está intentando hacer es un ataque personal, revestido de legalidad —le dije—. Pero se puede desmontar. No va a ser fácil, pero es posible. Lo importante es que tú no cedas ni un paso.

Julieta escuchaba en silencio, con los dedos cruzados sobre el regazo.

—No me importa enfrentarle, Noelia. Me importa que esta historia le llegue a Alexander. No quiero que piense que soy una carga. O una complicación.

—Él no lo pensaría —dije con seguridad—. Pero entiendo por qué prefieres manejarlo sola.

Julieta levantó los ojos hacia mí, más abiertos que nunca.

—¿Sabes lo que más me duele? Que durante años pensé que exageraba. Que sus manipulaciones eran "problemas de pareja". Hasta que me encontré llorando en el baño sin saber por qué.

Me tomé un segundo y respiré hondo. Ese tipo de confesiones no se respondían a la ligera.

—A veces, el daño más profundo lo hacen los que saben disfrazarlo. Pero ahora tienes otra oportunidad. Vas a salir de esto. No estás sola.

Ella me sonrió, esta vez con un poco más de esperanza. Un color nuevo en su rostro.

—Eres una de las personas más fuertes que conozco, Noelia. Y no solo como abogada.

—Y tú tienes la manicura más pulida de Alicante. Así que hacemos un buen equipo.

Reímos otra vez, como necesitábamos. Luego pedimos algo ligero para comer: ensaladas, zumos naturales y un pequeño postre que compartimos sin culpa.

Después de comer, salimos a la calle con calma. El cielo se había nublado un poco, y dado el calor que estábamos teniendo este verano, un poquito de sombra se agradecía. Caminamos hasta la esquina, donde nos detuvimos para despedirnos.

—Gracias, de verdad —dijo Julieta, abrazándome otra vez—. Por todo. No sé qué habría hecho si no te lo contaba.

—Habrías salido igual. Pero ahora vamos juntas.

Ella asintió y se alejó con paso más firme. Me quedé viéndola hasta que giró la esquina, y entonces volví a sonreír sola.

Había algo en su forma de sostenerse después de la tormenta que me conmovía profundamente.

Volví al bufete con una energía distinta. Me senté en mi despacho, cogí el expediente otra vez y escribí en la primera hoja, con bolígrafo negro.

“Defensa: Julieta Romero. Verdad primero. Justicia después”.

Luego abrí un nuevo documento. Porque algo me decía que esto no había hecho más que empezar.

Después de volver del almuerzo con Julieta, no tuve tiempo para descansar; estuve de lo más concentrada en el despacho hasta que vi que se me había echado la noche encima.

En cuanto llegué a casa, me quité los tacones, me recogí el pelo en un moño desordenado y me sumergí en los documentos como si el reloj no existiera. Las luces del salón estaban encendidas, mi portátil abierto sobre la mesa del comedor y las carpetas extendidas como un mapa de guerra.

Estaba redactando la contestación formal a la demanda. Había hecho un borrador, pero necesitaba afinar el tono: firme, claro y absolutamente devastador para Joaquín. Cada frase tenía que dejar claro que Julieta no era una víctima fácil.

Los documentos del salón de estética eran clave. Los horarios de entrada y salida del personal, los turnos firmados, incluso los tickets de pago con tarjeta. Todo eso formaba una línea de tiempo que demostraba que Julieta, durante los días clave de la supuesta “persecución”, estaba trabajando sin interrupciones. Y en horario continuo.

Estaba tan concentrada que no oí la primera vez que sonó el timbre. Fue al segundo intento que reaccioné. Miré el reloj: las nueve y veinte de la noche. Fruncí el ceño.

Me acerqué a la puerta con el ceño aún fruncido, esperando ver a algún mensajero despistado o, con suerte, a Tomás con otra de sus ideas locas. Pero no. Era Alexander.

—¿Tú? —pregunté, abriendo la puerta con una sonrisa sorprendida.

Estaba allí, guapísimo con su traje gris claro, una camisa blanca debajo y una bolsa de comida en una mano.

—Tienes cara de necesitar tacos, y una copa de vino. O dos.

—¿Y Valentino?

—Lo he dejado con Julieta. Necesitaba un descanso de su ansia por destrozar cojines.

Me reí y lo dejé pasar, aunque en cuanto entró me di cuenta del caos que tenía desplegado en el salón.

—¡Un momento! —grité, entrando en modo pánico.

Corrí hacia la mesa y empecé a juntar carpetas, folios, subrayadores, notas adhesivas… todo lo que podía delatar que estaba trabajando en el caso de su prima. Lo hice en silencio, con movimientos rápidos, hasta que los papeles desaparecieron en una carpeta que cerré de golpe y metí en una bolsa opaca.

Alexander me miró desde la puerta con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa?

—Trabajo. Y se acabó por ahora. No pienso hablar de ello hasta el lunes, al menos.

—Ajá… —dijo, pero no insistió— Entonces vamos a concentrarnos en esto.

Puso la bolsa sobre la mesa del salón y empezó a sacar uno por uno los envases, colocándolos como si estuviera montando una cena gourmet.

—Menú especial de la casa "El Patrón". Tacos al pastor con piña, cochinita *pibil*, quesadillas de *huitlacoche*, *totopos* con guacamole y churros con dulce de leche. Ah, y una botella de Malbec argentino. Por si te quedaban dudas de mis intenciones.

—¿Intentas seducirme con comida mexicana?

—Sí. ¿Funciona?

—Muy por encima del promedio —bromeé, aliviada, y en ese momento se inclinó para besarme en los labios, un beso que me dio energías renovadas.

Nos sentamos en el sofá, con las bandejas delante y las risas listas. Comimos con las manos, sin la menor elegancia, manchándonos los dedos y

riendo cada vez que una gota de salsa caía donde no debía.

—¿Y Valentino se portó bien hoy? —pregunté, limpiándome con una servilleta.

—Julieta dice que ha hecho migas con un gato callejero. Imagínate. ¿Ese demonio con cara de peluche, haciendo amistad?

—Quizá sea ese gato el que lo domestique, no tú.

—Sí, o quizá lo entrene para la destrucción total —replicó Alexander, levantando su copa—. Brindo por la paz entre especies.

—Y por las visitas inesperadas —añadí, chocando mi copa con la suya.

Después de cenar, Alexander se quitó la chaqueta y se hundió en el sofá a mi lado, con el brazo rozando el mío. Pusimos música suave de fondo, algo de jazz instrumental, y seguimos con el vino, hablando de cosas sin importancia y de la gala, esa para la que ya quedaba poco para que se celebrara.

Pero poco a poco el tono bajó. Las risas se hicieron más lentas y las miradas más largas. Y hubo un momento en que él giró el rostro hacia mí, y su sonrisa se suavizó.

—Me gusta esto —dijo.

—¿Esto?

—Estar contigo sin tener que correr a ningún sitio. Sin tener que fingir que somos solo colaboradores.

No respondí. Solo lo miré. Y esa fue mi respuesta.

Entonces se inclinó hacia mí y me besó. Un beso suave y lento. Con el tipo de ternura que se cocía a fuego lento. Como quien ya no tenía prisa porque sabía que había llegado al lugar correcto.

Me dejé llevar y lo besé de vuelta, con esa mezcla de vino y deseo y ganas que había estado conteniendo durante los días que no nos habíamos visto.

Sus manos se deslizaron por mi cintura y yo lo atraje más cerca. Nos recostamos en el sofá, entre cojines que se desordenaban con cada movimiento. Su cuerpo encajó con el mío con una naturalidad asombrosa, como si nuestras formas hubieran sido talladas para encontrarse allí, en ese instante.

Mis dedos encontraron los botones de su camisa. Los suyos acariciaron el contorno de mis caderas. Todo sucedía con la tranquilidad de lo inevitable. Sin palabras. Solo respiraciones, suspiros y una certeza creciente.

No era una noche cualquiera. No era un capricho.

Era el comienzo de algo que habíamos estado aplazando por miedo, por tiempo, por exceso de control.

Pero ahí, sobre el sofá, entre risas apagadas, restos de comida mexicana y copas medio vacías, dejamos de aplazarlo.

Y una vez más, simplemente nos dejamos ser.

Nos desnudamos sin prisa, nos besamos, nos miramos y acariciamos. Nos tentamos sin vergüenza ni pudor, me lamió entera sin dejar un solo rincón de mi cuerpo por lamer, me llevó al orgasmo con su lengua y sus dedos y nos fundimos en uno allí mismo, con el jazz sonando de fondo, con nuestros jadeos y gemidos y el movimiento acompasado de ambos cuerpos entregándose al deseo y el placer.

Capítulo 28



La mañana siguiente desperté antes de que sonara el despertador.

Alexander dormía profundamente a mi lado, con una pierna fuera de las sábanas y el pelo algo revuelto. La luz del amanecer se colaba por las rendijas de las cortinas. Me permití observarlo unos segundos más de lo debido y luego me levanté sin hacer ruido, envolviéndome en su camisa, que había terminado abandonada en algún rincón del salón la noche anterior, y me dirigí directa a la cafetera.

La noche había sido perfecta. Pero ahora el caso volvía a la cabeza como una alarma silenciosa.

Encendí el portátil, aún descalza, y revisé los correos. Había uno que me interesaba especialmente: el de Clara Velasco, una antigua empleada del salón de Julieta, a la que había contactado dos días antes para preguntarle si estaría dispuesta a declarar como testigo. Su respuesta era clara y directa.

«Cuenta conmigo. Vi lo que hizo ese hombre. Julieta nunca le hizo nada. Él la acosaba. Tengo capturas, incluso de cuando le mandaba mensajes

pasivo-agresivos después de terminar. En cuanto quieras, hablamos.»

Me incliné hacia atrás en la silla, sonriendo con satisfacción. Ese testimonio era una joya.

La llamada con Clara fue directa. Me relató varias situaciones vividas en el salón: desde las veces que Joaquín se presentaba sin avisar, haciéndose pasar por un cliente para "ver qué hacía Julieta", hasta un día que apareció borracho y quiso armar una escena. Afortunadamente, todo quedó grabado en las cámaras.

—¿Tenéis copia de esas grabaciones? —le pregunté.

—Conservo al menos dos meses de respaldo automático. En un disco externo. Puedo buscarlo hoy y enviártelo.

—Hazlo. Y, Clara… gracias. De verdad.

A media mañana, con Alexander ya fuera, que me había dejado una nota en la cocina, escrita sobre un posavasos: "Gracias por dejarme quedarme. Por todo". Me puse a redactar la lista oficial de testigos. Incluí a Clara, a otra empleada llamada Laura y a una clienta habitual que había presenciado uno de los episodios incómodos.

También llamé a Nando, el técnico informático del salón, para asegurarme de que nadie había manipulado el software de horarios y registros.

—Noelia, esos datos están cifrados y respaldados en la nube. Si alguien intenta alterar algo, queda un rastro. Y no hay ningún acceso no autorizado —me explicó—. De hecho, si quieres, puedo preparar un informe técnico para adjuntar.

—Hazlo. Que parezca tan irrefutable que al juez no le quede ni una pestaña de duda.

Luego vino la parte más dura: preparar la contrademanda. Porque sí. No iba a quedarme en la defensa. Iba a ir un paso más allá.

La denuncia de Joaquín podía ser considerada una litigación maliciosa. Tenía elementos suficientes para demostrar que buscaba dañar la imagen personal y profesional de Julieta, con un propósito claramente intimidatorio. Era hora de que entendiera que no todo se podía manipular a su antojo.

Redacté el primer borrador de una demanda por daños morales y perjuicio económico, apuntando a los contratos cancelados, las citas perdidas y el daño a la reputación de Julieta desde que se hizo pública la falsa denuncia. Consulté jurisprudencia y encontré al menos tres casos similares fallados a favor del demandado, uno de ellos con indemnización favorable por más de veinte mil euros.

Lo más poderoso era lo que aún tenía por incorporar: los mensajes que Clara mencionó, y que ya me estaba enviando por correo. Vi llegar uno tras otro: pantallazos con frases ambiguas, celosas, invasivas.

“Pensé que eras distinta. Ahora entiendo por qué estás sola.”

“Si no podemos estar juntos, al menos admítelo. No vas a encontrar a alguien como yo.”

“Te vas a arrepentir de hacerme quedar como el malo. No sabes de lo que soy capaz.”

Los últimos dos mensajes eran oro puro para el caso.

Cerré el ordenador a las tres y media de la tarde, exhausta, pero con una sensación de victoria en el pecho. Faltaban semanas para el juicio, pero ya teníamos el armazón de acero. Si Joaquín pretendía intimidar, iba a salirle el tiro por la culata.

Me levanté para servirme otro café cuando recibí un mensaje de Julieta.

Julieta: *¿Estás muy ocupada esta tarde? ¿Puedo pasarme, aunque sea diez minutos?*

Noelia: *Ven. Te tengo noticias.*

Me quedé un momento en la cocina, sosteniendo la taza caliente, mirando por la ventana. Era sábado. Un día en el que otras personas desconectaban, planeaban escapadas, hacían reservas en restaurantes.

Yo pensaba en cómo desmantelar mentiras con pruebas y palabras. Y, sin embargo, no me quejaba. Porque esa era mi forma de cuidar. De proteger a

los que me importaban. Y Alexander me importaba, y a él le importaba su prima.

Y Julieta se merecía justicia. No por ser prima de Alexander. No por ser la mujer fuerte que sonreía siempre. Sino porque había sufrido en silencio. Y ahora ya no tenía que hacerlo más.

Julieta llegó pasadas las cuatro y media, con el pelo recogido en un moño relajado y un vestido largo que no ocultaba la tensión en sus hombros. Traía una bolsa de pastelería en una mano y una expresión de expectativa contenida. Su sonrisa se asomó nada más cruzar la puerta, pero sus ojos pedían respuestas.

—He traído croissants —dijo, levantando la bolsa como quien intentaba ofrecer algo tangible cuando todo lo intangible pesaba demasiado—. De chocolate y de mantequilla. Para que elijas tú.

—Eso no se hace —respondí en tono de reproche juguetón mientras le abría—. No sé elegir y tampoco puedo hacerlo.

—Entonces tendrás que comer los dos.

—Negociación aceptable.

Nos reímos, y fue como si por un instante respirara un poco más tranquila. A veces, lo más valiente que alguien podía hacer no era resistir, sino sentarse y decir: “Cuéntamelo todo”.

La invité a pasar al salón, ya limpio de carpetas y sin huellas de la cena romántica de la noche anterior. Había dejado el informe impreso sobre la mesa. Mientras preparaba café, la vi desde la cocina observarlo como si fuera una carta que aún no se atrevía a abrir.

—¿Y bien? —preguntó finalmente, mientras se sentaba en el sofá con las piernas cruzadas en postura de meditación, como una niña esperando noticias importantes.

Le pasé la taza y me senté a su lado. Luego, sin rodeos, comencé.

—Julieta, vamos muy bien. Tenemos varias líneas de defensa sólidas, pero lo más importante es esto —dije, señalando la carpeta—. Clara Velasco aceptó testificar. Me ha contado episodios que coinciden con lo que tú describiste. Además, tiene capturas de mensajes de Joaquín que son clave.

Sus ojos se agrandaron, con una mezcla de alivio y sorpresa.

—¿Clara? No pensé que quisiera involucrarse…

—Está harta de haberle visto hacerte daño sin consecuencias. No eres la única que ha sufrido su manipulación.

Le pasé una de las hojas impresas, donde estaban escritos algunos de los mensajes que Clara me envió por correo. Mientras los leía, su rostro fue cambiando.

—Lo reconocía. Pero leerlo desde fuera… Es horrible.

—Es una prueba, Julieta. Contundente. Y eso es lo que necesitamos. Además, el técnico del sistema de control horario ya está preparando un informe que demuestra que no hubo manipulación en los registros. Tu coartada es firme.

—¿Y qué haremos con todo eso?

—No solo vamos a defenderte. Vamos a contraatacar. Estoy preparando una demanda por daños morales y perjuicios. Voy a exigir que se retracte públicamente y que pague por el daño a tu reputación. Él pensó que podías romperte. Se equivocó.

Julieta se tapó la boca un momento. Tenía los ojos vidriosos, pero no lloró.

—No sé cómo darte las gracias.

—No tienes que dármelas. Solo confía en mí. Y prepárate para declarar si es necesario. Quiero que llegues a ese tribunal sabiendo que no estás sola.

—Te prometo que no me voy a rendir.

Nos quedamos en silencio un momento, las dos con el café entre las manos y los documentos entre nosotras como una promesa sellada.

Después, en un gesto que no esperaba, Julieta se inclinó hacia mí y apoyó su frente contra la mía.

—Gracias por ser mi red —dijo en un susurro con los ojos cerrados.

Me permití ese instante. Ese contacto. Luego respiré hondo y me incorporé de nuevo, profesional, pero con una calidez en el pecho que no se apagaba.

—Por cierto —añadí, sonriendo mientras sacaba una carpeta más pequeña —. Aquí tienes el cronograma de lo que sigue: revisión de pruebas, declaración jurada, audiencia preliminar. Y una lista de preguntas que quiero que prepares conmigo.

Julieta la cogió como si fuera un mapa de salida. Y en parte, lo era. Antes de irse, se levantó y me dio un abrazo largo y firme.

—He pasado mucho tiempo creyendo que no merecía justicia. Pero ahora… tengo ganas de ganarle. No por venganza. Sino por mí. Por lo que me debo.

—Entonces vamos bien —respondí—. Porque esa es la única forma de ganar de verdad.

La acompañé hasta la puerta, y justo antes de salir, se giró.

—Y… gracias también por no decirle nada a Alexander. Si salgo de esto entera, me encantará contarle que lo hice sola. Bueno, casi sola.

—Con una abogada tenaz y adicta al café.

—Y a los croissants —añadió riendo.

—Eso no lo pongas en el expediente.

Nos reímos y se marchó con paso firme, distinta a como había llegado. Más ligera. Más segura.

Me quedé en el umbral un momento, viendo cómo se alejaba. Luego cerré la puerta y volví al salón.

Tenía por delante una batalla legal. Pero también, una certeza absoluta: Iba a ganar esto por Julieta. Porque ella ya había empezado a ganarse a sí misma.

Capítulo 29



El lunes de la audiencia preliminar amaneció más caluroso que nunca. Uno de esos días de cielo azul y sol brillante. Me vestí con uno de mis trajes oscuros, sin adornos, sobrio pero cortante. El tipo de ropa que no dejaba dudas: esa era mi armadura.

Llegué a los juzgados media hora antes de lo previsto, como siempre. Me gustaba familiarizarme con el entorno, ver quién entraba y salía, leer la actitud de los abogados contrarios. Joaquín aún no había llegado, pero su abogada sí. Joven. Rígida. Nerviosa. Un tiburón con miedo al agua. Buena señal.

Julieta llegó diez minutos después. Llevaba un pantalón negro de corte alto, blusa blanca, sin apenas maquillaje, y el pelo suelto. Iba natural y serena por fuera, pero le vi la mandíbula tensa y las manos temblorosas cuando nos saludamos.

—Estás perfecta —le dije, para tranquilizarla.

—No lo parece por dentro —respondió, forzando una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Nos sentamos en el banco del pasillo, justo frente a la puerta de la sala, donde tendría lugar la vista. Yo abrí la carpeta por enésima vez, pero noté que ella no estaba siguiendo. Estaba mirando sus propias manos, esas que tenía rígidas. Como si dudara si moverse o no.

—Noelia… —dijo de pronto, y su voz era otra— Antes de entrar, necesito contarte algo.

La miré de inmediato.

—Dime.

Ella tragó saliva, se inclinó un poco hacia mí y bajó la voz.

—Hubo una noche, hace casi ocho meses. Fue después de que terminamos. Joaquín apareció en el salón cuando ya estaba cerrado. Yo estaba sola cerrando caja. Entró a la fuerza. Me acorraló contra el mostrador. Me dijo que, si no volvíamos, iba a arruinarme. Me gritó, me empujó. Yo… —hizo una pausa, apretando los dientes— No lo denuncié. Me dio miedo. No se lo conté ni a Clara. Solo cerré la puerta detrás de él y me fui a casa llorando. Pensé que, si lo ignoraba, todo pasaría. Pero no pasó.

El mundo se volvió más frío de repente.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —pregunté con cuidado, sin reproche, solo contención.

—Porque me daba vergüenza. Porque sentí que era culpa mía. Que por haberlo dejado entrar de nuevo a mi vida, tenía que asumir las consecuencias. Pero ahora que estoy aquí, a punto de hablar ante un juez, no podía quedármelo dentro.

Puse una mano sobre la suya.

—No estás sola. Y no es tu culpa. Jamás lo ha sido. ¿Ese incidente quedó grabado en las cámaras?

—No lo sé. Creo que no. Ya había apagado el sistema esa noche. Estaba distraída. Desgastada.

—No importa. Lo importante es que ahora has decidido hablar. Si llega el momento en que esta información puede sumarse al testimonio, la usaremos. Si no, la incluiremos en la contrademanda, para que conste. Lo esencial es que ya no lo cargas sola.

Julieta soltó un suspiro tembloroso, pero no lloró. Nunca lo hacía, sabía bien cómo mantener sus lágrimas a raya. La vi más erguida, más firme en la fragilidad. Como si al soltar el peso, algo dentro de ella pudiera empezar a sanar.

—Gracias —susurró—. Por ser más que mi abogada. Por ser mi red, mi escudo… y mi espejo.

—No tienes que agradecerme nada. Estás aquí. Eso ya es un acto de valentía.

La puerta de la sala se abrió y una funcionaria nos indicó que era hora de entrar.

Julieta se puso de pie, ajustó la blusa con un leve tirón y me miró con una fuerza nueva.

—Vamos a por él.

—Vamos a por tu verdad —corregí.

Y entramos.

La sala no era grande, pero esa mañana parecía contener todo el aire del mundo en sus paredes. La jueza entró puntual, seria, con la expresión típica de quien ya había visto demasiados intentos de manipulación y estaba dispuesta a tolerar cero.

Joaquín estaba allí. Llevaba traje oscuro, el cabello peinado hacia atrás con esmero y esa sonrisa ensayada que a mí solo me provocaba desconfianza. No miró a Julieta ni una sola vez mientras nos acomodábamos, pero yo sí observé cómo ella clavaba los ojos en la madera del estrado, respirando con lentitud.

La audiencia preliminar no era un juicio formal, pero sí una fase crucial. Un espacio donde los argumentos iniciales se ponían sobre la mesa, las pruebas se presentaban por primera vez y, a menudo, se definía el tono del resto del proceso.

Comenzó hablando la abogada de Joaquín.

—Mi cliente ha sido víctima de acoso por parte de la señorita Montenegro durante meses —dijo, con una voz que intentaba parecer firme, aunque sus manos apretaban demasiado los folios—. Ha recibido mensajes, ha sido seguido, incluso amenazado verbalmente frente a testigos.

Mentira tras mentira. Todo tan cuidadosamente armado como un castillo de naipes. Frágil en cuanto llegara el viento.

Cuando llegó mi turno, me levanté despacio, cogí la carpeta más importante de la mesa y caminé al centro.

—Señoría —dije—. Esta defensa sostiene que la denuncia del señor Joaquín Díaz no solo carece de fundamentos reales, sino que ha sido interpuesta de forma maliciosa con la clara intención de dañar la imagen pública y personal de mi clienta, Julieta Montenegro.

Entregué a la jueza una copia de las pruebas clave: los registros de trabajo, los informes técnicos, los testimonios jurados de Clara y Laura, y las capturas de pantalla de los mensajes de acoso.

—Aquí constan los turnos laborales de mi clienta durante los días en los que supuestamente "acosó" al denunciante. Como puede ver, se encontraba trabajando, sin interrupciones. Además, el contenido de los mensajes recibidos por la testigo, Clara Velasco, antigua empleada del salón, demuestra que fue el propio señor Díaz quien mantuvo una actitud persecutoria, incluso amenazante, hacia la señorita Montenegro.

La jueza revisó los documentos con el ceño fruncido. Su mirada se volvió afilada cuando encontró las frases más incriminatorias.

La abogada contraria pidió tiempo para analizar las pruebas y solicitó que algunas fueran declaradas improcedentes. Pero ya era tarde. El daño a su estrategia estaba hecho. El castillo de naipes había empezado a colapsar.

—¿Tiene su clienta algo más que añadir? —preguntó la jueza.

Julieta se levantó, con voz más firme de lo que esperaba.

—Solo quiero dejar claro que he venido aquí con la verdad, no con un deseo de venganza. No soy lo que él intenta hacer ver de mí. Y ya no pienso callar más.

Un silencio respetuoso recorrió la sala. Luego, la jueza anunció que se admitirían las pruebas de la defensa, y que la parte acusadora debía responder a ellas en un plazo de siete días. Se fijó fecha para la vista definitiva.

Cuando salimos al pasillo, sentí cómo Julieta soltaba un suspiro largo. Como si llevase semanas atrapado en su pecho.

—¿Lo hemos hecho bien? —preguntó, con los ojos aún brillantes.

—Lo has hecho perfecto —respondí sin dudar.

Nos alejamos del tribunal en silencio. Solo cuando llegamos a la cafetería de la esquina, una que conocía bien por los interminables cafés entre audiencias, rompimos ese silencio.

—¿Crees que se va a echar atrás? —preguntó Julieta mientras revolvía el café con una cucharilla de madera.

—Va a tener que hacerlo. Sus pruebas son débiles y las nuestras… aplastan. Pero, aunque siguiera adelante, la jueza ya ha visto su intención. Eso pesa, y mucho.

Ella asintió, pero no habló enseguida. Miraba por la ventana como si ahora pudiera respirar.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —dijo por fin— No haber confiado antes en que podía defenderme. En que alguien iba a creerme.

Le cogí la mano suavemente.

—Eso es lo que hacen con nosotras. Nos enseñan a dudar de nuestra verdad. Pero ya no, Julieta. Ya no más.

Ella sonrió, con un nudo en la garganta que no terminó de disolverse.

—Y, por cierto —añadió, mirándome con picardía—. Alexander no sabe nada de esto aún, ¿verdad?

—Ni una palabra. Me mantengo fiel a nuestra cláusula de silencio.

—Gracias. Sé que suena infantil, pero quiero que cuando lo sepa, sea porque ya lo enfrenté, ya lo vencí… y ya no me da miedo.

—Entonces prepárate —le dije—. Porque vamos a ganar esto. Y cuando lo hagamos, te vas a mirar al espejo y ver a una mujer que no solo sobrevivió, sino que venció.

Ella soltó una carcajada suave y apretó mi mano.

—Y tú, Noelia, eres la mejor amiga y abogada que alguien podría pedir.

—Eso sí, ponlo por escrito. Me sirve como publicidad.

Salimos de la cafetería con menos peso y más fuerza. Afuera el sol brillaba aún más, lo que indicaba que Julieta debía hacerlo también, porque nadie debía apagar jamás nuestra luz.

Capítulo 30



Esa noche, al llegar a casa, encontré a Alexander apoyado en su coche con una bolsa de comida china en la mano.

¿Cómo era posible que este hombre se viera tan sexy con cualquier prenda que llevara?

Tenía unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca ajustada de modo que se le marcaban los bíceps y el pelo alborotado.

Aún no me había visto, ya que estaba mirando algo en su móvil con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Otra vez trayéndome la cena? —pregunté, y levantó la mirada.

En cuanto me vio, se le dibujó esa sonrisa torcida que siempre me desarmaba.

—Una recompensa merecida —dijo—. He oído rumores de que hoy ha sido un día largo. Y ya sabes… mi forma de cuidar siempre empieza por el estómago —se acercó y me dio un beso en los labios.

—¿Quién te ha contado cómo ha ido mi día? —curioseé.

—Digamos que Valentino ha desarrollado una red de inteligencia canina. O que Julieta hizo un comentario de pasada diciendo que tenías la cabeza a punto de explotar.

Solté una risa breve, cansada. Ese tipo de risa que no nacía del humor, sino del reconocimiento. De la ternura con la que alguien conocía tus rutinas, tus silencios.

—Ha sido intenso, sí. Pero todo ha salido bien.

Fuimos hacia la puerta de mi edificio y subimos en el ascensor, en silencio, con el brazo de Alexander sobre mis hombros mientras me acariciaba el brazo de manera distraída, y yo apoyaba la cabeza en su pecho.

Cuando entramos, lo primero que hice fue quitarme los zapatos y soltar un suspiro de alivio al sentir el frío del suelo en los pies. Alexander sonrió y me dio un beso en la sien mientras iba hacia la cocina.

—¿Qué has traído? —pregunté mientras le veía sacar envases y yo buscaba el vino.

—Rollitos de primavera, fideos fritos, pollo agridulce y de postre, pudding casero que ha hecho Rosa.

—Voy a casarme contigo solo por ese pudding.

—Tendré que competir con los postres por tu amor.

Nos reímos, y me senté mientras él terminaba de servir. Puso música suave, algo instrumental, con guitarra española, y cenamos sin prisas. El tiempo parecía haberse estirado, como si el mundo exterior hubiera decidido hacer una pausa para dejarnos respirar.

Alexander me hablaba de su trabajo, del avance con la gala benéfica del orfanato, de una conversación con su madre sobre una vieja foto de Julieta que habían encontrado en una caja de cartón en uno de los armarios de la casa de sus padres.

—Salía con un vestido blanco y botas de lluvia. Creo que tendría ocho años —dijo—. Estaba haciendo muecas con los labios fruncidos, como si intentara parecer una diva de cine.

Yo lo escuchaba, asentía, sonreía. Pero por dentro, sentía todavía el eco del tribunal, el rostro tenso de Julieta, el testimonio valiente, la mirada dura de Joaquín. Las palabras dichas en esa sala aún resonaban en mi interior como si hubieran sido talladas a fuego.

No se me iba del pecho.

Alexander debió notarlo, porque en un momento dejó el tenedor y me miró, ladeando la cabeza.

—¿No me vas a contar qué caso es el que llevas con tanto misterio?

Tomé un sorbo de vino y apoyé los codos en la mesa. Dudé. No por falta de confianza, sino por respeto a los límites invisibles de las historias ajenas.

—Es uno delicado. No puedo entrar en detalles ahora.

—¿Tan grave es?

—Es personal. Y no solo mío.

Él asintió, sin presionar. Pero sus ojos buscaron los míos, con esa forma suya de mirar que me desarmaba incluso cuando no decía nada.

—¿Tiene que ver con Julieta? —preguntó, y mi silencio fue respuesta suficiente.

Alexander dejó su copa en la mesa con más suavidad de la esperada. Se le notaba el cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo que no veíamos pero que flotaba entre nosotros.

—Lo imaginaba. Lleva días con esa forma suya de fingir que todo va bien. Pero la conozco, y sé cuándo le preocupa algo, solo que no me ha dicho nada, como ha hecho otras veces.

—Alexander, sé más de lo que puedo decirte ahora. Pero te juro que estoy haciendo todo lo posible para que ella esté bien. Para que nadie vuelva a tocarla con una intención sucia o una palabra venenosa.

Él se quedó en silencio, observándome. No juzgó. No preguntó más. Solo se levantó y rodeó la mesa para abrazarme por detrás. Me apoyé contra su pecho, y sus manos se posaron sobre mi abdomen, entrelazando los dedos.

—Noelia, lo único que necesito saber es que ella está contigo. Si tú la estás ayudando, entonces está en las mejores manos.

Cerré los ojos. No recordaba la última vez que alguien me hizo sentir así de respaldada en mi propia batalla. Había pasado tanto tiempo sosteniéndolo todo, sin que nadie me dijera: “Yo te sostengo a ti”.

—Gracias por no insistir —murmuré.

—Cuando quieras hablar, hablarás. Hasta entonces… tengo rollitos y pudding. Y abrazos.

Reí contra su camisa, con esa risa que mezclaba alivio y afecto. Luego, como si el día finalmente me diera permiso para soltar la tensión, me giré hacia él y lo besé.

Un beso lento, sin urgencia, cargado de todo lo que no podía poner en palabras.

Terminamos en el sofá, bajo una manta ligera, con las luces bajas y la botella de vino vacía. Hubo caricias lentas, silencios que no necesitaban ser explicados y una ternura que creció entre nosotros como una promesa no hecha, pero firmemente sentida.

Pasaron los minutos, o tal vez las horas, sin que existiera otra medida del tiempo más que la calidez compartida. Alexander tenía esa manera de hacerme olvidar lo urgente y recordar lo importante.

Y debía admitir que me gustaba esto, estar con él en casa, tenerle aquí conmigo compartiendo la cena como haría una pareja normal. Pero al mismo tiempo me daba miedo, porque por experiencia sabía que todo lo bueno, todo lo bonito, con el tiempo se acababa.

No sabía qué nos deparaba el futuro a Alexander y a mí, pero cuando acabara, me quedaría con estos momentos.

—Se me hace raro no tener a Valentino por aquí —dijo de pronto.

—No le menciones, que ese perro es capaz de aparecer por la puerta como un demonio cuando se le invoca.

Y sí, los dos miramos hacia la puerta como si esperásemos a que en cualquier momento el perro la golpeara hasta tirarla abajo. Un par de minutos después nos miramos y nos reímos.

Luego el silencio volvió a instalarnos en la quietud, como una brisa que bajaba la temperatura sin hacer daño.

Hasta que me besó de ese modo suyo que me hacía saber cuál sería el siguiente paso, y nos acariciamos y dejamos llevar por la tentación y el deseo de sentirnos piel con piel.

Nos desnudamos dejando la ropa desperdigada por todo el salón; Alexander me sentó sobre sus muslos y nos fundimos en uno. Ambos jadeamos, nos abrazamos con fuerza y nos movimos de una manera sincronizada.

Tras mi primer orgasmo, se levantó llevándome consigo en brazos y fuimos a mi habitación, donde la luz de la luna que entraba por la ventana fue testigo del modo en el que esa noche hicimos el amor.

Y cuando él se quedó dormido, respirando profundamente, yo lo observé en silencio.

Pensé en Julieta. En lo cerca que habíamos estado hoy de una verdad que se imponía. En los ojos con los que me miró cuando salimos de la sala del tribunal, como si esperara que yo le dijera que todo estaría bien, incluso cuando ella sabía que aún faltaba mucho por hacer.

Pensé en cómo temblaban sus manos, en la forma en que buscó mi brazo para apoyarse al salir, en la valentía con la que contó en voz alta una historia que había sido suya, en soledad, durante demasiado tiempo.

La justicia era un camino lento y a veces cruel, sí. Pero había noches como esta que me recordaban que los pequeños refugios, los espacios seguros, las palabras dichas con calma, eran también formas de resistencia.

Esa noche no hubo certezas. Ni victorias absolutas. Pero sí hubo una tregua. Permití que el mundo se quedara quieto. Y que el amor, aunque fuera en susurros, también tuviera su lugar.

Capítulo 31



La mañana del juicio definitivo amaneció un poco más gris de lo normal en verano, como si el universo se pusiera en consonancia con lo que Julieta tenía aún por delante. Todo estaba contenido, como una respiración sostenida. Y así me sentía yo: conteniendo el aire, y con cada músculo en guardia.

Llegué al juzgado antes de las ocho y es que el silencio del edificio vacío me daba un margen para concentrarme. Revisé las pruebas por última vez. Tenía todo en orden: las declaraciones juradas, las capturas, el informe del técnico, el testimonio ampliado de Clara y el cronograma de inconsistencias que demolía el relato de Joaquín.

Julieta llegó diez minutos después. Impecable. Vestía un traje sastre en azul marino, maquillaje sutil, labios neutros. Caminaba como si no pesara nada, pero sus ojos traicionaban una noche sin sueño.

—¿Lista? —le pregunté.

—No. Pero vengo igual —respondió.

Yo sonreí, porque esa era la respuesta correcta.

Nos sentamos en el pasillo con las manos entrelazadas y en silencio. Joaquín pasó junto a nosotras minutos después. Llevaba la cabeza alta, pero ya no sonreía. Su abogada evitó mirarme. Había visto las pruebas. Sabía que estaban contra las cuerdas.

Entramos en la misma sala que la vez anterior, pero todo se sentía más nítido. Como si el aire doliera al respirarlo. La jueza, implacable, abrió la sesión con voz firme.

Joaquín fue llamado primero. Declaró durante más de veinte minutos, repitiendo su historia fabricada: los mensajes, las llamadas, el "seguimiento" que no podía probar. Habló de miedo, de angustia, de una supuesta obsesión de Julieta. Cada palabra me sonaba a teatro barato, pero la jueza lo escuchó en completo silencio.

Entonces llegó el turno de Julieta.

Se levantó. Caminó al estrado con una determinación que me hizo contener el aliento y se sentó derecha. Cuando comenzó a hablar, su voz no tembló. Ni una sola vez.

—Durante mucho tiempo creí que lo que me pasó no era suficientemente grave como para contarlo. Como para denunciarlo. Pero me equivoqué. Me quedé callada cuando me acosó en el trabajo, cuando vino a mi casa sin

avisar, cuando me insultó por dejarlo. Me tragué el miedo y la vergüenza. Hasta que ya no pude más.

Contó todo. Sin rodeos. Incluso la noche que él la acorraló en el salón. Incluso las veces que él la siguió por la calle. Lo dijo con claridad. Con la rabia convertida en calma. Y la jueza la escuchó con la seriedad que merecía la verdad cuando por fin se contaba.

Después fue mi turno. Presenté el dossier de pruebas punto por punto. La cronología laboral. El peritaje del sistema informático. Los pantallazos de las amenazas. El testimonio de Clara. Y entonces, añadí algo más.

—Señoría —dije—. Solicito que este tribunal considere la intención del denunciante al presentar esta causa. No como una reacción legítima ante un daño real, sino como una estrategia para silenciar a la víctima, para castigarla por haber salido de una relación abusiva. Esto no es justicia. Es una revancha. Y no podemos permitirlo.

Hubo un silencio tenso, y la jueza pidió un receso breve para revisar las últimas declaraciones. Salimos de la sala sin hablar. Solo nos miramos. Julieta me apretó la mano y no la soltó.

Al volver, la jueza tenía la expresión de quien había tomado una decisión definitiva.

—Después de revisar los testimonios, pruebas presentadas y contradicciones evidentes entre la denuncia del señor Díaz y los hechos acreditados por documentos y terceros, este tribunal desestima la causa por

falta de fundamento, y apercibe a la parte denunciante por utilización maliciosa del sistema judicial.

Un segundo de silencio. Luego, el golpe seco del martillo. Y se hizo justicia.

Julieta no lloró hasta que salimos del edificio. Y entonces se abrazó a mí como si acabara de cruzar la última frontera.

—Lo logramos —susurró.

—Lo lograste tú. Yo solo he sido tu espada.

—Tú has sido todo.

Nos quedamos abrazadas un largo minuto bajo el sol, ese que brillaba con una energía renovada. Luego la miré con una sonrisa torcida.

—¿Te parece si lo celebramos con algo más fuerte que café?

—Me parece que te invito a comer. Y tú no vas a negarte.

—Trato hecho.

Fuimos a un restaurante luminoso cerca de la playa, con terrazas blancas y mesas llenas de gente feliz. Pedimos vino blanco, *risotto* con parmesano y setas para mí, y *tataki* de atún para ella. Brindamos.

—Por la libertad —dije.

—Y por ti —dijo ella.

—Por nosotras —corregí, y ambas sonreímos.

La comida fue deliciosa. Pero lo mejor fueron las risas. Julieta estaba desatada, como si se le hubieran soltado los grilletes del alma.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —dijo de pronto, con una servilleta en la mano y el vino tiñendo sus mejillas— Que gracias a ese idiota hoy estoy más fuerte. Y más segura de lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—Quiero paz. Amor del bueno. Y una manicura perfecta, si te soy honesta —contestó y me eché a reír.

—Lo de la paz lo tienes. El amor… seguro que está en camino. Y en cuanto a la manicura, lo tienes más fácil que nadie.

—Te invito al salón esta tarde. Es lo mínimo. Vas a tener la manicura profesional más perfecta de tu vida.

Se quedó mirándome unos segundos. Luego apoyó los codos en la mesa y dijo con esa sonrisita traviesa suya:

—Y por cierto… eres una abogada de otro nivel, Noelia. Pero como mujer, amiga y persona, te digo algo más importante: eres perfecta para mi primo.

Me atraganté un poco con el vino.

—¿Perdona?

—Que me gustas para Alexander. Que lo haces reír, lo haces pensar, y cuando estás cerca, se le quita esa pose de caballero solitario. Se nota. Se os nota.

—No somos pareja oficial…

—¡Ay, por favor! ¿Y eso qué importa? No necesitáis un papel que diga que estáis casados para que se vea que sois pareja. Tú lo sabes. Y él también. Y si no lo sabe… lo sabrá pronto.

—Julieta…

—No me mires así. Solo hay que ver cómo te brillan los ojos cuando se le menciona. Y cómo le brillan a él cuando habla de ti.

—Eres muy intensa después de un juicio.

—Estoy libre, Noelia. ¡Libre! —gritó— Voy a celebrarlo diciendo lo que me da la gana.

Las dos nos echamos a reír como adolescentes que se habían escapado del instituto para pasar el día en la playa. Éramos mujeres hechas polvo, reconstruidas a golpe de coraje, comiendo en un restaurante caro y riéndonos como si el mundo fuera nuevo.

Pagamos la cuenta y nos fuimos al salón.

El salón de Julieta olía a lavanda y esmalte fresco. Era como entrar a un refugio luminoso. Ella puso música suave y sacó una bandeja con cafés y mini pastelitos de limón.

—Aquí es donde la magia sucede —dijo, guiñando un ojo—. Y hoy, la clienta estrella eres tú.

—¿Puedo elegir color?

—Solo si no dices “nude” o “rosa bebé”.

—Vale. Sorpréndeme entonces —reí.

—Te voy a hacer las uñas en color granate con un toque dorado. Como corresponde a una guerrera elegante.

—¿Esto es parte del servicio o es terapia emocional?

—Ambas cosas.

Mientras me hacía la manicura, seguimos riendo. Me contó anécdotas del salón, de una clienta que se había quedado dormida con las uñas a medio hacer, de otra que le pidió que le pintara un unicornio en el dedo anular "porque tenía una cita especial".

—Y tú, ¿tienes cita especial este viernes? —pregunté con voz inocente.

Julieta soltó una carcajada.

—Llevo ocho meses sin tener citas, y creo que serán algunos más.

—Pues tendremos que poner remedio a eso. Martina y Aitana, de mi bufete, son expertas en encontrar citas a ciegas. O lo intenta, porque las que me organizaron a mí fueron de esas que te quitan las ganas de repetir.

—Entonces no les pidas que me organicen una, por favor.

—Contigo igual aciertan. A ver, cuéntame, ¿cómo te gustan los hombres?

—Noelia…

—Julieta —respondí, y se rio.

—Vale, veamos —carraspeó—. Los hombres me gustan altos, morenos a ser posible, simpáticos, que me hagan reír. Si usan gafas que les dan un aire así, intelectual y sexy, mejor. Y que no me demanden después si rompemos.

—Pues creo que conozco a alguien así —dije con una sonrisa.

—¿A quién?

—Ya lo verás. Le invitaré a la gala benéfica para que lo conozcas.

—Así que además de abogada, ahora eres también casamentera.

—Se me ha debido pegar de Martina y Aitana —me encogí de hombros.

—¿Y tú? ¿Qué harás este fin de semana?

—Probablemente trabajar. O ver a Alexander dormir en mi sofá, otra vez.

—¿Y cuándo vas a decirle que te gusta más de lo que finges?

La miré con la ceja arqueada.

—Tú no tienes filtro hoy, ¿verdad?

—Hoy no. Hoy tengo libertad, café y esmalte granate. Hoy soy invencible.

Cuando terminamos, nos miramos las uñas como si fueran trofeos. Y en cierto modo, lo eran. Pruebas de que seguíamos de pie. De que la sororidad, cuando es real, es una fuerza imparable.

Julieta me abrazó fuerte antes de que me fuera.

—Gracias por creerme cuando yo no podía. Por protegerme cuando no sabía cómo. Y por ser tú, Noelia. Tal cual eres. Eso ya es un milagro en este mundo.

—Gracias a ti por no rendirte. Por no callar.

Salí del salón al atardecer y, mientras caminaba a casa, pensé que a veces la justicia se hacía en los tribunales, sí. Pero otras, se hacía con café, granate brillante y una amiga que no se soltaba de tu mano.

Esa noche llegué a casa con el cuerpo agotado, pero el alma encendida.

Había dejado a Julieta feliz en su salón, con las uñas impecables y el corazón más ligero que en meses. Y yo… yo solo quería una ducha, un sofá mullido y, con algo de suerte, unos brazos conocidos.

Al abrir la puerta, lo supe antes de ver nada. Alexander estaba allí. Hacía un par de días que le había dado las llaves para que no se quedara esperando en la calle si venía por sorpresa.

—Pensé que vendrías tarde —dijo desde la cocina, sin darse la vuelta—. Así que he calentado el curry y he abierto el vino. ¿Un día largo?

Caminé hacia él en silencio y lo abracé por detrás, con la frente apoyada entre sus omóplatos. No dijo nada. Solo cubrió mis manos con las suyas.

—¿Todo bien? —preguntó al fin, con esa voz suya de terciopelo cansado.

—Sí.

—¿Julieta? —no dijo más, pero no hacía falta.

—También.

—¿Caso resuelto?

Suspiré. Le di la vuelta con suavidad y lo miré a los ojos.

—Sí, pero no puedo contarte los detalles. No me corresponde a mí.

Él no frunció el ceño, no me exigió nada. Solo asintió y besó mi frente con un gesto lento, sincero.

—No necesito saberlo todo, Noelia. Solo quiero saber que estás bien. Y que ella está mejor.

—Lo está. Mucho mejor.

Nos quedamos en silencio, frente a frente, con el calor del curry subiendo desde la olla y la promesa del vino respirando en la mesa.

—Hoy ha sido uno de esos días —dije finalmente, mientras servía las copas—. De los que te vacían, pero también te limpian.

Alexander me observó con ese modo suyo de mirar que a veces se sentía como una confesión muda.

—Te admiro, ¿sabes? —dijo en voz baja— Cómo te enfrentas al mundo. Cómo no te rindes. Incluso cuando lo más fácil sería darte la vuelta.

—No siempre soy tan valiente como parezco.

—A lo mejor no. Pero yo veo a la mujer que se va al juzgado con los ojos de leona y vuelve con el cansancio de haber peleado por alguien más. Esa, Noelia, es la versión que más me gusta.

Me senté en el sofá, con la copa en la mano, y lo invité a hacer lo mismo con un gesto. Se sentó a mi lado. Estábamos cerca. Muy cerca.

—¿Y tú? —pregunté— ¿Cómo ha ido tu día?

—Relativamente aburrido. Me he pasado la mañana resolviendo papeleos de la gala. Valentino destrozó una planta. Tuvo que ver con una paloma. No quiero entrar en detalles. Fue traumático.

Me reí, y él me besó la mejilla como si ese gesto ya fuera habitual.

—Por cierto —añadió, ladeando la cabeza—. Julieta me llamó esta tarde. Solo para decirme que estaba bien. Muy feliz. Sonaba distinta. Fuerte.

—Lo está. Más de lo que imaginas.

—Entonces, supongo que tengo que darte las gracias —dijo—. Por lo que sea que hayas hecho por ella. Aunque no pueda saberlo todavía.

—No tienes que agradecerme nada, Alexander. Ella solo necesitaba que alguien creyera en ella. Y tú ya hacías eso desde antes.

Nos miramos en silencio unos segundos, y entonces, algo se deslizó en el aire. No fue una palabra ni un gesto. Fue una certeza. Una conexión que no requería etiquetas.

—¿Nos estamos convirtiendo en algo? —preguntó de pronto, como quien lanzaba una piedra al agua para ver cuántos círculos provocaba.

—¿“Convirtiendo”? —repetí con una leve sonrisa.

—Ya sabes. Tú. Yo. Esto. Lo que sea que estamos haciendo.

—Estamos compartiendo vino después de un día infernal. Y eso ya es bastante.

—¿Y mañana?

—Mañana… probablemente también.

Se acercó un poco más y me acarició despacio. Su pulgar recorrió mi mejilla, y su mirada se volvió seria, intensa, como si temiera arruinar algo con solo un mal movimiento.

—No sé cuándo empezó, Noelia. Pero lo siento. Lo que pasa contigo… es distinto.

—Lo sé —susurré—. Yo también.

Entonces me besó. Y esta vez no fue lento ni tímido. Fue una rendición. Un reconocimiento. Una especie de trato sellado en la oscuridad del salón, bajo la luz cálida de la cocina.

Y cuando me abrazó después, mientras me recostaba contra su pecho, supe que no hacía falta ponerle nombre.

No necesitábamos definir lo que teníamos. Porque ya lo éramos.

Capítulo 32



La noche de la gala benéfica en el Teatro Imperio había llegado, y yo todavía no terminaba de creer que estuviera viviendo algo así. Había soñado muchas veces con asistir a un evento como ese: elegante, con luces suaves, música clásica de fondo, gente importante reunida por una causa que realmente valía la pena. Pero lo que nunca imaginé era que, al mirarme al espejo justo antes de salir, me sentiría tan distinta. Tan segura. Tan yo.

Llevaba puesto un vestido rojo ajustado que caía como una segunda piel sobre mis curvas, elegante y sensual a la vez. Tenía la espalda completamente al aire, dejando solo una fina cadena dorada que caía desde mi nuca hasta la parte baja de la columna como único adorno. El escote era discreto, pero el efecto general era poderoso. Mis zapatos eran negros, de tacón alto y fino, a juego con un pequeño bolso de mano del mismo color. Me había recogido el cabello en un moño implacable al estilo de los años veinte, y el maquillaje era suave, natural… salvo por mis labios, que iban del mismo rojo intenso que el vestido.

Cuando abrí la puerta del edificio, vi a Alexander esperándome junto a la limusina que nos llevaría al teatro. Y cuando me vio, se quedó quieto y

literalmente boquiabierto.

—Madre mía… —murmuró, caminando hacia mí con pasos lentos, como si no estuviera seguro de si yo era real— Estás… estás impresionante, Noelia.

Sonreí, bajando un poco la vista mientras sentía el calor subirme por las mejillas.

—Tú no te quedas atrás.

Iba vestido con un esmoquin negro impecable, con solapas de raso, camisa blanca y pajarita perfectamente anudada. Tenía ese aire de actor clásico de Hollywood, como si acabara de bajar de una limusina en la alfombra roja de los Óscar. Su porte, su forma de caminar, la seguridad que irradiaba… Me dieron ganas de lanzarme a sus brazos en ese mismo instante.

—Pareces sacado de una película —le dije—. Una de esas en blanco y negro, donde todos los hombres son galantes y peligrosamente atractivos.

Alexander sonrió, divertido, y me ofreció su brazo.

—Y tú pareces la protagonista. La que lo cambia todo.

Subimos al coche y durante el trayecto fuimos comentando lo que esperábamos encontrar.

Afuera, los alrededores del Teatro Imperio estaban llenos de invitados que iban llegando poco a poco, todos con sus mejores galas. El edificio, iluminado con luces tenues y doradas, parecía aún más majestuoso de lo habitual. Las escaleras de mármol blanco conducían a las puertas principales, flanqueadas por alfombras rojas y personal de protocolo.

En cuanto bajamos del coche, una nube de fotógrafos nos recibió. Yo me mantuve pegada al brazo de Alexander, que saludó con amabilidad a varios conocidos. Reconocí enseguida a mi hermano Tomás, que estaba en la entrada acompañado de Aitana. Ambos se veían espectaculares, él con un traje azul marino y ella con un vestido largo verde esmeralda que le realzaba el tono de piel.

—¡Hermana! —me dijo Tomás al verme— ¡Estás increíble!

Nos abrazamos. Aitana me saludó también con una sonrisa cálida y sincera. Y entonces, justo al lado de Alexander, apareció una figura muy particular, una que conocía bien. Valentino, ese demonio en el cuerpo de un perro salchicha con un pequeño esmoquin negro, camisa blanca diminuta y una pajarita roja brillante que contrastaba con su pelaje.

—¡Valentino! —dije entre risas, agachándome para saludarlo.

Me observó con esa cara suya tan característica de juez implacable. Levantó el hocico con superioridad y luego, como si aceptara mi presencia solo por educación, me dejó acariciarlo.

—No me puedo creer que le hayas puesto pajarita —le dije a Alexander.

—La escogió Julieta —respondió él, señalando a su prima que se acercaba en ese momento.

Julieta nos abrazó a ambos y luego saludó a Tomás y a Aitana cuando se los presenté con una familiaridad encantadora. Llevaba un vestido azul oscuro que le daba un aire sofisticado y moderno, y una sonrisa radiante.

—Ahora entiendo lo de la pajarita roja —dijo Alexander mirando a Julieta, y después a mi vestido.

—Espera, ¿le has puesto la pajarita roja para que vaya a juego conmigo? —le pregunté a ella, con la ceja arqueada.

—Por supuesto, eres la chica de los dos —contestó mientras señalaba a Alexander y a Valentino.

—Y yo que pensaba que su rojo era porque había salido del infierno —volteé los ojos.

—Así que este es tu perro kármico, pero si es super simpático —dijo Aitana, que se había agachado para saludarle, y el muy canalla se dejaba acariciar con una cara de satisfacción que era impresionante.

—Parece que conmigo no lo es —protesté.

—Tranquila, que cuando menos lo esperes, se hará tu mejor amigo y no te dejará sola.

—Buenas noches. —Me giré al escuchar la voz de Pablo, nuestro pasante en el bufete.

—Pablo, me alegro de que hayas podido venir —sonreí y me acerqué para darle un beso—. Ven, que te presento. Él es Alexander Montenegro, organizador de la gala. Y ella, su prima Julieta, está soltera.

—¡Noelia! —dijo la aludida, con las mejillas rojas como dos tomates.

—Encantado, señor Montenegro. —Pablo le estrechó la mano a Alexander.

—Igualmente, pero llámame Alexander, por favor.

—Claro.

—Y a mí, Julieta, nada de señorita Montenegro —le advirtió ella, y Pablo sonrió mientras la observaba.

—Vale.

—Hermana, esto os ha quedado perfecto —me dijo Tomás, que no quitaba el brazo de alrededor de la cintura de Aitana en ningún momento,

como si de ese modo le dijera a todo el mundo que era su chica y de nadie más.

—Sí, la verdad es que cuando lo planeábamos, no me imaginaba que fuera a verse así.

—¿Quién quiere una copa de vino? —preguntó Julieta.

Antes de que pudiera responder, una pareja mayor se acercó. Ella, con un vestido de encaje color perla y el cabello canoso recogido con elegancia. Él, con un aire relajado pero impecable, llevaba una flor blanca en la solapa. Alexander los miró con una mezcla de orgullo y ternura.

—Noelia, quiero que conozcas a mis padres. Emilio y Teresa.

—¡Oh! —dije enseguida— Es un placer conocerlos. Me alegra mucho que estén aquí.

Teresa me abrazó con calidez.

—Alexander nos ha hablado tanto de ti que siento que ya te conozco —dijo—. Y no te preocupes por Valentino. Ya sé que te ha hecho mil travesuras, pero en el fondo es un buen perro. Solo necesita confiar. Es muy protector con nuestro hijo, ¿sabes?

—Lo he notado —reí, dedicándole una mirada a Valentino, que ahora se encontraba junto a dos niños que parecían encantados con él.

Sergio y Sofía, me enteré después, se llamaban los mellizos. Tenían cinco años, unos ojos enormes y brillantes como estrellas, y unas sonrisas que desarmaban a cualquiera. Habían llegado con otros niños del orfanato Santa Catalina y eran los que más energía tenían de todos. Valentino no se separaba de ellos, como si los hubiera adoptado al instante.

Me acerqué a ellos durante un rato y, sin darme cuenta, me vi riendo y jugando, sentada en el suelo con Sergio sobre una pierna y Sofía peinándome con los dedos como si estuviera en una peluquería imaginaria.

—Tienes el pelo suave —me dijo ella.

—Gracias, preciosa. Tú tienes unas trenzas perfectas.

Sergio me abrazó sin decir nada, y yo sentí un nudo en la garganta. Esos niños… eran puro amor. Pura luz.

Volví a mirar hacia donde estaba Alexander. Estaba hablando con un par de clientes del bufete de mi hermano, gesticulando con esa seguridad suya tan característica. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó un ojo y yo sonreí, sin poder evitarlo.

Después de unos aperitivos exquisitos servidos en bandejas plateadas, la gala avanzó hasta el momento que nos había traído aquí. Un atril de madera clara había sido colocado en el centro del escenario del teatro, que se encontraba decorado con cortinas rojas y un fondo de luces tenues. La orquesta había dejado de tocar, y todos esperaban expectantes.

Alexander subió al escenario. Yo lo miraba desde mi asiento, con el corazón latiendo más rápido de lo habitual. Cogió el micrófono con calma, respiró hondo y comenzó a hablar.

—Buenas noches a todos. Gracias, de corazón, por estar aquí.

Hubo un breve aplauso tras sus palabras.

—Esta gala benéfica no es solo un evento elegante. Es un puente. Un vínculo entre lo que somos y lo que podemos llegar a ser cuando decidimos tender la mano. Mi familia está profundamente ligada al orfanato Santa Catalina. No solo porque hemos apoyado su labor durante años, sino porque mi padre… —hizo una pausa, y miró hacia la primera fila, donde Emilio le sonreía con los ojos húmedos— creció allí. En ese lugar.

La sala se llenó de murmullos suaves, miré a Alexander con el corazón en un puño y le vi coger aire de nuevo antes de retomar su discurso.

—Fue en Santa Catalina donde recibió la primera educación. Donde soñó por primera vez con ser alguien. Donde creyó que podía lograrlo. Con esfuerzo, con ayuda. Gracias a eso, se convirtió en el hombre que siempre quiso ser. Y cuando lo consiguió, lo primero que hizo fue devolver esa ayuda.

Teresa, su madre, se limpió las lágrimas con un pañuelo. Julieta, a su lado, también tenía los ojos vidriosos.

—Él organizó estas galas durante años. Yo solo he tomado el testigo, y espero que, algún día, mis hijos hagan lo mismo —añadió, mirando por un segundo en mi dirección, como si sus palabras también fueran para mí.

El público aplaudió con fuerza y Alexander levantó una mano para continuar.

—Hoy, gracias a vuestras generosas donaciones en estas primeras horas, hemos alcanzado una cantidad récord. Se han recaudado más de trescientos mil euros, que se destinarán íntegramente a la educación de los niños del orfanato, a becas, material, formación, psicólogos, mentores. Porque no se trata solo de que vivan. Se trata de que tengan un futuro.

El aplauso fue aún más sonoro. En ese momento, algunos de los niños que estaban en representación del orfanato, incluidos Sergio y Sofía, subieron al escenario cogidos de la mano. Uno de ellos se acercó al micrófono y dijo con voz temblorosa:

—Gracias por ayudarnos. De verdad.

—¡Gracias! —repitieron los demás niños a coro, con una sincronía entrañable.

El público se puso en pie. Yo también. Y lloraba. No me avergonzaba decirlo ni mostrarlo. Aquello era real, necesario, profundo.

Alexander bajó del escenario y se acercó a mí. Yo lo miré, emocionada, y no dije nada. Solo lo abracé. Y luego lo besé. Frente a todos. Frente a las

cámaras, a mi hermano, a sus padres y su prima, a los invitados. No me importó. Porque en ese momento no podía hacer otra cosa. No quería.

Justo después, un periodista se acercó.

—Señor Montenegro, ¿podríamos hacer una foto? ¿Y tal vez una breve entrevista?

Alexander me miró, luego asintió con cortesía y se apartó unos pasos para atenderlo.

Me quedé con Julieta, que me cogió de la mano.

—Está feliz contigo, ¿sabes?

—¿Sí?

—Sí. Desde que te ve… sonríe más. Hacía mucho que no lo veía así. Al menos no con alguien que no fuera Valentino.

Ambas reímos.

—No te contaré mucho —añadió ella, mirándome con complicidad—, pero Alexander sufrió bastante. Tuvo una relación tormentosa. Acabó hace un par de años. Y le dejó marcas. Muchas. Durante un tiempo pensé que no volvería a abrirse a nadie.

La miré, sorprendida. No sabía nada de eso. Me dolió imaginarlo herido.

Alexander regresó en ese momento, se colocó tras de mí y me rodeó con los brazos por la cintura, apoyando la barbilla en mi hombro.

Yo lo miré. Y pensé, mientras sentía su calor contra mi espalda, que odiaba a su perro, sí. Pero a él… a él lo amaba con todo lo que era.

Capítulo 33



Después del discurso, el ambiente de la gala cambió ligeramente. La emoción seguía flotando en el aire, pero ya no era solemne; era cálida, expansiva, casi festiva. Los invitados se repartieron entre las mesas vestidas de blanco y plata, donde empezaba a servirse la cena. Las luces del teatro se habían suavizado aún más, creando un ambiente acogedor, íntimo. La orquesta volvió a tocar, esta vez algo más alegre y suave, como una caricia de fondo.

Alexander y yo caminamos entre los invitados. Todos querían saludarle, felicitarle por el discurso, por la organización, por el éxito de la gala. Y él, con esa elegancia tan suya, lo recibía todo con una sonrisa amable, sin perder de vista ni un segundo mi mano entrelazada con la suya.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó al oído.

—Solo si tú también —le respondí.

Nos sentamos en una mesa cercana al escenario, donde también estaban Tomás, Aitana, Julieta, Pablo y los padres de Alexander. Valentino estaba

justo debajo de la silla de Alexander, medio dormido pero atento a cualquier migaja traicionera que pudiera caer de los platos.

El menú era exquisito. Empezamos con un tartar de atún con aguacate, luego vino un solomillo con reducción de vino tinto y, de postre, una mousse de chocolate con frambuesas frescas. Aitana y Julieta hablaban animadamente sobre la decoración del teatro, mientras Tomás discutía con Emilio sobre la pesca con caña y los mejores cebos para atunes, algo que ninguno de los dos parecía tomarse con demasiada seriedad.

Yo, en cambio, no podía dejar de mirar a Alexander. Incluso en momentos de calma, cuando no hablaba ni se movía, tenía una presencia que llenaba el espacio. No era solo atractivo. Era magnético.

En un momento de la cena, Teresa me cogió la mano por debajo de la mesa.

—Quiero decirte algo, Noelia —me dijo con dulzura—. Mi hijo ha pasado por cosas difíciles. A veces no lo dice. Ni siquiera a nosotros. Pero desde que está contigo… ha vuelto a ser él. El Alexander de siempre.

Me emocioné al escucharla y le apreté la mano con cariño.

—Gracias —le dije—. Por decírmelo y… por acogerme así.

—Valentino aún necesita tiempo —añadió en voz baja, y ambas reímos.

Al terminar de comer, algunos invitados empezaron a levantarse. La pista del teatro, improvisada como zona de baile, ya tenía a varias parejas moviéndose con gracia al ritmo de la música. Alexander me miró.

—¿Bailas?

—¿Contigo? Siempre.

Me llevó de la mano hasta el centro. Me rodeó con los brazos y empezamos a movernos despacio, balanceándonos como si el mundo se hubiera reducido a la música y nuestros pasos. Sentía su mano firme en mi cintura, el roce de su mejilla contra la mía y su respiración acompasada con la mía.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos? —me preguntó de repente, en voz muy baja.

—¿Ahora?

—Sí. Lo pensé cuando miraba a esos niños en el escenario. Sergio y Sofía… me recordaron algo. Algo que quiero para mi vida. Para nosotros.

Me quedé en silencio unos segundos, sorprendida pero emocionada.

—Sí, lo he pensado —confesé—. No últimamente, pero sí. Y si algún día pasa… me gustaría que fuera contigo —confesé, sin saber muy bien por qué.

Alexander no respondió con palabras. Me besó. Otra vez. En medio de la pista. Como si todo el teatro hubiera desaparecido en ese momento. Como si fuéramos solo él y yo.

La música cambió y alguien anunció una subasta silenciosa para seguir recaudando fondos. Las obras de arte donadas por varios artistas locales estaban expuestas en el vestíbulo, junto a esculturas, fotografías y algunos objetos únicos. Alexander me llevó a verlas. Julieta se unió a nosotros.

—¿Tienes alguna favorita? —me preguntó ella.

—La foto en blanco y negro del niño con el globo rojo —le dije—. Hay algo en su mirada que me atraviesa.

—Yo doné esa —dijo Alexander, sin mirar la foto—. La hizo mi padre cuando era joven. Ese niño… era él.

Me giré, asombrada.

—¿En serio?

—Sí. Esa foto estaba colgada en casa cuando era pequeño. Siempre pensé que decía más de lo que mostraba.

La subasta fue todo un éxito. Alexander pujó discretamente por una escultura moderna que a su madre le había gustado. Emilio, en cambio,

parecía más interesado en las botellas de vino de edición limitada. Todos participaban, todos reían, todos compartían.

Y en medio de todo eso, Sergio y Sofía volvieron a buscarme y me acabé sentando con ellos en uno de los escalones del vestíbulo. Me contaron que les encantaban las estrellas, que querían ser astronautas, que en el orfanato tenían una profesora de música "muy gruñona", pero que los dejaba tocar la pandereta si se portaban bien.

Y fue entonces cuando la pequeña Sofía me miró con atención.

—¿Tú vas a ser la novia de Alexander para siempre? —preguntó con esa curiosidad propia de la inocencia de un niño.

—Eso espero —le dije, riendo.

—Porque le haces feliz. Él te mira como los príncipes de los cuentos.

Me tragué las lágrimas como pude, pero luego vino Sergio con su frase matadora.

—¿Y si tenéis otro perro, lo vais a llamar como yo?

Valentino, desde una esquina, lanzó un ladrido ofendido.

—Valentino opina que no —dije, y los tres nos reímos.

Poco después, llegó el momento de los agradecimientos formales. Teresa subió al escenario para agradecer a todos los voluntarios y patrocinadores. Julieta también habló, breve pero conmovedora. Alexander ya no subió, pero cuando la gala llegó a su fin y la gente empezó a despedirse, decenas de personas se acercaron a él.

Aquella gala sin duda había sido un éxito, y la cantidad recaudada llegó a los quinientos mil euros, con lo que el orfanato podría acondicionar una sala más amplia para estudio de los niños, así como una sala de juegos renovada que pedían los más pequeños.

Sergio y Sofía no se fueron del teatro sin antes despedirse de mí con un abrazo de oso, como él decía, y un beso. Esos niños eran un amor, y estaba segura de que quien decidiera adoptarlos recibiría un amor inmenso por parte de ambos.

Nos despedimos de los padres de Alexander y de Julieta, y su madre me dijo que estaba invitada a comer con ellos cuando quisiera. Alexander sonrió y me rodeó con el brazo por la cintura, dándome un leve apretón como diciendo que era su modo de darme la bienvenida a la familia.

Quedé con mi hermano en vernos el lunes en el bufete, al igual que con Aitana y Pablo; subimos al coche de Alexander llevando a Valentino con nosotros. Ilusa de mí, pensé que me llevaría a mi casa, pero estaba claro que Alexander tenía otros planes.

Cuando llegamos a su casa, el reloj marcaba las dos y media de la madrugada. El coche se detuvo frente a la entrada y, por un momento,

ninguno de los dos se movió. El silencio era cómodo. Cómplice. Alexander giró la llave y el motor se apagó. Fuera, la brisa nocturna soplaba con suavidad, y el mar, apenas a unos metros, parecía respirar con nosotros.

Valentino dormía en el asiento trasero, agotado después de tanta atención, niños y sobornos en forma de canapés. Me giré para mirarlo, y por primera vez en días, sentí algo parecido a ternura al observarlo tan pequeño, con el esmoquin arrugado y la pajarita torcida, como si también hubiera vivido una historia de amor esa noche.

Alexander me cogió la mano y le miré.

—¿Quieres entrar o prefieres que nos quedemos aquí, escuchando el mar?

—Quiero entrar —le dije, aunque una parte de mí también quería detener el tiempo ahí mismo.

La casa estaba en penumbra, iluminada solo por la luz tenue de las lámparas automáticas del pasillo. Valentino se arrastró hasta su cama sin mirar atrás, con una dignidad que solo un perro en miniatura podía tener tras una noche tan larga.

Yo me quité los zapatos nada más cruzar el umbral del salón y suspiré de alivio.

—Por favor, que me arranquen los pies si alguna vez decido volver a ponerme tacones de doce centímetros.

Alexander soltó una carcajada baja, desabrochándose la pajarita y luego los primeros botones de la camisa.

—Has estado preciosa toda la noche, Noelia. No podía dejar de mirarte.

—Lo sé —respondí, girándome hacia él—. Sentía tus ojos quemándome la espalda durante la cena.

Me acerqué y le quité la chaqueta del esmoquin con lentitud, como si cada movimiento tuviera su propio peso. Él me miraba, inmóvil, con los labios entreabiertos. No necesitábamos ir con prisa. Esta noche no.

—Te vi ahí arriba, dando ese discurso… y juro que me enamoré de ti otra vez —le susurré—. No por lo que dijiste. Sino por cómo lo dijiste. Por lo que significaba para ti.

Alexander deslizó los dedos por mis brazos desnudos, bajando desde los hombros hasta las muñecas. Me estremecí. Luego me atrajo hacia él.

—Tú estabas en cada palabra que dije. En cada momento de esta noche.

Sus labios rozaron los míos, apenas una caricia al principio, un roce lento, como una promesa que no necesitaba ser dicha. Su mano se deslizó por mi espalda desnuda, siguiendo el recorrido de la cadena dorada que llevaba, hasta detenerse en la curva de mi cintura. Entonces me besó, de verdad. Un beso firme, lento, profundo. Un beso que no necesitaba testigos.

Y caminamos hasta el dormitorio. Las luces se mantuvieron apagadas, iluminados solo por la claridad que entraba por los ventanales con la luz de la luna llena. Parecía una escena escrita para nosotros. Un momento robado al tiempo.

Me ayudó a desabrochar el vestido, con cuidado. Lo dejó caer al suelo, como si fuera sagrado. Yo deslicé su camisa fuera de sus hombros y la dejé a un lado, explorando con las yemas de los dedos su piel, la fuerza de su cuerpo, la historia que había en cada cicatriz invisible.

Y volvimos a besarnos mientras nuestras manos recorrían el cuerpo del otro, mientras los suspiros y leves jadeos se mezclaban en el silencio que nos envolvía.

Alexander me cogió en brazos y me llevó a la cama, donde me recostó acomodándose entre mis piernas. Siguió besando cada rincón de piel que encontraba hasta que llegó a mi entrepierna, ese lugar que notaba palpitando a la espera de lo que iba a ocurrir.

Y vaya si ocurrió.

Alexander comenzó a lamer despacio, deslizando la lengua entre mis labios vaginales sin ninguna prisa, como si quisiera saborear cada rincón de esa parte de mi cuerpo. Lamió y me mordió el clítoris, me penetró con la lengua y también con los dedos, y me llevó a un orgasmo con el que sentí que todo mi cuerpo se estremecía por completo.

Cuando acabé jadeando, le vi moverse sobre mí como un felino, despacio y mirándome como si quisiera comerme. Se levantó y me quedé observando cómo se desabrochaba el cinturón, después el pantalón, y los bajaba junto con los bóxers para quedarse completamente desnudo ante mí.

Me mordí el labio al verle, al ser consciente de que ese hombre, ese espécimen creado para el pecado y el placer, era mío esta noche, y todas las que siguieran después. Porque no habíamos dicho nada al respecto, pero con nuestras miradas y nuestros gestos, sabía que entre nosotros esto no quedaría en una simple aventura de verano.

Alexander se inclinó para besarme y sentí su miembro deslizándose despacio por mi clítoris, tentándome, provocándome, hasta que finalmente me penetró.

Nos fundimos en la cama como si todo lo que habíamos vivido esa noche hubiera sido solo el preludio. Como si no bastara con besarnos o tocarnos; necesitábamos sentirnos completos, de verdad. Respirábamos el uno en el otro, con los cuerpos enredados, como si no existiera otro mundo fuera de ese instante.

Hubo palabras susurradas, promesas sin forma. Risas suaves. Miradas largas. Un “te quiero” que se escapó de mis labios sin miedo, sin contención, porque era verdad. Porque estaba ahí desde hacía tiempo, esperando a que la noche perfecta lo hiciera brotar.

Alexander lo repitió, bajito, pegado a mi oído.

—Yo también te quiero, Noelia. Desde que llegaste, todo cambió.

Cuando el deseo se calmó y nuestras respiraciones empezaron a acompasarse, me acurruqué sobre su pecho, dejando que sus dedos jugaran con mi cabello deshecho, aún oliendo a perfume y a mar.

—¿Y si esto es solo el principio? —le dije, en voz baja.

—Entonces me gustaría escribir cada página contigo.

Y al escuchar su respuesta, sonreí contra su piel. El mundo fuera podía ser caótico, impredecible, incluso duro. Pero allí, en esa cama, bajo esa luna, entre sus brazos, yo era invencible.

No sabría decir cuánto tardé en dormirme, pero sabía que lo hice sonriendo.

Y que fue la primera noche en mucho tiempo en la que soñé con un futuro con Alexander, y no me daba miedo.

Capítulo 34



Desperté con el sol acariciando mi rostro a través de las cortinas medio abiertas. Parpadeé un par de veces antes de reconocer dónde estaba. El aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mezclado con algo dulce… ¿Canela, tal vez? Me estiré bajo las sábanas, sintiendo todavía el calor de la noche anterior sobre la piel, y sonreí.

Alexander no estaba en la cama. Su lado seguía algo caliente.

Me senté lentamente, con el cuerpo relajado y la mente aún flotando entre sueños. Llevaba puesta su camiseta, una de esas de algodón suave y un poco ancha, que olía a él. A café, a ropa limpia y a algo más que no sabía nombrar, pero que me hacía sentir en casa.

—Buenos días —oí su voz desde el pasillo.

Me giré y ahí estaba, con el pelo revuelto, descalzo y sonriendo como si no existiera un lugar mejor en el mundo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Pensé en dejarte dormir, pero Valentino tenía otros planes.

Justo entonces, apareció el susodicho por la puerta, con un trozo de papel en la boca. Lo miré mejor. No era cualquier papel. Era uno de los programas de la gala. El perro lo arrastraba como si se tratara de un trofeo.

—¡Valentino! ¡Suelta eso ahora mismo!

El perro me lanzó una mirada altiva, dio media vuelta y salió trotando por el pasillo como si hubiera ganado una batalla.

—Juro que ese perro tiene una personalidad que da miedo —dije, saliendo de la cama.

Alexander se rio, me ofreció su mano y me llevó hasta la cocina.

Allí, la mesa estaba puesta con mimo. Tostadas crujientes, croissants, café humeante, zumo de naranja recién exprimido. También había una pequeña bandeja con fresas, plátano cortado y yogur. Y todo dispuesto como si estuviéramos en un hotel de lo más lujoso.

—¿Esto es para mí? —pregunté en un susurro.

—Claro —me miró como si la pregunta fuera absurda—. Anoche hiciste historia con ese beso en medio del teatro. Lo menos que puedo hacer es

mimarte por la mañana.

—¿Y qué hiciste tú, aparte de emocionarnos a todos y recaudar más dinero del que he visto junto en mi vida?

Alexander se encogió de hombros, divertido.

—Solo hablé desde el corazón.

Nos sentamos uno frente al otro, en la barra de la cocina. Yo con las piernas cruzadas sobre la banqueta, aún descalza. Él con la taza de café entre las manos, mirándome como si el día, que solo estaba comenzando, ya fuera perfecto.

—Tus padres son adorables —le dije—. Tu madre me dijo cosas muy bonitas. Y tu padre… bueno, ya me ofreció enseñarme a pescar.

—¿Y aceptaste?

—Le dije que, si no tengo que tocar lombrices, podría considerarlo.

Reímos los dos. Fue una risa ligera, sincera, la clase de risa que solo se daba entre personas que estaban empezando a construir algo real.

En ese momento, Valentino regresó. Traía algo más en la boca. Algo que parecía… ¿Mi sujetador?

—¡Valentino! —grité, poniéndome en pie— ¡Devuélveme eso ahora mismo, maldito saboteador en miniatura!

Alexander casi se cae de la risa mientras el perro salchicha corría por el salón como si acabara de atrapar el santo grial. Me lancé detrás de él, pero fue inútil. Se escabulló como un rayo detrás del sofá.

—¡Alexander! ¡No te rías, y ayúdame!

Él se levantó con una calma teatral, me cogió por la cintura y me susurró al oído:

—Déjalo. Ya encontraremos otra excusa para que tengas que quedarte a dormir otra noche más.

Me di la vuelta y le di un pequeño golpe en el pecho, pero no pude evitar sonreír.

—No voy a perder una guerra de ropa interior con tu perro.

—Entonces será una batalla larga. Él nunca pierde.

Volvimos a sentarnos, mientras Valentino escondía su botín bajo una manta, y Alexander sirvió más café.

—¿Te imaginas esto cada mañana? —me preguntó, con una voz suave— Despertar juntos, desayunar aquí, reírnos por alguna tontería que haga el

perro.

—Sí —respondí sin pensar—. Me lo imagino.

Hubo un silencio breve, cargado de entendimiento. No era una promesa, ni una petición. Solo una posibilidad dicha en voz alta. Pero una que me gustaba más de lo que quería admitir.

—¿Quieres quedarte? Podemos pasar el día tranquilos. Sin tacones, sin discursos, sin fotos.

—¿Incluye sofá, películas y palomitas?

—Incluye manta, sofá, películas y la posibilidad de elegir tú la primera sin debate.

—Acepto con mucho gusto.

Después de recoger un poco la cocina y rescatar discretamente mi sujetador de debajo del cojín, pasamos al salón. Alexander preparó café extra y trajo una manta enorme. Nos tiramos en el sofá como adolescentes de fin de semana, con Valentino roncando a nuestros pies.

Y mientras en la televisión empezaba una vieja comedia romántica, yo apoyé la cabeza en su pecho y pensé que, a pesar de todas las dudas que había tenido, de todos los miedos, de todas las diferencias entre nosotros, yo

con mi carrera ordenada y él con su perro desquiciado y su corazón generoso, lo que sentía ahí, tumbada a su lado, era algo muy simple: paz.

Paz. Risa. Amor. Y quizás, solo quizás, un poco de locura compartida.

Tras la película, pedimos comida en un restaurante cercano, comimos en el sofá y tomamos café mientras veíamos otra película.

Valentino resopló en sueños. Yo cerré los ojos. Y el mundo, por unas horas, fue perfecto.

La tarde fue cayendo poco a poco, como si el cielo no tuviera ninguna prisa en despedirse del día. La luz dorada del sol atravesaba las ventanas y lo envolvía todo con un tono cálido, casi irreal. Desde el sofá, todavía acurrucados bajo la manta y con los restos de las palomitas a un lado, Alexander me miró con una sonrisa ladeada.

—¿Te apetece salir a caminar un rato? Antes de que anochezca del todo.

—¿Playa?

—Playa.

—¿Valentino viene?

—Está obligado. Firmó un contrato.

Valentino, como si nos entendiera perfectamente, abrió un ojo y nos miró con fastidio, como si le estuviéramos interrumpiendo una reunión de negocios muy seria con sus sueños. Pero cuando Alexander se levantó y fue a buscar su correa, el pequeño traidor se levantó de un salto y corrió hasta la puerta como si le debiéramos una excursión.

Me puse una sudadera de Alexander encima de la camiseta, unas bermudas suyas que me quedaban grandes, y me recogí el pelo en una coleta alta. Él llevaba un jersey gris claro, el pelo aún revuelto, y esos vaqueros que le quedaban tan bien que me hacían perder el hilo de cualquier pensamiento lógico.

Salimos por el sendero trasero de la casa, ese que llevaba directo a la playa privada. No había nadie más allí. Solo nosotros, el mar y la arena que crujía bajo nuestros pasos.

Caminamos en silencio durante un rato, con Valentino corriendo en círculos alrededor, ladrando de vez en cuando al viento o a algún pensamiento canino invisible. A lo lejos, una gaviota solitaria planeaba sobre el agua, y las olas rompían en la orilla con suavidad, como si quisieran respetar también nuestra tranquilidad.

—¿Sabes qué pensé cuando te vi anoche por primera vez con ese vestido rojo? —me preguntó Alexander, deteniéndose a unos metros del agua.

—¿Qué pensaste?

—Que eras demasiado. Demasiado perfecta, demasiado guapa, demasiado fuerte. Y que, si no te tenía cerca esa noche, me iba a pasar el resto del evento mirando cómo otros te miraban.

—¿Y no te pasó igual con tu esmoquin? —bromeé, dándole un leve codazo— Parecías sacado de un póster de cine.

—¿Lo dices porque tengo cara de tipo trágico que se enamora de una mujer inalcanzable?

—Lo digo porque me enamoré un poco más cuando te vi allí, esperándome como si el mundo se hubiera detenido solo para que yo apareciera.

Nos miramos en silencio. El viento jugaba con mi cabello suelto y Alexander lo apartó con los dedos, deteniéndose un segundo en mi mejilla. No hubo beso inmediato. Solo miradas. Como si estuviéramos leyéndonos el alma.

—¿Te has preguntado alguna vez si lo que estamos haciendo es real? —susurró él, casi sin voz.

—Me lo pregunté las primeras veces. Pero ya no. Lo siento. Eso es más real que cualquier certeza.

Se acercó un poco más, y esta vez sí, me besó. Despacio, con sabor a sal y a café viejo. Un beso que no necesitaba lenguaje ni promesas.

Cuando nos separamos, Valentino estaba enterrando algo con fiereza.

—¿Qué demonios hace ahora?

—A saber. —Alexander resopló, caminando hacia él—. ¡Valentino! ¡Suelta eso!

—No será otro sujetador mío, ¿verdad?

—No... —Se agachó y levantó un trozo de tela lleno de arena— Espera... ¿Es una braga?

—¡¿Qué?!

Corrí hacia él y comprobé con horror que era verdad. Valentino estaba enterrando mis bragas de encaje rojas que evidentemente había robado de la habitación, y por eso no las encontré cuando me duché antes de vestirme.

—¡Valentino, tú eres el demonio en cuerpo de perro! —grité, mientras que Alexander no podía parar de reír.

—Lo juro, Noelia, nunca había hecho algo así.

—Ah, ¿no? ¿Y la vez que se comió la punta de mi zapato? ¿O cuando me robó el pintalabios y lo mordió hasta que pareció un asesinato en miniatura?

—Bueno, eso fue arte abstracto.

Le lancé una mirada asesina mientras sacudía la prenda llena de arena.

—Esto es una declaración de guerra, Alexander. Una guerra formal. Ya puedes ir eligiendo bando.

—¿Tengo opción?

—No. Te vienes conmigo.

—Entonces... que empiece la guerra.

Me besó otra vez, riendo contra mis labios, mientras Valentino ladraba como si celebrara su victoria.

El sol ya se estaba escondiendo, y el cielo ardía en tonos naranjas, rosados y violetas. Caminamos un poco más, en silencio, riéndonos cada poco con las ocurrencias de ese demonio de patas cortas, con la brisa fresca en el rostro y la certeza, sin necesidad de decirlo, de que algo dentro de nosotros ya había cambiado para siempre.

Y cuando volvimos a casa, cogidos de la mano y con el perro enemigo trotando delante, supe que ese capítulo de mi vida solo estaba comenzando.

Pero desde luego que prometía ser inolvidable.

Capítulo 35



Nunca me habían gustado los lunes. No porque me costara volver a la rutina, sino porque los lunes siempre me parecían como una promesa que nadie estaba dispuesto a cumplir. Las calles sonaban diferentes, la gente caminaba más rápido y las conversaciones en los cafés tenían más café que palabras.

Ese lunes en particular, sin embargo, no empezó con el sabor amargo de la semana laboral, sino con el aroma a salsa de tomate casera, cebolla caramelizada y pan recién horneado. Mi madre, como cada primer lunes del mes, había insistido en que fuera a comer a casa. Y no había argumento, por muy sólido o jurídico que fuese, que pudiera vencer su tenacidad.

—Trae apetito —me había dicho por teléfono—. Y trae algo para contar, que últimamente estás muy callada.

Cuando llegué, ella ya tenía la mesa puesta y el mantel a rayas blancas y verdes extendido sobre la madera como una bandera familiar. El sol entraba por la ventana de la cocina y dibujaba reflejos sobre las cucharas. El ambiente era cálido, conocido, casi como un abrazo.

Mi padre leía el periódico en la terraza. Tomás no iba a venir esta vez; decía que tenía una reunión, aunque sospechaba que era una excusa.

—Te ves más guapa —me dijo ella cuando crucé la puerta—. ¿Qué es? ¿Nuevo champú? ¿Nuevo amor?

—Hola, mamá —le respondí con una sonrisa—. Es solo lunes. No empecemos con el tercer grado.

—Ya veo —dijo, con ese tono medio juguetón, medio inquisitivo que solo las madres manejaban bien—. Pero es que, Noelia, te vi en una revista ayer. En una de esas que hojeo en la peluquería. Estabas tú, en esa gala benéfica, con un vestido que ni mi prima Rosa en su boda… y a tu lado, un hombre. Alto, guapo, de traje negro. La revista decía su nombre, pero no lo recuerdo. ¿Quién es ese? ¿El famoso de las fotos?

Me senté y puse la servilleta en el regazo con una pausa medida. Sabía que esa conversación llegaría, pero no tan pronto.

—Se llama Alexander Montenegro —dije al fin—. Es el dueño de un concesionario de coches de lujo. De hecho, Tomás está pensando en comprar allí su próximo coche nuevo. Un Audi, creo. Y esa gala… bueno, le ayudé a organizarla.

—¿Y cómo lo conociste?

—A través del despacho —mentí a medias—. Ya te he dicho que tu hijo mayor quiere comprarse un coche nuevo. Además, ellos necesitaban asesoría para el evento, temas legales y logísticos. Nos entendimos bien. Colaboramos.

Mi madre no dijo nada de inmediato. Se limitó a servirme gazpacho, con la precisión de una experta. Pero su mirada decía más que cualquier cuchara en la mesa. Al fin, cuando volvió a sentarse, apoyó el codo en la mesa y se inclinó hacia mí, como quien iba a contar un secreto.

—El brillo en tu mirada, Noelia… y el de ese hombre, en esa foto… dicen que entre vosotros hay algo más que una relación cordial.

Sentí el calor subirme a las mejillas como una ola lenta. Me sonrojé, sin poder evitarlo, como si tuviera quince años y acabara de confesar que me gustaba alguien de la clase de matemáticas.

—Nos estamos viendo —admití al fin—. Desde hace algunas semanas.

Mi madre se quedó mirándome, con esa mezcla de sorpresa y triunfo. Luego sonrió, como si supiera que su intuición nunca le fallaba.

—Estoy segura —dijo, segura y suave— de que ese hombre será el último en tu vida.

Sonreí también, porque la frase venía de un lugar de cariño. Pero no lo tenía tan claro. Alexander me hacía sentir viva, escuchada, incluso segura.

Pero en mi interior había cicatrices que no cerraban tan fácilmente. Y, además, su vida y la mía se movían en órbitas que no siempre se tocaban.

—Veremos —me limité a decir.

Fue entonces cuando mi madre dejó la cuchara sobre el plato y cambió de tema con la naturalidad de una actriz que dominaba los giros de guion.

—Últimamente noto diferente a Tomás —comentó—. Hace unos días le llamé, y juro que escuché la risita de una mujer al fondo. ¿No será que está con alguna de esas chicas que no le duran más que unas pocas semanas?

—Mamá…

—Dime que no es otra de esas que no saben freír ni un huevo, pero sí saben posar para fotos en bikini.

Me eché a reír. Sabía que mi madre no era cruel, pero tenía una lengua afilada cuando se trataba de proteger a sus hijos.

—La vida privada de mi hermano le corresponde a él contarla —dije con firmeza profesional, como si estuviera en una sala de juicio.

—Ay, Noelia, por favor…

Suspiré y bajé la voz un poco, aunque estábamos solas.

—Está saliendo con Aitana.

Mi madre se quedó en silencio. Su expresión pasó del escepticismo a la sorpresa, y de ahí a una sonrisa lenta, de satisfacción.

—¿Aitana? ¿La recepcionista del bufete? —preguntó al fin, y asentí.

—Pero no le digas nada, ¿vale? Está en esa etapa en la que no quiere que lo sepa medio pueblo. Ya os contará él cuando esté listo.

Mi madre se llevó una mano al pecho y giró la cabeza hacia la terraza.

—¿Has oído, Eugenio? Los niños por fin tienen una pareja formal.

—Ya era hora —respondió mi padre sin apartar la vista del periódico—. Ahora solo falta que alguno me dé un nieto —dijo, y solté una carcajada.

—¡Papá!

—¿Qué? Solo digo que este apellido necesita herederos. Y alguien tiene que enseñarle a jugar al ajedrez.

—Yo ya te lo he dado —dije, arqueando una ceja—. Se llama Valentino.

Mi madre me miró con los ojos bien abiertos.

—¿Estás embarazada?

—¡No! —negué enseguida, levantando las manos— Valentino es el hijo de Alexander.

—¿Tiene un hijo?

—Sí. Un demonio de patas cortas y cuerpo de perro salchicha.

Mi madre se quedó en silencio un segundo. Luego soltó una carcajada tan sonora que hasta mi padre dejó el periódico.

—¡Ah! ¡El perro! ¡Claro! Ese Valentino.

—¿Y qué esperabas? ¿Un niño de cinco años con corbata?

—¡Noelia! No seas así.

Me levanté y saqué el móvil. Comencé a buscar las fotos de Valentino mientras mi madre se recomponía entre risas.

—Aquí está —le mostré la pantalla—. Esta te va a encantar.

Mi madre cogió el teléfono y empezó a deslizar con el dedo, hasta que llegó a la foto en la que Valentino estaba en la playa, enterrado en la arena hasta el cuello, con unas gafas de sol rojas y un cóctel de mentira al lado. Parecía estar disfrutando de unas vacaciones en la Riviera Maya.

—Este perro vale para ser estrella de cine —dijo ella entre carcajadas—. Míralo, parece más sofisticado que tu padre.

—¡Oye! —protestó él desde la terraza— Yo también tengo mis encantos.

—Sí, sí… —murmuró—. Pero no usas gafas rojas con ese estilo.

Nos quedamos un rato viendo las fotos. Había una de Valentino en el sofá, dormido con la panza al aire. Otra en la que Alexander le sostenía como si fuera un bebé, los dos con la misma expresión de "esto no es tan ridículo como parece". Mi madre no paraba de reír y a mí se me aflojaban los hombros con cada carcajada suya.

Después del segundo café y algunas risas más, llegó la hora de irme y me despedí de mis padres con un beso en la mejilla.

—¿Volverás la próxima semana? —preguntó mi madre, ya recogiendo platos.

—Seguro. Pero si quieres verme antes, te paso la dirección del concesionario de Alexander. A lo mejor terminas comprando tú también un coche nuevo.

—Yo con que me dejes ver más fotos de Valentino me doy por satisfecha.

Salí de casa con el corazón liviano. La luz de la tarde caía sobre los edificios, y el aire olía a leña y a jazmín.

Había días que se sentían como pausas necesarias. Como ese lunes.

Y aunque aún me esperaban carpetas por revisar, llamadas que devolver y un caso que estaba ayudando a Martina a preparar, el mismo que no pudo atender ella por estar enferma desde hacía unos días, en ese momento solo pensaba en una cosa:

En lo raro y bonito que era cuando la vida, de pronto, se sentía ligera.

Cuando cerré la puerta de casa detrás de mí, el silencio me recibió con una especie de complicidad. Ese silencio cálido que solo existía cuando sabías que el lugar al que habías vuelto era tuyo. Me quité los zapatos y dejé el bolso sobre el aparador y fui a la cocina a prepararme un té de menta, sin cafeína. Lo necesitaba más por el gesto que por la bebida.

Mientras el agua hervía, encendí la lámpara del escritorio. La carpeta del caso de Martina estaba donde la había dejado: en el centro, como un recordatorio insistente de todo lo pendiente. La abrí, dejando que las páginas respiraran el aire del lunes por la tarde, y me senté a leer.

Martina había estado enferma los últimos días. Nada grave, solo una bronquitis rebelde y el tipo de agotamiento que arrastraba a quienes llevaban meses sin parar. Por eso no había podido asistir a la gala benéfica de Alexander. Tampoco había podido revisar con profundidad la documentación de su nuevo caso: un conflicto laboral que había escalado más de lo previsto.

Una mujer despedida sin aviso formal, con sospechas de discriminación por embarazo. La típica empresa que recitaba discursos de igualdad en redes sociales mientras recortaba derechos entre pasillos. Martina me había pedido ayuda porque no quería que se le escapara ningún detalle mientras estaba en reposo.

—Solo échales un vistazo a las actas, los correos y los registros del último mes —me dijo por teléfono, con la voz ronca—. Si ves algo raro, subráyalo. Cuando esté mejor, lo retomamos juntas.

Así que ahí estaba. Con mi taza de té en una mano y el alma medio dividida entre el mundo doméstico, la risa de mi madre, las gafas rojas de Valentino... y la otra cara: la seria, la comprometida, la de la abogada que aún tenía cosas que demostrar.

Me puse a leer. Las fechas no coincidían del todo. La carta de despido tenía errores de forma. Había un correo del supervisor directo que hablaba de “interrupciones frecuentes” justo después de que la empleada informara sobre su embarazo. Un lenguaje vago, pero sugerente. Me detuve ahí, señalando con lápiz un párrafo completo.

—Esto es oro —murmuré.

Después de una hora, me levanté para estirar las piernas. Caminé hasta la ventana y me quedé mirando la calle. No había mucho movimiento, solo una pareja joven paseando con su perro Labrador color marrón que tiraba de la correa como si quisiera llegar a Marte.

Y pensé en Alexander. En su manera de escuchar. En cómo supo no preguntar más de lo que yo estaba dispuesta a decir. En su mirada cuando me abrazaba.

Entonces la frase de mi madre me vino a la cabeza. *"Ese hombre será el último en tu vida."*

¿Podía serlo? ¿Estaba preparada para eso? Aún no tenía respuestas. Pero había algo en él, en su constancia tranquila, en sus silencios generosos, en la forma en que hablaba de Julieta o jugaba con Valentino, que me hacía creer que, si algún día quería caminar con alguien hasta el final, ese alguien podría ser él.

Pero no era el momento de enredarme en emociones. Volví al escritorio y seguí revisando.

Encontré una anotación manuscrita entre los papeles: un pequeño post-it con la letra de Martina que decía “revisar fecha del informe de evaluación”. Volví atrás y ahí estaba: una evaluación firmada tres días después de la fecha en que la empleada había sido despedida. Un error tan torpe que casi parecía intencional. Sonreí con una mezcla de indignación y entusiasmo. Eso era justo lo que necesitábamos para demostrar que la empresa no había seguido los procedimientos legales.

Tomé notas. Subrayé. Escaneé los documentos clave para enviárselos a Martina con un resumen claro. A medida que escribía, sentía cómo se activaba algo dentro de mí. Esa parte que adoraba resolver rompecabezas, exponer incongruencias, proteger al vulnerable.

Había algo profundamente justo en ese trabajo. No siempre era limpio, ni rápido, ni agradecido. Pero cuando una mujer despedida injustamente podía volver a levantar la cabeza, aunque fuera un poco más alto, entonces sí, valía la pena.

Cuando terminé, ya eran las ocho de la tarde. Mi espalda crujió al estirarme y mi estómago empezó a recordarme que el almuerzo había sido hacía muchas horas. Fui hasta la cocina y calenté unas croquetas que me había dado mi madre.

Mientras comía, abrí el móvil y vi un mensaje de Alexander.

Alexander: *¿Has sobrevivido a la comida con tus padres o debo enviarte refuerzos en forma de chocolate?*

Sonreí mientras le contestaba.

Noelia: He sobrevivido. Aunque mi madre te vio en una revista y ya ha decidido que serás el último hombre de mi vida.

La respuesta llegó en segundos.

Alexander: *Entonces tengo que hablar con ella antes que contigo. Sabe más de mi destino que yo.*

Noelia: *También dijo que Valentino debería ser estrella de cine.*

Alexander: *Ah, eso ya lo sabía. Él tiene un agente. Yo solo soy su chófer.*

Me reí en voz baja y luego dejé el móvil a un lado. Me quedé un rato sentada en la penumbra, con la cocina en silencio, una copa de vino entre las manos y el corazón latiendo con una calma rara. Como si el mundo, por una vez, estuviera en sintonía conmigo.

Sabía que pronto vendrían días más duros. Que Martina necesitaría mi ayuda en cada etapa del proceso. Que Alexander y yo aún teníamos muchas preguntas sin formular.

Pero por esa noche, por ese lunes sereno, me bastaba saber que aún existían las casas que olían a salsa de tomate, los padres que hacían comentarios inoportunos, los perros disfrazados de veraneantes y los hombres que no preguntaban más de la cuenta, pero se quedaban cerca.

Y sí, para mí, eso era suficiente.

Capítulo 36



Era viernes, casi la una de la tarde, y el bufete estaba en ese estado de semicalma que precedía al fin de semana. Los teclados sonaban más despacio, las voces bajaban el tono y el aire tenía ese olor a papeles viejos, café frío y cansancio. Yo estaba en mi despacho, con el portátil abierto y una pila de documentos frente a mí, intentando recopilar información para el caso de Tomás. Ese maldito caso de herencia enredada y familiares más interesados en las propiedades que en el difunto.

Me froté los ojos; necesitaba café o milagros, y ninguno parecía a la vista. Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—¿Sí? —pregunté sin apartar la vista del monitor.

La puerta se abrió despacio y ahí estaba él. Alexander. Con esa sonrisa ladeada que siempre me hacía perder medio segundo de dignidad. Iba con su chaqueta azul marino, vaqueros claros y… su demonio en cuerpo de perro salchicha. Valentino.

—Hola —dijo, entrando como si no hubiera irrumpido en mi jornada laboral con una criatura del infierno con patas cortas—. ¿Tienes un momento?

Me levanté enseguida, sin importarme la pantalla llena de notas del caso de Tomás. Caminé hacia él, le di un beso en los labios y fruncí el ceño, todavía sin comprender qué hacía allí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—He pensado que ya casi es la hora de comer… y que podríamos ir juntos. Necesito hablar contigo.

Le miré de reojo. Esa voz suya de "no pasa nada" siempre escondía algo. Pero tenía razón: ya era casi la hora. Cerré el portátil, recogí mis papeles y se los dejé a Aitana, que pasaba por delante del despacho.

—¿Me cubres? —le dije.

—Claro. ¿Vuelves luego?

—Sí… supongo.

Salimos los tres del bufete. Valentino trotaba feliz, como si no fuera el mismo perro que me gruñía cada vez que intentaba abrazar a su dueño. Caminamos hasta un restaurante cercano con una terraza amplia y

sombreada. Allí los perros eran bienvenidos, y Valentino pudo sentarse a nuestros pies sin problema.

Pedimos una botella de vino blanco fresquito y algo rico para comer: pulpo a la brasa con puré de patata trufado y unas croquetas de jamón ibérico que se deshacían en la boca. Mientras esperábamos, le miré.

—¿Entonces? ¿De qué querías hablar?

Alexander respiró hondo, como si se estuviera preparando para una confesión.

—Tengo que salir esta tarde a Barcelona por trabajo. Algo urgente. No me puedo llevar a Valentino.

Ya empezaba a sospechar.

—¿Y tus padres?

—Se fueron ayer unos días fuera.

—¿Y tu prima Julieta?

—Curso de estética en Madrid todo el fin de semana.

Me crucé de brazos.

—Alexander...

—Necesito que te quedes con él —soltó, rápido, como si así doliera menos—. Solo este fin de semana. Te lo pido, por favor.

Me quedé mirándole, horrorizada.

—No puedo. No nos llevamos bien. Me odia. Yo le odio un poquito también. Y un fin de semana los dos solos es la receta perfecta para un desastre. Ese perro me puede provocar una catástrofe tras otra.

Él sonrió con esa mezcla de ternura y descaro que a veces me desarmaba y otras me enfadaba más.

—Solo es territorial cuando estamos los dos. Si estás tú sola, se portará bien. Confío en ti. Lo vas a hacer genial.

Suspiré y miré al animal. Valentino me devolvió la mirada con esos ojos negros y brillantes. Lo juro, me estaba retando. Como si supiera que estaba a punto de ganar una batalla silenciosa.

Pensé en decir que no. En poner límites. En huir.

—Está bien —dije finalmente—. Pero esto va a acabar mal, te lo advierto.

Alexander sonrió con alivio y me besó suavemente en los labios.

—Gracias. Te lo compensaré.

—Más te vale llevarme dos semanas a una isla desierta. Y sin él.

Nos reímos. Mientras llegaban los platos, me explicó las costumbres de Valentino: sus horas de comida, sus paseos, la manera correcta de hablarle. ¿En serio había una manera correcta de hablarle? Yo solo asentía, entre bromas y sarcasmos. Le dije que debería haberme hecho un manual de instrucciones.

—Eso haría falta —dije, riendo.

Después del café, volvimos juntos al coche. Allí me dio una bolsa con todas las cosas de Valentino: cuenco, pienso, toalla, juguetes, una mantita suave y su camita.

Antes de despedirse, Alexander me miró fijamente. Me acarició la mejilla con los dedos y su voz se volvió más suave.

—Te quiero. Y te prometo que te compensaré por esto.

—Más te vale —le respondí—. Pero no con cenas ni flores. Una isla, Alexander. Una isla sin Valentino.

Él se rio, me besó una vez más y se agachó para hablarle al perro.

—Pórtate bien con Noelia. Es mi chica, ¿vale?

Valentino le miró como diciendo que estaba completamente loco.

Nos despedimos con un beso rápido y yo regresé al bufete. Aitana me vio entrar con el perro y abrió los ojos como platos.

—No preguntes —le dije—. Pero si el lunes no aparezco, diles a todos que el perro me ha comido.

Fui a mi despacho, guardé el portátil en el maletín y recogí los papeles que me llevaría a casa. Salí con Valentino y subimos al coche. Lo puse en el asiento delantero y, para mi sorpresa, se sentó tranquilo, observando el paisaje por la ventanilla.

—Así que te calmas cuando él no está, ¿eh? —le dije.

No respondió, por supuesto, pero algo en su actitud me hizo pensar que Alexander podría tener razón.

En cuanto llegamos a casa, le quité el arnés. Valentino salió disparado, sus patas cortas moviéndose a toda velocidad mientras inspeccionaba cada rincón del piso. Yo fui a la cocina a dejar sus cosas y cuando regresé al salón, lo vi dando saltitos, moviendo la cola. Sonreía. Lo juro. El perro sonreía.

—¿Qué has hecho? —le pregunté, sospechando.

Se acurrucó en su camita, suspirando como si ya estuviera satisfecho con su maldad.

Algo no cuadraba.

Recorrí el piso. Olía raro. Y cuando entré en mi habitación, ahí estaba el regalo: una caca perfectamente depositada encima de mis zapatos de tacón. Los que estaban junto a la cómoda. Mis favoritos.

—¡Eres un demonio! ¡Estás poseído! ¡Te voy a hacer un exorcismo!

Corrí a la cocina y vi al perro durmiendo boca arriba, como si la paz mundial dependiera de él.

Le hice una foto, luego otra a la caca y se las mandé a Alexander con un mensaje.

Noelia: *Este fin de semana va a ser un infierno. Y posiblemente solo uno de los dos quede vivo.*

Él respondió con emojis de risa. Yo no me reí. Lo miré una vez más. Sí, ese perro me había declarado la guerra. Y yo no pensaba perderla.

Esa noche, el infierno empezó con un aullido.

No fue inmediato. Primero hubo una falsa sensación de tregua. Valentino se quedó dormido en su cama después del “regalo”, y yo me convencí de

que quizás había sido solo una protesta territorial. Una especie de comunicado diplomático de parte de su nación canina que decía: “Estoy aquí. Y no me caes bien.”

Pero cuando llegó la hora de la cena y le serví su pienso, cuidadosamente medido según las instrucciones de Alexander, como si estuviera alimentando a un astronauta y no a un perro salchicha, Valentino lo miró como si le estuviera ofreciendo serrín.

Se sentó. Luego me miró. Luego al cuenco. Luego a mí otra vez.

—No, no tengo foie. Esto es lo que hay —le dije.

No se movió.

Diez minutos más tarde, después de que intentara sobornarlo con un trozo de pavo del frigorífico, se dignó a comer. Claro. Porque al final, el perro no tenía hambre. Solo principios.

Después de cenar, salimos a pasear. Bajamos por la calle mayor y me pregunté si estaba soñando: caminaba a mi lado, tranquilo, sin tirar de la correa ni gruñir a las farolas, ni intentar morder a los pobres transeúntes. Hasta recibí un par de “qué mono” por parte de unos adolescentes que pasaban por la plaza. Por un segundo, me sentí una versión alternativa de mí misma: la Noelia que tenía un perro adorable y una vida equilibrada.

Pero, como todo en esta historia, la ilusión duró poco.

A las tres de la mañana, Valentino se despertó ladrando. Primero pensé que había alguien en el pasillo. Me levanté de un salto, descalza, medio dormida, con el corazón a mil, y él seguía ladrando a la puerta del dormitorio. Pero no había nadie.

Solo un reflejo en el espejo del pasillo. Un reflejo. Ni siquiera humano. Probablemente fue una luz de algún coche que pasó en ese momento.

—¿De verdad? —le dije— ¿Ladras a las tres de la mañana por esto?

Me miró, movió la cola, dio una vuelta sobre sí mismo y se volvió a su cama.

Yo no dormí el resto de la noche.

Sábado: Primer día del Apocalipsis…

Me desperté con los ojos como si hubiese llorado toda la noche, pero no: era solo el insomnio mezclado con una dosis moderada de odio canino.

A las ocho, Valentino ya estaba despierto y dando vueltas por el salón. Intenté ignorarlo. Me giré en la cama y cerré los ojos. A las ocho y cinco trajo uno de mis sujetadores a la cama. A las ocho y diez, el otro. A las ocho y cuarto apareció con uno de mis vaqueros y lo dejó estratégicamente junto al bol de agua que también tenía en la boca.

—Estás intentando dominarme, ¿verdad?

El perro me miró, echó las orejas hacia atrás y bostezó. Y sí, me levanté resignada porque sabía que no me iba a dejar dormir más.

Le preparé el desayuno, esta vez sin protestas, y salimos a la calle. En la esquina nos cruzamos con otra señora paseando a su perro, un caniche gris que parecía más bien una bola de algodón con patas. Valentino lo miró. El caniche lo miró. Hubo un momento de silencio tenso.

Y entonces, sin previo aviso, Valentino se lanzó a ladrar como un loco.

—¡Valentino! —tiré de la correa— ¡Basta!

Nada. Había entrado en trance. La señora me miró con una mezcla de miedo y condescendencia, como si yo fuera una madre primeriza que no sabía controlar a su hijo diabólico.

—No se preocupe, está... territorial —dije, sin saber si hablaba del perro o de mí.

Después del paseo, intenté trabajar un poco en el informe del caso de Tomás. Me senté en el sofá con el portátil, y en cuanto abrí el documento de Word, Valentino saltó al sofá, puso su cabeza sobre mi rodilla y empezó a emitir un leve gemido.

Le ignoré; él siguió. Le ignoré más fuerte, y el gemido se convirtió en un quejido de ballena herida.

—Pero si no necesitas nada —le dije—. Tienes comida, agua, has hecho pis, has ladrado a una nube. ¿Qué más quieres?

Saltó del sofá y se fue directo a mi alfombra. Me miró. Y empezó a rascarla.

—Ni se te ocurra.

Lo hizo igual. Me levanté y lo aparté. Él, digno como un emperador romano, volvió a su cama y me ignoró el resto de la mañana.

A la hora de comer, pedí comida a domicilio. Una hamburguesa vegana, porque el karma, claramente, me estaba pasando factura y decidí que quizá equilibrar la balanza con una elección saludable me traería algo de paz.

Mientras comía, Valentino se quedó sentado frente a mí, observándome. No pedía. No ladraba. Solo me miraba. Como si estuviera evaluándome. O tomando nota para futuros ataques psicológicos.

Por la tarde, me llamó Alexander.

—¿Cómo va todo?

—¿Quieres la versión corta o la real? —pregunté en respuesta.

—Eso suena a que va… ¿Interesante?

—Va como si me hubieras dejado una bomba de relojería vestida de perro. No he podido trabajar, dormí dos horas, y tu mascota me ha juzgado con la mirada durante toda la comida —contesté, y Alexander se echó a reír.

—Te prometo que mañana mejora.

—Más te vale estar hablando en serio, porque si no, me voy a convertir en el villano de todas las historias caninas.

Nos despedimos con un “te echo de menos” de su parte y un “sálvame de esto” de la mía, mientras yo solo quería que el sábado llegara a su fin.

Y lo hizo, con un nuevo paseo, una cena medianamente tranquila y un par de horas más de sueño que la noche anterior.

Capítulo 37



Para mi sorpresa, el domingo empezó con calma. Valentino no ladró a las seis, ni a las siete, ni siquiera a las ocho. Me desperté a las nueve con una luz cálida entrando por la ventana, y cuando me levanté, lo encontré dormido en el pasillo, sobre su espalda, con las patas abiertas como si estuviera soñando con correr.

Le preparé el desayuno con movimientos lentos, casi suaves. Él comió sin rechistar. Salimos al parque y, otra sorpresa: se comportó como un ángel. Jugó con una pelota, ignoró a otros perros, incluso dejó que un niño lo acariciara sin intentar morderlo.

—¿Dónde está el Valentino que me dejó Alexander? —pregunté en voz alta.

De algún modo, empezábamos a funcionar. Pasé la mañana trabajando y él dormía cerca. No interrumpía, no ladraba, ni siquiera roncaba. A media tarde, me senté en el sofá con una manta y una copa de vino. Valentino saltó a mi lado, se acurrucó junto a mí y suspiró. Sí. Suspiró.

Y en ese momento pensé: “Esto no es tan terrible”.

Pero claro, aún no había mirado mis zapatillas deportivas. Aparentemente, Valentino había escondido una croqueta de hacía dos días dentro de una de ellas. Pero decidí no enfadarme. Era su manera de decir “esto es mi territorio”. Y tal vez, en su lenguaje canino, eso era un gesto de paz.

Por la tarde, ya no sabía si estaba empezando a entender a Valentino o si el cansancio me había ablandado el cerebro. Lo cierto es que nos habíamos pasado el día juntos como si fuéramos una pareja de ancianos en un balneario: paseos tranquilos, comida sencilla, una siesta compartida.

Y entonces pasó lo que nunca creí posible: me reí con él.

Estábamos en el salón. Yo seguía revisando los informes de Tomás; Valentino dormía con la lengua fuera, haciendo ruiditos que parecían sueños de persecución. Me levanté para ir a por más café, y al volver me tropecé con uno de sus juguetes: un pulpo chirriante de color naranja fosforito. Caí de rodillas al suelo con un sonido que fue más que digno de grabarse.

—¡Ay, mierda!

Valentino se despertó del susto, se puso en posición de ataque y, al ver que era yo, corrió hacia el pulpo y me lo puso encima de la pierna como si dijera: “¡Otra ronda!”

—¿Tú lo has hecho a propósito?

El perro me miró con la lengua afuera y la cabeza ladeada.

—¡Estás intentando matarme por partes! ¡Primero mis zapatos, luego la alfombra, ahora mi rótula!

El pulpo chilló de nuevo. Yo me eché a reír. De verdad. Con la risa suelta, de esas que ya no se escuchaban tanto cuando una entraba en la rutina del trabajo y las obligaciones. Y lo más raro: Valentino también parecía contento. Corrió en círculos, arrastró el pulpo hasta la alfombra y lo zarandeó con una energía que me hizo pensar que quizá yo también necesitaba un juguete chirriante.

A media tarde, decidí llevarlo a dar una última vuelta por el parque, una despedida simbólica del fin de semana infernal que, contra todo pronóstico, se estaba convirtiendo en… ¿Agradable?

Le puse el arnés como siempre. Valentino saltaba emocionado, y yo, con la mochila al hombro, me sentía extrañamente satisfecha. Como si algo dentro de mí hubiera cedido y descubierto un espacio para él. No, amor, todavía no, pero quizás sí tolerancia. Un pacto no escrito.

—Vamos, demonio. No puedo creer que esté diciendo esto, pero… me alegra no haberte devuelto por mensajería urgente.

Salimos y cruzamos hasta el parque grande, el de los árboles altos y los caminos de tierra. Había familias, niños con bicicletas y hasta una pareja haciendo yoga entre los arbustos. Valentino iba delante, con la lengua fuera, como si tuviera prisa por vivir. Y entonces pasó.

Justo cuando otro perro, un labrador enorme, pasó trotando cerca, Valentino se tensó. Sus músculos se contrajeron, y tiró de la correa con una fuerza que no le había visto en todo el fin de semana. Yo no me lo tomé en serio. Al principio.

—Valentino, ni se te ocurra… —Le advertí, pero él tiró más fuerte y sentí el arnés aflojarse.

—¡No! ¡Espera!

Y entonces, el "clic". El enganche del arnés se partió. Lo vi en cámara lenta: la correa cayendo al suelo, el arnés medio suelto y Valentino… corriendo como alma que llevaba el diablo.

—¡Valentino!

Corrí tras él. Sentí la adrenalina dispararse. Las piernas me dolían, pero no paré. Él esquivaba gente, pasaba por debajo de bancos y giraba esquinas como si conociera cada centímetro de esa ciudad mejor que yo.

—¡Valentinoooo!

Pero no se detenía. No miraba atrás. Corrí tanto como pude, gritando su nombre. La gente se apartaba, me miraban, algunos intentaban ayudar. Pero él era rápido, más de lo que su cuerpo debería permitir. Y de repente, dobló una esquina… y desapareció.

Frené en seco, con la respiración entrecortada y notando que mi corazón latía como si quisiera escapar de mi pecho. Corrí hasta la esquina. Miré a todos lados. Nada.

Ni un ladrido. Ni una pista.

—No… no, no, no —murmuré, girando sobre mí misma.

Empecé a caminar en círculos, preguntando a la gente si había visto a un perro salchicha negro. Algunos dijeron que sí, "iba por ahí". Otros, que no. Seguí corriendo. Mis piernas temblaban. Mis ojos se llenaban de lágrimas y me sentí ridícula, desesperada. Y lo peor: sentí miedo. Miedo real.

Ese perro me había sacado de quicio todo el fin de semana. Desde que nos conocimos, en realidad, me había hecho gritar, me había dejado una caca ceremonial en los tacones. Pero ahora, ahora solo quería encontrarlo. A salvo. Mirándome con esa cara de "no era para tanto". Volví a la avenida principal. Nada. Lo llamé. Grité su nombre hasta quedarme afónica. Y nada, Valentino no aparecía.

Me senté en un banco, sintiéndome como una montaña a punto de derrumbarse. Me pasé las manos por la cara, intentando pensar con claridad. ¿Y si lo atropellaban? ¿Y si se perdía para siempre? ¿Y si Alexander no me lo perdonaba?

Y en el fondo, lo que más me sorprendía era la sensación en el pecho. No era solo miedo a que me culparan. Era... pérdida. Como si algo mío se

hubiera ido corriendo también.

Estaba temblando. La cabeza me iba a mil. Tenía el móvil en la mano, pero no me atrevía a llamar a Alexander. Si lo hacía, sería oficial. Sería real. Y si Valentino aparecía a los cinco minutos, cosa que deseaba con todas mis fuerzas, quedaría como una histérica, una inútil. Una mala cuidadora.

Y no podía permitirme fallar.

Así que llamé al único ser humano que sabía que acudiría, aunque le dijera que había quemado accidentalmente el Congreso: mi hermano Tomás.

—¿Hola?

—¡He perdido al perro! —le solté, sin filtro, con la voz desgarrada— ¡Tomás, no lo encuentro! ¡El enganche del arnés se rompió y se fue corriendo! ¡He corrido detrás de él y ha desaparecido, no sé dónde está!

—Vale, para, para —dijo enseguida—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy en el parque del paseo cerca de mi casa, al lado del estanque… no sé si ha cruzado la calle, si se ha metido en algún jardín… ¡He gritado su nombre mil veces!

—Voy para allá. Dame diez minutos. Estoy con Aitana, vamos los dos.

Colgué y volví a levantarme. Seguí caminando por los caminos de tierra, doblando esquinas, llamando a Valentino una y otra vez. Nada. El corazón me latía como si fuera a estallar. La gente me miraba. Un niño me preguntó si había perdido a mi perrito. Asentí sin poder hablar.

Treinta minutos después, vi llegar a Tomás y Aitana corriendo, con la cara de preocupación que se le ponía a la familia cuando una emergencia era emocional y no médica.

—¡Noe! —llamó Tomás.

Me derrumbé contra su pecho en cuanto llegaron a mi lado.

—No está. No lo encuentro. No sé qué hacer —dije, con la voz entrecortada.

Aitana me abrazó desde el otro lado.

—Tranquila, seguro que está cerca —dijo—. Vamos a buscarlo todos juntos.

Dividimos la zona. Revisamos calles, parques, jardines, patios, incluso un pequeño descampado. Una hora y media después, no habíamos encontrado nada.

El miedo ya no era miedo: era desesperación. Me senté en un bordillo, con la cara entre las manos.

—Alexander me va a matar —dije, con la voz temblorosa—. Me confió su perro. ¡Solo un fin de semana! ¡Y lo he perdido! ¡Lo he perdido, Tomás!

—Ey, ey… —Aitana se sentó a mi lado— No llores así, Noe. Seguro que aparece cuando menos lo esperes.

—¿Y si lo han atropellado? ¿Y si se ha metido en un callejón y no puede salir? ¡Y si alguien se lo lleva! ¡Ese perro odia a la gente! ¡Va a morder a alguien y lo denunciarán y…!

—Noe —dijo Tomás con voz firme—. Basta. Respira.

Intenté hacerlo. Pero el nudo en la garganta era demasiado grande. Aitana me cogió la mano.

—A veces los perros se orientan mejor que las personas. ¿Y si se ha vuelto solo a casa? ¿Y si te está esperando en el portal?

Miré a Tomás y asintió.

—Ve. Si está allí, nos avisas. Nosotros seguimos un rato más por aquí.

Asentí sin ganas. Caminé las calles hasta mi edificio con el corazón encogido. Cuando doblé la esquina y vi el portal, un mínimo destello de esperanza se encendió en mí.

Pero no había nadie.

Ni Valentino. Ni su collar. Ni rastro alguno de esas patas cortas. Y ahí fue cuando se me rompió todo.

Subí a casa y me dejé caer contra la puerta, sollozando. Llamé a Aitana con voz temblorosa.

—No está… no está en el portal. No está en ningún sitio.

—Noe, lo encontraremos. No estás sola, ¿vale?

Colgué. Me levanté, fui al escritorio, abrí el portátil y busqué una foto de Valentino donde saliera entero. Imprimí cinco copias. Luego seis más. Escribí a mano, con letra apretada y nerviosa.

"PERRO PERDIDO. Se llama Valentino. No muerde. Es un perro salchicha negro. Última vez visto: Parque cerca del paseo. Si lo ves, por favor, llama a este número".

Puse mi teléfono, lo recorté con las tijeras del cajón y salí a la calle con la cinta adhesiva en una mano y las lágrimas en los ojos.

Estaba en la puerta del edificio cuando llegaron Tomás y Aitana, justo en ese momento.

—¿Te ayudo con los carteles? —preguntó él y asentí. No podía hablar.

Los tres caminamos juntos, pegando papeles en farolas, paradas de autobús, postes. Mientras ponía uno frente a la tienda de alimentación del barrio, mi móvil vibró.

Alexander.

La pantalla mostraba su nombre. Su cara. Y yo, allí, con las manos llenas de lágrimas secas y una fotografía de su perro perdido por media ciudad. No pude contestar. No me atreví.

Lo dejé sonar hasta que paró. Un segundo después, llegó su mensaje.

Alexander: *Se han retrasado varios vuelos. No puedo salir de aquí hasta mañana por la mañana. Llegaré sobre las nueve; pasaré por tu casa a recoger a Valentino. Besos.*

Me apoyé contra la pared y Tomás me miró desde unos metros más adelante.

—¿Qué ha pasado?

—Alexander. Llega mañana a las nueve.

Me senté en el bordillo, sujetando el cartel con fuerza.

—No puedo decírselo. Todavía no. ¿Y si lo encuentro esta noche? No puedo arruinarle el viaje. No… no quiero ser la que pierde a su perro. No puedo ser esa persona.

Tomás se acercó y me rodeó con un brazo.

—Entonces sigue buscando. Esta noche. Lo que aguantes.

Lo miré y asentí. Pegamos el último cartel frente a la entrada del parque. Y yo, con el alma hecha un nudo, decidí que no dormiría. No mientras Valentino pudiera estar en alguna calle, asustado, perdido, esperando que yo hiciera lo correcto.

Y por primera vez desde que lo conocí, entendí que no solo me lo habían confiado. Me habían dado la responsabilidad de cuidarlo. Y no iba a dejarlo tirado.

Capítulo 38



No había dormido ni un segundo.

Eran las ocho y cincuenta y cinco de la mañana, y yo seguía en el mismo sitio en el que me había desplomado tres horas antes: en el sofá del salón, con la ropa deportiva pegada al cuerpo, los ojos rojos y el pelo recogido en un moño que había empezado como algo provisional y ahora parecía parte de mi cabeza.

Había vuelto a casa a las tres de la madrugada, con los pies destrozados y la garganta hecha polvo de tanto gritar el nombre de un perro que, sencillamente, no había querido volver.

La casa olía a café y a derrota. Me había tomado ya tres tazas, y una cuarta se enfriaba sobre la mesa, medio olvidada entre un mar de folletos, papeles con cinta adhesiva y una pila desordenada de carteles que decían "Perro Perdido" en letras desesperadas.

Había mirado el móvil unas doscientas veces. Sin exagerar. Lo tenía al lado, lo tocaba cada minuto como si pudiera obligarlo a sonar con solo

desearlo lo suficiente. Pero nadie llamaba. Ningún vecino, ningún paseante, ninguna buena alma del barrio que hubiera encontrado a un perro salchicha desorientado y malhumorado. El único que iba a aparecer era Alexander.

A las nueve en punto llamaron a la puerta. Me quedé quieta unos segundos, como si aún tuviera tiempo de huir. Pero no. Ya no se podía evitar. Me levanté con los músculos entumecidos, abrí la puerta… y ahí estaba él.

Guapo incluso con ojeras, con esa chaqueta que siempre le quedaba bien y el pelo revuelto del viaje. Me miró, y su sonrisa se esfumó al segundo.

—Dios, Noelia —susurró—. ¿Estás bien?

Me tembló el labio. No supe si abrazarlo o pedirle perdón de rodillas, pero no hice ninguna de las dos cosas. Me quedé inmóvil.

Él dio un paso al frente y me besó en los labios. Fue suave. Cálido. Pero yo no se lo devolví.

Se apartó, confuso.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño— ¿Dónde está Valentino?

Y ahí se rompió todo.

—No está —dije, y la voz me salió rota. Las lágrimas, retenidas durante horas, me quemaron los ojos de golpe—. No está… no ha vuelto.

Alexander me miró, sin comprender nada de lo que decía.

—¿Cómo que no ha vuelto?

—Se escapó —logré decir—. Ayer por la tarde. Salimos al parque, y justo cuando otro perro pasó cerca, Valentino tiró de la correa y… el enganche del arnés se rompió. Salió corriendo como un loco. Intenté seguirlo, grité, corrí detrás de él, pero no me esperó. No miró atrás. Y le perdí de vista.

Alexander parpadeó. No dijo nada durante un par de segundos.

—¿Y?

—Busqué por todos lados. Llamé a Tomás. Él y Aitana vinieron. Estuvimos toda la tarde y parte de la noche buscándolo. Puse carteles por todo el barrio. Volví a casa a las tres. No he dormido. He estado esperando… esperando que alguien llamara.

La cara de Alexander cambió. De incredulidad a enfado.

—Una sola cosa te pedí, Noelia. Una —dijo en voz baja, pero cargada de rabia—. Que cuidaras de Valentino. Sabías lo importante que es para mí.

—Lo sé —susurré, con la garganta hecha polvo—. Lo sé, y lo intenté. Hice todo lo que pude…

—¿Y se te escapó? —me interrumpió— ¿Así como así? ¿No pudiste sujetarlo? ¿Y ya está?

—¡No es tan simple! ¡Se rompió el arnés!

—¿Y no tenías otro? ¿No se te ocurrió que podía pasar algo? ¡Ese perro es nervioso, lo sabes! ¡No lo cuidas como si fuera un trapo viejo!

—¡No le traté así! —grité, y sentí que todo se me venía encima— ¡No le abandoné! ¡Se escapó! ¡Se fue corriendo sin mirar atrás!

Alexander dio un paso atrás con los ojos más fríos que nunca le había visto.

—Claro. Eso es lo que tú dices.

—¿Qué?

—Tú misma lo dijiste en ese mensaje del viernes —añadió con dureza—. Que solo uno de los dos llegaría vivo al lunes. ¡Pues mira! Tú estás aquí. Él no.

Me quedé sin aire.

—¿Estás insinuando que lo hice a propósito?

—Lo perdiste. Es lo único que importa.

—¡No hice nada para perderlo! ¡Estuve toda la noche buscándolo! ¡Lo odiaba, sí, pero nunca lo abandonaría! ¡Jamás haría eso! ¡Y mucho menos a ti!

—Ahora entiendo que no debía confiarte algo tan importante —dijo él, con la voz gélida—. Valentino solo necesitaba tiempo para acostumbrarse a ti. Para aceptarte. Pero tú no se lo has dado. Y ahora se ha ido. Y tú sigues aquí como si nada.

—¡No es verdad! ¡Yo le cuidé! ¡Me volví loca con sus comidas, sus paseos, sus horarios! ¡Me insultó en todos los idiomas perrunos que existen y aun así… le cuidé porque te quiero!

Me miró sin pestañear. Sin moverse.

—No te creo.

Me sentía como una niña pequeña a la que acababan de romper el corazón por primera vez.

Alexander se agachó, recogió la bolsa con las cosas de Valentino, la correa, el comedero, su mantita azul, y cuando estuvo en la puerta, se giró una última vez.

—Reza para que aparezca. Porque si no… voy a denunciarte, Noelia. Y voy a acabar contigo.

Y se fue. Dando un portazo que me hizo temblar.

Me quedé de pie en medio del salón, con la camiseta pegada al cuerpo, las manos vacías y el alma hecha pedazos.

El teléfono sonó en ese momento; era mi hermano.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

—Se ha ido —logré decir—. Alexander… se ha ido. Cree que lo hice a propósito. Me ha dicho que me va a denunciar. Que va a acabar conmigo.

Silencio al otro lado. Y después, la voz de Tomás hablándome con calma.

—Noe… escucha. Cuando salgamos del despacho, vamos a seguir buscándolo. Aitana y yo. Vamos a encontrarlo, ¿vale?

—No puedo más —dije, y rompí a llorar otra vez—. No puedo creer que haya terminado así. Que me odie. Que crea que quise deshacerme de su perro. De… su familia —murmuré y Tomás suspiró.

—No estás sola. Vamos a ayudarte.

Colgué. Y fue entonces cuando vi el pulpo chirriante. Aquel juguete naranja que Valentino arrastró por la alfombra mientras me hacía tropezar.

Me agaché, lo recogí con las manos temblorosas, lo abracé contra el pecho como si fuera él y recé.

Recé como nunca había rezado en mi vida. Para que estuviera bien. Para que alguien lo hubiera recogido. Para que no tuviera miedo. Para que volviera.

Porque por mucho que lo odiara, por mucho que me sacara de quicio… lo había perdido. Y con él, sentía que algo mío se había roto también.

Pasaron las horas como se derretía un cubito de hielo en la palma: lentas, incómodas y con una humedad constante detrás de los ojos. Me cambié de ropa, aunque no porque me sintiera mejor. Me puse unos vaqueros limpios y una camiseta blanca. Me duché solo por rutina, no por alivio. Me miré al espejo y no me reconocí.

Tenía el rostro hinchado, los ojos inyectados en rojo y la piel con ese tono pálido que dejaba una noche sin dormir, combinada con el miedo, la culpa y el peso de haber decepcionado a alguien a quien amaba.

No podía dejar de escuchar las palabras de Alexander. *"No te creo”. "Voy a denunciarte".* Como si de verdad me hubiera deshecho de su perro como lo haría de un mueble viejo.

Cada una era una astilla. Y todas estaban clavadas.

A las once, salí a dar otra vuelta por el barrio. Volví a recorrer la misma ruta de la tarde anterior. Mismo parque, mismas calles. Los carteles seguían ahí. Pegados con cinta, medio torcidos por el viento. Me paré a mirar uno que estaba en la farola de la esquina de la frutería. Mi número escrito con un marcador negro empezaba a difuminarse.

Nadie había llamado.

Volví a casa con un nudo en el estómago. Revisé el móvil otra vez. Nada. Ni una sola notificación. Empecé a buscar en grupos de redes sociales de la zona, en páginas de animales perdidos. Publiqué una foto de Valentino con un texto desesperado.

"PERRO PERDIDO. Se llama Valentino. Perro salchicha color negro. Se perdió en la zona del parque del paseo ayer domingo por la tarde. No muerde, es algo territorial. Por favor, si alguien lo ha visto, contacten conmigo urgentemente. GRACIAS."

Actualicé la página cada cinco minutos. Y nada.

La culpa se convirtió en una sensación física, como si tuviera una piedra en el estómago. No solo por el perro, sino por todo lo que esa pérdida implicaba. Yo no había perdido solo a Valentino. Había perdido la confianza de Alexander.

A las dos de la tarde, Tomás me mandó un mensaje.

Tomás: *En cuanto salga del juzgado, voy para allá. Aitana también.*

Le contesté con un simple “Gracias”, porque si intentaba escribir más, sabía que acabaría mandándole una carta entera en lágrimas.

Me obligué a comer algo. Arroz blanco con atún. Ni siquiera lo calenté. Lo comí directamente del táper mientras miraba por la ventana.

La ciudad seguía girando. Los coches seguían circulando. Gente caminaba de un lado a otro como si nada. Y yo, en cambio, estaba atrapada en una especie de domingo infinito. Como si el reloj se hubiese negado a avanzar desde la última vez que vi ese cuerpo alargado cruzar la calle.

¿Y si estaba herido en algún rincón? ¿Y si lo tenía alguien? ¿Y si no volvía? Me agarré al juguete otra vez, como si fuera un amuleto.

A las cuatro y media, llamaron al telefonillo. Era Tomás. Bajé a abrir sin ni siquiera pensar en ponerme los zapatos adecuados. Me los calcé al vuelo. Aitana venía con él, con una mochila pequeña y el pelo recogido en una coleta.

—¿Estás lista para buscar? —preguntó Tomás, en cuanto nos saludamos.

—No he dejado de buscar —dije—. Solo me he cambiado de ropa.

Fuimos caminando por las calles menos transitadas, por si había cruzado a una zona más tranquila. Tomás llevaba algunos carteles en la mochila por si

queríamos volver a poner más. Aitana tenía en su móvil la foto que le mandé, y la iba enseñando a quien nos cruzábamos, preguntando si había visto a ese perro.

Algunos decían que no. Otros, que quizá habían visto uno parecido cerca del supermercado la noche anterior. Fuimos hasta allí, preguntamos y nada.

—Noe —me dijo Aitana, después de hablar con una señora que tenía cinco gatos y muy pocas ganas de colaborar—. ¿Estás bien?

—No.

—¿Y quieres parar un rato?

—No.

Seguimos así durante un par de horas más. Hablamos con vecinos, porteros, incluso con un hombre que repartía publicidad y que nos dijo haber visto algo que "podría haber sido un perro salchicha, o un gato raro" a eso de las diez de la noche.

—¿Y sabes hacia dónde fue? —pregunté, con el corazón en vilo.

—Hacia allá —dijo, señalando una calle larga y gris, sin árboles.

Fuimos en esa dirección. Nada. Solo papeleras, portales cerrados y una sensación de eco constante en los pies.

A las seis y cuarto, cuando volvíamos a pasar por mi calle, vi que uno de los carteles que había puesto se había despegado y estaba en el suelo, arrastrado por el aire que había comenzado a hacer de repente.

Me agaché, lo recogí y me quedé mirando mi propia letra, ahora borrosa, sucia. Casi ilegible.

Como todo lo que quedaba de esa historia.

—¿Quieres volver a casa a descansar un rato? —preguntó Tomás, y negué con la cabeza.

—Solo un poco más. Un último intento.

Ellos no dijeron nada. Caminamos en silencio, con los pasos lentos y pesados, bajo un cielo que ya empezaba a oscurecer otra vez.

El lunes llegaba a su final. Y Valentino seguía sin aparecer.

Capítulo 39



Eran casi las ocho y cuarto de la tarde cuando alguien me dijo que, por la zona del polígono viejo, cerca de unas naves abandonadas, había visto lo que podía ser un perro pequeño, negro, escondiéndose entre los matorrales. No era una pista segura. Ni siquiera una pista, en realidad. Solo una frase al pasar de un chico que salía de la tienda de bicis.

Pero yo ya no tenía filtro para la esperanza. Cualquier cosa servía.

—Voy para allá —le dije a Tomás, que me acababa de llamar para preguntar si quería cenar algo.

—¿Sola?

—Sí. Es rápido. Si veo algo raro, os aviso.

Caminé deprisa. La noche se acercaba y las calles comenzaban a quedarse vacías dado que era un día entre semana, a pesar de ser julio, lo que lo hacía todo más silencioso. Llegué al polígono. No había nada especialmente

sospechoso. Ni rastro de perros, ni de movimiento. Solo un par de edificios derruidos y hierba creciendo en sitios en los que no debería.

Me senté en un banco oxidado que daba a una explanada. Saqué el móvil. Nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Solo una pantalla vacía que me reflejaba los ojos cansados. Y entonces sonó. Era Alexander.

Lo miré, dudando si contestar. Pero no podía seguir huyendo de él, así que lo cogí.

—¿Sí?

—¿Tienes noticias? —preguntó, directo, sin preámbulos.

—No. Nada todavía.

Silencio. Un silencio denso, que podía romperse a golpes.

—Si le ha pasado algo por tu culpa —dijo, con la voz baja y afilada—, atente a las consecuencias —y colgó.

Ni un adiós. Ni una oportunidad para defenderme. Solo eso: la amenaza flotando en el aire como una nube negra que se iba con el viento y me dejaba allí, hecha trizas.

Me quedé sentada, sin fuerza ni para llorar. Solo miraba el suelo. No tenía consuelo, ni respuestas. Solo dolor. Solo el eco de mis propios pasos

fallidos.

Hasta que algo me golpeó el tobillo. Miré hacia abajo, y ahí estaba.

Un bultito marrón. Una cosita pequeña, con orejas grandes, hocico húmedo y unas patitas cortas que apenas sostenían su cuerpo. Un cachorro. Un perro salchicha, como Valentino. Pero con el pelo un poco más claro. Y una patita trasera que parecía no apoyar bien.

—Hola... —dije, como si esperara respuesta.

El cachorrito me miró, ladeó la cabeza, movió la cola con un entusiasmo inesperado y ladró. Una vez. Cortito. Agudo. Esperanzador.

Me agaché temblando y lo cogí con cuidado. Él no se resistió. Al contrario. Se pegó a mi pecho como si me conociera de toda la vida. Y ahí, abrazada a una criatura desconocida, rompí a llorar otra vez.

—No eres Valentino —le susurré—. Pero tal vez… tal vez seas el próximo perro de Alexander.

El cachorrito volvió a ladrar, más suave. Me miró con esos ojitos redondos y brillantes, y luego, con un leve empujón de sus patas, quiso que lo bajara al suelo.

—¿En serio? ¿Así, sin conocernos?

Lo bajé y empezó a andar. No, a correr. Con dificultad, pero con una dirección clara. Como si supiera adónde iba.

—¿A dónde vas?

Lo seguí. Y no tuve que hacerlo muy rápido, porque sus patitas torcidas y su cojera no le permitían grandes carreras. Pero iba decidido. Pasó por detrás de unos setos, cruzó un trozo de asfalto y se metió entre dos naves viejas.

—Oye, no. ¡Es peligroso! —le dije, corriendo tras él.

Pero no se detuvo. Al fondo de una de esas construcciones, había una pequeña puerta medio abierta, cubierta de zarzas. Y dentro, oscuridad. El cachorrito se metió. Yo dudé un segundo. Y luego entré.

La luz apenas llegaba, pero mis ojos se fueron acostumbrando. El suelo estaba lleno de polvo, cristales rotos y bolsas abandonadas. Y en un rincón, justo al lado de lo que parecía una vieja estantería caída, vi algo. Un bulto, negro y alargado.

—¿Valentino? —pregunté en un susurro.

Me acerqué despacio, con el corazón en la garganta. El cachorro corrió hasta él y gimoteó. Y entonces, el bulto se movió. Valentino abrió los ojos, me miró y movió la cola.

—¡Valentino! —grité, cayendo de rodillas junto a él.

Estaba débil. Su pelaje tenía barro y ramas pegadas. Una de sus patas sangraba, no mucho, pero sí lo suficiente como para dejar claro que no estaba bien. Pero estaba vivo. Y al verme, al sentirme, me lamió la mano como si acabara de encontrar el camino de vuelta a casa.

Lo abracé y lloré. Lloré como nunca.

—Idiota... —le dije entre sollozos— Me has hecho pasar el peor día de mi vida.

El cachorro se acurrucó junto a él, lamiéndole la oreja con ternura. Valentino gimió suavemente, pero no se apartó. Se quedaron juntos, como si se entendieran, como si se conocieran.

Saqué el móvil temblando y llamé a Alexander.

—¿Qué quieres? —respondió él, con la voz aún dura.

—Está aquí —susurré, entre lágrimas—. Lo he encontrado. Está herido, pero está vivo. Estoy en una casa abandonada en el polígono, al lado del taller que hay en la esquina. Ven, por favor. Ven ya.

—Voy para allá.

Colgué. Me senté en el suelo con Valentino en mi regazo. Él suspiró y apoyó su cabecita en mi brazo. El cachorro se tumbó a su lado, pegando su

morro al de Valentino, gimiendo con esa pena que solo los animales entendían.

Estuvimos así unos veinte minutos. Hasta que oí la voz de Alexander.

—¡Noelia! ¡Noelia!

—¡Aquí! —grité.

Entró corriendo, y cuando nos vio, se detuvo de golpe. Le tembló el rostro.

—Dios mío...

Valentino, al verle, movió la cola de nuevo. Un gesto lento, dolorido, pero lleno de amor.

Alexander corrió hacia nosotros, se arrodilló y lo abrazó con un cuidado infinito.

—Pequeño... —le dijo, con la voz entrecortada— Me has dado un susto de muerte.

—Está débil —le dije—. Tiene una pata mal. Y este pequeñín —señalé al cachorro— me ha traído hasta él. Le ha salvado.

Alexander lo miró. El cachorro le ladró con alegría.

—¿Podemos llevarlo también?

—Claro que sí.

Lo cogí en brazos y salimos juntos de allí, directo al coche, sin decir una palabra más.

En el coche no dijimos una sola palabra. Yo iba en el asiento del copiloto, con el cachorro en brazos. Valentino estaba envuelto en una toalla en el regazo de Alexander, que conducía con una sola mano y la otra descansando en el lomo del perro, como si ese gesto le anclara a la realidad. Como si necesitara tocarle para creer que estaba realmente ahí.

Las luces de la ciudad pasaban por las ventanillas como parpadeos. El aire olía a tierra húmeda y tensión contenida.

Llegamos al veterinario de urgencias a las nueve y cinco. Alexander aparcó en doble fila, bajó con Valentino en brazos y yo fui detrás con el cachorro pegado a mi pecho. Entramos corriendo.

—¡Ayuda! ¡Está herido! —gritó Alexander.

Una enfermera salió al momento. Nos vio, valoró la situación con la mirada entrenada de quien había visto muchas urgencias, y asintió.

—Dámelo. Lo llevamos a revisión ahora mismo.

Alexander se resistió un segundo; luego lo soltó. El cachorro gimió cuando me lo arrancaron de los brazos, como si también supiera que no estábamos preparados para separarnos otra vez.

—¿También está herido?

—Sí —dije—. Cojea. Tiene una patita mal.

—Vale. Nos encargamos de los dos.

Y los vimos desaparecer tras una puerta blanca. Nos quedamos ahí, solos en la sala de espera, con las luces demasiado fuertes y el silencio, demasiado grande.

Alexander se sentó, apoyando los codos en las rodillas, con la cabeza entre las manos. Yo me senté a su lado, sin saber si podía acercarme. El nudo en mi garganta seguía ahí, tenso, aunque mis ojos ya estaban secos. No me quedaban lágrimas. O eso creía.

Él sacó su móvil y respondió una llamada.

—Hola, mamá —saludó, e hizo una pausa—. Sí. Es él —otra pausa—. Estamos en el veterinario. Después te cuento.

Colgó sin decir mucho más. Luego se quedó mirando un punto fijo en la pared. Yo, sin poder más, saqué mi móvil y llamé a Tomás.

—¿Noe? ¿Estás bien?

—Lo he encontrado —dije, con la voz hecha pedazos—. Estaba en una nave abandonada… herido, pero vivo. Y no estaba solo. Había un cachorro con él. Creo que le ayudó. Nos han dicho que tienen que operarlos.

—Joder… ¿Estás en el veterinario ya?

—Sí.

—Vale, mándame la dirección. Aitana y yo iremos en cuanto podamos. Llámame si sabes algo antes.

—Vale —contesté, y colgué.

Y me quedé allí, en silencio, junto a Alexander, agradecida de que ese pequeño hubiera aparecido buscando ayuda para salvar a mi Valentino.

Capítulo 40



Pasaron casi dos horas. Largas y agotadoras. De vez en cuando, Alexander se levantaba, caminaba por la sala y volvía a sentarse. Yo me quedé en silencio. Quieta. Como si moverse fuera a romper algo más.

Hasta que una puerta se abrió. Una veterinaria de bata verde salió, con el rostro tranquilo pero serio.

—¿Familiares de los dos perros salchicha? —preguntó, y nos levantamos los dos a la vez.

—Están bien, tanto el macho grande como la cachorrita pequeña —dijo —. Ambos tenían una pequeña fractura en la pata trasera, probablemente por una mordida de un perro más grande. Estaban deshidratados, pero nada grave. Les hemos hecho las curas, los hemos operado y ya están en recuperación.

Mi corazón, que llevaba dos días encerrado en un puño, se soltó de golpe.

—¿Podemos verlos?

—Por supuesto. Se han despertado hace poco. Vengan conmigo.

La seguimos por un pasillo blanco. Al fondo había una pequeña sala, como un mini-box, con dos camitas acolchadas. Y ahí estaban.

Valentino, con una vía en la patita y un vendaje pequeño. Los ojos medio abiertos, pero despierto. Y a su lado, acurrucada, la cachorrita marrón. También vendada. También viva. Los dos movieron la cola al vernos.

—Dios mío… —susurré.

Alexander se agachó al lado de Valentino y le habló en voz baja.

—Ya estás bien, pequeño. Ya pasó todo.

Le acarició la cabeza con tanto cariño que me dolió verlo. Yo me acerqué por el otro lado, con la garganta temblando.

—Valentino… me has dado un susto de muerte —le dije, agachándome para besarle en la cabecita—. Pero te perdono. Porque, aunque me vuelvas loca… amo a tu dueño más de lo que tú te haces una idea.

El perro me lamió la mejilla. Y la cachorrita, como si entendiera la escena, ladró una sola vez. Suavemente. Yo sonreí y la acaricié. Se quedó quieta bajo mi mano, relajada.

—Creo que esta perrita te ha elegido como humana de compañía —dijo Alexander, sonriendo por primera vez desde que supo lo de Valentino.

—Eso parece —dije, sin dejar de acariciarla—. Y ya tiene nombre.

—Ah, ¿sí?

—Canela. Por su colorcito. Y porque tiene pinta de dulce.

Nos miramos. Él se acercó por detrás y me rodeó con los brazos, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Siento haberme puesto así —murmuró—. Es solo que… cuando pensé que lo había perdido, se me vino todo abajo. Valentino me salvó cuando estaba en el peor momento de mi vida. Y ahora, perderlo… me dolía más de lo que podía manejar.

—Lo entiendo —susurré—. Cuando se escapó, sentí que me moría. Juro que no habría parado hasta encontrarlo. Porque, como te dije… te amo. Y no quiero verte sufrir. Nunca.

Él me besó el cuello, luego la mejilla y, finalmente, los labios.

—Yo también te amo, Noelia. Y te he echado tanto de menos este fin de semana que dolía respirar.

Nos quedamos abrazados, los dos, junto a las dos criaturas medio dormidas. Uno sobre el otro. Respirando juntos.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó Alexander, al notar que yo solté una risa suave.

—Porque estoy deseando contarles a mis padres que les he dado una nieta peluda.

Él se rio también, con la cara más relajada que en esas últimas horas. Me besó la sien y me hizo girar hacia él, cogiéndome de las manos.

—Te quiero —dijo—. Y quiero empezar una vida contigo.

Lo miré, con los ojos aún brillando.

—¿Estás seguro?

—Más que nunca. Pero… hay algo más que quiero pedirte.

—Lo que sea —contesté, y Alexander respiró hondo.

—Quiero que adoptemos a Sergio y Sofía, los mellizos del orfanato. Sé que no todo el mundo quiere adoptar a dos hermanos, pero les está costando mucho, y ellos necesitan una familia. Y creo que… tú y yo podríamos ser eso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Esta vez, de las buenas.

—Estaré encantada —le dije—. Claro que sí. Vamos a por ellos.

Nos besamos. Y al separarnos, miramos de nuevo a Valentino y Canela, que dormían juntos, acurrucados, con las patitas vendadas, pero el alma tranquila.

Todo volvía a estar en su sitio.

Salimos del veterinario con las jaulas de transporte en brazos y el alma más ligera una hora más tarde. Había avisado a mi hermano para que no fueran al veterinario, así que dijo que irían a mi casa.

Valentino iba dormido pero tranquilo, como si todo el peso del miedo se hubiera evaporado en cuanto sintió que Alexander le abrazaba. Canela, en cambio, nos miraba desde su camita como si acabara de ganar una medalla de honor. Con la cabeza bien alta y esa expresión orgullosa de quien sabía que acababa de hacer algo grande.

Alexander y yo metimos las jaulas en el coche con delicadeza, como si llevaran dentro algo más que perros: llevaban pedacitos rotos de nosotros que estábamos empezando a recomponer.

Durante el trayecto de vuelta, él conducía con una mano sobre mi muslo, sin decir nada, pero transmitiendo mucho más que cualquier palabra. Yo miraba a Canela por el retrovisor, y cada vez que nos cruzábamos la mirada,

ella movía la cola, satisfecha. Como si me dijera: “Te lo dije, humana. Confía en mí”.

Cuando llegamos al portal de mi edificio, ya estaban allí Tomás y Aitana, esperando con una bolsa de comida y una cara mezcla de nervios, alivio y cansancio.

—¡Dios santo! —exclamó Tomás al vernos bajar del coche con las jaulas — ¿Estáis bien?

—Ellos están bien —respondí, con la voz aún rasgada—. Bueno… dentro de lo que cabe.

—Pequeñajos valientes —dijo Aitana, asomándose a mirar a Valentino y a Canela con ojos vidriosos—. Ay, pero si esta es una bebé.

—Ella lo encontró —le conté—. Literalmente, me llevó hasta Valentino.

Alexander abrió la puerta del portal y subimos todos juntos al piso. Dejamos las jaulas abiertas en el salón, y mientras los perritos se acomodaban en una manta suave que Aitana estiró en el suelo, Tomás fue directo a la cocina y sacó cuatro cervezas frías de la nevera como si fuera lo más natural del mundo.

—Esto lo merece, ¿no?

Asentí. Alexander y yo nos sentamos en el sofá, uno junto al otro, con las piernas tocándose y el silencio cómodo de los que habían pasado juntos por una tormenta y habían salido victoriosos de ella.

—¿Entonces vais a quedaros con ella? —preguntó Aitana, señalando a Canela, que intentaba mordisquearle el cordón de la zapatilla con la torpeza más adorable del universo.

—Sí —dije—. Se llama Canela.

—Oh, qué nombre más mono —respondió ella.

Alexander me miró de reojo y sonrió.

—Y también… —añadió, girándose hacia Tomás— Vamos a iniciar los trámites de adopción de Sergio y Sofía. Los mellizos del orfanato.

Tomás se quedó congelado con la cerveza a medio camino de la boca.

—¿Qué?

—Sí —contesté yo, sintiendo un calor extraño y nuevo en el pecho—. Queremos ser su familia.

Aitana se llevó la mano al pecho.

—Noe…

Y de pronto, todos estábamos abrazándonos. Riendo. Llorando un poco. Mientras en el suelo, Valentino dormía con una pata encima de Canela, como si no pensara soltarla en la vida.

Fue un momento perfecto. De esos que sabías que se quedarían contigo para siempre.

Después, mientras Tomás y Aitana recogían para irse y prometían ayudarnos con todo lo que hiciera falta, me acerqué al sofá, donde Alexander acariciaba distraídamente a los perros.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Sabes qué? —le dije— Creo que me has roto el corazón, pero también me lo has arreglado todo en el mismo día.

Él me besó la sien.

—Lo siento, Noelia. No debí decirte esas cosas. No lo pensaba. Estaba asustado y ciego de rabia. Me cuesta tanto… soltar el control.

—Lo sé. Pero ya está. Hoy lo hemos recuperado todo.

—¿Todo?

—Sí. Hasta una perra nueva —dije, y él se rio suavemente.

—Y dos hijos en camino.

—Cierto.

Nos quedamos allí, los dos abrazados, mirando a los perros dormidos.

—Valentino me odia un poco menos ahora —murmuré.

—Valentino es un cabrón con todo el mundo hasta que se le cae el muro. Y hoy… se te ha caído el muro a ti también, ¿verdad?

—Se me cayó hace días. Solo que no quería reconocerlo.

Él me cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Y ahora?

—Ahora, solo quiero vivir esto contigo. Lo que venga. Aunque incluya noches sin dormir, juguetes mordidos y charcos en la alfombra.

Alexander se acercó despacio y me besó. Fue un beso diferente. No tenía urgencia, ni dolor. Solo paz. De esa que llegaba cuando sabías que, después de todo, estabas exactamente donde debías estar.

—Tengo ganas de ver la cara de mis padres cuando les digamos que tienen nietos humanos y peludos —comentó él con una sonrisa torcida.

—Lo van a flipar.

Nos reímos. Y mientras tanto, en el suelo, Canela se movía para pegarse más a Valentino. Él, sin abrir los ojos, la acomodó con la barbilla como si fuera su cachorro.

—Eh… Alexander —dije, mirándolos.

—¿Sí?

—¿Crees que esos dos serán iguales?

Él me miró y, tras unos segundos, asintió.

—Posiblemente. Los dos son tercos, ruidosos, territoriales...

—Y adorables cuando quieren.

—Y leales hasta la médula.

Nos besamos una vez más, cansados como estábamos, pero felices. Y entonces, lo supe. No solo había recuperado a Valentino. No solo había encontrado a Canela. Había encontrado algo mucho más valioso.

Mi casa. Mi familia. Mi lugar.

Y aunque nunca lo habría imaginado así, con pelos, mordiscos y adoptando dos niños y una perrita abandonada en el mismo día, era perfecto.

Tan imperfectamente perfecto como nosotros.

Epílogo



Dos años después…

Habían pasado dos años. Dos años desde aquella noche en la que creí perderlo todo, al perro, el amor, la confianza, y, en cambio, había ganado el inicio de una vida que ni siquiera me atrevía a imaginar. Lo que empezó con una guerra declarada entre un perro salchicha y yo, terminó convirtiéndose en el punto de partida de mi historia favorita.

Ahora vivíamos todos en la casa de Alexander, donde tanto los niños como los perros podían correr, jugar, ensuciarse y reír sin restricciones. Y yo también. Porque, para ser honesta, aprender a mancharme las manos y la ropa fue parte del trato cuando decidí construir una familia con este hombre, con este caos, con este amor.

Sergio y Sofía llevaban un año siendo legalmente nuestros hijos. La adopción se hizo oficial el mismo día en el que Alexander y yo nos casamos. Fue una ceremonia pequeña, en nuestro jardín, con los árboles floreciendo a nuestro alrededor y Valentino llevando los anillos colgados del cuello. Canela, por supuesto, caminó junto a Sofía como dama de honor

perruna. Lloré. Lloramos todos. Incluso Valentino se puso en plan aullador en un momento tan emotivo que la tía Julieta, como los niños llamaban a la prima de Alexander, tuvo que sacar un pañuelo para secarse los ojos mientras reía.

Nuestros padres estaban radiantes. Emilio y Teresa, los padres de Alexander, se habían enamorado de los mellizos desde el primer minuto. Los consentían sin medida, y no había domingo sin su visita para traerles pasteles, libros o juguetes de construcción. Mis padres no se quedaban atrás. Mi madre decía que Sofía era "la versión mejorada" de mí, y mi padre sostenía que Sergio tenía madera de líder, aunque todavía no se decidiera entre ser astronauta o domador de dinosaurios.

Por si fuera poco, Tomás y Aitana también habían sellado su historia de amor. Se casaron un año y medio atrás, en una boda preciosa en la playa. Aitana estaba embarazada de seis meses ahora, y esperábamos con ilusión la llegada de nuestra primera sobrina. Los niños ya le hablaban a la barriga y le habían puesto nombre antes que sus propios padres. "Se va a llamar Luna", decía Sofía muy convencida. "Porque va a ser brillante y mágica". Nadie se atrevía a contradecirla.

Julieta, por su parte, congenió maravillosamente con Pablo. Lo que empezó como una amistad basada en debates jurídicos y sarcasmo punzante, terminó con una relación firme, muchas escapadas de fin de semana y una evidente conexión. Pablo, de hecho, se había convertido en uno de los abogados estrella del bufete que Tomás y yo dirigíamos. Bajo su ala, habíamos incorporado a dos pasantes brillantes, Rosita y David, que

eran jóvenes, entusiastas y hacían que los días en el despacho fueran más llevaderos, incluso divertidos.

—¿Mamá, crees que ya vienen? —me preguntó Sofía, interrumpiendo mis pensamientos con esos ojos enormes llenos de emoción.

Estábamos sentados en el suelo del salón. Sergio, Sofía y yo, rodeando la camita improvisada que habíamos preparado para Canela. Ella respiraba agitada, tumbada de lado, mientras Valentino no se apartaba de su lado ni un segundo. Le lamía la cara, le daba pequeños empujones con el hocico como para decirle "estás bien, lo estás haciendo bien". Yo no dejaba de acariciarle la cabeza con ternura, conteniendo las lágrimas.

—Creo que sí, mi amor —dije—. Ya están en camino.

Entonces grité, sin apartar la vista de Canela.

—¡Alexander, ya vienen los bebés!

No pasaron ni dos segundos antes de que apareciera corriendo, con la camisa mal abrochada y la cara de alguien que aún no se creía del todo lo que estaba pasando.

—¿Ya? ¿En serio?

—Sí, mira. Está empezando.

Alexander se arrodilló junto a mí, cogió mi mano, y nos quedamos los cinco, porque Valentino era más parte de esto que nadie, presenciando el milagro. Canela jadeaba, empujaba y, con paciencia y fuerza, trajo al mundo a su primer cachorrito. Una bolita marrón con manchas negras, diminuta, con el cuerpo tembloroso y los ojos cerrados.

Sofía soltó un chillido emocionado.

—¡Es tan pequeñito!

—Y tan bonito —añadió Sergio, con la boca abierta.

Alexander cogió suavemente al cachorro y lo acercó a la madre. Canela lo olisqueó, lo lamió con cariño y luego volvió a concentrarse. Minutos después, nació el segundo. Otro pequeñín, más oscuro, casi completamente negro. Y poco después, el tercero, una mezcla perfecta de ambos, con las patas marrones y el lomo negro brillante.

—Tres —dije, con la voz entrecortada—. Justo como decían las ecografías.

—Y ya tienen casa —añadió Alexander—. Uno para Tomás y Aitana, otro para Julieta y Pablo, y el último para…

—Martina —terminé—. En cuanto supo que Canela estaba embarazada, pidió uno.

—¡Me encantan! —dijo Sofía— Son tan suaves y feos que son lindísimos.

Alexander y yo nos reímos al escuchar a nuestra hija.

Valentino lamió a los tres, uno por uno, con la delicadeza de un padre orgulloso. Luego se acercó a Canela y le lamió la frente, como diciendo: "Lo has hecho genial, guerrera". Y después, caminó hasta mí, se metió entre mis piernas y se tumbó en mi regazo con un suspiro largo y profundo.

Lo miré sonriendo y le acaricié la cabeza, emocionada.

—Lo has hecho bien, Valentino —le susurré—. Y espero que tus hijos sean más buenos que tú, porque como salgan igual de demonios... vamos a vivir en un infierno de travesuras.

Alexander se rio.

—Ya lo vivimos. Estamos entrenados.

Sofía, entonces, frunció el ceño y señaló con su dedito hacia la camita.

—Mamá… creo que Canela está rara otra vez…

Canela se removía, inquieta. Valentino se levantó con gesto protector, y en cuestión de segundos, un cuarto cachorro apareció. Nos miramos todos al mismo tiempo.

—¡Otro! —gritó Sergio.

—¡Sorpresa! —añadió Sofía— ¡Ese no se lo damos a nadie! Ese es nuestro.

Alexander y yo nos miramos, sorprendidos, y luego, rendidos.

—¿Te parece bien? —le pregunté.

—Me parece perfecto.

Él me pasó un brazo por los hombros y me besó en la sien, con ternura.

—Te quiero —me dijo, y lo miré, con los ojos brillando.

—Más te vale... porque la familia va a crecer otra vez.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo que otra vez?

—Estoy embarazada, Alexander. De nueve semanas.

Lo vi parpadear, con la sorpresa reflejada en cada línea de su rostro, y después sus ojos se llenaron de lágrimas. Me abrazó. Me besó. Me susurró

al oído que no sabía que podía amar tanto, que nunca pensó que volvería a sentirse así. Que yo era su hogar.

—Y pensar —dije, riendo entre lágrimas— que todo esto empezó porque tu perro me hizo pis en el zapato.

Valentino, como si lo hubiera entendido, se puso a dos patas y nos lamió la cara a los dos.

Y ahí, rodeada de hijos, cachorros, perros, risas y amor, supe que esa era mi vida. Y era perfecta.

Después de la sorpresa del cuarto cachorro, el salón se llenó de una emoción difícil de describir. Era como si el universo hubiera decidido darnos un regalo más por haber resistido todo lo que resistimos. O tal vez era una especie de broma divina, una forma peculiar de recordarnos que, en esta casa, las sorpresas nunca se acababan.

Sofía lo cogió en brazos con delicadeza, como si fuera una joya, y lo miró con ese amor puro que solo los niños eran capaces de sentir de inmediato.

—Este se llama Trufo —dijo muy seria.

—¿Trufo? —preguntó Alexander, sonriendo— ¿Y eso por qué?

—Porque es marrón como el chocolate con trufa que hace la abuela Teresa.

No hubo argumento posible contra eso. Así que con Trufo se quedó.

Los cachorros dormían ya en un pequeño montón, apretados unos contra otros y pegados al vientre de Canela, que los lamía con esmero. Valentino seguía sin separarse de ella. Verlo así, tan protector, tan dulce, tan... paternal, me hacía sonreír sin darme cuenta. Y pensar que yo lo llamé demonio la primera vez que lo vi.

—¿Recuerdas cuando dijiste que ese perro te odiaba y que, si pasabais un fin de semana solos, uno no sobreviviría? —me preguntó Alexander, en tono burlón, abrazándome más fuerte.

—Sí, claro que lo recuerdo. Lo mantengo —reí—. Ese perro y yo hicimos una tregua solo por ti. Pero al final, creo que nos acostumbramos el uno al otro. Él me enseñó a tener paciencia. Y yo a él… a no morderme los zapatos de tacón.

—Fue un buen trato —respondió Alexander, riendo también.

Sergio nos interrumpió corriendo hacia el pasillo.

—¡Voy a por la cámara de fotos! ¡Tenemos que hacerles su primer retrato familiar!

—¡Yo le pongo el lazo a Trufo! —añadió Sofía.

Los vi desaparecer escaleras arriba, gritándose ideas como si fueran dos creativos de una agencia de publicidad perruna.

Me giré hacia Alexander, que me miraba con esa expresión que siempre me desarmaba. Un equilibrio perfecto entre amor, sorpresa y orgullo.

—¿De verdad estás bien con todo esto? —le pregunté, bajando la voz— Los niños, los perros, otro bebé en camino, nuestras vidas están patas arriba…

—Estoy más que bien —respondió sin dudar—. Noelia, esto... esto eres tú. Esto soy yo. Esto somos nosotros. Una familia desordenada, ruidosa y llena de amor. Y no la cambiaría por nada.

Me apoyé en su pecho y cerré los ojos. Sentí su mano acariciando mi espalda con calma, mientras en el fondo se escuchaban las pisadas de Sergio bajando a toda velocidad, las órdenes artísticas de Sofía y el ligero gemido de Canela acomodando a sus crías. A mi lado, Valentino volvió a tumbarse y apoyó el hocico sobre mi pierna, con su suspiro de siempre.

En ese momento pensé que la vida era una serie de giros inesperados, y que los mejores regalos no venían envueltos en papel brillante, sino en el olor de una tarde de domingo con tu familia, en la calidez de una casa llena de risas, en el primer suspiro de un cachorro recién nacido.

Valentino me miró como si pudiera leerme el pensamiento, como si supiera exactamente en qué estaba pensando. Me acordé entonces de la noche en que desapareció. De lo perdida que me sentí, de la desesperación,

de los gritos, las lágrimas. De cómo no quise llamar a Alexander. De cómo me miró y habló él cuando al fin se lo conté. Y de cómo ese cachorro marrón, Canela, me llevó hasta él.

—Nunca me lo dijiste —susurré.

—¿El qué?

—Que le habías dicho a Valentino que yo era tu chica. Que se portara bien conmigo.

Alexander se rio con suavidad.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Te oí. Aquel viernes. Se lo dijiste bajito mientras te despedías. Le dijiste que, si no se portaba bien, me iba a perder. Que me cuidara. Como si él fuera el guardián de todo esto que hemos construido.

Él me miró con una mezcla de nostalgia y ternura.

—Y lo hizo, ¿sabes? A su manera. Creo que ese perro me entiende más de lo que me atrevo a admitir.

—Y a mí también —añadí, acariciándole las orejas—. Aunque al principio quería matarme.

—Porque lo notaba —dijo Alexander—. Notaba que te habías metido hasta el fondo en mi vida. Y tenía miedo de que tú no te quedaras.

—Pues aquí estoy. En chándal, con mocos, rodeada de perros y niños, embarazada… Y más feliz de lo que nunca soñé estar.

—Yo también —me dijo—. Mucho más.

Sergio y Sofía volvieron corriendo, cámara en mano y lazo en la cabeza del pobre Trufo. Alexander nos organizó como si fuéramos una unidad militar para posar.

—Tú te sientas en el centro, Noelia —dijo con tono de director de escena —. Sofía a la izquierda, Sergio a la derecha. Valentino y Canela en los extremos. Los cachorros en el regazo de mamá, y yo detrás como el pilar de esta maravillosa y caótica familia.

—¿Y Trufo? —preguntó Sofía.

—Trufo va en tu cabeza, como accesorio —dijo Alexander.

Reímos tanto que tuve que limpiarme las lágrimas con el bajo de la camiseta.

Y así lo hicimos. Capturamos ese instante. Todos juntos, sin maquillaje, sin filtros, sin miedo. Solo nosotros, como éramos: imperfectos, alegres, agotados… y completos.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu